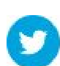

#FUGACESPEROETERNOS 2
Alexandra Roma
EL DÍA QUE ENCENDIMOS LAS ESTRELLAS
Planeta

Índice


You
Tube

in

Sinopsis

Diez meses después del último beso con Noah, Marina trabaja en Roma y piensa en él, y le siente, pero empieza a olvidar su tacto.

Diez meses después, Leo sigue cubriendo su cuerpo de tinta, alejado de sus flores y siendo el solista de Al borde del abismo, pero ha perdido la ilusión.

Diez meses después surge la oportunidad para que Noah pueda dejar una huella imborrable, y sus caminos vuelven a unirse.

Marina. Noah. Leo.

Leo. Noah. Marina.

Una balada de rock distinta.

Porque a veces buscando te pierdes y tienes que encontrarte para escuchar la voz que más anhelas en tu interior.

Porque querer con el corazón de verdad, húmedo, hinchado y resbaladizo, da miedo, pero es la única forma de curarte.

Porque los ángeles caídos vuelven a volar cuando confían en sus alas hechas de pétalos.

Un grupo de música

La última canción.

Dos almas heridas que juntas pueden sanar. Personas fugaces, un amor eterno.

EL DÍA QUE ENCENDIMOS LAS ESTRELLAS

Alexandra Roma



Para Julia, por sonreír cada mañana
cuando se despierta, ¡simpática!

—Hay dos tipos de personas: los que son capaces de abrir su corazón a los demás y los que no. Tú te encuentras entre los primeros. Puedes abrir tu corazón siempre y cuando quieras hacerlo.

—¿Y qué sucede cuando lo abres?

—Que te curas.

HARUKI MURAKAMI, *Tokio Blues*

DISCO 2

El día que encendimos las estrellas

CANCIÓN 1

Una camarera en Roma...

Verso 1

MARINA

No necesitaba cerrar los ojos para traerlo de vuelta, del mismo modo que no es necesario escuchar una canción para tararear su melodía cuando la tienes clavada en el alma.

Mi mente lo evocaba. A veces por decisión propia, de forma intencionada. Otras, simplemente sucedía de golpe y se me paralizaba el corazón. El mundo se detenía. La vista dejaba de enfocar la realidad, proyectaba su imagen y el resto de lo que me rodeaba se desvanecía.

Lo veía encima de mí desnudo en las ruinas sin techo. Las estrellas a su alrededor y la parte derecha de su cara ligeramente iluminada por las velas que Leo colocó para nosotros. Tenía el pelo desordenado, disparado en todas las

direcciones, y quería apartar con los dedos el mechón que se le adhería a la frente, aunque sabía que se trataba de un gesto imposible.

Sus brazos descansaban a ambos lados de mi cuerpo, flexionados para mantener su peso a pulso y no aplastarme mientras se hundía lento, muy lento. De un modo delicioso que me llevaba a retorcerme de placer y a gemir contra su boca. Tenía las pupilas dilatadas en aquella mirada chocolate que me elevaba y mis músculos se contraían con fuerza para atraparlo y sentirlo más hondo, más profundo e intenso.

Para sentirlo más, más y más.

La peca en su mejilla me saludaba y yo podía distinguir su famoso hoyuelo en la barbilla, la marca de varicela y el pendiente de aro en la oreja. Conservaba el sabor a cereza de sus labios entreabiertos y el colgante que le había regalado Carlota caía como un péndulo en mi pecho y me provocaba cosquillas frías a su paso.

Recordaba su sonido.

Los gruñidos de placer cada vez que me embestía aumentando las revoluciones y mis jadeos roncos en respuesta, suplicándole que no parase de hacerlo nunca.

Movía las manos y era capaz de sentir el tacto de la piel de su duro trasero cuando la presionaba y le clavaba las yemas guiando su delirante movimiento. Y mi vientre reproducía la forma en que se encogía cuando su boca se cernió alrededor de mis pezones para lamerlos y tirar suavemente de ellos con deseo.

Lo oía llamarme *princesa*.

Rememoraba las gotitas de sudor salado recorriéndole el torso.

El orgasmo.

Sus caricias.

Nuestros besos.

A Noah.

Lo recordaba a *él*.

Habían pasado diez meses desde aquella primera y última vez con el amor de mi vida.

Verso 2

MARINA

—¿La trece es tuya? —dijo mi compañera Camille, y dejé de rozar las líneas finas del tatuaje del chupachups de mi muñeca.

Regresé a mi presente sin *él*.

Sacudí la cabeza para apartarlo.

Princesa...

«Adiós. Lo siento. Vuelve esta noche.»

—Sí, es mía.

—Quieren la cuenta.

—Lo siento. Me he despistado —articulé como sinónimo de «He servido una tarta de cerezas y he recordado a mi novio. Sucede a veces y duele siempre, pero no me lo notas porque soy una experta en tragármelo».

Apenas mencionaba a Noah.

Hay un tiempo para el dolor, ¿sabes? Después incomoda. Se vuelve denso. Al principio, los días inmediatos a que se fuera, la gente empatizaba, esperaba ver mi gesto de sufrimiento, casi se podría decir que de un modo un tanto morboso lo necesitaban. ¿Existe algo que atraiga más que

una tragedia? Hablar de ella. «Pobrecita», «¿Has visto lo desencajada que estaba?», «Parecía que de un momento a otro se iba a desmayar».

Cuanto más hecha polvo estuvieses, mejor.

Luego existía un período intermedio en el que intentaban distraerte a toda costa para que su nombre no surgiese, y si lo hacía, si tú lo escupías desesperada para sacar alguna de las llamas que te arrasaban por dentro, sus expresiones se compungían y te preguntaban: «¿Estás bien?», pero en su rostro leías que solo admitían un tipo de respuesta: «Sí» o «Poco a poco».

—Sí, poco a poco. —Era la más satisfactoria. Fusionarlas.

Debías mentir y seguir ardiendo.

Te veías obligada.

La gente no consiente el dolor, se les atraganta.

El dolor no es bonito.

Nunca logré adivinar si actuaban así por ellos o por mí, y si era lo segundo, si creían que era lo que me convenía, se habría solucionado con una simple pregunta: «Marina, ¿tú qué quieres? Guíanos en el duelo». Pero esta nunca llegó, y la cuenta atrás en la que la pena es socialmente aceptada inició su fatídico descenso con el reloj de arena dejándose granos en el camino, silencios de mi boca que me condujeron a estar más y más callada.

La tercera fase te vaciaba de expresión por fuera y te llenaba de pensamientos y ansiedad por dentro. Era el período en el que te despedías de la comprensión por parte de los demás. Ya no era válido hablar de tus miserias, ibas por detrás de la media, te recreabas y se formaba un silencio pesado y una casi imperceptible mueca de fastidio

en los demás que borrabas haciéndote la fuerte, cuando lo verdaderamente fuerte eran las sacudidas que te desestabilizaban al llegar a la cama que nunca compartías.

Nadie quiere ser una persona estancada, ¿no?

Mi interior estaba hecho pedazos.

En el exterior parecía completa.

Mi amor por Noah era un sentimiento y palabras al aire cuando le hablaba en voz alta por la noche.

—Tranquila —pronunció Camille—, todas necesitamos tomarnos un descanso antes de petar, fingir un «aparatoso accidente» y derramar el contenido de las bebidas de una bandeja sobre los clientes maleducados y exigentes. Y dicen que en verano empeora...

Camille era mi nueva compañera en el Carlo Menta. Una estudiante de Bellas Artes parisina que llevaba solo tres semanas trabajando en el restaurante y cuyos instintos asesinos ya habían aflorado. Me caía bien. Parecía simpática.

—Empeoran. Doy fe —confirmé, y encerré con llave mis emociones detrás de las costillas.

—¿Cómo es eso posible?

—Las reseñas, el bajo precio y los platos deliciosos nos han hecho mucho daño.

Sacudió la cabeza y sonrió.

—Tendremos que meter escarabajos entre la pasta para contrarrestar su efecto. ¿Qué me dices, Marina?

—Que me apunto sin que se entere Fabrizio. Yo lo distraigo.

Fabrizio era nuestro jefe y un genio de la repostería. Trabajaba para él desde que aterricé en la capital italiana en

julio, y desde entonces habían pasado meses. Diez, concretamente. Agosto, septiembre, octubre, noviembre, diciembre, enero, febrero, marzo, abril y mayo, en el que estábamos. 16 de mayo, aunque mi mente seguía paralizada en aquel 4 de agosto, cuando recibí la llamada que sabía que llegaría y que no quería que se produjese. El mundo había perdido a Noah.

Terminé el famoso curso de cocina y continué en Trastévere. No como cocinera, sino como camarera, y me gustaba. Es increíble cómo te puedes llegar a enamorar de una ciudad, de su lengua y de la persona que eres allí, pero Roma lo había conseguido. Adoraba cada adoquín y mi ajetreado y rutinario día a día.

Adoraba en lo que me había convertido: una mujer independiente.

Siempre había cosas que hacer. Trabajar, viajes, recibir visitas, pasear...

El tiempo se me escapaba y era una sensación maravillosa.

Roma era un rayito de luz entre tanta oscuridad.

—En la trece piden la cuenta —se sumó Carlo, otro de los camareros, de origen siciliano.

—¡Voy! —Sostuve entre las manos la bandeja plateada que contenía el papel.

Camille susurró:

—Escarabajos...

Las dos reímos cómplices.

Decidido. Podríamos ser amigas. Es lo bueno que tiene estar sola en un país extranjero en el que la mayoría de las personas con las que coincides están de paso. Aprendes a

aferrarte pronto a lo que te agrada y a deshacerte a la misma velocidad de lo que no te convence.

Avancé en dirección a la mesa trece.

Estaba en la terraza, bajo una de las sombrillas blancas con dos focos de romántica luz anaranjada, con un mantel de cuadros verdes y blancos repleto de migas de pan de los bordes de las pizzas que las siete amigas habían pedido.

—En la mesa trece quieren la cuenta —dijo Bianca, ejem, sí, otra de mis compañeras, a mi paso.

Tres en un corto intervalo de menos de cinco minutos. ¿Estábamos mal o qué?

Los primeros días en el Carlo Menta fueron una verdadera tortura. Al puño que apretaba mi pecho por lo que había dejado en España hubo que añadir mi inexperiencia y el desconocimiento (e infravaloración) del noble oficio de camarero. Son superpersonas. Palabra. Se merecían, nos merecíamos, una estatua a la santa paciencia en las plazas más concurridas de cada ciudad del planeta.

Aprendí con rapidez que había varias cosas que odiaba de la raza humana: la mala educación en general; que te traten como una esclava; comandas dictadas a una velocidad de vértigo imposible de seguir; llegar hasta arriba de bebidas y que justo me pidiesen otra y, al volver con esa, otra más; y los chistidos, los silbidos y los «niña», «nena», «chavalita» y «tú» para llamarme porque el «buenos días, tardes, noches, mi nombre es Marina y voy a atenderles» como que no se les grababa en el cerebro. Pero, por encima de todo, detestaba a los clientes agonías que me habían reclamado la cuenta diez veces; esos que nunca se percataban de que estaba hasta arriba, agobiada y a punto

de echarme a llorar, y que, en lugar de darme el generoso margen de un minuto para respirar y atenderlos, se la solicitaban a mis compañeros, mi jefe y el primer ministro italiano para a continuación, una vez que habían pagado, quedarse en la mesa su cuarto de hora generoso en lugar de liberarla para la gente que estaba esperando.

¡Gr...!

Camille llevaba razón. Les convendría un escarabajo negro, jugoso y gordo. Lástima que el pobre escarabajo no mereciese ese final.

Crují el cuello, desentumecí los músculos y elevé la comisura de mis labios. Recordé que me gustaba mi trabajo, aunque de vez en cuando fantasease con atragantamientos involuntarios entre la clientela... Ahora en serio, ser camarera no era lo que soñaba, era lo que tenía, y si alzaba la vista, podía ver coloridas callejuelas destilando vida y las plazas y terrazas del barrio más bonito de Roma. ¿Qué más podía pedir? Era una afortunada.

—Sesenta con ocho —anuncié a las siete chicas, y dejé la cuenta delante de la única de ellas que parecía conservar el don del habla. Ni siquiera se molestó en revisarla. Total, con el pedo de colores que gastaban podía poner que habían cenado carne de dragón a la parrilla y no tendrían argumentos para rechistarme.

—¿Datáfono? —consultó achispada demostrándome que estaba en lo cierto al suponer que se le complicaba articular una frase con su sujeto, verbo y predicado.

Lo saqué del bolsillo de mi delantal, introduje el importe que abonar y se lo tendí.

El grupo era de España, de Sevilla, por eso me lo habían asignado y, como siempre he sentido especial debilidad por el sur, les tuve ternurita y dejé de anhelar que se ahogasen. *Animalillos*, el lambrusco fresquito está bien hasta que se te sube.

Desvié la mirada mientras la clienta introducía el código y contuve el aliento hasta oír el pitido que confirmaba que el pago se había efectuado. Por lo menos recordaba su clave.

—¿Tique?

—No. ¿Me prestas un bolígrafo?

Se lo di y observé confusa como cogía la cuenta y escribía.

—Para el moreno de la barra —hipó—, el del pelo rizado.

Miré en su dirección.

—¿Fabrizio?

—Zio, sí.

Había garabateado su número de teléfono. Vaya, la urgencia no era por un mal servicio, era porque quería trajinarse a mi jefe.

—Es mi jefe.

Puso una moneda de euro en la palma de mi mano y me la cerró.

—Por las molestias —leyó mi nombre en la chapita del uniforme—, Marina. —Para «eso» sí que se esforzaban en saber cómo me llamaba.

Las dejé recogiendo sus cosas y me encaminé hacia él.

Fabrizio era mi superior directo. El hijo mediano del dueño, algo mayor que yo (no mucho). Nos llevábamos bien. Relación profesional, digo. Imagino que le gustaba mi

evidente admiración por sus postres y no tanto que me colase en la cocina cuando estaba trabajando para bombardearlo a preguntas, aunque era muy considerado y respondía a todas sin perder la paciencia.

No era la primera vez que algo así sucedía. Tique, chicas y teléfono. Fabrizio no era guapo, pero tenía ese aire tan *italiano* que volvía locas a las turistas borrachas... y a las sobrias también, para qué mentir. Pelo negro rizado, ojos azules, piel morena y elegancia.

—Para ti —pronuncié, y él apartó la vista del cuaderno de gastos que lo tenía absorbido.

—Ponla con el resto.

—No puedo. Esto... —me mordí el labio, qué embarazoso—, te han dejado un número de teléfono. Otra vez.

Arrugó el ceño y se asomó.

—¿Quién?

—La rubia de la mesa trece. Es sevillana.

—¿La que va a vomitar?

—No, bueno, sí. Llámala mañana. Si te recuerda, será buena señal. —Me encogí de hombros y pensé: «Es tu jefe, no puedes hablarle así»—. Si quieres. Las andaluzas son preciosas.

Él apartó sus ojos de la terraza y me miró durante una fracción de segundo.

—No más que las madrileñas —apuntó, y por un instante me hizo dudar. ¿Estaba intentando ligar?

«Dios, no, sería terrible.»

Volví a respirar cuando regresó a las cuentas. Falsa alarma. Bien. No estaba preparada para... No quería. El italiano no era Noah. Ningún chico lo sería jamás.

—Tacha el número y déjala con las demás. No es bueno mezclar negocios con placer —rechazó la sugerente invitación—. Y vete a casa, Marina, me consta que tu turno ha acabado hace diez minutos y eres capaz de quedarte no dos, sino tres horas de más. Lo has hecho antes.

—No me importa.

Soltó el bolígrafo, cerró el cuaderno y se cruzó de brazos justo cuando sus pupilas se clavaban en las mías. Llevaba un traje negro y una camisa blanca con el primer botón desabrochado y tenía una expresión severa que no admitía réplica.

—Debería. El trabajo se paga. De ahí que existan las horas extras que siempre coges.

—Vaya, ¿sindicalista Fabrizio?

—Justo.

Ladeó el rostro.

—Marina... Eres insultantemente joven y vives en la ciudad más bella del mundo, ¿qué te retiene en el trabajo un sábado?

¿Qué me retenía?

—Tú también eres insultantemente joven. ¿Cuántos años tienes? ¿Veinticinco?

—Veintiséis.

—¿Ves? Insultantemente joven y prácticamente duermes aquí.

—No pretendo sonar presuntuoso, pero tú no vas a heredar este restaurante, yo es probable que sí. —Hizo una pausa—. Vete, tómate una *caipiroska alla fragola* en cualquier bar, camina, enamórate de Roma.

—Estoy enamorada de ella —confesé.

—Demuéstraselo. El cielo está despejado. Hace una magnífica noche de primavera. No la malgastes aquí encerrada.

Ese era el problema. Lo que me retenía en el Carlo Menta. Hacía una magnífica noche, sí. Otra más en la que no llovería. La número treinta y dos sin olerlo.

Verso 3

MARINA

Anhelar que lloviera solo era el pico del iceberg. Hacía otras cosas. Cosas que estaban en mi mano, con las que no dependía de caprichosos fenómenos naturales y que alimentaban mi insaciable necesidad de Noah, como mandarle fotos de mis restaurantes favoritos, escribirle whatsapps analizando la carta o releer nuestras conversaciones con una sonrisa boba en la boca y el corazón sangrando al recordar la cadencia exacta de su voz.

A veces, cuando me veía fuerte para soportarlo o tan débil que la sensación no podía ir a peor, me ponía sus vídeos, los detenía y repasaba mentalmente las líneas de su cara en el fotograma, las pequeñas imperfecciones, para asegurarme de que no las había olvidado.

La tecnología, en ese aspecto, se había convertido en una aliada de mi dolor.

Poseía el poder de apaciguarlo o acentuarlo. Dependía de mí. Había días en los que la calma me ayudaba a respirar y otros en los que para poder andar requería de un sufrimiento profundo e instigador que retorciese mis

entrañas con rabia e impotencia. El duelo no era un camino lineal con sus fases sucediéndose ordenaditas una detrás de la otra. Era un camino largo, con curvas, baches y la amenaza de un precipicio constante. Lo importante, suponía, era no caer, aunque la sensación de estar asomada con los pies fallándome no cesase.

También recurría a la imaginación.

Gracias a ella podía dibujarlo en los huecos vacíos de los sitios de la forma en que habría estado si todo hubiese sido normal: relajado, con su postura despreocupada, un chupachups entre los labios y la punta de sus dedos acariciando las cuerdas del bajo y mi mejilla. Tan comunes...

Noté un nudo en la garganta.

«Pero es que nosotros fuimos excepcionales, princesa», inventé su respuesta, y un escalofrío me recorrió la espina dorsal.

Me estremecí.

Lo escuchaba.

Tocaba a Noah en las corrientes de aire.

Lo veía en el caminar de otros, en tonalidades de pelos revueltos similares y en espaldas anchas, fuertes y voluptuosas.

Lo veía...

Me mordí el labio.

«Te vas a poner enferma si es que no lo estás ya.»

Cada día, al salir del trabajo, solía quedarme sentada en la escalera de piedra de la fuente de la plaza de Santa María para observar a la gente pasar y buscar ese efecto descorazonador y a la vez balsámico de localizarlo en expresiones, posturas y movimientos ajenos. Allí estaba otra

noche más, de hecho, en el alma del Trastévere, congelada en mi pasado después de verme forzada a colgar el delantal y a deshacer el camino por el entramado de calles estrechas y rebosantes de vida.

Una iglesia, que recibía el mismo nombre, presidía la plaza, y pintorescos edificios en tonos ocres, amarillos y marrones la rodeaban. Era una maravilla… y el punto de reunión de centenares de jóvenes y turistas que la salpicaban con sus conversaciones y sus risas.

El pecho se me encogió.

Suspiré apretando las piernas flexionadas contra él.

La plaza de Santa María palpitaba.

Tanta belleza era una ofensa para la tristeza.

Para las personas tristes.

Miré a la niña que descansaba a mi lado con un cono de chocolate goteando por la galleta y revisé el reloj de la torre, que estaba iluminado. Mi teléfono vibraría de un momento a otro. Saqué el móvil, me puse los cascos inalámbricos y sonó. Emma no fallaba a nuestra videollamada diaria. Se había tomado muy en serio lo de «miles de kilometritos no nos separarán» y la tía conocía mis turnos mejor que yo.

Cambié el chip al español, aunque a veces le hablaba en italiano para hacerla rabiar y que me dijese: «Nena, en la lengua de los gladiadores das un morbo de la hostia. Te follaría».

—Hola.

Silbó.

—Guau. Has descolgado al primer tono. Eso significa que hoy solo le has regalado una hora de propina al curro. El

tirano de tu jefe debe de estar que se sube por las paredes.

—Fabrizio no es un tirano. Él me ha dicho que me vaya. Soy yo la que siempre quiere quedarse.

—Ah, OK, entonces tengo una amiga tonta.

Emma insultándome. Menuda novedad... Puse los ojos en blanco y ¡pum! Lo sentí dentro. Algo me sacudió, el recuerdo de una mirada gris que saqué inmediatamente de mi cabeza.

La distancia no había enfriado la relación con mi mejor amiga, es más, la había afianzado. Emma había venido a visitarme un total de siete veces, lo cual era una cifra bastante razonable teniendo en cuenta que llevaba diez meses viviendo en Roma. Giuseppe y Nana se habían subido al avión en dos ocasiones. Para mi vigésimo cumpleaños y en Navidades. En cuanto a mis padres... Podía contar con los dedos de una mano cerrada las llamadas de papá, es decir, cero. Y mi madre...

—Feliz cumpleaños, mamá.

—¿Ya te has cansado de esa tontería?

—Pasa un buen día.

Primera conversación.

—Feliz Navidad, mamá.

—¿Ya te has cansado de esa tontería?

—Pasa un buen día.

Segunda.

—Feliz año, mamá.

—¿Ya te has cansado de esa...?

—Adiós.

Tercera y última conversación.

No había ido a España. Tampoco había mantenido el contacto con los integrantes de Al Borde del Abismo —Vic, Enzo, Leo...— más allá de las primeras semanas, especialmente con el último, o con Carlota. Ellos... me traían recuerdos. Buenos, felices e insoportables. No podía separarlos de *él*. Lo había intentado y no funcionaba. Para mí eran Noah. Una extensión en el presente. A su lado, las treguas emocionales para coger aliento que tanta paz y culpabilidad me regalaban se esfumarían y solo quedaría la opresión. Echarlo de menos hasta enloquecer. Lo que debimos ser y no fuimos.

—¿No vas a preguntarme por qué tengo la cámara desactivada? —Emma reclamó mi atención.

—¿Por qué tienes la cámara desactivada?

—Por mi cara, Marina. ¡Por mi bendita cara! Ha sufrido una invasión alienígena.

Ella, siempre tan intensa.

—¿De qué hablas?

—Promete que no vas a reírte.

Aguardó.

¿En serio necesitaba que lo dijera para encenderla?

Sí.

—No voy a reírme. Te lo juro.

—Vale, si lo haces, sufrirás siete años de mala suerte.

—Los juramentos no funcionan así...

—La maldición que te voy a echar, sí.

La activó y... Oh, Dios mío.

—¿Qué te ha ocurrido?

—Varicela, nena. ¡Varicela con más de veinte!

—Que no cunda el pánico. ¿Estás bien?

La pobre tenía manchitas rojas por absolutamente todas partes.

—Me pica tanto y mi fuerza de voluntad es tan floja que cuando termine tendré la cara llena de cráteres.

Hizo un puchero lastimero. Acto seguido se rascó como una posesa.

—¡Para, Emma!

—¿Qué parte de «voluntad floja» no has entendido?

—Échate algo.

—Nada de lo que tengo lo calma.

—Pide a tus compañeros que bajen a la farmacia.

—¿Mis compañeros? Contenta me tienen esos traidores.

—¿Qué te han hecho?

—¿Que qué me han hecho? —elevó el volumen teatralmente para que la oyesen—. Tratarme como a una apestada.

—¿Podrías concretar?

—Me han aislado en mi habitación porque Martín, el nuevo, no está seguro de si la pasó o no de pequeño y no quiere que propague el virus.

—Normal. Para no contagiarse.

—¿Tú con quién vas? No se quiere contagiar, no, pero luego bien que se morrea con cualquiera cada vez que sale de fiesta. Lo escucho besarse y otras cosas más desagradables —refunfuñó—. La saliva ajena está llenita de gérmenes.

Algo me decía que su nuevo compañero de piso, ese tal Martín, le gustaba, aunque me mandaría bien lejos si osaba insinuarlo. A veces, Emma seguía utilizando las tácticas

para ligar del colegio, es decir, le sacaba la lengua al tío que le molaba y esperaba a que él le tirase del pelo.

—Duerme... O que te aten las manos. De verte me pica todo el cuerpo.

—Pienso vengar este ultraje. Adivina quién va a robar el *router* del wifi cuando todos se vayan a la cama... —Rio con malicia exagerada y negué con la cabeza—. Si estuvieras aquí me prepararías un caldito caliente y me darías con el táser cada vez que fuese a rascarme.

—No tengo un táser.

—Lo conseguiríamos en el mercado negro.

—Estás fatal.

Sonrió.

—Marina... —Hizo una pausa y supe que ahí venía la pregunta que me hacía siempre—. ¿Vas a volver? Digo, cuando tengas unos días libres, ¿vendrás a Madrid a quejarte del calor?

Cogí una bocanada de aire y me encogí de hombros.

—No lo sé.

Mentí. Lo sabía. No iría.

—Nena, no me malinterpretes. No tengo nada en contra de Roma. Adoro que vivas allí, tener casa gratis y que disfrutes de tu independencia, es solo que... A veces me da la sensación de que no regresas por miedo a los recuerdos, y eso no me gusta. Somos lo que hemos vivido.

Reflexioné sobre sus palabras después de colgar. ¿Era el miedo lo que me impedía comprar un billete? Sí y no. Había ido alargando los contratos en el Carlo Menta porque realmente estaba contenta allí, pero que me encantase la experiencia no era el motivo por el que no abría el portátil

para ojear los precios de los vuelos en internet y poder compararlos. En el fondo temía desmoronarme al poner un pie en el aeropuerto Adolfo Suárez Madrid-Barajas. Retroceder en el tiempo y volver al período en el que levantarme cada mañana se tornaba un ejercicio insoportable. En el que el físico y las emociones se alineaban.

Es mentira eso de que el tiempo todo lo cura. El tiempo te adormece. Te permite acostumbrarte a la situación, adaptarte. Para mí era como perder un brazo. Aprendes a hacer todo con el que te queda, pero te sigue faltando uno. Siempre te faltará.

En Roma no había llegado a utilizarlo y no lo extrañaba... tanto. En Madrid, sí.

En Roma no siempre estaba triste. Podía arañar segundos a la bendita negación. De Madrid no podía decir lo mismo.

Madrid podría despertarme por fuera.

Provocar que explotase y que todo, absolutamente todo, se descontrolase.

Hay ciudades que se convierten en personas y para mí Madrid, el Madrid que me gustaba a rabiar, era el que había recorrido de su mano o mientras rozábamos nuestros dedos meñiques con las huellas enterradas en cemento fresco. Era un paseo de la fama en Vallecas.

Era Noah.

Anduve hasta la plaza Flavio Biondo para coger el tren ligero.

A esa hora, más o menos como a todas, estaba a reventar de coches y Vespas circulando, de vehículos

aparcados, gente inspeccionando los puestos callejeros y pobres y valientes transeúntes que se jugaban la vida al cruzar.

Maldita conducción italiana demente.

El tren había llegado a la parada. Aguardé nerviosa, cambiando el peso de una pierna a otra, a que el semáforo pasase a verde y avancé a toda pastilla para no perderlo. Era el último y se notaba. Vaya si lo hacía. Me detuve. Fruncí el ceño. No es que el vagón fuese petado como la línea uno en plena hora punta, es que para subirme iba a tener que encaramarme a la espalda de algún pobre voluntario e iniciar un segundo piso de personas en altura.

Lata de sardinas era un término demasiado generoso para definirlo.

Torcí el morro planteándome mis posibilidades y...

—¿Entras?

Fabrizio estaba allí con medio cuerpo fuera y medio dentro, bloqueando la puerta para que no se cerrase.

—Tendría que subirme a caballito sobre tus hombros.

Enarcó una ceja.

Chasqueé la lengua.

«Utiliza el filtro mental, que para eso lo tienes.»

—Tonterías mías —resolví restándole importancia—. Eres libre de meterte y que dejen de mirarte mal. Prefiero caminar hasta plaza Venezia y coger el bus nocturno. Hoy mi jefe me ha recordado que vivo en la ciudad más bella del mundo.

Las personas apiñadas lo empujaron por detrás.

En sus labios bailó una delicada sonrisa.

—Menudo jefe más entrometido —dijo con tono educado.

—Bah, cocina bien —le seguí el rollo— y es un sindicalista.

—Justo, es justo —repitió, y esa vez la que le sonreí fui yo. Fabrizio me observó fijamente—. Marina, ¿te parecería inapropiado que te acompañase?

Dudé.

—No.

Bajó.

Las puertas se cerraron detrás de él.

—Qué calor. —Se quitó la americana y se la echó al hombro. Al grupo de turistas que pasaban por nuestro lado les entró la risa tonta. Las contempló dubitativo.

—Es por el mito de la elegancia italiana. En ti se cumple.

Posó su mirada azul en la mía sin hablar.

Malinterpreté su silencio.

—Perdón. No debería hablarte así. Eres mi jefe...

—No —me interrumpió—, en el restaurante soy tu compañero. Aquí solo un hombre al que le conviene recordar de vez en cuando por qué se atreve a afirmar con tanta ligereza que Roma es la ciudad más bella del mundo —pronunció con intensidad.

Reí algo más relajada.

—¿Ves? Un sindicalista.

—Lo que veo es una de las razones por las que mi frase anterior es cierta.

¿Lo decía por Roma o... por mí?

Verso 4

MARINA

—¿Cómo es posible que a todos los romanos os encante vuestra ciudad? —pregunté mientras me ponía una chaqueta de punto por encima y a Fabrizio le bailaba una sonrisa discreta en la boca. Hacía calor, pero una chaquetilla nunca venía de más.

Íbamos andando por la orilla del Tíber con las farolas tiñendo de luz tenue y anaranjada nuestros pasos, el murmullo de las copas de los árboles sobre nuestras cabezas y un agua tranquila que reflejaba el despejado cielo si torcíamos la mirada. Una de las cosas que más me gustaron de mi jefe es que caminaba despacio, sin prisa, disfrutando del paisaje, la conversación y la compañía. La otra, que no se esforzaba en hablar todo el rato. Respetaba los silencios y parecía sentirse bien. A ninguno de los dos nos incomodaba. A su lado estar callada era agradable.

—A todos no —determinó—. Tengo un primo que... Un momento, Enrico es de la Lazio, todo cuadra.

Sonrió y levanté divertida una ceja.

—¿Bromeando con rivalidades futbolísticas? No te pega.

—¿Qué me pega? —Frunció curioso el ceño. Tenía las cejas oscuras y espesas y los rizos le caían por la frente.

«Venga, a ver cómo sales de este jardín.»

—No sé. En el trabajo eres... muy profesional. Serio.

Me mordí el labio. Era verdad. Fabrizio era... formal. Recto. Y no lo decía como un insulto. Yo misma tenía más de formal que de despreocupada. Éramos dos personas discretas.

Aguardé y sus comisuras se alzaron. Fue una curvatura de labios pequeña y segura. Breve pero intensa. De las que suceden en un parpadeo y te dejan con ganas de más. Auténtica.

Le devolví el gesto.

—Definitivamente, nunca me habían llamado aburrido con tanta educación —afirmó entretenido por nuestra charla.

Solté el aire que había contenido y volví a respirar.

—Aburrido no, formal.

—¿No es lo mismo?

—Para nada. Alguien aburrido no es interesante.

—¿Te parezco interesante, Marina? —Ladeó el rostro y sentí calor en las mejillas. ¿Me había pasado de la raya?

—Sí, me encanta escucharte cuando hablas de cocina —puntualicé y él se mantuvo en silencio un momento.

—Tiendo a marcar distancia entre mi vida laboral y personal. El tipo serio pertenece al trabajo, fuera aún queda algo del estudiante Erasmus capaz de bromear con rivalidades futbolísticas. La vejez, que pasa factura...

Puse los ojos en blanco y, de nuevo, ese pinchazo agudo en las costillas que me conducía a «alguien» y su sonrisa

insolente, que ignoré.

—Tienes veintiséis años. No te cedería el asiento en el autobús. Lo siento, pero todavía no te conceden el carnet oficial de viejo.

—Cierto, me pedirías, ¿cómo ha sido? Subirte a caballito en mi espalda. Eres más de trepar.

—Tómatelo como un halago. Significa que te veo fuerte y joven —remarqué la segunda palabra y él rio.

—Joven.

—Muy joven. Podrías ser mi hermano.

—Pero soy un compañero camino de convertirse en tu amigo.

—Camino de convertirse en mi amigo —repetí.

—¿Cuántos paseos nocturnos crees que son necesarios para cambiar de etiqueta, Marina?

—No son los paseos, es la confianza. Un gran secreto y podremos empezar a replantearnos los términos de la relación.

—Pregunta lo que quieras…, siempre que no sea muy comprometido.

—¿Por quién me tomas? Soy una buena chica —bromeé, y me llevé una mano al mentón para fingir que reflexionaba —. ¿Por qué marcas distancia? —indagué, cuando en realidad el interrogante que rumiaba en mi cerebro era: «¿Por qué la estás rompiendo conmigo?».

Fabrizio era una persona agradable, pero no intimaba con compañeros, no paseaba con compañeros, y yo no quería ser la excepción a su norma. No quería ser nada. No podía. Lo había entregado todo y mi intención no era recuperarlo. Pretendía existir a medias.

—Es necesario cuando alcanzas cierto reconocimiento sin haber llegado a la treintena. Para que te respeten y... Mezclar lo profesional con lo personal nunca es buena idea.

—¿Cierto reconocimiento? ¡Eres la estrella de TripAdvisor! Hay gente que viene solo por ti.

—¿Y qué resaltan las reseñas de mí? Que soy atractivo. El típico italiano.

«Porque objetivamente lo eres.»

—Lo dices como si fuera una ofensa.

—Lo es cuando estoy trabajando. Me resta... credibilidad. Calidad. Estoy allí para elaborar postres que supongan el mejor punto final a una comida o a una cena, o un desayuno con el que chuparse los dedos, no para un pase de modelos.

Llevaba razón.

—Si te sirve de consuelo, a mí me pareces un genio. Yo... Yo te admiro, Fabrizio. —Fijó sus ojos azules en los míos. Tenía las pestañas larguísimas y su tonalidad era como el hielo de un lago cristalino—. Y no lo digo para que me subas el sueldo —añadí para destensar el ambiente.

No me gustaba esa sensación.

No me gustaba cómo me miraba, como si de repente me viese.

No estaba preparada para que nadie que no fuese *él* quisiese apartar capas y conocerme.

Bajé las mangas de la chaquetilla para cubrirme, para protegerme.

—Me sirve. —Omitió la primera parte de mi comentario—. Gracias, Marina. Tendremos que hablar de lo de subirte el sueldo. Lo mereces.

—Sin duda.

Dejó los labios entreabiertos y me examinó. En el acto comencé a sentirme culpable. No estaba tonteando. Ni ligando. Solo andando. Hablando. Siendo simpática con alguien que estaba siendo simpático conmigo. Aun así, se sentía incorrecto, no estaba bien. Era una tontería injusta, pero a veces mi mente iba por libre y me jugaba malas pasadas que me arañaban. Ya me lo había dicho la psicóloga: «¿Por qué te sientes culpable por vivir, Marina? Hacerlo plenamente no restará fuerza a vuestro amor. Puedes quedarte quieta y quererlo y avanzar y seguir amándolo. Puedes estar enamorada de él en un futuro sin su compañía en el que seas feliz».

Además, en el pasado había demostrado que podía tener amigos, amigos como... Como el que había abandonado cuando más me necesitaba. Leo. ¿Así cuidaba yo a los míos? ¿Huyendo y dejándolos atrás? Experimenté un latigazo en las costillas y apunté detrás de él para distraerlo. Para distraerme de tanta cobardía.

—¿Por qué hay noches en que la luna llena es blanca y otras en que es amarilla?

Se dio la vuelta. Aquella noche, la luna que coronaba el firmamento era de un espectacular y reluciente tono blanco que eclipsaba las estrellas. La observó con detenimiento y se giró apartándose un rizo negro de los ojos para meterlo detrás de la oreja.

—Podríamos averiguarlo. Google siempre tiene la respuesta. Pero prefiero sentarme contigo a contemplarla. El misterio conserva la magia, aunque estemos a punto de confesarnos un gran secreto. Si a ti te parece bien, claro.

Dudé y asentí. Mirar la luna no podía hacer daño a nadie. Fabrizio colocó su chaqueta sobre el muro de piedra que cercaba el río y me invitó a descansar encima con un movimiento de barbilla.

—Toda tuya.

—No es necesario —dije.

—Solo es un trozo de tela. Tengo el armario lleno y desde que estudié en Barcelona hace cinco años sé usar la lavadora y la plancha.

Lavadora.

Mi pecho ardió al recordar a dos chicos observando ensimismados su tambor con la ropa girando. Rocé la tela con la punta de los dedos y a mi mente acudió la textura de otra chaqueta que alguien agarró con determinación para retirarla de su cuerpo y para echárnosla por encima después de hacer el amor. El amor...

Temblé.

—¿Estás bien?

—Sí, ¿por?

—Me he fijado en ti. A veces haces eso.

—¿El qué?

—Estar normal y al segundo parecer la persona más triste del mundo.

«Porque lo soy. Tengo un dolor inmenso dentro que no remite, se expande.»

Sonreí como escudo ante la dura verdad.

—Imaginaciones.

Subí de un salto al muro.

—Así que Barcelona, ¿eh?

Fabrizio se situó enfrente y hundió las manos en los bolsillos de sus pantalones del traje negro.

—Un semestre —resumió—. Y París. Quería aprender de los mejores.

—Lo conseguiste.

—No negaré que adquirí conocimientos y experiencia, pero la composición de mi receta Erasmus fue diez por ciento clases, cuarenta viajar por Europa y cincuenta participar religiosamente en todos los botellones que mi hígado se podía permitir antes de hacerme mayor y que llegasen los dolores de cabeza…, digo…, las responsabilidades. ¿Por qué querremos crecer, Marina?

«Porque crecer es estar vivo.»

—La culpa es del cine. Nos hace creer que es guay.

—Deberíamos ponerle una reclamación como clientes insatisfechos.

—Deberíamos.

Reímos.

Nos sostuvimos la mirada un segundo y la bajé.

—Ahí tienes mi gran secreto.

—¿Hacer botellón?

—Y exportarlo a Roma. Muchos *carabinieri* agradecerían que les dieses mi nombre. Fueron noches muy duras para ellos en la playa de Ostia.

De mi garganta brotó una carcajada.

—¿Qué?

—Para ser tu gran secreto es un poco malo.

—Dañaría mi reputación. —Se hizo el ofendido—. Y tú, ¿cuál es la mayor locura que ha hecho Marina Roig?

«Enamorarme.»

—Fui solista en un grupo de rock, Al Borde del Abismo —solté sin pensar, y mis cimientos se tambalearon.

Dios mío, cuánto lo echaba de menos... No solo a Noah, al conjunto. A mí. Experimenté una punzada de ansiedad y las lágrimas se me acumularon detrás de los ojos. Mierda. «Ahora no, angustia, espera a llegar a casa.»

—Estás pálida —dijo preocupado, y estiró el brazo en mi dirección para sujetarme si me mareaba—. ¿Qué te pasa, Marina? Esa expresión, tu expresión, es... dolor. Jamás había visto una similar. ¿Puedo ayudarte?

—Mi novio —dije sin poder frenar las palabras que se agolpaban en el interior de mi boca. Mi novio. En presente. Siempre.

—¿Estáis mal? ¿La distancia se hace... dura? —tanteó.

—Más o menos. —Me puse de pie—. Quiero irme a casa. Estoy cansada.

Él asintió y no volvió a sacar el tema, a pesar de que era evidente que allí había algo más. Algo extraño. Algo que yo escondía. Algo que él ni siquiera intuía.

Alcanzamos la monumental plaza Venecia, punto de conexión de la vía del Corso con el paseo que conducía al Coliseo y dueña del monumento más controvertido de la ciudad, el de Víctor Manuel II en asombroso mármol blanco. Allí aguardamos a que llegase mi autobús nocturno. Fabrizio insistió en acompañarme; estaba más inquieto por mi apesadumbrado gesto que por un peligro real.

—Buenas noches, Marina —se despidió cuando me subí y lo dejé abajo.

—Buenas noches, Fabrizio.

Crucé el vehículo y me senté al final, en una fila de dos al lado del pasillo para que ninguna persona me viese a través de la ventana, saqué los cascos del móvil y me los coloqué. No iba a llamar, solo me servían para disimular, para poder decir en voz alta:

—Siento muchísimo haber sonreído tanto hoy, Noah.

Y que nadie me mirase cuando me eché a llorar.

Verso 5

MARINA

Vivía en Ponte Milvio, cerca del famoso puente de los «candados del amor» y después de pasar el estadio de la Roma, en una de sus poco populares callejuelas aledañas. Al llegar en verano con mi maleta melocotón elegí esa ubicación apartada del centro por tres motivos.

El primero fue la urgencia. Necesitaba un piso, una habitación más bien, a la de ya. Y «ya» requería no ponerme demasiado exquisita. El segundo fue el precio. Si los alquileres de Madrid me resultaban prohibitivos, con los de la Ciudad Eterna me mareé. Eran «aquel que no debe ser nombrado»: Voldemort. Para echarse a temblar y vomitar improperios hasta el agotamiento al percatarte de que o compartías casa o te alimentabas a base de latas de atún caducadas hasta el fin de los tiempos. Un atraco a mano armada para alguien que trataba de abrirse camino por sus propios medios.

«Los jóvenes cada vez viven más tiempo en casa de sus padres. Hasta los cuarenta como mínimo», decían alarmados los medios de comunicación, cuando el titular de

la noticia tendría que ser: «¡Parad las rotativas! ¡Uno ha logrado marcharse!», en portada.

En fin, siguiendo con los motivos, el tercero fue, aunque suene extraño, que estaba lejos del centro. Allí, igual que sucedía en Trastévere, podías empaparte de la verdadera experiencia italiana. Protegida de la efervescencia de los turistas, el barrio conservaba parte de su magia y se te pegaba. Al bajarte del autobús daba la sensación de que te convertías en una auténtica romana y llegabas a creerte la fantasía de que una Vespa aguardaba para ti en el garaje.

Subí por la escalera a casa. El edificio tenía ascensor, pero prefería hacerlo así.

—¿Hola? —pregunté al entrar.

Nadie contestó. Tal y como sospechaba, mis compañeras habían salido de fiesta al Circolo degli Artisti. Estaba sola. Bien. Podría descansar hasta las cinco de la madrugada, cuando volviesen quejándose de que los garitos cerraban antes que en España, se pusiesen a cocinar borrachas pasta con tomate y me invitasen a unirme a ellas.

Compartía piso con tres estudiantes de Burgos, Huesca y Móstoles que estaban de Erasmus en la Universidad de Roma Tres. La convivencia era buena y el apartamento estaba bien. Recibidor, baño, cocina, una habitación doble, otra individual y un salón transformado en cuarto en el que dormía yo. La cama era más pequeña que las suyas, de noventa, pero tenía sofá, una televisión que no había encendido y el detalle que me llevó a decidirme: un pequeño balcón de apenas dos metros en el que me sentaba a desayunar, oír el ambiente de la ciudad y contar los días que llevaba sin llover.

Dejé la chaquetilla de punto en la cama, me recogí el pelo en una coleta alta y fui directa a darme una ducha rápida de cuerpo con agua templada. Al terminar, me apliqué con mimo las cremas y me puse el pijama. Sí, *el pijama*, ese dos piezas compuesto por una camiseta de tirantes con el monstruo de las galletas en el centro y unos pantalones cortos naranja chillón que me compré en Vallecas y que inevitablemente me conducía a Leo y a su exasperante sonrisa torcida al acusarme de haberlo plagiado.

Me mordí el labio.

Leo...

El irreverente Leo...

Mi amigo Leo...

El chico de las alas arrancadas y dos pozos profundos e hipnóticos en la espalda...

El mismo al que le prometí convertirme en su abrazo sin límite en el aeropuerto y al que había abandonado a su suerte ignorando sus múltiples llamadas y mensajes, hasta que un día sin más paró, haciendo que la esperanza de un «nosotros» independiente se desvaneciera. ¿Cómo estaría él? ¿Cómo estarían todos? ¿Cuál sería su duelo? Había leído mucho al respecto. Para mí era cargar con un grito sordo y constante a la altura del pecho, uno que cuando se activaba se te agarraba con fuerza y te impedía respirar, retorciéndote por dentro las entrañas mientras permanecías indemne por fuera, sin poder chillar y sacártelo de encima.

Preparé la cena, una tostada con aguacate, queso fresco y un chorrito de aceite, y salí al balcón. Me recibió la misma temperatura agradable que había dejado atrás hacía unos

minutos. Tomé asiento y le di un bocado al pan. Desvié la mirada de la comida y mis ojos se fijaron solos en un punto a la izquierda, el mismo de siempre, aquel que permanecía intacto noche tras noche, estuviese el cielo iluminado o plomizo, fijo. Para mí. Una estrella. Mi estrella. Él.

Tragué saliva.

—Hola, Noah —dije bajito, y suspiré.

Me recorrió una sensación rara, de tristeza y alivio entremezclados. A imaginarlo e inventarlo en los huecos vacíos había que sumar hablarle de vez en cuando en voz alta. Situarlo en algo tangible y comunicarnos, bueno, comunicarme, porque el bajista todavía no me había respondido.

Solía ocurrir los días que estaba abatida o aquellos en los que me asaltaban las dudas de qué habría después de la muerte, adónde íbamos y qué quedaba de nosotros en el mundo. Yo pensaba en Noah hasta la extenuación, a todas horas, en cualquier fragmento de mi rutina, pero ¿y si él no lo sabía? ¿Y si la energía, el espíritu o el aire en el que se había convertido no era capaz de leer mi mente? Entonces tenía que decírselo, aunque me sintiese tonta e ingenua, un poco loca y atormentada. Tenía que recordarle que no lo había olvidado. Que no había superado su pérdida. Que existía alguien que lo quería tanto que no lo dejaría irse del todo nunca. No se trataba de fe o de religión, se trataba de no plantearme ninguna opción que supusiese perderlo definitivamente. Confiar en nosotros y en nuestra segunda oportunidad. Oh, haría tantas cosas en nuestro reencuentro. Para empezar, envolverlo con mis brazos, estrecharlo, olerlo y sentirme la persona más afortunada al volver a notar el

tacto de su mano..., su voz colándose por mi oído..., mi «te quiero, Noah» con el suyo de vuelta.

—Hazlo, por favor, hazlo. Deja que te sienta. No tiene que ser algo espectacular. A mí... a mí me basta con un sencillo roce en la palma de la mano.

Cerré los ojos y la estiré.

—Te lo suplico. Necesito saber que estás. Una vez. Solo una vez, Noah...

Las palabras se me quedaron atrancadas en la garganta y contuve el aliento. No deseaba que se apareciese y que me asustara, solo eso, saber que estaba, que seguía ahí y que todo continuaba teniendo sentido.

Nada.

Apreté los dientes y moví los dedos por si era yo la que podía acariciarlo, por si se trataba de que lo alcanzara y no viceversa, y el problema era que no comprendíamos cómo funcionaba el universo. Tanteé el aire ilusionada y... de nuevo no logré atraparlo a mi lado. Estuve así un rato, anhelante, hasta que me rendí. Una noche más sin señales. Iban demasiadas. Iban...

—Si no puedes hacerlo directamente, halla el modo —me sulfuré angustiada—. Tú eres el profundo. Yo te prometo que voy a estar atenta. Voy a...

Mi móvil sonó y pegué un salto.

El corazón se me paralizó.

Contuve la respiración.

Tragué saliva con la boca reseca.

Tardé unos segundos en atreverme a observar la pantalla del móvil para comprobar de quién se trataba y que mis

pulsaciones expectantes y disparadas se calmasen, al menos un poco.

¿Por qué me hacía Giuseppe una videollamada a esas horas?

Fruncí el ceño, me despedí de «mi estrella silenciosa» y descolgué.

—La has llamado —Nana regañó a su marido al otro lado.

—Que no, *amore*. Miraba su foto de perfil. Marina está *bellissima*. Italia le sienta tan bien...

—Dame ese trasto.

—No te pongas celosa. A ti te sientan bien todos los países del *mondo*. Eres como Sophia Loren, atemporal.

—Hola... —hablé.

—¿Ves?

Nana le quitó el teléfono y la pantalla proyectó un remolino de imágenes indescifrables antes de enfocar su cara.

—Hola, mi niña. Espero que no te hayamos despertado. Este Giuseppe, que no acepta que es demasiado viejo para entender estas modernidades y otras cosas...

Dejó la frase suspendida y negó con la cabeza medio divertida, medio enfadada. No reconocía el fondo. Reparé en lo que había a su alrededor. No parecía la casa aledaña a la nuestra. Era más impersonal. Más como una habitación de hotel o... Mierda, Nana y Giuseppe estaban en el hospital.

Me enderecé en el acto preocupada.

—¿Qué ha pasado? ¿Estáis bien?

—¿Nosotros? —vaciló, y al instante se dio cuenta de que había adivinado su ubicación y trató de quitarle hierro—. Sí, sí, perfectamente. Pensaba llamarte mañana. Giuseppe se

ha roto la pierna. Ha tenido un aparatoso accidente haciendo... —titubeó.

Su marido completó por ella orgulloso:

—¡El salto del tigre, *ragazzina*!

—¡Giuseppe! —Las mejillas de Nana enrojecieron.

—¿Qué?

—¿Vas a contárselo a cualquier persona con la que nos crucemos?

—A todas, sí. No pongas esa cara, mujer. Es la niña. La juventud debe saber que los viejos continuamos *facendo l'amore con passione*. ¡Les damos esperanza, *mia moglie, molta speranza*!

—Les enseñamos que con la edad los huesos se vuelven frágiles y se rompen.

—¡Por *fare l'amore*! Partirte todos los huesos por darle placer a la mujer que llevas amando décadas es todo un privilegio.

¿Cómo no quererlos?

Eran adorables.

—Lleva razón, Nana —le eché un cable.

—¿Ves? —imitó el tono que ella había empleado segundos antes—. La niña es muy inteligente, se parece a ambos.

Sonreí.

—Mañana me cuentas toda la hazaña en persona, Giuseppe.

—¿Mañana en... persona? —repitió Nana.

—O cuando encuentre el primer vuelo a Madrid. —Me encogí de hombros.

—¿Vas a venir?

—La duda ofende. Sois mi familia, ¿no? La familia se cuida.

—¿Estás segura, cariño? Hace meses que esquivas... el regreso —pronunció con cautela—. No queremos que te sientas forzada a hacer algo para lo que no te encuentras preparada.

—Hablaré con mi jefe a primera hora. Todavía me deben las vacaciones de... Todas las vacaciones —resolví—. Nana, ahora mismo no podría estar en otro sitio que no sea a vuestro lado...

—Y nosotros te acogeremos con los brazos abiertos. —Curvó los labios.

Giuseppe tomó la palabra emocionado:

—Lo dicho: bonita, inteligente y buena. ¡Qué suerte de *ragazza* tenemos, eh! *Siamo i più fortunati del mondo*.

Aquella misma noche compré los billetes de avión.

Dejé de estar alerta. Si lo hubiera estado, si hubiera atendido, me habría dado cuenta de que sí tuve mi señal. Tal vez no era todo lo evidente que deseaba, pero brilló en la determinación con la que dije que iba a la capital de España y siguió brillando a mi lado a lo largo de todo lo que me esperaba allí.

La mayor señal de que Noah no se había extinguido estaba en mí.

Siempre fui yo.

CANCIÓN 2

Un ángel en Madrid...

Verso 1

LEO

¿Es posible temerle a la noche cuando no eres más que una sombra? El monstruo me enseñó que sí, que la noche libera las mentes más perturbadas y da vía libre a los instintos enfermos, y lo peor es que ni siquiera hace falta que sea de noche; solo con simularla, los depredadores toman el poder.

«Es un masaje, Lucero...»

«Yo te mostraré cómo se hace...»

«Arriba y abajo, así, lento, agárrala bien. Presiona con las manos...»

«Todos los niños lo hacen...»

«Será nuestro secreto...»

«Te quiero...»

Aplasté la colilla con las botas y pulsé el timbre del estudio. Me abrió un tipo al que no conocía. ¿Ramón? No lo recuerdo. Por una vez no iba a un local clandestino, movido por la desesperación de las pesadillas, de la rabia o desfasado tras una noche de pedo. Había pedido cita, hecho las cosas bien, en orden. Un nuevo tatuaje programado y planeado para celebrar el aniversario de la monstruosidad que me partió en dos. Para celebrar que un hombre herido podía seguir subsistiendo.

Aguardé mi turno sentado en el sofá de cuero. Era un espacio diáfano, de paredes blancas y camillas reservadas por los tatuadores para hacer magia con su tinta, agujas que se clavaban en la piel con un zumbido metálico y perpetuaban momentos, imágenes, chorradas de moda que algún día eliminaría el láser.

Agujas que sanaban.

Agujas que tejían escudos protectores.

«Cuando tengas miedo, tú solo lee, tu cuerpo tendrá la respuesta para salvarte.»

Había encontrado al profesional por internet, en Instagram. Buscaba un estilo concreto, diferente del resto de las marcas que salpicaban mi anatomía y que lucía con orgullo. Me llamó al rato, no tardó mucho, cuando terminó con una chica que se acababa de hacer los retratos del Joker y de Batman en el hombro, mitad del rostro de uno y mitad del otro, las dos caras de la moneda, justiciero y villano.

—Leo, ¿verdad? —Asentí. Habíamos comentado el encargo por mensajes privados. Conocía el diseño y se veía capaz de hacerlo—. Quítate la camiseta mientras preparo el material. Ponte cómodo.

Me deshice de la ropa y me dejé caer en la camilla. Él lo desinfectó todo y retiró el plástico de la aguja que estrenaría conmigo. Luego, se concentró en mi espalda, en el omóplato derecho y en el pozo profundo de unas alas arrancadas. El enrevesado hueco.

Entornó los ojos.

—Es complicado... —valoró.

—¿Podrás? —lo interrumpí. Apretó los labios y paseó el dedo enguantado, acariciando la superficie.

—No te aseguro que se note mucho. Es muy oscuro. Al menos, no lo suficiente para que la gente lo distinga. Dijiste que querías algo pequeño, discreto, sin demasiada floritura. Un...

—Un rayo de luz, solo un rayo —completé—. Adelante.

Sin más, se puso manos a la obra.

El monstruo me enseñó a temer cuando las luces se apagaban y la persona que había perdido diez meses atrás, cómo encenderlas. Noah. Aquel tatuaje me lo hice por los dos.

Verso 2

MARINA

Aterricé en Barajas de noche. Había cogido el último vuelo que salía para que mi jefe tuviese algo de margen (poco, lo reconozco) y pudiese organizar los turnos. Fabrizio se mostró comprensivo desde el inicio, supongo que influyó que yo no fuese muy de pedir cosas y dedujo que si me atrevía, y además con tanta urgencia, era importante.

—Marina, en los meses que llevas aquí no te has puesto mala ni un solo día, no te has ido antes de tu hora ni te has cogido un puente libre. Vete tranquila. Nos apañaremos sin ti —dijo el italiano—. Nadie es...

—Indispensable. Lo sé. A todos se nos puede sustituir.

—Iba a decir que nadie es capaz de mantener el ritmo todoterreno para siempre. Un trabajo puede apasionarte, debe apasionarte, pero jamás serlo todo. —«Nada, en realidad, puede ser tu todo, pequeña.» La voz de Leo en mi cabeza me produjo un escalofrío—. La vida está ahí fuera. En las calles de Roma... o de Madrid. Te echaremos de menos —añadió, y me tendió un pequeño paquete envuelto en papel de regalo que guardaba en la barra.

—Me voy tres semanas. Volveré. No hacía falta... —repuse apurada.

—Por si acaso. Ábrelo.

Deshice el lazo rojo de la cajita. En el interior había un folio perfectamente doblado. Fruncí el ceño y él me animó a continuar con un movimiento de barbilla. Lo abrí curiosa y mis ojos se abrieron como platos. Casi se escapan de las órbitas. Miré a Fabrizio alucinada. Él, como de costumbre, me dedicó una sonrisa educada.

—Pareces impresionada.

—Es la receta de tu tiramisú —balbuceé. Tenía la boca seca.

—Lo es —confirmó.

Mi jefe hacía los mejores tiramisús de la ciudad. No tenían nada que envidiar a los del Pompi, aunque estos fueran más famosos. No eran pocas las veces que me había colado en la cocina mientras él estaba manos a la obra para espiar. Me lo permitía. Eso sí, siempre me pedía amablemente que lo dejase a solas en el último paso, antes de...

—¿Está...? —bajé el volumen de mi voz emocionada—. ¿Está el secreto?

—Lo he escrito detrás —confirmó, y mis terminaciones nerviosas se dispararon. Emití un gritito—. Si llego a saber que te hacía tanta ilusión, te lo habría mostrado hace mucho tiempo.

—¿Ilusión? ¡Es el santo grial de los postres! —Apreté los labios de golpe. Vaya, el «modo Emma» se me encendía solo. Lo desactivé y reduje el tono para ocultar a la fan

histérica que probablemente era en esos momentos—. Gracias.

—¿A qué esperas? Léelo.

Giré el papel mientras la sangre bombeaba con fiereza en mis sienes y tragué saliva antes de empezar a leer con toda la expectación del mundo: «El secreto del tiramisú es... que no hay secreto».

Parpadeé por si mi vista me había jugado una mala pasada y lo había leído mal.

Releí.

Nada. La misma frase sin sentido.

Fruncí el ceño y lo observé.

—No lo entiendo...

—El secreto que hace que mis tiramisús sean especiales no existe. Lo inventé para una entrevista en la radio. Es un tiramisú normal, pero a los clientes les gusta porque piensan que tiene algo excepcional. Un secreto.

Fue como un guantazo con la mano abierta en toda la cara.

—¿Por qué me lo cuentas?

—Para que lo sepas por si no vuelves... Y porque si lo revelas nadie lo creería. A ninguno nos gustan las verdades que dejan nuestro selecto gusto en evidencia.

—Voy a volver. Dentro de tres semanas, ¿recuerdas? Has firmado mis vacaciones —insistí.

Él repitió.

—Por si acaso. —Hizo una pausa sin apartar sus brillantes ojos azules de los míos, decepcionados. ¿Cómo que no había secreto? Era imposible—. Marina, si lo haces, si Madrid no te atrapa y regresas...

—Cuando regreses —lo corregí, y curvó los labios.

—Cuando regreses, exige a tu jefe el puesto en la cocina del que le hablaste cuando entraste. No cedas por menos. Estoy convencido de que renunciaría a su mejor camarera por ver todo el potencial que tienes por ofrecer. Llevo meses esperando que des el paso y reclames tu sitio y tengo la sensación de que si no lo haces es porque piensas que no posees la magia, el don excepcional. Pues bien, ahora sabes que es mentira. Tienes lo que hace falta. Tienes las ganas. Confía en ti, Marina.

Confianza, mi gran enemigo en el que la psicóloga insistía que teníamos que trabajar.

Fui a hablar, pero las luces del salón principal del Carlo Menta se apagaron y mis compañeros aparecieron con una tarta en la que había tres bengalas disparadas. Sonreí como una tonta, sin comprender. En serio, solo me iba tres semanas. Tres. Tenía el billete de vuelta en la bandeja del correo.

—¿Por qué me desvelas el secreto hoy? Has tenido muchas oportunidades...

—Porque te vas... Por si Madrid hace que la balanza se incline a su favor. Las despedidas precipitan los planes. —Aclaró la garganta—. Te mereces saberlo. Pasear contigo fue agradable... como amigo —completó para que no me pusiese a la defensiva—. Los amigos se dan empujoncitos de vez en cuando, lo aprendí cuando recibí el mío.

—Madrid no me va a atrapar.

—¿Estás segura? Algo muy fuerte debe de esperarte allí, Marina. Llevas todo el día despistada acariciando la gota de lluvia que cuelga de tu cuello y... sonríes. Pero no como

otras veces. Es una sonrisa diferente. La más viva que te he visto en meses.

¿Lo hacía? Puede ser, inconscientemente, pero cabía la posibilidad.

Aquella gota...

La lluvia...

—Estoy segura. No me remplacéis. Vendré y... exigiré mi puesto en la cocina.

—Ojalá. Buen viaje, Marina.

—Gracias, Fabrizio.

Volvió a lo suyo.

Todo me pareció exagerado. Aun así, lo agradecí. Disfruté de mi dulce despedida y de una pequeña porción de tarta de chocolate blanco que comí con tenedor. Hice la maleta grande. Todavía no sé por qué. Solo que la hice. El maletón melocotón con el que cierto rubio de ojos grises se metía curvando los labios.

—¿No sabes viajar con algo más reducido, Dinamita?

—Lleno el espacio del que dispongo. Ni más ni menos. Me adapto al tamaño de los maleteros.

—Cierto. ¿Cómo eras? Un camaleón...

«¿Quién quiere ser camaleón cuando es un puto unicornio?», resonó en mi mente.

Suspiré y bloqueé el recuerdo.

Como decía, diez meses después había aterrizado en Barajas de noche, en el último vuelo, con unos pantalones negros, camiseta de tirantes blanca, tacones, la seguridad de que se trataba de algo temporal y un extraño hormigueo en el estómago que se extendía hasta las palmas de mis manos.

Cambié el peso de una pierna a otra y aguardé paciente en la sala de desembarque a que saliese mi equipaje para recogerlo de la pasarela. Luego, me monté en un taxi de la cola que se formaba a la puerta de la terminal. No fui a Villaviciosa. Pospuse el reencuentro con mi madre al menos un par de días más, con mayor motivo cuando Nana confirmó mis sospechas de que ella dormía junto a Giuseppe en el hospital.

Eloísa y yo, solas, bajo el mismo techo, uf, pésima idea. Se mascaba la tragedia. Mi padre no contaba porque, bueno, a todos los efectos era un fantasma con el que intercambiaría un par de palabras antes de que se encerrase en el despacho. Podría soportar nuestra fría indiferencia. Con mamá, por el contrario, chocaría, y no quería discutir, al menos, hasta asentarme y tener las emociones controladas.

Alquilé una habitación de hotel y, sí, debía de tener cierta «tendencia masoquista al drama», como afirmó Emma chasqueando la lengua por no poder ofrecerme su cuarto hasta que pasase la varicela; y es que, entre los cientos de alojamientos que ofrecía la ciudad, seleccioné aquel con vistas al casco antiguo, donde la cama era enorme, olía a suavizante y en la mesa descansaba un jarrón con flores frescas. El mismo en el que me acosté con Álvaro y donde su *muñeca hinchable* me propulsó directa hacia el espacio. Hacia Noah.

Donde todo empezó.

Donde ya no dolía.

Trauma sexual superado.

Me encontraba cansada. Agotada. Entumecida. Si me hubiese duchado y, tras ponerme el pijama, me hubiese metido en la cama, habría caído rendida en el acto. Sin embargo, no fue lo que hice. ¿Por qué? La culpa la tuvo la forma en que me llamó un pintalabios rojo que asomaba por mi bolsa de aseo al terminar de lavarme los dientes.

«Sabes que me prefieres al rosa palo que usas ahora. Date el capricho. Sé una última vez la chica que dejaste atrás, por los viejos tiempos.»

Los pinté.

Rojo mate.

Con los picos del labio superior bien marcados.

Agarré la cazadora de cuero negro y salí de la habitación con el pelo húmedo suelto, el carmín y el pecho acongojado, porque desde que puse el primer pie en la calle supe el lugar exacto al que me dirigía por más que me quisiera engañar. Ruido. Adónde si no.

Celebraban una fiesta de disfraces, la música rock salía despedida por la puerta cada vez que alguien la abría, había gente fuera fumando y, ¡boom!, un potente latido me atravesó las costillas.

Contuve el aliento.

El tiempo se ralentizó.

Estaba idéntico, igual, sin nada que alterase su fachada ni el callejón en el que...

«No puedes estar aquí, princesa.»

... en el que nos conocimos.

Las rodillas me fallaron y noté como el oxígeno escapaba de mis pulmones.

Entonces sucedió.

—¿Dinamita? —No. No fue Leo. Fue una desconocida vestida de Asco, el personaje de la película *Del revés*. Me quedé tan pillada porque me reconociera que no me dio tiempo a reaccionar, es decir, a negarlo y echar a correr en dirección contraria, antes de que exclamase—: Joder, sí, ¡eres tú! ¡Tú! ¡Cristina, ven! No te lo vas a creer. ¡Es Dinamita! —llamó a Ira, que cruzaba por el paso de peatones.

—*No way*... —Se quedó boquiabierta—. ¡Lucía, corre, bébetelo de un trago, Dinamita está aquí! —Miedo vació el contenido del cubata que previsiblemente traía de un botellón y se nos unió.

—¡Ay, Dios! ¡Ay, Dios! ¡Elena, cuelga a tu chica! ¡Es Marina Dinamita! —Alegría obedeció, vino volando. Por si acaso era una alucinación, me pellizcó el brazo.

—¡Susana, tía, mea rápido! ¡Dinamita ha regresado! —Efectivamente, la cabeza de una quinta chica, Tristeza, asomó por el hueco entre dos coches, sacudió el pipí y vino a nuestro lado subiéndose la cremallera.

«Bien, ¿ahora qué?»

Las cinco chicas disfrazadas de sentimientos me observaron en silencio embelesadas.

Me removí incómoda. No estaba acostumbrada a ese tipo de atención. A que me admiraran. Normalmente, las seguidoras del grupo idolatraban a Noah, a Leo, más bien al segundo, nunca a mí. Ellos sabían cómo gestionarlo. Yo estaba tan muerta de vergüenza que olvidé cómo se construía hasta la frase más sencilla.

—Eh..., hola.

—Eres mi *crush*, Marina. Por ti descubrí que me molan las tías —dijo Alegría.

¿Gracias? ¿Qué honor? ¿Me alegro por haberte ayudado?

Como tenía las neuronas colapsadas, opté por sonreír.

—Fuimos al festival solo para verte. Éramos las de la pancarta de la cuarta fila y tu nombre en las tetas —añadió Asco.

¿Perdón? ¿Hubo gente con mi nombre en sus tetas? ¿Cómo no me di cuenta?

«Porque tú solo podías, puedes, cantar mirando a Noah.»

—Aún se me pone la piel de gallina... Jo, cuando Leo gritó y los tres cantasteis fue una pasada —afirmó Ira.

—Lo fue, sí.

La nostalgia de la gira creó un nudo de tristeza.

Fuimos felices...

Tan felices, a pesar de lo poco que duró...

Los cinco en las tablas.

Los dos mientras hacíamos el amor.

—¿Vais a juntaros de nuevo? ¿Vuelves a los escenarios? —preguntó Tristeza.

—Esto..., no, no —balbuceé—. Me retiré y no tengo intención de retomarlo. Estoy de paso por un tema... personal.

—Y has venido a verlos —remató Miedo sin ocultar la decepción que le producía que el grupo no se reuniese—. Qué rabia. Si lo llegamos a saber, habríamos traído la camiseta para que nos la firmases.

—¿Qué camiseta?

—La de tu club de fans. La tía que lo lleva es majísima.

Oh..., no. El... retorno... del... moco. Socorro.

La chica estaba exponiendo que aquella «pesadilla» era «icónica», el lenguaje de una generación, de nuestros seguidores, cuando caí en un detalle de la conversación.

—¿Por qué habéis dicho que venía a verlos?

—Porque Al Borde del Abismo actúa esta noche en Ruido.

La información me arrolló. Estaban allí. A pocos metros. Ellos. La banda.

Podía irme, debía irme, o avanzar y...

Verso 3

MARINA

... verlos.

Pasé.

Después de firmar autógrafos, hacerme un par de selfis y que el portero, José, me dejase entrar.

—No me habían avisado de que vendrías. Bienvenida, Dinamita.

Cogí una bocanada de aire.

El interior de Ruido estaba a reventar. Desde mi posición en la última fila podía ver una marea de cabezas en silencio que desembocaba en el escenario. No había luz. Ni sonido. Solo confusa quietud. Podría parecer que la actuación había terminado, pero yo supe que estaban a punto de cantar otro tema. Se respiraba en la expectación contenida de los asistentes, un interés que me contagiaron.

—Tengo el ansia de la juventud. Tengo miedo, lo mismo que tú. —La voz de Leo reverberó sin acompañamiento instrumental y el estómago se me encogió.

Un foco lo iluminó por detrás. A él. Solo a él. A su silueta negra agazapada. Se hallaba en el suelo, con una rodilla

clavada en las tablas y la otra flexionada, acurrucado, hecho un bulto desconcertante y atrayente. Poco a poco levantó la barbilla mirando al cielo y lo tapó con la mano como si el firmamento lo cegara.

Cantaba *Sobreviviré*, de Mónica Naranjo, en versión rock, una nueva *cover*.

—Y cada amanecer me derrumbo al ver la puta realidad. —Dio un golpe en las tablas—. No hay en el mundo, no, nadie más frágil que yo...

Su brutal sonido se perdió lentamente, igual que si estuviese exhalando un agónico último aliento, y, cuando se iba a apagar, cuando las notas de Leo se hacían más y más débiles y encorvaba la espalda retorcido, un potente haz de luz brillante bañó por delante al nuevo bajista, que se sumó a la *performance* arañando las cuerdas.

El desconocido, que ocupaba el puesto de Noah, llevaba un disfraz cutre, un mono completamente oscuro por el que asomaban dos ridículas e infantiles alitas blancas a la espalda y una corona de angelito adherida a su cabeza con alambres.

—Pelo acrílico, cuero y tacón. Maquillaje hasta en el corazón...

Leo se puso en pie y se deslizó a su lado. Escuché gritos ahogados a mi alrededor. Mis propios pulmones se vaciaron al verlo moverse contundente. Con esa fuerza que irradiaba el rubio al pisar. Mi amigo. Vestía el mismo mono, pero sus alas eran negras, atadas por detrás, encogidas, y, en lugar de la absurda corona para niños de su compañero, llevaba una de espinas falsas que se le clavaban en la frente.

Era un ángel condenado.

Caído.

No miró al público, algo extraño en él. Se concentró en su compañero y aulló.

—Y al anochecer vuelve a florecer. Lúbrica la ciudad. —Se convulsionó con las tres palabras de la última frase como si un látigo invisible lo estuviese azotando y lo empujase para atrás, apartándolo de la luz—. No hay en el mundo, no, nadie más dura que yo...

Siguió zarandeándose hasta que desapareció de escena y se sumergió en la absoluta oscuridad. Transcurrió un segundo, menos, aunque en la piel de los allí presentes fueron siglos anhelando su presencia. Era el efecto que provocaba, ¿no?

—Debo sobrevivir mintiéndome.

Dos golpes de guitarra.

Un nuevo haz impactó, esta vez en Enzo. Llevaba un disfraz idéntico al del bajista y el pelo largo suelto y, oh, señor, era Enzo. Mi Enzo. El *influencer* de pacotilla que jamás tendría suficientes fotos de sí mismo. Creo que fue ahí cuando empecé a avanzar entre el público espoleada por una fuerza invisible. Al Borde del Abismo me atraía como si unos alambres invisibles tirasen de mi pecho.

—Taciturna me hundí en aquel bar. —Leo resurgió con los ojos clavados en los de su amigo. Caminó con firmeza hasta el guitarrista y movió las caderas insinuante, provocativo, protagonizando un baile homoerótico que humedeció los muslos de ambos sexos entre el público—. Donde un ángel me dijo al entrar. —Detuvo el sugerente movimiento y...

Suspiros generalizados.

Algún gemido.

Mi corazón se paralizó y mis músculos se estremecieron. Ahí estaba, por fin, su sonrisa burlona, insultante y ladeada que anunciaba lo que iba a suceder.

—Ven y elévate como el humo azul, no sufras más, amor.

El tercer foco se activó y Vic, ataviada como Enzo y el nuevo bajista, azotó la batería como si le fuera la vida en ello.

—Y desgarrándome algo en mi vida cambió...

El solista se situó en el centro exacto iluminado desde todos los ángulos por la luz de sus compañeros sin que ningún foco incidiese directamente en él. Alzó las manos al cielo, echó la cabeza hacia atrás, entornó los ojos y... el escenario explotó.

Y mis huesos.

Nuestros huesos.

Todos los que estábamos en ese local volamos por los aires.

Ruido permaneció un instante en penumbra y luego...

—¡Sobreviviré...!

Luego Leo cantó de nuevo el famoso estribillo acompañado de todo Al Borde del Abismo enloquecido con iluminación blanca y roja y fuego manando de los laterales. El humo los envolvió, se arrancaron los monos y... resurgieron como maravillosos ángeles oscuros.

Vic, Enzo y el bajista vestían cuero debajo. Ellos, pantalones ceñidos y tirantes. La batería, un top que ocultaba solo el pecho y bragas con medias de rejilla. Manteniendo sus alitas y la estúpida corona.

Y él...

Oh, él...

—¡Buscaré un hogar entre los escombros de mi soledad!

Leo llevaba el mismo conjunto, con las botas negras y el pecho tatuado desnudo y maquillado con el rastro de dos garras ensangrentadas que se lo abrían para arrancarle el corazón. Tiró de una anilla y las dos enormes alas de plumaje negro se extendieron. El público saltó enfebrecido. Completamente ido. Delirante.

Era él, su puñetero ángel caído de mirada ahumada, lanzándolos al infierno.

—¡Paraíso extraño, donde no estás tú...! —Ladeó el rostro y pegó la boca al micrófono de aquella manera tan suya que parecía que se lo estaba follando. No haciendo el amor. No. Practicándole sexo duro y prohibido—. ¡Y aunque duela, quiero LIBERTAD...!

Mi interior vibró. Vivió un tornado. Echaba de menos eso. El rock. A ellos. Los que estaban y el que se fue. Y tenía una mano agarrándome y tirando en su dirección sin que pudiese hacer nada por evitarlo. Solo avanzar. Avanzar. Avanzar y...

—¡Aunque me haga daño, uh, eh, eh, eh...! —rugió. Mi cuerpo se sacudió y... y... y... me vio—. Dinamita...

No se lo pensó. Leo nunca fue muy de pensar. Me distinguió entre cientos de personas y saltó con las alas negras extendidas como si volase. La gente me reconoció y abrieron un pasillo para que pudiese alcanzarme. Mientras, Vic me saludaba aporreando tanto la batería que creí que se la cargaba, y Enzo arrancó notas y más notas bestiales a la guitarra que impactaron de lleno en mi corazón. La actuación se iba a la mierda, pero no les importaba.

Preferían... Preferían... Me preferían a mí. De nuevo en Ruido después de haberlos abandonado.

Gotitas de sudor perlado le cubrían la frente con la corona de espinas al llegar a mi lado. Leo se quedó petrificado. Sus ojos grises me enfocaron como si fuera un espejismo, con aquella vulnerabilidad que rara vez salía a la superficie.

—Eres tú —dijo por fin. Mis brazos caían lánguidos a mis costados. No podía moverme. No podía reaccionar. Él lo hizo por los dos—. Joder, sí, eres tú. Tú...

El ángel caído de alas negras me envolvió para apretarme contra su pecho. Apoyé la mejilla en su cálida piel y emití un jadeo ahogado de la impresión al recibir sus pulsaciones. Mis dedos serpentearon tímidos por la parte baja de su espalda y se clavaron con desesperación en la carne cuando yo también lo abracé.

Mi amigo...

Mi mejor amigo...

—Pensaba que estabas enfadado conmigo —mascullé sin soltarlo.

Suspiró resignado.

—Lo estoy, no te confundas. Tengo un cabreo de cojones, pero me pueden las ganas de tocarte, Dinamita.

Me estrechó con más fuerza y respiró anhelante directamente de mi pelo.

Un gruñido ronco brotó de su garganta.

Mis piernas flaquearon, pero él me tenía bien sujeta.

Afianzó el contacto y entonces, tan imprevisible como de costumbre, rio.

—¿Qué te hace tanta gracia? Que estemos enfadados es muy triste...

—Hueles al perfume que echabas en el baño para camuflar el olor cuando cagabas.

Era un niño.

Quise estrangularlo.

Lo quise.

—Te odio, Leo.

—Yo te odio más, Marina.

Verso 4

LEO

Álex, uno de los dueños de Ruido, se chupó la yema de los dedos y empezó a contar el fajo de billetes, dorado y azul.

Arqueó las cejas, gratamente sorprendido por la recaudación. Fui a apoyarme en la pared, pero las alas me lo impidieron. Chasqueé la lengua. Nuestra actuación había sido la última, el garito acababa de echar el cierre y estaba para el arrastre después de que tocáramos cuatro noches seguidas colgando el cartel de *sold out*, porque ponerlo en inglés era más *cool.* Pero restaba lo más importante. Faltaba cobrar. Y ya no teníamos a un castaño peleado con el peine al que confiar esa tarea administrativa mientras el resto nos emborrachábamos como buenos roqueros sin responsabilidades.

La partida de Noah supuso muchas cosas que me pellizcaban bajo la piel; la principal, crecer.

—Joder, tíos, cada vez funcionáis mejor. Sois una maldita mina de oro. Enhorabuena.

Aquella apreciación debería haberme gustado, haber provocado que mi pecho se hinchase orgulloso. Haber dibujado una sonrisa socarrona. Era cierto, la popularidad de Al Borde del Abismo iba *in crescendo* y, mierda, parecía no tener fin. Estábamos disparados, demandados en una lluvia de llamadas ininterrumpidas que se sucedían sin control para actuar en diferentes salas, algo que repercutía directamente en nuestros bolsillos. Además, era un halago. Los halagos alimentaban mi ego de tamaño planetario. Entonces, ¿qué fallaba? ¿Por qué el mal sabor de boca al escucharlo? ¿Cuál era el problema?

«El problema es que el público lo ha olvidado, y eso te mata.»

—Tomad. Vuestra parte, según lo acordado.

Cobrábamos el fijo apalabrado con nuestro representante más un variable que dependía de lo hecho en la caja. Lo segundo, en negro. Vic, Enzo y el nuevo bajista, César, un tío muy siniestro que jamás hablaba, me miraron. Así de mal estaban las cosas si yo era el elegido para custodiar, proteger y repartir las ganancias.

—Gracias.

—También te han dejado un regalito.

El tono sugerente de su voz captó mi atención.

—¿Un regalito?

—Para ti, Leo. Con amor. Con mucho amor.

Álex me tendió un tanga rosita de encaje diminuto con, le di la vuelta, un número de teléfono.

—Está húmedo.

—El líquido *no* es agua ni cubatas derramados.

—¿Qué si no?

—Ya te lo he dicho, amor. La alemana lo ha impregnado de «profundo y espeso amor»...

Lo ojeé de nuevo con curiosidad y...

—Hostia puta. ¿Te han dado un tanga corrido, Álex? —Reí.

Era una cerdada. Las cerdadas me ponían.

—No, Leo, te lo han dado a ti. Yo voy a tener que desinfectarme las manos con lejía. En adelante, agradecería que pidas a tus fans que rebajen la jodida libido.

—Álex, Álex, Álex, no me pidas imposibles —bromeé. Definitivamente, había nacido en el país equivocado.

Enzo arrugó la nariz y puso ese aire de superioridad moral que simulaba solo porque se quería tirar al dueño, a pesar de que conocía que era hetero. «Si tú supieras la cantidad de casados que me tiran la caña en el gimnasio...», decía, a lo que yo contestaba: «No has pisado uno en tu puta vida, desgraciado».

—Qué asco —apuntó—. La gente ya no sabe qué hacer para pillar.

—Es verdad. —Me crucé de brazos y dibujé una sonrisa torcida—. Mandarte fotos del rabo por Grindr es más original.

—También envío de los *piercings* de mis pezones. Dan mucho morbo —se defendió, y añadió—: Además, ¿qué lecciones me vas a dar tú de exhibicionismo? Enseñas la polla dos veces a la semana por pasta.

A ver, Enzo llevaba razón, aunque tal acusación merecía una explicación. ¿Me desnudaba por dinero? Sí. ¿Se trataba de algo turbio de lo que sentirme avergonzado? Rotundamente, no. Era artístico. Me quitaba la ropa dos

veces por semana, y en ocasiones tres si me lo pedían, para posar como modelo en la Escuela de Bellas Artes por, efectivamente, pasta.

Al final todo, absolutamente todo, se reducía a eso. El monstruo no solo me dejó una buena dosis de taritas emocionales; nos dejó, a mí y a mi familia, una suculenta deuda que nuestros abogados negociaron y para la que papá tuvo que acabar solicitando al banco un préstamo con unos intereses de escándalo que nos habían ahogado durante años y que finalizaba, si mis cálculos eran correctos, ese mismo mes.

Que les diesen al banco y al monstruo.

Éramos libres, al fin.

Canarias, un *resort* en primera línea de playa y gambas en mitad de la noche eran cosas que cada vez sonaban menos a utopía.

—Fijo que te has tirado a la mitad del alumnado.

Enzo continuó picándome con el temita y yo...

—Soy un profesional y tengo criterio, límites, no como tú, que te metes en la boca cualquier...

Demostré con mis palabras que no era mucho más maduro.

—Vic... —Su mellizo hizo un puchero.

—Acostaos con quien queráis y comeos los rabos que os dé la gana. Tengo hambre. ¿Os hace un chocolate con churros en San Ginés? —simplificó.

Menos mal que la teníamos a ella en la banda para que el porcentaje de gilipollas disminuyese.

—Paso —respondí—. No quiero causar más problemas en el paraíso.

Con «paraíso» me refería a la casa de Íñigo en Pacífico. Muchas cosas habían cambiado desde… Noah. La primera es que vivía con mi hermano, con Nadia, que ahora era su prometida, y con el sensor que esta debía de tener instalado en el suelo para detectar cualquier ruido y cabrearse si se me hacía tarde.

Los padres de Noah me ofrecieron quedarme en el piso de Miguel Hernández, con los ojos todavía enrojecidos y bolsas moradas debajo.

—No tienes que irte porque él… No es necesario, Leo… Noah lo habría querido así.

«Noah querría seguir malviviendo conmigo. Vivir.»

Rechacé la generosa oferta.

Dos meses y medio después me enteré por Carlota de que lo habían alquilado a una pareja joven con un bebé recién nacido. A veces, cuando salía a la terraza del ático a fumar, me preguntaba si los nuevos inquilinos usarían nuestro sofá de Ikea o lo habrían cambiado, si sabrían los horarios a los que la ventana de la galería capturaba la luna y por qué Dinamita dejó de contestar una tarde…

Aproveché que mis amigos estaban a su bola para deshacerme del tanga en la papelera. Había perdido la ilusión. Puede parecer una tontería, pero la ilusión lo es todo. Todo. Bombea la sangre en las venas. Sin ella, no me entusiasmaba follar. No me entusiasmaba levantarme por las mañanas. No me entusiasmaba, y eso me jodía una barbaridad, que D’Artacán se hiciese un ovillo en mis pies para calentarlos.

No me entusiasmaba nada.

Tampoco cantar las mismas canciones con espectáculos cada vez más currados porque no teníamos nuevo repertorio, porque sin compositor toda nuestra música era pasado. Aburrido, monótono, inalterable y repetitivo pasado. Para mí actuar suponía pasármelo bien. Salir al escenario era el chute de endorfinas que me permitió dejar atrás otros vicios más peligrosos. Pero, ahora, ahora ni siquiera quería meterme un jodido tripi o fliparlo con él, maldita sea. Estaba apagado. Apático. Y eso me daba miedo. Sabía lidiar con la rabia y el dolor, no con el vacío. La última vez que nos vimos las caras terminé en aquel puente de la M-40 del que Noah me bajó. Pero él ya no estaba y extrañaba sentir, que los días dejasen de ser una sucesión infinita de horas, minutos y segundos que pasaban inadvertidos, sin pena ni gloria.

Necesitaba experimentar una chispa, algo que me activase, algo que...

«¿Seguimos siendo amigos?», apareció escrito con pintalabios rojo en el espejo de mi camerino.

... algo que me hiciese sonreír de verdad, con el pecho y no con la boca.

Curvé los labios.

—Sal de tu escondite, acosadora.

Necesitaba una amiga, pero no a una cualquiera, sino a la mejor.

Necesitaba a Dinamita.

Verso 5

LEO

No guardo grandes recuerdos del instituto. Los profesores no tenían muchas expectativas conmigo y a mí tampoco me interesaban ellos. Nos tolerábamos, suficiente. Pero aquella madrugada, cuando Marina surgió de detrás de la cortina donde un día se escondió después de que Vic la ayudara a cambiar su *look* y yo la llamara «unicornio», cuando la vi con sus pantalones negros, la camiseta blanca de tirantes y los gloriosos incisivos de conejo asomando por la boca entreabierta, evoqué uno. No el mejor. Solo eso, uno.

En tercero de la ESO fuimos de excursión a una galería pija del centro a ver una exposición. Todo el mundo parecía entusiasmado por la visita cuando cogimos el autobús, sobre todo porque era con José Antonio, el profesor joven y guay de Cultura Clásica que se esforzaba en hablar nuestro idioma, es decir, soltaba más tacos de los que debería y era mordaz al vacilarnos. Gracioso.

A mí también me apetecía ir de excursión, cualquier cosa que supusiese perder clase unas horas y encontrar el hueco para escaparme y fumar contaba con mi voto. Y en esas

estaba, quedándome rezagado para salir por la puerta lateral que había localizado nada más entrar, cuando lo vi.

No fue algo místico ni ninguna fuerza sobrenatural tiró de mí en su dirección, simplemente tanta sangre llamó mi atención. Era un cuadro. Uno de los que no buscaban destacar, recluido en un rincón con el nombre del artista escrito en un pequeño cartel. En él salía una chica, descalza y desnuda, con el pelo largo negro cayéndole por encima de los hombros. Tenía el pecho reventado a la altura del corazón, que sostenía entre sus manos ofreciéndolo a quien parase delante, a mí.

Por su vientre caía una cascada de sangre que seguía circulando por sus piernas y goteaba en el suelo porque, joder, todo el mundo sabía que, si te arrancaban el corazón, había consecuencias. Se trataba de una imagen *gore*. No apta para ojos sensibles. De hecho, la gente apartaba la mirada con una mueca de incomodidad al pasar por su lado mientras yo me encontraba cada vez más y más embrujado.

Quiéreme era su título y representaba entregarlo todo en una relación.

O eso ponía en el cartel.

Pero no fue la explicación lo que me cautivó. Fue el asunto central. El corazón desprovisto de la inocencia con la que siempre lo encarnaban con las dos curvas superiores y el pico abajo. Este estaba hinchado, húmedo, con venas palpitantes y arterias. Tan realista que casi podías sentirlo resbalar de la palma de tu mano si osabas cogerlo. El órgano era tan auténtico que impresionaba, asustaba, pero es que, mierda, un corazón fuera de la caja torácica que lo protegía no tenía que ser bonito precisamente.

Era verdad.

—Qué grotesco —dijo una mujer detrás de mí.

—Señora, usted no tiene ni puta idea de arte —contesté.

José Antonio me castigó y no pude fumar. Sin embargo, esa no era la historia... De hecho, no había historia, solo una excursión en la que vi un cuadro que me flipó y pagué por responder mal a un adulto. Jamás había pensado en él y su imagen nunca había acudido a mi mente como un destello fugaz hasta que, pues eso, Dinamita apareció. Entonces lo rememoré. El corazón.

Podía hacer como si nada. Como si lo que me vibraba debajo de las costillas a su paso fuera uno de los corazones bellos, infantiles, que se dibujaban en folios, paredes y portadas de libros, falso, o... complicarlo un poco más, asumir que mi órgano se parecía más al corazón *grotesco* del cuadro y confesarle a Marina, confesarme, que su ausencia me había hecho daño. Hacerlo... real y, tragué saliva, por una vez ser sincero, aunque fuese un camino menos agradable, resbaladizo, repleto de venas, arterias y un órgano hinchado.

—¿Cómo que acosadora?

Marina eligió el primero, el fácil.

Supongo que esperaba que pusiese mi sonrisa socarrona y le contestase algo similar a «conoces este laberinto a la perfección, no me creo que te hayas perdido para terminar precisamente aquí», guerrear un rato y asunto solucionado. Mi moto arrancando y ella enlazando las manos a mi cintura para que la llevase de vuelta a casa.

Era el final perfecto para un reencuentro, pero no era el que merecíamos. Merecíamos algo más. Merecíamos la

verdad.

—No voy a participar en este juego, Dinamita.

—¿Qué juego? —Frunció el ceño. Dudó. No sabía por dónde iba y la entendía. Yo nunca daba explicaciones, tampoco las pedía, pero es que normalmente la gente me la sudaba. Eran personas de paso. Si una se iba, otra llenaría su hueco. Lástima que ella me importase lo suficiente como para romper mis esquemas de acción. Habría sido más sencillo para los dos si fuese una más y no… Marina.

—El que te propones.

—No me propongo nada.

—Oh, sí, lo haces. Te propones mucho —clavé mis ojos en los suyos, cogí una bocanada profunda de aire y hablé con seguridad y calma—, te propones que finja que no llevo diez puñeteros meses con un taladro en el cerebro y una angina de pecho para sentirte bien, y, lo siento, pero no estoy dispuesto. ¿Qué mierda es esto? —Señalé el espejo con un movimiento seco de barbilla.

—Un mensaje con pintalabios.

—No me jodas, Marina, eso ya lo sé. ¿Qué significa?

Adivinó que la reconciliación no iba a ser simple y se alteró. Profundizar en las emociones, el gran temor de Marina Roig que ella creía superado.

—Tú hiciste lo mismo, Leo.

—Lo mío fue un mensaje de ánimo. Yo jamás dejaría el futuro de nuestra amistad en manos de un interrogante.

—¿Qué harías?

—Para empezar, habría bloqueado la puerta.

—Nos encerrarías, bien, ¿y después?

—Después me plantaría delante, te miraría fijamente a los ojos y te diría: «De aquí no sale ninguno de los dos sin que lo hayamos arreglado».

Me acerqué a ella hasta que estuvimos tan cerca que podía percibir el aliento que se le escapaba de la boca y su ligero temblor. En serio, ¿qué se guardaba para protegerlo con tanto empeño?

—¿Por qué no puedes ser como el resto, Leo? Vic y Enzo me han perdonado sin más, sin reproches.

Llevaba razón. Nuestros colegas lo habían hecho. Terminar el concierto, bajar, hablar con ella y que todo estuviera perfecto. En mi caso, una vez pasado el *shock* inicial de encontrármela sin esperarlo como una puta aparición divina...

En mi caso era más difícil.

—No soy como ellos, Dinamita.

—Todos éramos amigos. —Nos situó al mismo nivel y, a pesar de leer en sus pupilas dilatadas que mentía, escoció.

—A ellos no les colgaste ni los dejaste en «leído» durante semanas.

—¡Porque no me llamaban a todas horas!

—Exacto. Apuesto a que ni Vic ni Enzo se acostaban valorando cruzar el jodido Mediterráneo a nado solo para comprobar que estabas bien.

—¿Tú lo hacías? —titubeó.

No me tembló el pulso al reconocerlo.

—Todas las putas noches.

Sonreí con cierta amargura.

Habían sido meses duros, durísimos, de silencio al otro lado del teléfono y de incomprensión. A la pérdida de mi

apoyo fundamental me vi obligado a sumar la de ella, inesperada y desquiciante. Una ausencia lacerante que me carcomía y me oxidaba a cada día que pasaba sin noticias suyas, desangrándome en absurdas teorías que explicasen lo inexplicable. No fueron pocas las veces que repasé nuestra última conversación hasta rozar un puntito obsesivo buscando hallar el instante preciso en el que la había cagado, sí, yo, una amplia trayectoria avalaba que solía ser el que la jodía con mayor frecuencia. Tenía todas las papeletas de haberla liado sin querer. Pero nada. No encontré ni una frase, ni una palabra, un punto o una cochina coma que lo justificase.

Marina no fue capaz de sostenerme la mirada. La bajó. La muy cobarde. Sus ojos se deslizaron por mi pecho en busca de un puerto seguro en la tinta en el que afincarse. El tatuaje en honor de Noah: «Nadaré hasta que volvamos a vernos». Aquello me escoció, no voy a negarlo: que rehuyera de mí, que me tenía enfrente, para encontrarse con él en mi cuerpo y poder respirar con las pulsaciones relajadas.

Siempre habíamos sido una relación a tres con clara preferencia hacia una de las partes. Lo aceptaba, me molaba, el mejor trío de toda la maldita historia. Pero él no estaba en el almacén de Ruido arrastrando semanas de insomnio, el que se encontraba allí era yo, por una vez Dinamita tenía entre manos algo conmigo que no involucraba a Noah y quise que me prestase atención a mí, solo a mí.

Coloqué un dedo en su mentón para obligarla a mirarme.

—Estoy aquí. Aquí.

—Lo siento, ¿vale? Siento muchísimo haber desaparecido.

Estudié su expresión inquieta. Había más y necesitaba saberlo todo.

—No es suficiente.

—¿Qué quieres que te diga?

—La verdad, a estas alturas de la película no me conformo con menos.

—¿Y si no hay razón?

Algo se retorció en mis entrañas. La rabia ascendió por mi garganta.

—Estamos jodidos. Si fuiste capaz de deshacerte de mí sin motivo, lo mejor es que no volvamos a vernos, Dinamita. Pensaba que estarías arrepentida, pero ahora creo que ni siquiera recuerdas el día que sucedió.

La solté y fui al tocador. Tomé asiento y agarré con brusquedad uno de los paquetes de toallitas húmedas desmaquilladoras. A Nadia no le importaba que el hermano pequeño de su prometido se maquillase, pero llevaba fatal que ensuciara sus adoradas toallas de puntilla blancas. Saqué la primera y la pasé por el ojo izquierdo retirando la suciedad de las sombras, luego fui a por el derecho.

Marina se mantuvo callada en el mismo sitio. La contemplé a través del reflejo del espejo. Su silueta, apartada y a oscuras, pequeña en un lateral, contrastaba con la mía, iluminada por las bombillas en un primer plano con las alas asomando por la espalda. El cristal nos hacía parecer bastante más apartados que la distancia real que nos separaba en el camerino, tanto como distaban nuestros sentimientos.

—Vete a casa. Son las seis y media de la mañana. Estoy cansado.

—¿De la actuación?

—De esperarte.

La recorrió un escalofrío que no se molestó en disimular. Mi carne también se puso de gallina. Era el final, y menudo final de mierda, con todo lo que habíamos vivido, con todo lo que podríamos haber sido... Asintió, se dio la vuelta, cogió el pomo de la puerta, la abrió y... la volvió a cerrar quedándose dentro del camerino.

—Fue un martes, a las cuatro y dieciocho minutos —dijo en voz baja antes de girarse—. Te mudabas a Pacífico, al piso de tu hermano, acababas de terminar de empaquetar tus cosas y me enviaste un selfi.

Recordó. Lo hacía, sabía el instante exacto en el que lo nuestro se torció.

Genial, que me lo aclarase.

Me levanté de la silla y me apoyé en el borde de la madera del tocador. No hablé. Esperé a que continuase y a que, con algo de suerte, me dijese el nombre de la espina que llevaba clavada en el bazo desde entonces para poder extraerla.

—Era una foto de las tuyas, desenfocada. Salías haciendo un mohín, sin camiseta, y al fondo... —me fulminó con sus ojos verdes antes de zanjar—, al fondo estaban las flores.

Un segundo, ¿ya estaba? ¿Era todo? Por mi propia cordura esperaba que no.

—Marina —pronuncié perplejo—, ¿te has tirado diez meses sin hablarme porque no te gustó cómo hice una foto?

Entre todos los escenarios contemplados, ese nunca se me había pasado por la cabeza. Había que reconocerle el mérito.

—Al fondo estaban las flores —insistió con una mirada acusadora que me desubicó por completo.

—Eso ya lo has dicho. —Arrugué confundido el ceño. Algo no iba bien. ¿Qué?

—Creo que no lo has entendido. Al fondo estaban las flores, *vuestras flores*, las abandonabas.

—Pues claro, Nadia es alérgica, te lo conté. ¿Qué pretendías que hiciera? ¿Intoxicarla?

—Te desprendías del jardín, tú, que jurabas adorarlo, como si tuvieses derecho a hacerlo... Como si no valiese nada. Nada.

Los ojos se le anegaron de lágrimas. No precisé más para ponerme en pie y acudir a su lado. Joder, aquello era más grave de lo que imaginaba. Intenté consolarla y retrocedió un paso. De repente comprendí que Marina no necesitaba un pañuelo, necesitaba desbordar, expulsar litros de rabia e impotencia contenida para limpiarse por dentro, mientras yo no hacía nada más que estar.

—Pronto serías como los demás y no podía permitirlo —habló.

—¿Cómo son los demás? —inquirí suave.

—Piden cosas sin llegar a verbalizarlas, con gestos.

—¿Cuáles?

—Que lo supere, que no esté triste, que no diga que Noah es mi novio, en presente.

Verla tan mal, tocando fondo, no me partió el alma, me la recompuso para poder ayudarla. Esa noche aparté mi dolor

y decidí quedarme con un poco del peso del suyo, sabiendo que algún día, quizá mañana, tendría que ser al revés. A lo mejor así, compartiendo, los dos lograríamos salir adelante. Sobrevivir.

Dibujé una sonrisa torcida.

—Encima te ríes. Ya sabía yo que era mala idea.

—Sonrío porque de todas las cosas absurdas que has pensado de mí, y son muchas, esta se lleva la palma. Dinamita, yo... nunca forzaría tu velocidad. Cuando quieras correr, pues eso, pisaré el acelerador a fondo y correremos juntos, y cuando necesites disminuir el ritmo tendré el freno preparado... Y Noah... —Deshice el nudo que se me formaba en la garganta—. Noah es tu novio, en presente, aunque se haya quedado en el pasado, que nada ni nadie se atreva a hacerte dudar de eso jamás.

Ella me miró agradecida. Alzó la barbilla y apretó los puños a ambos lados de su cuerpo. Luego habló.

—Leo, seguimos siendo amigos, en afirmativo —ordenó. Esa sí era mi Dinamita.

—Siempre, pequeña.

CANCIÓN 3

Nosotros

Verso 1

LEO

Llegué a la casa de Íñigo en Pacífico. Después de nuestra desafortunada primera impresión, Luis, el portero del edificio, y yo estábamos forjando una «entretenida relación».

Vivía detrás de la portería, en un piso aledaño, con su mujer y sus dos hijas gemelas. Los lunes por la mañana, cuando yo volvía del concierto de la noche anterior, aparecía por allí justo cuando las chicas, rubitas y de ojos claros, de unos doce o trece años, salían con el uniforme listas para ir al instituto. Siempre se repetía el mismo ritual: una de ellas, no me quedaba muy claro cuál, dejaba caer un bolígrafo «accidentalmente» al suelo, yo me agachaba a recogérselo, se lo entregaba, y ella me daba las gracias con

las mejillas encendidas sin mirarme para acto seguido alejarse entre adorables risitas nerviosas a las que su hermana se sumaba.

—Hoy hace buen día para limpiar la escopeta de caza que guardo en la garita, ¿no crees, muchacho? —hablaba entonces Luis.

Era una amenaza, por si se me pasaba por la cabeza hacer algo con las niñas, que no era el caso, joder. Tenía decencia. Lo que no tenía era vergüenza.

Le sonreía de lado.

—No me queda claro, ¿cuándo dices que puedo empezar a llamarte suegro?

Él me gruñía y la curvatura de labios de mi boca se ensanchaba. Qué le íbamos a hacer. Sentía debilidad por la gente gruñona. Siempre me han hecho mucha gracia.

—Tú y mis hijas a un metro de distancia —decía poniéndose serio.

—Te reservaré un sitio a mi lado en las cenas familiares.

—Que sean dos metros.

Me marchaba riéndome escaleras arriba. Era absurdo, el día que sus hijas quisieran follar, lo harían por mucho que le sacase brillo a una escopeta de dudosa existencia. Aquellos encuentros me daban vidilla. Me ponían de buen humor antes de irme a la cama, aunque ese día además tenía otro motivo para estar contento: un motivo de ojos verdes y pelo negro que acababa de dejar en la puerta de su hotel.

Paré de pensar en ella al llegar al descansillo de la casa de mi hermano. Allí, en el sobrio felpudo negro de la entrada, comenzaba una prueba de memoria y habilidades

que requería de mi total concentración denominada «no despertar a Nadia».

La prometida de Íñigo me caía bien, a pesar de decir Primark pronunciando «praimaak» en perfecto inglés y de intercalar palabras de esa lengua en mitad de las frases para sonar más profesional al narrarnos su día a día: «He tenido una *call* después del *briefing* con un *sponsor* para presentarle nuestro *branding*».

Era formal, un poco estirada, y trabajaba en el Departamento de Marketing de una gran compañía con un cargo que por supuesto escribía en inglés en su perfil de LinkedIn. Quejarse regía la dinámica de su existencia. Para conseguir un ascenso y, una vez logrado, todavía más. A veces me preguntaba por qué las personas se esforzaban tanto en ser infelices, pero qué iba a saber yo, no me había tomado nada en serio en la puta vida.

En fin..., se podría decir que Nadia era lo opuesto a mí; sin embargo, tenía muchos rasgos que admiraba. La seguridad, la constancia y que era buena persona. En realidad, lo último era suficiente para que me gustase para mi hermano, aunque tenía TOC, un montón de TOC que me acojonaban al llegar a casa si olvidaba alguna de sus manías. Reglas. Los zapatos en el zapatero de la entrada, en la balda inferior los míos, en la de en medio los de Íñigo y en la superior los suyos; las chaquetas al armario colocadas por color y longitud, con las perchas mirando en la misma dirección; y las llaves en la bandeja de cobre, pero no sueltas de mala manera, no, en orden, apiladas, la del piso, la del portal y la del buzón, por tamaño. Con tanta norma

era inevitable que la cagase; aun así, lo intentaba, que joderla no fuese por mi falta de empeño.

Abrí la puerta y la cerré con suavidad.

Fuera zapatos, chaqueta y llaves. Piso. Portal. Buzón. Primera prueba superada. Restaba la más importante. Íñigo había currado en el hospital toda la noche y Nadia había pedido el día libre para no sé qué movidas de la boda, así que estaban en la cama, dormidos. Debía evitar por todos los medios despertarla.

D'Artacán vino a recibirme.

Los de la protectora no habían dado señales de que le hubiesen encontrado casa y yo tampoco preguntaba. Serpenteó entre mis piernas ronroneando. No por amor, por interés. Teníamos el pacto no escrito de compensarlo con una suculenta lata húmeda de salmón cuando lo dejaba solo muchas horas. Aquellas muestras de cariño solo eran su forma de reclamar lo que le pertenecía.

—Gato gordo y aprovechado. —Reí divertido y al instante me arrepentí. No por llamarlo así, era con afecto, lo que me preocupó fue que ella me hubiese oído.

Afiné el oído, contuve el aliento y nada, ningún grito. Me había librado por los pelos. En adelante, tenía que ser más precavido.

El gato y yo fuimos a la cocina de diseño. Todo allí lo era. Se habían gastado una pequeña fortuna en contratar a un profesional que los ayudase con la decoración. Más bien Nadia. Íñigo colaboraba con... Su nómina iba para el monstruo. Este se había encargado de endeudarnos a todos, pero ya se había acabado. El peligro de que embargasen la casa de papá dejaba de acecharnos. Cualquier vínculo con

el hombre que me robó la inocencia estaba roto, excepto los que cargaba dentro de mí, esos nunca se irían.

Le serví el manjar a D'Artacán consciente de que en cuanto la masa rozase el bol me despediría de sus mimos hasta nuevo aviso. Todo parecía ir sobre ruedas. Beber un vaso de agua y a la cama. Nada hacía presagiar lo que estaba a punto de ocurrir, y sucedió en este orden:

1. Botella de agua mal cerrada en la nevera.

2. Tapón que cae al suelo.

3. D'Artacán deja de llenarse el estómago y lo mira con curiosidad.

—Ni se te ocurra hacerlo.

4. Garras desobedientes empujando el plástico que choca con la pared.

5. Aliento contenido.

—¿A ti te parece medio normal que tu hermano venga a estas horas de diario?

6. Leo jodido.

—La que me has liado. —Chasqueé la lengua. Mierda, Nadia se había despertado. Tocaba que saliese hecha un basilisco, agachar las orejas y disculparme… Pero esa noche pasó algo diferente.

—Estoy harta, Íñigo. Harta.

Esa noche se cansó.

—Hablaré con mi hermano para que la próxima vez sea más cuidadoso y no haga ruido —contestó medio grogui el aludido. Mientras que ella se despertaba por el batir de alas de una dulce mariposa, Íñigo caía en coma al rozar el colchón y permanecía así hasta la mañana siguiente.

—No estoy harta del ruido, estoy harta de la situación. ¿Hasta cuándo se va a prolongar?

—Shhh. ¿Podrías bajar la voz? La puerta está abierta. Puede oírnos.

Demasiado tarde.

—Podría, pero no me da la gana.

Nadia resopló.

Me fui algo tocado al salón y cerré detrás de mí para dejar intimidad a la pareja en una discusión de antemano perdida por Íñigo. Era de cajón que no tardaría en aparecer con sus calzoncillos blancos holgados por debajo de las rodillas y la camiseta de tirantes del mismo color...

Vino a los tres minutos.

Llevaba las gafas torcidas y el pelo pegado en uno de los laterales por el sudor.

Bufó irritado.

—¿Estás bien? —pregunté.

—Dame un cigarro.

Lo examiné. La pelea excedía los límites a los que estábamos acostumbrados. Normalmente, sus discusiones eran más sencillas, rutinarias, comemos en casa de tu padre o en la de los míos, y de fácil solución. Una copa de vino tinto, una conversación de adultos y el sonido amortiguado de los muelles de su cama mientras practicaban sexo. Que Íñigo estuviese allí al borde del colapso sin intención de descorchar una botella no auguraba nada bueno. Me preparé.

—El cigarro —reclamó.

—Tú no fumas —le recordé por si le había reventado el cerebro y olvidado el millón de veces que me había repetido

durante los últimos diez meses que el piso era un espacio libre de humos.

—He cambiado de opinión —repuso con la expresión de un crío de cuatro años enrabietado.

Suspiré. Me tocaba ser el adulto. Lo detestaba.

—Íñigo, cálmate. Ni siquiera sabes cómo se da una calada.

—¿Que no sé qué? Me saqué Medicina a la primera, Leo. Estoy capacitado para encender un mechero, aspirar y para bastante más.

Puse los ojos en blanco.

¿Íñigo soltando comentarios con prepotencia y aires de superioridad era una novedad? Pues espera, sí. Hacía mucho que había renunciado a ese exasperante hábito, más o menos desde la noche que llamé a su timbre desesperado y le conté mi secreto enterrado.

Aclaré la garganta y crucé los brazos a la altura del pecho. Luego le hablé como a un niño chico.

—No te lo voy a dar.

—¿Por qué?

—Porque no. Es una gilipollez y... Nadia me quiere fuera, ¿verdad?

No contestó directamente. En su lugar dijo:

—También es mi piso. —Esbozó un gesto sombrío.

OK, le había dado un ultimátum. De nuevo, me vi en la disyuntiva del corazón. Podía hacer como que Nadia no estaba en lo cierto y calentarlo, o asumir la alternativa que menos me beneficiaba y que era la real. Ellos dos se iban a casar, a formar una familia, y yo sobraba.

—Lleva razón. Debería irme. Vine aquí de manera provisional... y la visita se ha alargado casi un año. Mi grata presencia no se sostiene. Bastante ha aguantado sin plantarme las maletas en la puerta.

Íñigo se sentó en su lado del sofá con la cabeza enterrada entre las manos. Rumió por lo bajo.

—¿Qué dices? No puedo oírte —lo insté a descubrirse. Me miró con los ojos entornados.

—Decía que él no te habría dejado solo. Soy un mal hermano.

Vale, todo esto iba de Noah. Encajaba. Íñigo tenía la enfermiza obsesión de compararse con mi amigo. Él habría hecho esto... Él habría hecho lo otro... ¿Qué diablos sabía? No lo conocía. Supongo que obsesionarse con la persona que me salvó era su manera de enfrentarse a la culpa por no haberlo hecho él mismo. Pero es que Íñigo nunca sería Noah. No quería que lo fuese, maldita sea. Puede que yo no me deshidratase por las esquinas en nombre del bajista, pero tenía bien claro que era irremplazable, que me acompañaría siempre. En presente, como hacía Dinamita.

Íñigo no podía colarse en el espacio de otra persona.

Lo necesitaba en su papel.

Ocupando su hueco.

—Noah tenía veintiún años cuando murió. Si hubiese llegado a adulto, ten por seguro que me habría puesto de patitas en la calle sin contemplaciones para obligarme a hacer algo con mi vida. No puedo estar para siempre ocupando casas ajenas. Necesito madurar. Y que me tratéis como a un niño indefenso no ayuda. Me acomodo, joder.

Apretó los dientes.

—De pequeño no te protegí.

—Nadie podía hacerlo.

—Yo sí, era el mayor.

—Íñigo... —retiré una costilla para hablarle desde la verdad hasta que se tornase un infierno—, no te diste cuenta porque al principio... Al principio me gustaba ser su elegido. Aunque hubieses sospechado, yo lo habría negado todo. Lo habría defendido... Él... Yo...

Experimenté un escalofrío desagradable.

«Sabes que me quieres, Lucero. Ambos nos amamos. Somos el más puro ejemplo de amor.»

Se dio cuenta de que mi mandíbula se tensaba y las venas se marcaban.

Cambió de tema.

—¿Adónde vas a ir?

La voz de mi cabeza cesó.

¿Adónde?

—A casa del viejo. Me recibirá con un buen plato de cocido. Siempre he sido su ojito derecho. —Sonreí.

Acaricié el colgante que pendía de mi cuello. El mundo de Noah continuaba en orden. El mío era un auténtico desastre.

Verso 2

MARINA

—Espera un segundito de nada —se oyó a Emma trastear fuera de plano. Al volver, traía consigo un puñado de folios con caras de diferentes personas famosas impresas que podían ir desde Jennifer Lawrence a Obama. Los extendió encima de su cama, sobre la almohada, inclinados para que se mantuviesen de pie, y tomó asiento de nuevo frente al objetivo del móvil anclado en un trípode—. Ahora sí que sí. Tu público aguarda, Giuseppe. Esperamos una anécdota a la altura de las altas expectativas que ha creado el titular. No escatimes en detalles.

Mi mejor amiga me había pedido que la avisase cuando fuese a visitar al italiano al hospital para hacer una videollamada. Emma no estaba llevando bien el confinamiento y miedito me daba pensar en lo que podía salir de allí el día que el aislamiento forzoso finalizara...

El que sí que estaba bien era Giuseppe; con una herida que le cruzaba la pierna con grapas en forma de ciempiés, pero bien. Tan bien que repetía su prodigiosa hazaña a cualquiera que le preguntara añadiendo una pizquita de

exageración extra en cada ocasión, como buen napolitano que era.

—Viejo deslenguado. No conoces la vergüenza —le decía Nana esbozando una sonrisa dulce.

—Ni quiero que me la presentes, *amore*.

Había acudido a la habitación a primera hora de la mañana tirando del asa del maletón melocotón. Nada más despertarme y darme una ducha rápida, justo después de hacer el *check out*. Mi plan era no postergar el encuentro con mi madre más allá de esa misma noche, cuando el horario de visita del hospital acabase. Quién sabía, lo mismo me iba igual de bien que con Leo. *Spoiler*: no. Pero era algo a lo que tarde o temprano tendría que enfrentarme, mejor temprano, para preocuparme (o cabrearme) por lo que realmente sucedía y no por el centenar de teorías y proyecciones con las que me torturaba mi endemoniada cabeza, que trabajaba sin cesar.

Giuseppe acabó de relatar el incidente *fare l'amore*, y Emma se quedó reflexionando. Temblé. Por aquel cerebro en cuarentena solo podían pasar malas ideas.

—Conozco a un tío del *Final Fantasy*, que a su vez conoce a otro, y este a otro que está de becario en la redacción de Antena 3, ¿o era Telecinco? ¡Qué más da! Podríamos contactar con él. El mundo se merece más historias como estas en *prime time*, entrañables.

¿Hablaba en serio? Evidentemente, sí. Los tentáculos de mi amiga se extendían al monte Olimpo o, en su lenguaje, el internet más profundo. Si se lo proponía, pondría a todo ForoCoches a trabajar en la causa, y por la cara de Nana era algo que debía evitar. Por Giuseppe, no, él estaba más que

encantado imaginando a Matías Prats dándole paso en directo para colarse en millones de hogares con su salto del tigre.

—No te creas que no lo he pensado, *ragazza*...

—¿Selfi? —anuncié tratando de distraerlos, y lo logré. Me situé delante, levanté el brazo para abarcar lo máximo posible y disparé.

—Ni se te ocurra subirlo a redes sin mi doble *check* de visto bueno, nena —amenazó Emma, para a continuación añadir—: Qué tonterías digo. Eres tú, Marina Roig, llevas sin actualizar tu perfil desde que te dejaste el móvil desbloqueado cuando estábamos en Roma y me encargué de darle algo de vidilla.

—Acto sin mi consentimiento que juraste que no repetirías —le recordé. Colgó una foto mía a puntito de echar los pulmones por la boca gateando mientras subía a la cúpula del Vaticano.

—Lo sé, lo sé, aunque conseguimos quince «me gusta». Eso, teniendo en cuenta que tus seguidores son veinte, es un índice de interacción buenísimo. Deberías replantearte darme todas tus contraseñas y que gestione tus redes.

—No.

—Allá tú. Las *influencers* ganan una pasta.

—Prefiero el anonimato.

Un recuerdo me sacudió.

«Emma, ¿podrías enumerarme todo lo que has maquinado en mi ausencia sin mi consentimiento, por favor?»

«Club de fans, página web y foro. Ah, y *merchandising*. Por ahora solo consta de camisetas, pero en futuras

entregas incrementaremos el *stock* con tacitas, llaveros, chapas, funkos...»

Hubo un día en el que fui Dinamita y ella iba a ser algo así como mi representante...

Tragué saliva para deshacer el nudo que se me acababa de formar.

Dinamita...

Giuseppe le preguntó por las redes sociales y Emma, estudiante de diseño gráfico con clara tendencia a *community manager*, le explicó cómo funcionaban, por qué mi *feed* apestaba, y dio un giro de ciento ochenta grados en la estrategia de medios del incidente *fare l'amore*.

—Tenemos que hacerlo viral, Giuseppe. En Twitter. Es una comunidad en la que esta clase de contenidos funcionan. Lo visualizo, *trending topic* y Ana Milán compartiéndolo con el gato de los corazones en los ojos.

Chasqueé la lengua. Mi maniobra de distracción no había funcionado. Nota mental: escribirle un whatsapp para pedirle amablemente (bajo amenaza de asesinato) que se estuviese quietecita por el bien de la pobre Nana. Una cosa es que hubiese aceptado que todo el personal sanitario, de la limpieza y nosotras estuviésemos al corriente de su innovadora vida sexual y que nos riéramos con ello, y otra que se enterasen toda España y Latinoamérica.

Observé la infructuosa foto.

Aparecíamos los tres, con la pantalla brillante del móvil de Nana desde el que habíamos llamado a Emma en un lateral. Yo salía mal, fatal. Todo el mundo sabe que quien lanza el selfi siempre se lleva la peor parte. Es un hecho indiscutible. Atrapé el labio inferior con los dientes. Ya que lo

primero no había funcionado, podía darle otro uso. Había alguien que disfrutaba a lo bestia con ese tipo de imágenes que a mí me horrorizaban... Leo.

Cuando vivía en Roma y nos hablábamos le dio por que nos comunicásemos de ese modo. Por selfis.

—Nos ahorramos escribir y que se malinterprete el tono. Todo son ventajas —afirmaba ante mi reticencia, y yo pensaba: «Permíteme que lo dude». Las fotografías no me han gustado nunca, menos aún cuando era mediodía, hacía un calor criminal, el flequillo se me pegaba a la frente y me caían gotitas de sudor por el bigote, como ese día del que me estaba acordando.

—¿No te sirve solo con el monumento?

—Nop. Las piedras me la soplan, a quien quiero ver es a ti.

—Hablamos del Coliseo, Leo, el Coliseo.

—Y la puñetera Marina Dinamita. No me engañas. Háztela.

Bufé y colgamos. Claro, para él era fácil, el objetivo lo adoraba. A mí no. O a lo mejor era yo la que no me quería exteriormente de la forma en que Leo adoraba sus pectorales tatuados, cosa que no trataba de disimular.

Tomé una foto rápida y ni siquiera la revisé antes de darle a «enviar». Si lo hacía, gastaría la memoria del móvil y aun así no estaría satisfecha con el resultado de ninguna. A todas les sacaría algún fallo. Para eso era un poco Enzo.

Aguardé.

JODER.

«Grabando audio» apareció en la pantalla. Me detuve en la vía Domenico Fontana al lado de una chica que pintaba con espray de colores un lobo aullándole a la luna llena. Al

cabo de un rato recibí su audio; si bien no duraba tanto como los pódcast de Emma, excedía los dos segundos habituales para contestar: «¿vas a salir así a la calle?», «sí», «¿tienes sentido del ridículo?», «no», «jamás habrá un documento gráfico mío en biquini», «venga ya» y «¿alguna vez usas camiseta?», «quince minutos al día».

Antes de oírlo, ¿te ha picado una avispa en el párpado?

¿De qué hablas? No.

Entonces, adelante. Deléitate con mi sonido, pequeña.

Le di al «play» e inmediatamente me llevé el móvil a la oreja. A saber lo que podía salir de esa boca durante treinta segundos. Confieso que me sorprendió lo que oí. Fruncí el ceño. Leo no decía nada, solo se reía.

¿Me has mandado un audio riéndote de mí?

También te dedico unas emotivas palabras al final.

Lo pasé y... «ojo pipa». Ese era el final de escuela infantil del audio.

¿Ojo pipa? Eres un ser detestable.

Y tú acabas de poner los ojos en blanco. No lo niegues, Dinamita ☺️.

No lo hice y, de alguna extraña manera, supe que adivinar mi expresión lo hacía tremendamente feliz. «Ese gesto tan tuyo, pequeña...»

Mi turno.

Y envió el selfi en el que aparecía haciendo un mohín lastimero, sin camiseta, y las flores...

Cómo dolieron las flores de la mudanza... Ahora sabía que no tenía razón al sacar conclusiones precipitadas fruto del sufrimiento. Leo era un buen amigo. «Las personas en las que confía se pueden contar con los dedos de una mano

y está sacando la siguiente para incluirte», evoqué la voz de Noah. Pues bien, no quería que eso cambiase, que se arrepintiese de haberme perdonado, y si para lograrlo tenía que hacer algo tan impropio de mí como mandarle por voluntad propia un selfi en el que seguramente no saldría demasiado favorecida, lo haría. Lo hice, de hecho. Al solista no le iban las grandes declaraciones sentimentales, era más de gestos estúpidos que le sacasen una sonrisita burlona.

Aquel primer plano aterrador le curvaría los labios lo que quedaba de día. Era perfecto.

Mandé la foto y esperé conteniendo el aliento a que estuviese en línea.

Escribiendo...

Escribiendo...

Escribiendo...

Eso ya lo predijeron
los Simpson.

Lo acompañaba un GIF con el abuelo Simpson contando historias a los niños en un prado.

No necesité nada más para saber que estábamos bien, que lo estaríamos.

Esbocé una sonrisa de alivio. No sabía cuánto lo necesitaba hasta que el ángel de enormes alas negras me llevó en moto al hotel la noche anterior y al despedirme le confesé:

—A veces le hablo a una estrella que está fija en el cielo como si fuera él. ¿Estoy loca, Leo?

—Estás mal y... me tienes a mí. Sobreviviremos. En mi pecho no hay un corazón entero, Marina, pero queda lo suficiente para prestártelo cuando creas que el tuyo falla. Buenas noches, Dinamita. —Miró el astro que le había

señalado y añadió—: Buenas noches, Noah. —Lo vi marcharse y una especie de escalofrío me invadió, y a lo mejor la respuesta a mi pregunta era sí, porque estuve segura de que era él, el amor de mi vida, susurrándome que iba por buen camino.

Salí de mi estado de ensimismamiento y guardé el móvil en el bolso para prestarle atención a Emma, que abandonaba la cama porque acababan de llamar tres veces a su puerta.

—Hora de merendar. Es la señal del nuevo...

—Martín —la corregí.

—El nuevo —insistió, y nos explicó—: Llama tres veces, deja el bocadillo de Nocilla en el suelo y sale corriendo, el muy cobarde.

—Qué considerado. Te prepara la comida —apreció Nana.

—Considerado no, es el enemigo. Conozco a los de su calaña. Los rastafaris son como las putas hadas, no te puedes fiar, que te la clavan por la espalda.

Sí, Martín tenía rastas, estudiaba Comunicación Audiovisual y era alérgico a los frutos secos. ¿Que por qué sabía tantos datos de un desconocido? Sencillo, era el monotema de mi mejor amiga, a la que me tocaba regañar.

—Emma...

—Olvidad la parte de «putas» —se medio disculpó—, el resto lo mantengo. —Acto seguido se levantó risueña a recoger la merienda y a la vuelta traía el entrecejo arrugado —. Hay una nota, ¿creéis que la habrá rociado con ántrax?

—Anda, léela —la insté. Emma lo estaba deseando.

—Está bien, está bien, pero si me empiezo a poner morada y exploto, sabéis quién me tendió una trampa... —

¿El ántrax funcionaba así? ¿Por qué diablos me estaba planteando esa cuestión? Negué con la cabeza justo cuando Emma leía—: «Para que te endulces un poco...».

—Qué bonito. —Nana, otra vez.

—«Cara cráter» —terminó de leer, y apretó los morritos para reprimir una sonrisa. Si tenía alguna duda de si Martín era su tipo, aquel «cara cráter» me la despejó. Lo era al ciento veinte por ciento—. La venganza se sirve fría, Abraza Árboles.

Nana aprovechó que también le traían la merienda a su marido para pedirme que la acompañase a la máquina expendedora a coger algo de picar para nosotras.

—Cariño, no lo dirá en serio, ¿verdad? —inquirió preocupada por la integridad física de Martín, «el nuevo», nada más salir.

Emma se había venido muy arriba y, cuando se ponía en ese plan, abrumaba y asustaba, sobre todo si te creías la sarta de exageraciones que salían despedidas por esa boquita de piñón endemoniada.

—¿Lo de que va a echar unas gotitas de pis revenido en su champú? —pregunté. Era el disparatado plan con el que la dejamos charlando con Giuseppe, que, en su posición de defensor de la paz, intentaba mediar. La napolitana asintió. Sonreí para restarle hierro—. Es Emma, Nana. Los cables le hacen contacto de vez en cuando y se descontrola. Pero no va a más. Todo lo que suponga un esfuerzo superior a desenchufar el *router* es un farol.

—Ah, menos mal, hija, me quedo más tranquila.

La máquina expendedora estaba enfrente de los ascensores y había un módulo de cuatro asientos

metalizados al lado. Nana sacó su monederito de Harrods, que le traje de Londres cuando fui de viaje con mis padres, vació el contenido en la palma de la mano y comenzó a contar monedas de cinco, diez y veinte céntimos. Atesoraba todo un arsenal.

—A la gente ya no le gustan. Sois la generación de la tarjeta y de pagar con el móvil. Los digitales. —Sonrió—. Pero a mí este ruido, el de las monedas chocando entre sí, me parece irremplazable. Me recuerda al chocolate que *la mia nonna* compraba cuando entraba algo de dinero en casa. Era poco, una tableta como mucho, así que la calentaba en una olla, la extendía en una plancha y hacía varias más finas que nos daba a mis primos y a mí. —La comisura de sus labios se elevó todavía más por la nostalgia—. Se me acaba de antojar un poco de chocolate con almendras. ¿Qué quieres tú? Invito.

Ojeé lo que ofrecía la máquina, con mis ojos desplazándose al rincón de la comida saludable.

—Manzana troceada y una botella de agua. —Lo sacó y me lo tendió.

—¿Nos sentamos un rato, mi niña? La espalda me mata a estas horas. —No me extrañó su propuesta. Únicamente habíamos salido de la habitación para comer en la cafetería del hospital. Llevábamos todo el día encerradas. Ella más. Necesitaba airearse. Pegó un mordisquito a su dulce como cuando era pequeña y escaseaba—. Delicioso.

—Si quieres, me quedo yo esta noche y tú descansas. No me importa. Veré a mamá y a papá mañana. —Total, el reencuentro iba a ser el mismo: «¿Ya te has cansado de esa tontería?».

Me observó suspicaz a través de sus oscuros ojos.

—No sabes nada, ¿verdad? Tu madre no te lo ha dicho...

—¿Qué se supone que tendría que saber? —Enarqué una ceja.

—¿Cuánto hace que no hablas con ella? —No me pasó desapercibido que solo preguntaba por Eloísa; a Ignacio, mi padre, ni mencionarlo. Era lógico. Si la respuesta con mamá era «desde Nochevieja, Nana», con papá sería yo la que formulase un interrogante: «¿Me habló cuando nací o ya había decidido ignorarme?».

—Bastante. —Evité mencionar el día exacto para que no se pusiese triste.

Nana quería que arreglase las cosas con su otra *ragazza*, pero es que ella había conocido una versión de mi madre a la que yo jamás había tenido acceso. Una que se había ganado el corazón de la anciana en lugar de dedicarse a romperlo.

—Pasa el tiempo y esta niña mía no aprende...

—¿Está bien? —Me alarmé un poco.

—Sí, sí, es solo que... hay algo que tienes que saber, cariño. —Dejó su dulce y el refresco en el asiento vacío a su derecha e hizo lo mismo con mi comida para poder agarrarme las manos y acariciarme los nudillos con las puntas de los dedos. ¿Qué narices me estaba perdiendo?—. Tu padre se fue de casa hace un mes con otra persona.

¿Papá siéndole infiel a mi madre? Era previsible.

Aclaró la garganta.

—La otra persona es un hombre.

Eso no.

Verso 3

LEO

Fue mirándome en aquel espejo del baño de casa de mis padres cuando me di cuenta de que algo no iba bien.

El monstruo siempre fue un monstruo, pero no siempre pude verlo. No siempre me hizo daño físico. Heridas. Al principio se cuidaba de no dejar rastros de su paso en mi piel, no asustarme y ganarse mi confianza, y se conformaba con deshacerme en caricias, palabras, masajes... «Tócame, criatura, tócame.» Pero había algo que lo torturaba... Algo que lo atormentaba, que le nublaba la vista y provocaba que su expresión, normalmente amable, se ensombreciese. Algo inevitable, la perspectiva de que algún día yo crecería. De que me haría mayor. Dejaría de ser su dulce Lucero del Alba.

—Ojalá estuvieses tallado en mármol, Lucero. El tiempo no te corrompería y serías para siempre tan bello como ahora con esa carita, el ángel más hermoso que ha pisado el purgatorio de mi alma. Mi tentación. Mi ángel...

Tenía que aprovechar el tiempo e inmortalizarme para cuando fuese demasiado tarde. Comenzó a sacarme

fotografías. Muchas. Cada vez con menos ropa. A escondidas. Se colocaba desde diferentes ángulos con la cámara digital que se compró solo para mí y se estremecía al hacer clic y atraparme.

«Nunca te olvidaré; aunque vengan otros, ninguno será como tú.»

Tenía predilección por uno de mis gestos. El de cuando yo me animaba a envolver mi sexo con las manos y subir y bajar rítmicamente, y experimentaba cierto placer confuso sin llegar a correrme. Todavía no podía. Joder, era demasiado crío.

Adoraba mi mueca inocente de sorpresa.

La sonrisa.

Él solía sentarse enfrente y agarraba el suyo, erecto y más grande, con fuerza y desesperación.

—Mírame, Leo, esto es el amor. Lo hago por ti, porque te quiero —gemía masturbándose a una velocidad animal para que no nos pillasen.

Yo lo imitaba. Le gustaba que lo hiciésemos así, enfrentados, y capturar el instante exacto en el que los músculos de mi cara se contraían confundidos por la sensación, aunque tuviese que detener su propia paja para sacar la foto. Fotografiaba mi cara. A veces solo la boca o los ojos. Luego volvía a darse placer más excitado y, cuando el líquido blanco espeso manaba, decía:

—Es sangre, amor mío, sangre. Me desangro para no hacer más. Para no dañar tu perfección.

Normalmente, le bastaba con eso, pero ese día no. Ese día fijó sus pupilas dilatadas y hambrientas en mi cuello, emitió un gemido descorazonador y me mordió liberando a

la bestia. Chupó con fiereza encima de la vena que marcaba mi pulso absorbiendo mientras agarraba mi pequeño cuerpo y me clavaba los dedos en la carne.

Aquello dolió. Me violentó.

—Ay —me quejé atrapado por sus garras, indefenso.

Él se paró, inhaló mi olor y... me soltó. Recuperó el control con esfuerzo. Me aparté tembloroso, sin ropa, y me arrimé a la pared. Tenía miedo, muchísimo miedo, pero sobre todo no entendía. El monstruo era bueno, muy bueno, me quería. «Nadie te amará nunca como yo...»

¿Por qué?

—¿Qué he hecho? ¿Qué me has obligado a hacer? —masculló nervioso, y se pasó la mano por la cabeza. En su mirada no había arrepentimiento. En su mirada había rabia, deseo y miedo, pero de otra clase diferente del mío, miedo a que lo descubriesen. Rompí a llorar. No entendía nada. Había sido mi culpa. Tenía que ser mi culpa. A él todo el mundo lo adoraba y yo pasaba las mañanas castigado en el despacho de la directora. Mis lágrimas lo ablandaron... ese día; otros, ya no—. No llores, Lucero, no llores. Tu llanto descontrolado me destroza el alma.

—Lo siento —balbuceé, y él me envolvió entre sus brazos.

—Hagamos un trato. Fingiremos que esto nunca ha pasado. Tú no se lo contarás a nadie y yo tampoco lo haré. De lo contrario, no nos dejarán seguir siendo amigos.

El miedo se acentuó ante la posibilidad de perderlo. El monstruo siempre fue más listo que yo. Iba un paso por delante. No me escogió por casualidad, me escogió por debilidad. Cuando mi madre acababa de morir, mi padre

estaba sumergido en una profunda depresión, mi hermano vivía encerrado en sí mismo y yo... yo me sentía tan solo, joder. Él se convirtió en todo y grabó en mi cerebro la idea de que si se iba no quedaría nada.

Sufrí un ataque de pánico y el mordisco dejó de parecer relevante. Lo contemplé con mis ojillos grises suplicantes.

—No me abandones, por favor.

—Nunca lo haré. Me he colado por cada grieta de tu tristeza para que me lleves siempre contigo. Siempre. Pero lo de hoy... Podrían ocurrirme cosas malas si la gente se entera.

—Será nuestro secreto. —Me apresuré a repetir la frase que en tantas ocasiones le había escuchado.

—Nuestro secreto, Lucero. —Sonrió y la tormenta de mi pecho menguó. Después me explicó exactamente lo que tenía que decir cuando mi padre o mi hermano me duchasen y viesen la marca de lo que «nunca había pasado».

Lo puse en práctica esa misma noche con Íñigo.

—¿Qué es eso que tienes ahí? —inquirió taciturno con los ojos anclados en los perfumes de mamá.

—Nada, hemos jugado a los vampiros en el recreo.

—Ah —contestó sin apartar la vista de los frascos.

Mi hermano no le dio mayor importancia. Respiré aliviado. Entonces retiré con el puño el vaho del espejo del baño y observé mi reflejo. El pelo rubio mojado, las gotas por la clavícula y una marca rojiza justo encima, con puntitos y alargada, que se extendía por mi piel. La de su boca. Pasé el dedo y la presión molestó. Me di cuenta de que algo no iba bien, pero borré el pensamiento de

inmediato. Entonces no imaginaba la cantidad de dolor que te pueden infligir en nombre del amor.

El monstruo me arrebató la capacidad de amar. Incluso mi padre lo sabía sin saberlo. «El día que te enamores, las estrellas se encenderán a plena luz del sol.» Era imposible. Jamás podría amar de ese modo... Jamás...

Alcé la barbilla y me miré de nuevo en el espejo.

Mi cuerpo era diferente. Más fibrado y fuerte. Y la cara también me había cambiado, se me habían endurecido los rasgos, pero conservaba aquellos ojos grises, los mismos que... Saqué el móvil, hice una foto envalentonado y le di a «enviar».

Dinamita apareció en línea.

Escribiendo...

Eres consciente de que solo sale tu cuello, ¿verdad?

Y... el aire regresó a mis pulmones.

«No, Marina. Son mis heridas invisibles. Quiero asegurarme de que tú las veas para que sean tus ojos y no otros los que acudan a mi mente cada vez que sienta su dolor palpitar. Encontrarte a ti mirando y no a él en las pulsaciones. Por eso siempre te mando fotos raras, desenfocadas, que no entiendes. Porque no me atrevo a contarte todo lo que hice...», pensé.

A estas alturas ya deberías saber que no tengo ni puta idea de enfocar.

Al menos has tenido la decencia de ponerte camiseta. Estoy gratamente sorprendida.

Bah. No te creas. Me has pillado en los quince minutos que la uso al día.

Sonreí. La sensación de ahogo aflojó. Guardé el teléfono en el bolsillo del vaquero y me enfrenté otra vez a mi imagen.

—¿No te cansas de mirarte?

La voz de Íñigo surgió a mi espalda.

Seguí con los ojos clavados en mi reflejo hasta que los fantasmas se esfumaron.

—Nunca. Soy demasiado guapo. —Me di la vuelta.

Mi hermano negó con la cabeza.

—Vamos a la cocina. Sale humo.

Dejé atrás al niño y mientras andaba pensé que me tenía que hacer un nuevo tatuaje. Pero ¿qué? Ya casi no quedaba espacio y el rayo no había funcionado. No se veía. Parecía que no estaba hecho para la luz, para encontrar algo que me iluminase, algo que me diese esperanza y... ¡pum! Un fogonazo. De repente lo tuve claro. Supe lo que dibujaría en mi piel cada vez que superase un obstáculo, y era brutal.

Verso 4

LEO

La cocina era un despropósito. Una columna de humo negro manaba del horno y la inundaba. D'Artacán, igual de interesado que de cobarde, abandonó el lugar de los hechos, donde esperaba a que su abuelo le diese una loncha de jamón york Campofrío, a pesar de mis advertencias:

—Papá, que no le cabe el culo por la puerta del transportín...

Solo le valía esa marca. Ah, y extrafino. Nos había salido de paladar exigente.

¿Alguna duda de que estaba destinado a ser mío?

Chasqueé la lengua divertido mientras lo veía huir en dirección a mi cuarto, donde se tumbaría encima de las chaquetas para llenarlas de pelo y después se fornicaría sin piedad al peluche de ranita de mi más tierna infancia, el muy pervertido.

—No sé qué ha podido pasar —dijo nuestro padre negando con la cabeza a la vez que contemplaba pasmado la catástrofe. Abrí la ventana de par en par para evitar que

nos intoxicásemos—. He seguido paso por paso las instrucciones de «La cocina de Tomasito».

«La cocina de Tomasito» era el canal de YouTube que veía para cocinar.

El viejo se modernizaba.

—¿La receta incluía no sacar la sartén repleta de aceite que has metido dentro? —Íñigo localizó el problema y yo curvé los labios.

—Eres un desastre —añadí—. Menos mal que me he encargado personalmente de que Rosario tenga buenas referencias tuyas.

Rosario era la novia de papá. Trabajaba como profesora en la Escuela de Bellas Artes, que a su vez tenía una galería para la que yo trabajaba dos veces por semana ampliables a tres posando desnudo. Cuando se lo conté al viejo no se lo tomó demasiado bien. Reconozco que quizá la forma en la que se lo comuniqué no fue la más adecuada.

—Tengo un curro hecho a mi medida, viejo.

—¿Cuál?

—Me pagan por enseñar el rabo.

Insistió en acompañarme, por aquello de asegurarse de que su hijo no se iba a convertir en actor porno, se conocieron y por improbable que pareciese cuadraron, e iban en serio. El cepillo de dientes eléctrico que había visto en el baño daba fe de ello, el mismo con el que mi hermano se había topado al venir a buscarme y que lo tenía con la mandíbula tensionada.

Íñigo no llevaba bien que nuestro padre rehiciese su vida, aunque se tomaba la molestia de intentar disimularlo. Mal, pero valorábamos su esfuerzo.

—El pastel de hojaldre y salmón se ha quemado —anunció mi padre, que no era amigo de montar grandes dramas y rápidamente abrió la nevera para buscar una alternativa—. No pasa nada. Prepararé una tortillita de patatas poco cuajada, saco algo de fiambre, ensalada y antes de que lleguen las chicas tenemos la cena lista.

Las chicas eran Rosario y Nadia. Ambas vendrían directamente al salir del trabajo. Íñigo y yo nos habíamos adelantado con mis cosas esperando en el maletero del Audi de su prometida para darle a mi padre la buena noticia de que su hijo predilecto regresaba a casa por primavera.

Aclaré la garganta para decírselo y...

—Papá, hay algo que te quiero contar...

Íñigo me interrumpió con los ojos abiertos como platos.

—¿Vas a hacer la receta de la tortilla de mamá para...? —Dejó la frase a medias, pero los dos adivinamos que detrás iba un «ella» referido a la mujer que no era nuestra madre.

Era una tortilla de patatas. Una maldita tortilla de patatas poco hecha. Patatas, huevo, sal y un chorrito de leche para que estuviese más jugosa. Sin cebolla, que a mi padre le gustaba más así. Una gilipollez. Sin embargo, a él... No podía comprender su dolor porque no era como el mío.

Cuando mamá murió, yo era muy pequeño. No tenía recuerdos sólidos de ella, solo sensaciones, flashes de imágenes y las cosas que me habían contado. En cambio, Íñigo... Mi hermano tenía memoria y momentos, y había determinadas cosas que le pertenecían, como las tortillas de patatas que todo el mundo decía que mamá hacía mejor que nadie.

—Llevas razón, hijo mío, descongelaré unos filetitos de pollo, los empanamos y...

—No, papá, no llevo razón. —Apretó los dientes—. Voy a dar una vuelta... —Salió de la cocina antes de que ninguno de los dos pudiésemos detenerlo.

Dejé al viejo preocupado metiendo los filetes en el microondas para descongelarlos y seguí a mi hermano. No fue demasiado lejos. Hasta el coche. Se apoyó en la carrocería del imponente Audi blanco y agachó la cabeza. Me detuve a su lado.

—Ya sé que soy un capullo, Leo. No hace falta que me lo digas.

—Íñigo, no eres un capullo. Por una vez, no.

Alzó la barbilla y al ver sus ojos enrojecidos ocultos tras las gafas redondas regresé a la tarde en la que el monstruo me agredió, pero no a mi parte del plano, a la otra, al adolescente que estaba a mi izquierda y que tuvo que ejercer de padre durante unos largos meses porque el de verdad se encontraba perdido. Ido. En otra dimensión, buscándola a *ella*. Reparé en su taciturna mirada, apagada, y en cómo, a pesar de que habían pasado muchos años, todavía no había recuperado parte del brillo.

Íñigo y yo siempre fuimos distintos; con el sufrimiento yo grité y él se fue silenciando hasta quedarse sin voz. Pero también habíamos sido iguales, al menos en una cosa, solo que hasta ese instante no me di cuenta: los dos nos quedamos sin nadie a la vez. Solos.

—Tú... ¿recuerdas cómo era mamá, Leo?

Tragué saliva y saqué un cigarro que no llegué a encender para tener algo entre las manos. Esbocé una

sonrisa convincente y me preparé para repetir lo que tantas veces les había oído a ellos.

—Tenía tu pelo rizado y mis ojos grises...

—No —me cortó, y clavó sus pupilas en las mías—. ¿Tú... recuerdas cómo le apestaban los pies?

La pregunta me dejó noqueado. Siempre que se mencionaba a mi madre en casa era para glorificarla. Nunca para decir nada de ella que fuese malo. Aquel detalle captó mi atención y, entonces sí, no forcé la curvatura de labios que simplemente apareció en mi cara.

—¿Insinúas que a mamá le apestaban los pies?

—No lo insinúo, lo afirmo. Le olían a requesón.

—¿Requesón? Joder... —Solté una carcajada, agradecido de que me regalase una píldora de ella que no sabía, feliz por conocer que a mi madre le apestaban los puñeteros pies. Que fue real. Humana.

—Papá y Rosario van a vivir juntos. Lo he leído en su móvil —anunció, y fruncí el ceño.

—¿Le has cogido el teléfono al viejo, Íñigo?

—Ha sido sin querer. Le ha sonado mientras estaba en el salón, iba a acercárselo y... lo he visto. «¿Crees que tus hijos se van a tomar bien que me mude a vuestra casa?»

Me quedé paralizado y miré el maletero donde estaban mis cosas. Los dos sabíamos que esa información lo cambiaba todo.

—Puedes volver al ático. Hablaré con Nadia y...

—No. —Esa vez fui yo el que lo cortó—. Esta conversación ya la hemos tenido. Abusaré de la hospitalidad de un amigo y... Uno de los miembros de seguridad de la

galería se jubila. Pediré el curro. Tengo a la jefa en el bote. Le presenté a su novio.

—¿Qué hay del grupo? Es importante para ti.

Eso, ¿qué había del grupo?

Cogí una bocanada profunda de aire.

—Al Borde del Abismo no es lo que era. La motivación... La motivación se ha ido. —Me encogí de hombros—. Hablaré con los chicos. Lo entenderán. —Nos quedamos callados y rompí el silencio—. ¿Cómo te lo vas a tomar, Íñigo?

A mí me parecía bien que el viejo y Rosario diesen el paso. A él...

—Me preocupa que olvide lo mal que le olían los pies.

—Recuérdaselo.

—¿Y Rosario?

—Rosario estará encantada de conocerla.

—¿Y si es violento?

—Haremos que no lo sea. Confía en mí, Íñigo.

—Confío en ti, Leo. Con otra persona... —balbuceó. Mi hermano rara vez lo hacía—. ¿Sabes por qué, aunque insistes todos los malditos días, todavía no te he dado el teléfono de mis amigos para que creéis el grupo de WhatsApp de mi despedida de soltero?

—Sencillo, no te fías de que no te la líe.

—No es eso. Yo... —Bajó el volumen y se pasó la mano por el pelo rizado—. Tengo colegas de profesión y conocidos a montones, pero amigos, uno con suerte. Y a ti. Solo te tengo a ti. Sería una despedida muy patética, ¿no crees?

El pecho se me estremeció ante la confesión de mi hermano mayor. Fui consciente de todo el tiempo que

habíamos perdido y, sobre todo, de que éramos unos putos afortunados por poder recuperarlo.

—Va a ser una despedida épica, Íñigo, el mejor adiós a la soltería de toda la jodida historia. Yo me encargo. —Le eché el brazo por los hombros.

—Vale, retiro lo dicho. Ahora sí que no me fío de que no me la líes. —Sonrió y le guiñé el ojo.

—Chico listo.

Subimos juntos, como cuando me recogía del colegio, con la salvedad de que lo hicimos hablando. Íñigo se puso en cuclillas y cogió una patata del saco para pelarla ante la atenta mirada del hombre que nos había criado.

—Esta noche cenamos tortilla de patatas —anunció.

—Tortilla de patatas —repitió mi padre emocionado por lo que significaba aquel acto.

Y en mitad de la cena, cuando menos venía a cuento, solté:

—¿Mi padre te ha contado que a mi madre le apestaban los pies a queso azul? —A mi jefa y ella elevó la comisura de los labios.

—No, no lo ha hecho. Me ha dicho que era la más guapa de Vallecas, eso sí. ¿Algún secreto más que tenga que saber de la mujer de su vida?

—Las uñas —se lanzó a la piscina Íñigo—. Las horribles uñas.

—No eran para tanto —la defendió papá.

—Solo el podólogo se atrevía a cortarlas...

Y así, hablando de sus defectos, la trajimos de vuelta. La incluimos y casi pude oler sus pies y verle las uñas. Sentí que era lo más cerca de ella que había estado en años. Y fui

feliz, jodidamente feliz, a pesar de no tener ni puta idea de dónde acabaría durmiendo esa noche.

Verso 5

MARINA

Llegué a casa de mis padres en Villaviciosa de Odón por la noche, después de cenar con Giuseppe, Nana y Emma, que continuaba conectada con nosotros gracias al «amable servicio de habitaciones» de sus compañeros de piso.

Las luces estaban apagadas y en el interior no se oía ningún ruido. Pasé al salón antes de subir a mi habitación dispuesta a hacer una cosa que llevaba revoloteando por mi mente desde que la italiana me había puesto al día de la situación familiar (todavía no tenía muy claro cómo me sentía al respecto). Quería ver los álbumes de fotos que mamá guardaba en el salón y que esperaba que Ignacio, también conocido como papá aunque raramente yo me refiriese a él así, no se hubiese llevado.

Negué con la cabeza. ¿En qué tonterías pensaba? ¿Ignacio, llevándose de casa algún recuerdo de su vida gris con nosotras? Impensable. Qué triste era esa seguridad y qué triste era que no se me formase ni un simple nudo en la garganta ante la certeza.

Estiré el brazo y cogí uno con tapas duras y granates. Lo saqué de la estantería.

Era el más antiguo. Nana, que no mamá (ella daba poca importancia a los recuerdos), los conservaba así, por fechas. Contuve el aliento y lo abrí. Allí habría alguna imagen de su vida anterior, ¿no? Antes de nosotros. Antes del matrimonio y de mí. Me mordí la parte interna del carrillo. ¿Fui la que lo torció todo? ¿Con mi llegada se vieron obligados a continuar juntos? Por mi garganta ascendió un regusto amargo que aparté repitiéndome varias veces que, fuese como fuese, no era mi culpa. Ellos eran los adultos. Además, ¿a Ignacio le gustaban entonces los hombres o se había dado cuenta de que le atraían más adelante? Quizá solo era este...

Mi cerebro era un bullidero de dudas que los protagonistas no me resolverían, así que tenía que averiguarlo por mi cuenta.

Eloísa surgió nada más abrirlo, con una expresión dura e impenetrable a pesar de su corta edad en la que la reconocí de inmediato. Sin embargo, él, Ignacio... A ver, nunca fue la alegría de la huerta, pero en las primeras fotografías casi podías intuir una sonrisa en su mueca distendida, relajada; incluso en las de la boda simulaba estar medio feliz. Pasé páginas y más páginas buscando el momento en que... El corazón se me paralizó cuando distinguí el gesto distante al que nos tenía acostumbradas. El nacimiento de aquella mueca coincidía con el mío y, analizando la imagen con renovado prisma, no parecía la expresión de alguien evadido. Era más un gesto... apesadumbrado. Me sostenía mohíno, abatido, como quien acaba de ganar la guerra y

aun así se siente perdedor por el alto coste que ha supuesto.

Clavé los dientes con fuerza en el labio y contuve las lágrimas que se agolpaban detrás de mis párpados para detener su inminente avance. No iba a llorar. Llover por dentro. No por ellos.

—Espero que la sesión de espionaje haya saciado tu curiosidad, Marina.

—La Virgen. —Pegué un respingo y me llevé la mano al pecho. Esto ya lo había vivido.

—No, tu madre. Es halagador que siempre me confundas con una divinidad.

—Tienes que parar de hacerlo —mascullé conforme me giraba con las pulsaciones calmándose.

—¿Estar en mi casa?

—Con las luces apagadas sin emitir ningún tipo de sonido... —Dejé la frase a medias sorprendida por lo que tenía delante de mí—. ¿Salías?

Nana me había pedido que no fuese dura con ella. «Lo está pasando fatal, mi niña, aunque jamás dará muestras de ello», habían sido sus palabras. Sin embargo, lo que tenía delante no era una mujer hecha polvo. Al revés, mamá estaba más divina que nunca. Lucía un vestido de satén negro con escote, guantes largos, collar de vuelta de perlas y moño bajo, y sostenía una copa de champán entre las manos sentada en la butaca al lado del ventanal.

—¿Lo dices por el magnífico atuendo? —Sonrió con cierta amargura—. Nada que ver. Ya que el ingrato de tu padre ha decidido arruinarme la vida, voy a fundirme su fortuna en botellas de Moët & Chandon y perlas. Imagino que Nana te

habrá puesto al corriente. —Iba a contestar, pero se me adelantó y, por un instante, sus rasgos se suavizaron y pareció realmente preocupada—. ¿Cómo se encuentra Giuseppe?

Yo también aflojé y pasé por alto la frialdad de nuestro reencuentro.

«Ni un mísero beso», suspiré.

—Bien. —Cambié el peso de una pierna a otra—. Podrías ir a visitarlo. Seguro que le hace mucha ilusión.

—No, no puedo. Ellos ya están al corriente de que no voy a salir de esta casa...

—Hasta que el temporal amaine —adiviné.

—Nunca.

—¿Nunca de... *nunca*? —vacilé.

—Efectivamente, nunca de me pudriré aquí dentro por el desgraciado con el que compartes ADN, pero con champán. —Alzó la copa en mi dirección y le dio un trago.

Vale, Eloísa sucumbiendo al drama era toda una novedad para la que no estaba preparada. Aparté nuestras rencillas para concentrarme en el problema; lo hice por Nana y por ese afán suyo en que viese en la mujer que me había traído al mundo algo que, oye, debía de estar muy oculto, porque por más que me esforzaba era incapaz de localizarlo.

Inspiré profundamente y conté hasta tres.

—Mamá, deberías salir a tomarte algo con tus amigas, una copa de vino blanco, champán si lo prefieres...

—Mis amigas, como tú las llamas, querida, son una manada de hienas que llevan años esperando que tropiece y que estarán más que encantadas con mi caída por todo lo

alto. No les voy a dar el gusto de que me vean hundida, que las jodan.

—¡Mamá!

—¿Qué? ¿Te crees que tus amigos, los macarras, tienen el monopolio de los tacos? Yo también sé decirlos cuando me cabreo, pero con burbujas de Moët & Chandon en la garganta. —Bebió un sorbo más y estiró la comisura de los labios—. Tu padre no solo ha tenido a bien dejarme, lo ha hecho por el *maître* del club de golf, por si tenía alguna duda de si era un desgraciado, despejármela. Es muy considerado.

—Un segundo, él... ¿está con el Espagueti? —Abrí los ojos como platos.

No es que importase con quién se había ido, no excesivamente, pero la revelación era cuando menos chocante. Conocía a aquel hombre de... siempre. Era muy alto, fino y pelirrojísimo. De ahí que de niña lo llamase el Espagueti y él se partiese de risa. Héctor era alegre, simpático y cercano. Tres cualidades de las que Ignacio desde luego carecía, y yo ignoraba que las valorase en otra persona. ¿Qué habrían visto el uno en el otro...? ¿Desde cuándo ellos dos...?

—Con el alargado ese, sí.

Traté de concentrarme otra vez. Estaba allí para consolar a mi madre (o para verla emborracharse, que venía siendo lo mismo), no para divagar tejiendo teorías que el protagonista jamás me aclararía; salir del armario no significaba que quisiese estrechar lazos conmigo y mucho menos que yo olvidase de un plumazo años y años de indiferencia.

Sostuve la mirada a Eloísa y experimenté una punzada de dolor a la altura de las costillas que camuflé lo mejor que pude. Tenía la esperanza de que..., la vaga ilusión..., en el fondo creía que al tenerme enfrente en carne y hueso me preguntaría por Noah.

«Ingenua, Marina, no aprendes...», dijo mi voz interior, y estaba en lo cierto. No lo hacía, no aprendía, porque yo sí que me preocupaba por ella, maldita sea, y no me sentía buena por ello. Me sentía... ¿Cómo diría Emma? Gilipollas.

—¿Cómo estás, mamá?

—Bebiendo, ¿no lo ves?

Grrr. Odiaba cuando hacía eso. Esquivar cualquier conversación que condujese a expresar alguna emoción. Lo intenté de nuevo.

—¿Cómo te sientes?

—Achispada, con la cabeza embotada, te ofrecería, pero casi he acabado la botella.

Me exasperé.

—¿Que papá sea gay te despierta algún tipo de sentimiento?

Ella me observó fijamente.

—Marina, ¿tú no me creerás tan estúpida como para...? Conozco la «inclinación» de tu padre desde siempre, lo que no sospechaba es que lo haría público. Pensaba que sería como las otras veces...

Parpadeé.

—¿Otras veces?

—Sí.

—¿Quién...? ¿Quiénes...? ¿Cuántas...?

—Querida, como comprenderás, no llevo la cuenta de las veces que mi marido me ha sido infiel, aunque su lista de amantes ha sido más que generosa.

—¿Tú...?

—No —adivinó—. Renuncié a ese tipo de «afecto» hace mucho tiempo.

Aquello era demasiado. Mi padre, gay. Y mi madre lo sabía todo este tiempo.

Nada tenía sentido. Mi vida era una mentira.

—¿Por qué os casasteis si no os...?

—Dar el «sí, quiero» por amor es el peor error que puede cometer una mujer, y un hombre, dicho sea de paso. El amor caduca y deja personas frustradas jugando a las casitas felices. Nuestra relación era más sincera. Tu padre necesitaba una tapadera y yo estaba dispuesta a ser quien se la diera. Teníamos un contrato que ambos respetábamos.

Fruncí el ceño.

—¿Y ya? ¿Eso es todo?

Ella se llevó la mano a las perlas de su cuello y las acarició con la punta de los dedos. La vista se le desvió involuntariamente hacia el libro de Neruda que contenía la dedicatoria de Abraham. Percibí un destello de agitación en ella, pero fue demasiado fugaz para interpretarlo. Volvió a mojarse los labios con champán.

—Y ya, Marina. No hay más.

—¿Soy...?

Se puso seria.

—Eres su hija, aunque el papel de padre lo haya desempeñado otro.

—Giuseppe...

—Y Nana, eres muy afortunada por haberlos tenido.

La rabia ascendió por mi garganta.

Su fría indiferencia era superior a mis fuerzas.

Exploté.

—Pero yo te quería a ti. A vosotros. —Mi declaración nos pilló desprevenidas a ambas—. ¿Por qué no me has preguntado por Noah? ¿Por qué?

Sollocé desbordada. Eloísa tensó todos los músculos y se puso de pie, recta.

—Esta conversación ha terminado.

—No. —La retuve agarrándola desesperada del brazo—. Esta conversación no termina hasta que contestes. ¿Por qué? ¿Por qué? ¿Por qué?

—¡Porque no podía soportarlo! —elevó el volumen de la voz.

—¿¡Qué!?

—He aguantado cosas que ni siquiera imaginas... Oh, Marina, a ti te ha venido todo dado. Tu madre se ha encargado de ello. Desconoces los horrores que... —Apretó la mandíbula—. Se suponía que era dura, fuerte, inmune al sufrimiento, y cuando Nana me dijo en agosto que Noah había muerto...

—¿Qué, mamá? Suéltalo de una vez.

—Descubrí que lo único que no puedo soportar en esta vida es verte caer, Marina.

Verso 6

MARINA

Salí a correr esa misma madrugada.

—No puedo darte una solución mágica, Marina, pero te daré herramientas para que logres estar bien por tus propios medios —me dijo la psicóloga en una de nuestras primeras sesiones de terapia.

Confieso que me decepcionó. Una parte de mí, un poco vaga y cansada de arrastrar problemas, quería que le ofreciesen exactamente eso, las palabras adecuadas que le hiciesen clic en el cerebro y todo arreglado. Saludar a la renovada Marina a la que subirse encima de una báscula no la abrumara ni la condujese a meter tripa y contener el aliento hasta ver el número que se marcaba. Pero no. No existían consejos con efecto sanador inmediato ni pautas milagrosas, existía trabajo. Existían herramientas.

Utilizaba mis aficiones a mi favor. Por ejemplo, los maravillosos y útiles planificadores semanales. Los domingos, a última hora, en pijama, organizaba las comidas de la semana, y los lunes iba a hacer la compra. Así me aseguraba de comer sano y equilibrado, con un día trampa

y una dieta que me permitiese estar a gusto conmigo misma y acallase las voces de mi cabeza recriminándome: «Hoy te has pasado, el plato era demasiado grasiento».

Sin embargo, su efectividad no era del ciento por ciento. Había momentos en los que mi mente se empecinaba en jugarme malas pasadas y para combatirla recurría a un viejo enemigo transformado en aliado. El deporte. Bueno, correr.

Cuando la profesional sugirió que introducirlo tendría muchos beneficios para mi salud mental solté una carcajada.

—Libera endorfinas, reduce el estrés y alivia la ansiedad. Podría irte bien.

«¿Tú has oído algo de lo que te he contado de Educación Física?»

—Soy poco habilidosa.

—No tienes por qué elegir una modalidad que requiera destreza. Prueba varias, ve descartando y céntrate en la que te vaya mejor. A mí la natación me funciona.

«¿Bañador? No era la mejor idea.»

—Mi umbral de resistencia está en menos tres.

—Irá subiendo poco a poco. Es lo que tiene la constancia. Te permite hacer cosas increíbles.

Seguí su recomendación, porque pagar para no hacerle caso no entraba en mis planes, y... Todavía no podía creerme el giro que había dado nuestra fatídica relación: el ejercicio y yo no habíamos empezado con buen pie y ahora éramos amigos. No los mejores, pero amigos, al fin y al cabo. Cuando comía mucho o mal apaciguaba la sensación quemando calorías y también me ayudaba a calmarme con otros temas, como la pérdida o el agobio diario.

El puño retorciéndose en el pecho se sosegaba al ritmo que aumentaban mis pulsaciones y la sangre bombeaba los músculos hasta que solo quedaban el sonido de mi respiración acelerada y el silencio. Por eso no me ponía música que me motivase. Prefería liberar la mente. Dejarla en blanco. La nada me relajaba. Sentir solo mi cuerpo y no los dañinos pensamientos que lo ninguneaban, que nunca se irían del todo y contra los que combatíamos juntos. En equipo.

Estiré en la puerta de casa y empecé a correr.

El barrio residencial estaba calmado a esas horas, con un par de viandantes paseando a sus perros, y hacía una temperatura templada perfecta. Troté a mi ritmo durante un rato por las calles que conocía y... ¿Qué diablos le ocurría a mi madre?

¿Qué estaba mal en ella? ¿Qué le había pasado para cargar con tanta amargura? No podía ser solo por Abraham; un desengaño, por traumático que fuese, no te dejaba tan tocada, aunque estaba segura de que él tenía que ver. No obstante, debía de existir algo más. Algo que Nana y Giuseppe sabían y que provocaba que su expresión se contrajese. Pero ¿qué? Necesitaba averiguarlo y, bufé, la parte interesada no me lo pondría fácil.

Estuve así media hora, fallando a mi máxima de no darle vueltas al coco durante la carrera, e hice la última parte del trayecto andando. Regresé a mi calle tan ofuscada con el tema que me planteé sacar a mamá de la cama a la fuerza y obligarla a hablar bajo coacción, pero no pude. Había «algo», o más bien «alguien», frente al chalet. Alguien a quien no esperaba encontrarme y que me distrajo.

Leo.

Su silueta enmarcada en la noche era inconfundible.

—¿Qué haces aquí? —dije mientras me acercaba a él sudada y con la coleta deshecha.

—Te he llamado. —Permaneció en la misma posición con la barbilla alzada. Vestía unos vaqueros rotos, camiseta oscura y cazadora de cuero negra.

—No llevo el móvil encima.

—No sabes lo que nos alivia oír eso.

«¿Me cree capaz de volver a bloquearlo? ¿Tan poco se valora?», pensé con tristeza y... «Un segundo, ¿nos?». Enarqué una ceja y al situarme a su lado todo cobró sentido. El rubio no viajaba solo, y digo viajaba porque lo acompañaba un trasportín con D'Artacán dormido hecho un ovillo en su interior, una maleta (bastante más pequeña que la mía) y, sobre ella, apoyado en la superficie, su mítico koala de luz infantil que sin saber por qué me encogía el corazón. Miré a nuestro alrededor. Ni rastro de la moto.

—Hemos venido en taxi —aclaró sin que llegase a preguntarle. Y, antes de que a mí me diese tiempo a preguntar «¿por qué?», añadió—: ¿Cuál es, Marina?

Dudé.

No tenía ni idea de a qué se refería.

—¿Cuál es qué, Leo?

—La estrella de Noah. Me dijiste que le hablabas a una, ¿no? ¿Cuál?

Me quedé en silencio, valorando las probabilidades de que el rubio se estuviese mofando de mí y desease estrangularlo. Al fin y al cabo, aquel acto parecía una

tontería porque de hecho lo era. Hablarle a un astro... ¿Qué esperaba que sucediese? Las bolas de fuego no responden.

Lo miré de reojo preparada para mandarlo a paseo bien lejos si se reía de mí. Pero no. Leo estaba concentrado, los ojos grises escudriñando el firmamento que se extendía sobre nosotros. Había pocas cosas que el rubio se tomaba en serio y casi siempre coincidía con que... para mí eran importantes. Coincidía... conmigo.

—Esa —me coloqué a su lado y se la señalé estirando el brazo—, la de ahí.

Él siguió atento la dirección que marcaba mi dedo.

Esbozó una sonrisa, una que por una vez no fue arrebatadora ni descarada, fue sincera.

—Es cojonuda, Dinamita. A Noah le debe de flipar —dijo. Entonces, por fin, me contempló—. No tenemos adónde ir, Marina. D'Artacán, el koala, yo...

Adiviné por dónde iba y no le permití acabar. Si había una idea mala, malísima, fatal, de apocalipsis, era que el solista de Al Borde del Abismo y mi señora madre compartiesen techo. Por eso rocé el dorso de su mano con las puntas de mis dedos y agarré la maleta del asa para tirar de ella...

—No hagas que me arrepienta, Leo.

... porque daba igual si la idea era mala, malísima, fatal, de apocalipsis; se trataba de Leo y nunca volvería a dejarlo solo. Él lo intuyó y me devolvió la caricia con sus yemas.

—Intentaré comportarme, pequeña.

Verso 7

MARINA

—Que no cunda el pánico, D'Artacán. Vamos a hacer una lista con los pasos que debemos seguir para darle la noticia a mamá mañana. —Me mordí el labio sentada frente al escritorio. El gato clavó sus ojos en los míos desde la cama (habíamos dejado a Leo en la ducha, el rubio apestaba a humo) y se lamió una de sus garras, que se pasó tranquilamente por la cabeza—. Las listas se nos dan bien —asentí para infundirme seguridad—. Además, tampoco se lo puede tomar tan mal, ¿no?

Como el felino no contestó, lo hice yo por él:

—Se lo va a tomar peor. Cualquier escenario que plantee será optimista frente a la realidad. Estoy metida en un buen lío y esto no ha hecho nada más que empezar.

Soplé, saqué un folio en blanco de la cajonera y cogí mi bolígrafo BIC de cuatro colores.

Utilizaría el azul para los argumentos a favor de mi amigo, rojo para los que ella sacaría en contra, verde para posibles puntos de encuentro y negro por si le daba por llamar a la policía. Reflexioné y, mierda, solo se me ocurrían

cosas en rojo. Iba a ser un desastre, un maldito desastre, y... podría parecer que exageraba, pero para nada. No es que Leo poseyese determinadas cualidades que a mi madre no le gustaban, es que acumulaba en su cuerpo fibrado y tatuado todas las que detestaba en un ser humano.

Si Noah no era de su agrado, a Leo querría exterminarlo de la faz de la Tierra en el acto.

De pocas cosas había estado más segura en mi vida. Por eso, la impresión inicial era vital para que se llevaran bien. Teníamos que trabajar su primer encuentro y quizá, solo quizá, si Leo fingía no ser él durante un largo período de tiempo, existiría alguna posibilidad de que lo aceptara y...

—¡Marina, hay un hombre en la casa! —oí el grito de Eloísa.

Me enderecé en el asiento.

—Que no cunda el pánico, D'Artacán —repetí al gato como si a él le importara algo más que estar panza arriba chupándose la barriga—. Puede ser un ladrón. Todo ladrón que se precie intenta robar en un chalet. Está escrito en su código genético de delincuentes y...

—¡Desnudo! ¡El hombre está desnudo! —continuó y, por si albergaba alguna esperanza, el acusado se unió.

—¡Y buenísimo!

Chasqueé la lengua. No había duda. Era Leo. Al carajo mi proyecto de la lista.

«1. Coserle la bocaza al malnacido de Leo», escribí en el folio. Después, solté el bolígrafo y me encaminé directa al baño, visualizando lo que iba a encontrar. Mi madre al borde de la taquicardia a un lado y el solista con el pelo mojado al otro haciéndose el recatado con una diminuta y exasperante

sonrisa bailándole en la boca porque las situaciones que para el resto de la humanidad serían bochornosas a él le hacían mucha gracia.

La escena que imaginaba fue un calco de la que vi; lo que no sospechaba era que la comisura de mis labios también se elevaría un poquito al contemplar la estampa. Leo tenía muchas cosas que me irritaban. Principalmente, hacerme sonreír en los momentos más inapropiados y que él lo supiera perfectamente.

—Ey, Dinamita, parece que ya conozco a tu madre.

—¿Este mamarracho y tú sois...?

—Amigos, mamá, sí. —Negué con la cabeza y abandoné el embrujo del rubio. Acto seguido lo fulminé con la mirada.

El muy maldito estaba de lado, desnudo, como había adelantado mamá, cubriendo sus partes nobles con la cortina de la ducha y ofreciendo una buena perspectiva del trasero firme y duro del que tanto se enorgullecía.

—Tócalo. Es como una roca —decía cuando compartíamos piso en Vallecas, yo estaba estudiando y él acababa de llegar del gimnasio.

—No pienso tocarte el culo, Leo.

—Tú te lo pierdes, pequeña.

Aparté el recuerdo y lo miré a los ojos, solo a los ojos. Lo peor que podías hacer cuando Leo estaba en pelotas era mostrar que te importaba. Que él intuyese que te afectaba. Entonces se crecía. La desnudez siempre fue su escudo. Para vencerlo, tenías que permanecer inmune, como si nada, con las pupilas fijas en las suyas; entonces él se desinflaba y te escuchaba.

—Tú. Toalla. Ya.

—Eloísa me ha pedido encarecidamente que evite por todos los medios tocar vuestras cosas. Solo trato de ser el buen chico que toda madre quiere para su hija, Marina —dijo intentando hacerse el gracioso.

—Tú. Toalla. Ya —repetí subiendo un poco los decibelios, pero sin perder el control.

No estaba para coñas.

Apretó los labios y detuvo el amago de acentuar su sonrisa.

Las cosas serias lo aburrían.

—Yo. Toalla. Ya —accedió a regañadientes.

Era como los vídeos de los críos que se ponían a llorar cuando sus padres los obligaban a ponerse el pijama encima del pañal. Un bebé. Cogió el trapo blanco que descansaba sobre el retrete y se lo enrolló a la cintura.

—¿Ves como no era tan difícil?

—Difícil, no, pero roba parte de mi encanto.

—No estoy para tonterías. Ahora mismo, no. Vístete y espérame en la habitación.

Asintió y...

—Ha criado una hija muy mandona —le dijo a mi madre al pasar por su lado.

—Fuera de mi vista —le respondió ella bien erguida, y la carcajada del rubio fue inevitable. La gente borde era su favorita.

Esperé a que el solista, que no me había allanado el camino precisamente, se perdiese al final del pasillo para respirar hondo, coger aire y enfrentarme a mi madre, pero ella rompió el silencio primero.

Esperaba alguno de sus típicos «y bien, ¿este espectáculo bochornoso tiene alguna justificación?». Sin embargo, lo que soltó fue:

—¿Todos tus amantes son así de idiotas o he tenido la fortuna de toparme con el que encabeza la lista?

Fruncí el ceño. ¿Amantes? ¿Leo y yo? ¿Pensaba que nosotros...?

—Oh, no, no, desde luego que no. —Arrugué la nariz ante la mera insinuación—. Somos amigos. Amigos —recalqué.

Si la perspectiva de acostarme con alguien que no fuese Noah en un futuro muy lejano me resultaba dolorosamente inconcebible, con Leo menos. Él... Yo... Jamás podríamos hacerle algo así al bajista.

Noah era mi novio. En presente. Leo, su mejor amigo. En presente también.

Amigos. Eso era todo. Nunca habría nada más que hablar.

—¿Estrecháis lazos comprobando el buen funcionamiento de las tuberías del otro de madrugada?

Alzó una ceja. No me creía. Aquello me indignó.

—Leo es mi amigo. Mi amigo —insistí en el concepto, que parecía que no le había quedado claro, para que se clavase a fuego en esa cabezota cubierta con un gorro de seda—. Se estaba duchando porque... porque...

—¿Por qué, Marina?

«Su padre ha quemado la cena en el horno y olía a humo» habría sido la respuesta correcta para ir calentando motores y entrar poco a poco en materia. Lástima que su deducción sexual me tuviese alterada.

—Porque él y D’Artacán van a vivir un tiempo con nosotras —fue lo que dije.

Bajo presión no calculaba y adiós al plan que no había llegado a forjar, pero que en cualquier caso habría sido mejor que decirlo así, de sopetón.

—¿D’Artacán? —Palideció con la mandíbula medio desencajada y pronunció con voz aguda—: ¿Hay más hombres pululando sin ropa por la casa, Marina?

—No, mamá, no. D’Artacán es un gato.

El color regresó a sus mejillas. Bueno, lo hizo hasta asimilar mis palabras. Entonces palideció de nuevo.

—Odio los animales, especialmente los gatos.

—Lo sé y... —Me encogí de hombros—. No tenían adónde ir, ¿vale? ¿Qué iba a hacer? ¿Dejarlos en la calle?

—Obviamente, sí.

—Mamá...

—¿Qué? Mi casa no es una ONG.

—Es nuestra... nuestra casa —la corregí, y me armé de valor para añadir—: No te estoy pidiendo permiso. Te estoy informando. Leo y D’Artacán se quedan y no hay más que debatir.

Ostras, qué bien sentaba plantarle cara. Pero no como otras veces, como cuando me fui de casa o cuando discutíamos y ella decidía de qué forma terminaba la conversación. Hablar sin alterarme, serena, calmada. Defendiendo una postura hasta el final sin alzar la voz. Que el rubio se quedaba.

Mi determinación la pilló desprevenida y, vaya, realmente debía de estar en horas bajas, porque aceptó.

—Bajo tu entera responsabilidad, Marina.

—Bajo mi responsabilidad.

—Y hasta que te vayas.

—Hasta que me vaya —pronuncié, y tuve una sensación rara en el vientre conforme lo decía que aparqué porque había algo que urgía hacer—. Ahora, si me disculpas, voy a ver a nuestro nuevo inquilino.

«Y a arrancarle la cabeza.»

Verso 8

MARINA

Leo ya estaba en mi habitación cuando entré. Nadie podía negar la rapidez del solista para ponerse la ropa.

—Tan solo superable cuando me la quito —apuntó con un estúpido y sugerente movimiento de cejas el día en el que resalté su asombrosa cualidad antes de una actuación en Ruido.

En fin... El caso es que se encontraba allí, de espaldas, contemplando interesado mi estantería, vestido con un pijama de chica y con los tatuajes enredándose por su imponente anatomía.

Inspiré hondo y avancé.

El rubio siempre me había parecido una persona de contrastes. Exactamente eso. Polos opuestos. Tan amenazador gracias a su aspecto cubierto de tatuajes y vestido con absurdos estampados. Tan indiferente ante absolutamente todo y con la extraña fijación en interesarse por mí, por las cosas que intuía que me incumbían o me afectaban. Por ejemplo, lo conocía lo suficientemente bien como para saber que la escena de la ducha le daba igual. Es

más, le hacía gracia, un momento cómico que rememorar entre carcajadas con una cerveza. Pero primero tenía que asegurarse de que su irreverente actitud no me había salpicado y para hacerlo indagaría a su modo, camuflando la preocupación en una sonrisa torcida.

—¿Nos hemos metido en problemas, Dinamita? —inquirió sin darse la vuelta, concentrado en un punto de la balda que tenía delante y que yo no llegaba a identificar.

—Estamos... —Carraspeé para aclarar la garganta y hablar con firmeza—. Tenemos que imponer ciertas reglas si queremos que esta convivencia funcione.

—¿Convivencia? —tanteó.

—Es lo que he dicho. —Me encogí de hombros y pillé carrerilla—. Si vamos a compartir techo otra vez, hay algunos puntos que tienes que grabarte a fuego en el cerebro. El primero y más fundamental: en esta casa irás con ropa, siempre, y no hay excusa que justifique lo contrario.

Entonces sí, se giró.

El escepticismo en sus facciones me entristeció. ¿Tan poco confiaba en mis sentimientos hacia él...? ¿Hacia nosotros?

—¿Pensabas que te íbamos a echar?

—Puede. A tu madre casi le da un *jari* al chocar con mis encantos.

Espera, ¿había chocado con...? Mejor no saberlo.

—A mi madre le dan *jaris* con mucha facilidad. El de hoy no ha sido para tanto. Tu pilila es menos importante de lo que crees, Leo.

Aquello le gustó.

Sonrió de medio lado sin apartar sus ojos de los míos.

—Pililа... —Se rio.

—¿Cómo la habrías llamado tú?

—No importa. Pilila es insuperable, pequeña. —Se apoyó despreocupado en el escritorio—. Dispara, Marina.

Reflexioné mientras caminaba a su lado.

—Nada de fiestas locas.

—Nada de fiestas locas —repitió asintiendo como el niño bueno que desde luego no era.

—Ni chicas.

—Joder. ¿Chicas? ¿En plural? Me pones el listón muy alto.

—Ni en singular. Si quieres practicar... eso..., a la pensión Loli. He oído que fuiste muy popular allí durante tu adolescencia.

—No me queda claro, ¿practicar qué?

Sabía perfectamente a lo que me refería.

—Eso.

—¿Qué es «eso»?

Quería oírmelo decir.

—Eso es eso.

—¿Qué? La lengua no se te va a desintegrar por pronunciar la palabra sexo. —Ladeó el rostro y su expresión, inicialmente burlona, mutó a curiosidad.

—Desintegrar no, idiota, pero... —Me callé. Era un tema del que no me apetecía hablar. Estaba allí para fijar normas, maldita sea. Intentando llegar a mi zona de confort. ¿Cómo había virado a...? Él interpretó bien mi silencio y fui consciente de que no lo iba a dejar pasar.

—Pero... Dale, Dinamita. Tenemos todo el tiempo del mundo.

—Desde que Noah no está es un término que... —Experimenté una punzada en el pecho—. Sexo. Ale. Ya lo he dicho. ¿Estás contento? ¿Podemos seguir con lo importante?

—No —me interrumpió—. Mi curiosidad solo se verá satisfecha cuando me expliques por qué se te hace cuesta arriba hablar de follar.

¿Por qué? Froté las manos y la imagen de Noah entrando en mí se reprodujo, con el pelo cayéndole desordenado por la frente y sus labios entreabiertos que casi siempre sabían a chupachups de cereza.

«Princesa...»

—Es evidente, ¿no?

—No, no lo es. Si lo fuera, no te estaría preguntando.

Suspiré y confesé bajando el volumen de mi voz.

—Es duro hablar de lo que deseas y no volverás a tener. De lo que perdiste y es irrecuperable.

Durante mi cuarto mes en Roma fui a un *sex shop*. Estaba cerca de la estación de Termini y me compré un vibrador rosita, mono, con cuatro velocidades. Lo utilicé esa misma noche. Cuando mis compañeras se fueron a la cama, comprobé que tenía pilas y me estimulé con mimo para introducirlo cuando estuviese un poco húmeda. Fue una sensación extraña, agradable y placentera, que me recordó que mi cuerpo necesitaba deshacerse en placer de vez en cuando.

Todo iba sobre ruedas. El cacharro merecía los veinte euros que me había costado. De mi boca brotaban gemidos ahogados, tenía los ojos cerrados, la tripa encogida, y los muslos presionaban el plástico para atraparlo. Me retorcí y mis dientes aprisionaron mi labio inferior. El orgasmo

asomaba, llegaba ya, y apareció Noah. Justo cuando iba a estallar en mil pedazos. Su imagen surgió detrás de los párpados. Saqué el aparato en el acto y me hice un ovillo tembloroso con las rodillas aplastando el pecho.

Fantasear... Tocarse... Alcanzar el clímax... Todo me parecía incorrecto con el bajista muerto, no digo que lo fuera, digo que era la sensación que me aprisionaba las costillas. Continuar con el vibrador significaba que existían cosas que podía seguir haciendo sin él, como masturbarme, como correrme... Cosas que me habría gustado que hubiéramos hecho siempre juntos, y eso me asustaba. Tenía miedo de que llegase un día en el que no lo necesitara...

Leo me trajo de nuevo al presente.

—Mira ahí. —Con un movimiento de barbilla señaló la fotografía del equipo de debate escolar que reposaba sobre la balda en la que su mirada estaba suspendida cuando había llegado—. ¿Qué ves, Dinamita?

Gruñí. No me gustaba hablar a ciegas. Sin saber hacia dónde me conducía.

—Dinamita...

—OK, me veo a mí maldiciendo al chico de al lado porque me había robado el micrófono durante una argumentación clave en la que podría haberme lucido.

—¿Crees que entonces, mientras blasfemabas sobre el tío ese, podríamos haber sido amigos?

—¿A qué viene...?

—Contesta, solo contesta.

No me hizo falta ni pensar la respuesta.

—No, probablemente no.

Leo y yo teníamos toda la pinta de que habríamos sido personajes antagónicos en el colegio, en el instituto y, si me apurabas, en la actualidad. Mi juventud hermética frente a la suya con las hormonas disparadas.

—Imagina que ese día estoy entre el público en el salón de actos, alguien se acerca y te dice: «Ey, Marina, ¿ves a ese bombón? Dentro de unos años serás solista de su banda de rock e intercederás por él con tu madre para que le permita quedarse en tu casa después de verle la *pilila*». ¿Qué habrías pensado?

—¿Esto tiene algún sentido?

—Lo tiene. Confía en mí. Responde. Eras miembro del puñetero equipo de debate escolar. Para ti esta conversación está chupada.

—Pensaría que está loco —le seguí el rollo— y que ni de coña. Que tú y yo no podríamos ser amigos. Imposible.

Sonrió y entendí por qué algunas fans aseguraban que estarían dispuestas a morir solo por que Leo les dedicase ese gesto una vez.

—Pero lo somos, Dinamita. No solo amigos, los dos jodidos mejores amigos. La sabelotodo del equipo de debate y el desgraciado que falsificó la firma de su padre con quince años para pirarse del instituto y hacerse su primer tatuaje. —Leo se puso de pie y caminó hasta situarse a mi altura. Sus ojos de cielo encapotado y tormenta se posaron un segundo en mi boca, para después ascender y clavarse en los míos—. Éramos improbables y... sucedimos, pequeña, sucedimos. Si nosotros estamos aquí, cualquier cosa es posible, incluso aquellas que ahora mismo nos producen mucho dolor y nos disgustan.

—¿A qué te refieres?

—A que un día, dentro de mucho tiempo o pasado mañana, te apetezca follar y folles. —Fue directo al grano. Un escalofrío me recorrió la columna vertebral.

—No sabes de lo que hablas, Leo. Yo no... Nunca... —titubeé.

—Cuando eso suceda, si sucede —ignoró mi balbuceo—, cogerás el teléfono, no importa la hora, y me llamarás, o vendrás a mi cuarto, y yo te diré que lo que has hecho no está mal, que no quieres menos a Noah; tú no me creerás porque estarás reventada por dentro, pero dejarás que te agarre la mano y que te la sujete toda la noche, hasta que te duermas. ¿Entendido?

—¿Por qué querrías hacer eso?

Pareció dudar entre soltar una bravuconería o ser sincero. Para su propio fastidio, ganó lo segundo.

—Porque el mismo día que me hice mi primer tatuaje con quince años me acosté con la primera chica después de... —Calló de golpe—. Me acosté con una chica. El calor de una mano me habría ayudado a no desear arrancarme la piel a tiras —zanjó, instalando un bloque de hormigón entre nosotros. Vislumbré en su gesto que esa pared era impenetrable y formulé la única pregunta para la que quizá sí obtuviese respuesta.

—¿Qué fue?

—¿Qué?

—Lo que te tatuaste.

Él ladeó la cabeza y señaló un punto entre la clavícula y el cuello.

Leí lo que ponía en voz alta.

—«Menos veintiún gramos.» —Lo miré—. ¿Veintiún gramos?

—Dicen que es lo que pesa el alma.

CANCIÓN 4

Melodía y letra

Verso 1

LEO

—De crío tuve un periquito, Rocky. Me lo regalaron mis abuelos. En casa estaban prohibidas las mascotas, pero aparecieron con él y tuvimos que apechugar. «Es tu responsabilidad, Leo, Rocky depende de ti. Tienes que ponerle agua limpia todas las mañanas, comida, limpiarle la jaula y darle mucho cariño, que no se sienta nunca solo», dijo mi padre. Y me lo tomé en serio. Aunque suene a coña, ha sido la tarea que más en serio me he tomado en toda la jodida vida. —Sonreí de lado y aclaré la garganta—. Una tarde lo estaba cuidando cuando vi un grupo de pájaros volando en el cielo...

—¿Cuántos? —me interrumpió Enzo.

Él, Vic, César, Dinamita y yo estábamos en su garaje de Rivas. Los padres de los mellizos nos lo habían habilitado para ensayar, sospecho que con la intención de que dejásemos de ocuparles finde sí y finde también el magnífico casoplón de la sierra en el que tantas buenas fiestas nos habíamos pegado.

Para ello, lo habían amueblado con un par de sofás alargados, de dos y tres plazas, uno individual, mesa baja, neverita, espacio para los instrumentos y un billar y una diana, que no tenían nada que ver con la música, pero querían que además de trabajar nos lo pasásemos bien.

César y el amante del cuero, que lucía dos tiernas trencitas que le llegaban casi por el ombligo, estaban sentados en el de tres plazas, yo en el de dos con Vic encima de las rodillas (las prefería al mullido cojín) y Marina... Marina se aclimataba desde el sillón individual paseando la vista por todo el espacio para clavarla en el bajo de Noah que teníamos colgado en la pared y presidía el cartel de la banda. Me había costado convencerla, pero allí estaba, con nosotros, apoyándome antes de que les diera la noticia.

—¿Cuántos? —perseveró el guitarrista.

Dudé.

—¿Cuántos qué, tío?

—Pájaros volaban.

—¿Ocho? ¿Diez? —Chasqueé la lengua. Me estaba distrayendo—. ¿Importa?

—Pues claro. Es una prueba, ¿no?

—¿Una prueba? —Arrugué el entrecejo.

—Una adivinanza. —Sonrió satisfecho de sí mismo—. Vas a ir sumando y restando, mareándonos para entretenernos, y al final nos preguntarás cuántos quedan e intentarás pillarnos. A mí no me engañas. Llevo la cuenta. Voy a ganar.

¿Para qué querría yo...? Jodido Enzo y sus ocurrencias.

«Déjalo, es él, no hay que buscarle explicación», pensé.

—No es ningún acertijo —le aclaré con más paciencia de la que tenía, y añadí haciéndome el misterioso—: Es una historia...

—Ya. De Rocky, tu pájaro de la niñez. —Entrecomilló con los dedos yendo de listillo. Parpadeé—. Continúa…

—Pues sí, de Rocky —elevé el tono unos decibelios y aceleré—, el día que vi a una bandada de pájaros y estuve a punto de liarla soltándolo para que jugase un rato, con la esperanza de que, si le dejaba la ventana abierta, volvería cuando se cansase. Menos mal que mi hermano me pilló a tiempo y...

—¿Tu hermano?

Lo fulminé con la mirada por cortarme una segunda vez.

—Sí, mi hermano, ¿algún problema?

—Joder, tío, Íñigo no —se quejó—. Llevar dos cuentas paralelas es un nivel muy avanzando cuando estamos familiarizándonos con el rompecabezas.

Vale, no estaba funcionando. Le había dado muchas vueltas a cómo contarles las novedades, y el relato de Rocky me parecía un símil bonito y dulce para explicarles que nunca me había gustado que nada dependiese de mí (Al Borde del Abismo) porque, incluso cuando trataba de hacer las cosas bien (soltar al periquito para que tuviese sus minutos de libertad), la jodía (sin la intervención de mi

hermano el pobre animal, acostumbrado a vivir en una jaula, no habría sobrevivido ni unas horas en el exterior). Después venía el bombazo. Pero había un error de cálculo. Durante la meditación no había contado con las neuronas del cerebro de Enzo que tantos porros habían exterminado.

—A tomar por culo ir de sentimental —bufé. Ese tipo de situaciones no me molaban. Dar malas noticias—. Tengo curro, vigilante de seguridad en la galería de Rosario. Empiezo a trabajar dentro de unas semanas y...

—Espera, espera, ¿la foto que nos has enseñado antes no es un disfraz para una *performance*? —Enzo. Otra vez. Iban tres. ¿Podía alguien cerrarle la bocaza de una maldita vez?

—Es mi uniforme. Esto..., tú... ¿escuchas algo de lo que digo?

—Sí, vas a trabajar de segurata en la galería del ojete.

Enzo llamaba a la galería de Rosario la galería del ojete porque una tarde, después de una sesión de modelaje, los llevé a que la vieran y había una exposición de culos. Bueno, seguro que el título era más profundo, «El cuerpo humano al natural», pero la realidad es que eran ojetes. Tallados en relieve, pintados y fotografiados.

Ojetes.

—¿La peña con pasta paga por esto? —me preguntó.

—Eso parece.

—Estamos malgastando el tiempo.

Regresé de mi ensoñación. Chasqueé la lengua y...

—Enzo, lo que Leo intenta decirnos es que no va a poder atender todas las actuaciones de Al Borde del Abismo que

tenemos contratadas. Tendremos que cancelar algunas y ya se irá viendo sobre la marcha —medió Vic.

—Gracias, nena. —La estreché entre mis brazos. La batería se había teñido el pelo de rojo y llevaba unos minúsculos pantalones negros, camiseta de rejilla del mismo color con el sujetador oscuro debajo y un enorme péndulo gris colgándole del cuello.

—No se dan. Está bien, Leo, aunque es una pena. Yo también traía noticias hoy.

—¿Noticias? —consulté.

—Nuestro representante me ha llamado esta mañana —indicó.

—¿Por qué siempre la llama a ella? —le preguntó Enzo un poco picado a César, quien, por supuesto, no contestó.

Vic siguió como si nada.

—¿Os acordáis de la audición para Balazo al Corazón?

—Sí, seleccionaron a otros —dije.

La prueba había sido en la Riviera meses atrás. La banda preparaba nuevo disco y buscaban teloneros para su gira de primavera-verano. La idea era grabar un tema juntos. Lo hicimos bien. Cojonudo. Pero no fue suficiente. No comprendía por dónde podía ir. Ya habían lanzado el sencillo con Histeria y era uno de los más populares en la radio.

—Los chicos de Histeria y Balazo al Corazón no se soportan. Les van a dar la patada —anunció. ¿Me sorprendió? No. Unas horas fueron suficientes para ver que los miembros de la banda principal eran una panda de gilipollas ególatras inaguantables—. Están contactando con los tres grupos que tenían de reserva en la recámara por si esto ocurría y somos uno de ellos. Quieren que les enviemos

un tema, algo nuevo, en un plazo máximo de dos semanas. No llegaríamos a tiempo para el disco, pero sí para el DVD del concierto en el Wanda que van a grabar.

—Nosotros no somos el segundo plato de nadie… —Su mellizo se indignó para acto seguido exclamar flipado—: ¡Somos el segundo, el tercero, el postre y hasta las miguitas de pan que caen en la mesa si así lo desean! ¡Son los jodidos Balazo al Corazón! No podemos desperdiciar esta oportunidad.

—Enzo… —Vic dejó la frase suspendida en el aire.

—¿Qué? —Nos miró uno a uno—. ¿Soy el único que se da cuenta de que esto podría cambiarnos la vida? Llevamos años trabajando duro para algo así…

A ver, trabajar, lo que se dice trabajar, no habíamos trabajado mucho, la verdad. Pero sí lo habíamos pasado bien, nos habíamos ilusionado y, joder, esas cosas también debían contar, no solo las que te tenían amargado y te dejaban extenuado.

—Quieren algo nuevo —habló Vic— y desde que Noah murió solo hemos añadido *covers* a nuestro repertorio. *Covers*, Enzo. Antes de que estos vinieran me estabas sugiriendo incluir *Como yo te amo*, de Rocío Jurado…

—Porque en versión roquera sería una puñetera locura que le volaría los sesos al público… —se defendió el acusado y el brillo de sus ojos desapareció—. Llevas razón, sin Noah no hay posibilidades.

El silencio que se formó en la estancia nos tragó. La cartera quemó en mi bolsillo. Evité mirar a Dinamita cuando apartaba a Vic para cogerla. La abrí.

—A lo mejor todavía puede echarnos una mano. —Saqué el folio que llevaba doblado en su interior desde el festival. Tragué saliva—. Amaneció a mi lado el día que se fue. *La noche que paramos el mundo*... —Marina, evadida hasta ese instante, me observó con atención—. La letra. Ni puta idea de la melodía. —Se la tendí a la batería.

Ella y su mellizo la ojearon sin echarme en cara que no les hubiese hablado del tema, y lo agradecí porque no tenía pretexto, solo que... Entonces no me veía con fuerzas para interpretar su última canción. Ahora tampoco, pero... Noah siempre se rayaba con la movida de la posteridad, de ser fugaz pero eterno, ¿qué mejor manera de conseguirlo que actuando con el grupo del momento en un estadio ante miles de personas que de ese modo jamás lo olvidarían?

Noah se les metería dentro y por él cantaría, pero el cabrón no nos había dejado la música.

—Es buena —determinó Vic mientras se la pasaba a César.

—¿Buena? ¿¡Buena!? Es una monstruosidad, hermanita. Joder, solo leyéndola se me caen los huevos. Ahí están. En el suelo. Estrellados —se sumó Enzo, y el nuevo bajista asintió dándole la razón a la vez que Marina atrapaba el papel entre sus dedos.

—Siento volver a ser el portador de las malas noticias —pronuncié—. Nos falta la melodía y sin ella no tenemos na...

—Voy a cantar nuestra balada de rock sobre tu piel, oh, nena, ayúdame...

Me silenció una voz. Su voz. La de Marina. Entonando flojo. Suave. Débil. Vulnerable. Con las pupilas alternando entre la letra y los vistazos sutiles que le dirigía al bajo.

Cantándole a él. Para él. Con él. Como siempre. Con Noah, haciendo que los demás desapareciésemos. Bajito. Íntimo. Hasta terminar el estribillo, cuando decidió apartar la mirada del instrumento y dedicárnosla a nosotros.

—Sonaría así —se encogió de hombros—, con arreglos, pero así.

Vic, Enzo y yo enmudecimos. No es que fuese una monstruosidad como había dicho el guitarrista, es que objetivamente era la puta mejor balada de rock de toda la historia del género.

—Jamás había escuchado algo igual —habló César impresionado, y se deshizo el nudo que se me había formado en la garganta.

—Tienes que ser tú. Es tu canción, Dinamita. Interprétala conmigo.

Verso 2

MARINA

—Qué malita he estado y qué poco me he quejado —dijo Emma nada más verme haciendo un mohín lastimero.

Habíamos quedado a media tarde en Sol, frente al escaparate del Rodilla. Apareció puntual. Todavía tenía algunas marquitas del paso de la varicela por su cara y su cuello, y mucho cuento, sobre todo lo último. Entorné los ojos y en mis labios bailó una inevitable sonrisa que no pude controlar. *Drama Queen*...

—Anda, ven aquí, sufridora. —La acogí entre mis brazos y gimoteó.

—Ha sido horrible, Marina, horrible. Una tortura —masculló apretándome—. Sin los retos de payasadas en TikTok no sé cómo habría sobrevivido a la crueldad del aislamiento. Necesito mimos a puñados... Y alcohol, la fábrica de Jägermeister inyectada en vena, y azúcar —continuó con sus lamentos—, toneladas de azúcar, hasta que se me caigan los dientes de las caries.

—Emma...

Me soltó y me observó con ojillos de corderito degollado con un aleteo de pestañas.

—Dime.

—Te urgen demasiadas cosas. Prioricemos.

Fingió pensarlo. Vestía una faldita corta de cuadros rojos escoceses, llamativas zapatillas del mismo tono con purpurina y una camiseta gris de *The Amazing Spider-Man* con la bandolera negra cruzada y los cascos de hormiga atómica que había usado en el metro. Por mi parte, me había decantado por unos sencillos vaqueros azul clarito de cintura alta, camiseta verde sin mangas y sandalias marrones.

En Madrid hacía calor, aunque el cielo estaba encapotado, de un tono grisáceo que me daba esperanza. Quizá... Solo quizá... Ojalá. Crucé los dedos disimuladamente a un lado de mi cuerpo para que mi deseo de que lloviese se cumpliera mientras mi amiga sentenciaba:

—Empecemos por el colocón de toneladas de dulce. —Su sonrisa se ensanchó.

Emma sobreexcitada era un peligro para sí misma y para la humanidad, pero no sabía decirle que no cuando el labio inferior le temblaba, y utilizó esa arma al percatarse de que dudaba.

—Vale, ¿dónde vamos a trabajar en tu intoxicación alimentaria?

—Conozco el sitio perfecto y no está lejos. Eres la mejor, Marina.

La mejor no sabía, pero que me esperaban unas horas interesantes por delante, sí. Menos mal que había dormido

la noche anterior y me encontraba descansada para lidiar con la reina de la intensidad desatada.

Acudimos al sitio que la *gamer* eligió. La Rollerie, se llamaba. Nada más entrar me enamoré del lugar, y no solo por el delicioso olor que desprendía y que me produjo un cosquilleo eléctrico; también influyeron la mimada decoración en la que predominaba el color azul y las paredes empedradas, que eran las protagonistas. En mi opinión, un buen restaurante no solo debía conquistarte el paladar, eso se daba por hecho. Tenía que ofrecerte una experiencia inolvidable. Afianzar una sensación debajo del ombligo, en tu vientre, que evocaras al recordar su nombre. Como las personas. Por ejemplo, para mí Emma era reír con los ojos en blanco, nerviosismo por saber qué tramaba y comodidad bajo la piel. Estar segura.

—Mola, ¿eh? —Curvó los labios zafada de sí misma y asentí—. Pues aprieta las nalgas, que vienen curvas, nena, la parte de abajo es una auténtica pocholada.

No exageraba. Al bajar la escalera aguardaba otra sorpresa: la simulación de un impresionante granero con vistas a un precioso campo de lavandas.

—Estás impresionada. —Me dio flojito con el hombro.

—Lo estoy —reconocí.

A veces pensaba que, si un día lograba reunir suficiente dinero, montaría un negocio como ese o como la cafetería parisina a la que también me llevó ella. Bonito. Cuqui. Cuidado. Con coloridos maceteros pequeños con flores sobre las mesas porque Leo me cortaría el cuello si osaba arrancarlas para ponerlas en pintorescos jarrones. Otras recordaba lo que había aprendido como mera espectadora

en el Carlo Menta, el sacrificio que suponía para Fabrizio y su familia, y sentía que no quería que nada me atara, menos aún un lugar, que prefería la libertad. «Te aceptamos porque tienes alas, princesa...», oí a Noah.

Me mordí el labio.

Iba al revés que las personas. Marcha atrás, igual que los cangrejos. La gente normalmente tenía muchas dudas que se iban despejando con la edad, conforme veían la luz, pero es que en mi caso la iluminación traía nuevos interrogantes.

Estaba hecha un lío, con ese tema y con todos. Esperaba que mi amiga me ayudase a aclarar la cabeza o me la sobrecargase tanto que no me quedasen fuerzas ni para pensar. En eso Emma era una experta.

Ocupamos una mesa solitaria al fondo y la camarera nos tendió la carta.

—Gracias —dijo Emma para después hundir la cara entre sus páginas y...—: ¡Jopé! —Chasqueó la lengua—. ¿Por qué tiene tan buena pinta todo? Quiero comerme el papel con las fotos. ¿Qué te vas a pedir tú? —«Para robarte y poder descartar», se le olvidó decir.

Ojeé la oferta vegetariana.

—El Avocado Raw. —Cerré el menú y lo dejé sobre la madera. Llevaba pan de centeno integral, crema de queso y cilantro a las finas hierbas, aguacate laminado, huevo poché, holandesa de remolacha, nueces y sésamo negro. La boca se me hizo agua. «Yummy.»

—¿Vas a darme un poquito?

—No sé yo... —la hice sufrir y, lo juro, puso los ojos vidriosos. Brillantes y todo. Había trabajo en sus técnicas de

interpretación. Merecía una recompensa—. Bah, mi plato es tu plato. Coge lo que quieras, cuentista.

—¿Cuentista? ¿Yo? Ni te imaginas lo mal que lo he pasado, nena, ni te aproximas. A estos chicos los sacas de la pizza y se pierden. Mi delicado estómago ha padecido sus experimentos culinarios.

Su *delicado* estómago, sí, ejem... Un minuto más tarde:

—¿Qué van a querer tomar?

—Avocado Raw y café solo, por favor.

—A ver... Gofre con *topping* de Kinder White, pero mucho, que chorree, y nata montada, una buena montaña. Ah, y para beber batido de chocolate doble con sirope por encima —pidió, y añadió muy seria—: Tengo que reponer fuerzas, Marina, no le deseo la varicela a nadie. Es más, voy a montar un grupo de apoyo para los adultos que la pillan. Podría utilizar tu foro como plataforma...

Tardaron muy poco en servirnos, así que se olvidó del tema para pasar a la acción. Pinchó su plato, el mío, el suyo otra vez, y le dio un sorbo al batido, todo casi al mismo tiempo, porque tenía la imperiosa necesidad de probar las cosas antes de empezar a tomarse la merienda con calma. Luego me habló del encierro y del nuevo, del nuevo, del nuevo, aunque ocasionalmente le cambiaba el nombre a Rastafari y Abraza Árboles, nunca Martín. Fue entretenido. Refrescante. Pero mi mente seguía anclada en la frase anterior.

—Tierra llamando a Marina, ¿me recibes? ¡Nino, nino, nino! Acabo de contarte una anécdota divertidísima y no te has reído.

—Eh, sí, lo siento. Estaba con la cabeza en otra parte —admití.

—¿Otra parte en la que Jacob Elordi me suplica medio desnudo que le muerda el lunar del pecho? —Alzó un par de veces las cejas y parpadeé.

—Emma, esa es tu fantasía, no la mía.

—Lo sé, lo sé, y menuda fantasía. ¿Es mi impresión o ha subido la temperatura? —Le entró la risa floja y se abanicó. Negué con la cabeza. No tenía remedio—. Vale, *cortarrollos*, paro. —Abandonó al protagonista de *Euphoria*—. Venga, va, desembucha, ¿adónde escapa tu mente mientras le hablo de apuestas que terminan conmigo poniendo a mis compañeros en fila a las tres de la madrugada y depilándoles el culo?

Pobres compañeros... Preferí no pensar en todo lo que tenían que soportar cuando la reina de la casa, que sin duda era Emma, daba rienda suelta a su creatividad maligna, y bajé la voz, escudriñándola con la mirada.

—¿Sigue activo?

—¿Mi cerebro? —dudó.

—El foro, tonta. Lo primero ya sé que no.

Las chicas disfrazadas de los personajes de *Del revés* me lo habían confirmado, pero quería comprobar cuánto había de cierto en sus palabras. Emma vaciló un instante y luego se encogió de hombros.

—Sí, aunque la peña le da usos de lo más turbios...

—¿A qué te refieres con usos turbios?

—Ligan, hasta ahí OK, pero tuve que borrar un par de comentarios en los que nos ofrecían pasta, bastante, por explosivos. Imagina, Marina Dinamita es muy fácil de

malinterpretar. —Suspiró al pronunciar mi apodo y acto seguido habló como si rozase los cien años—. Echo de menos los tiempos en los que hablaban de la banda, pero como lo dejaste... —Algo le hizo clic en el cerebro, que, por supuesto, estaba bien despierto. De repente me observó con renovado interés, enderezada y abriendo los ojos como platos—. Porque... era una decisión inamovible, ¿no? —En su voz hubo un deje de esperanza.

«Inamovible» y «nunca», qué palabras tan rotundas y falsas. Perfectas para ponernos un puntito en la boca. Efectivamente, «inamovible» fue lo que dije cuando me marché a Roma. Al fin y al cabo, ser solista de una banda de rock jamás había formado parte de mi lista de posibles sueños. Sin embargo...

—Tengo que contarte una cosa, Emma.

Sin embargo, tenía dudas.

Le hablé a mi mejor amiga del giro de los acontecimientos con Balazo al Corazón y como los chicos habían decidido, por aplastante unanimidad después de que Leo abriese la veda, que tenía que ser yo y no otra persona la que interpretase la nueva canción. Fui rápida. Tampoco es que tuviese demasiada información. Por el momento, sabía que debíamos mandarle una canción inédita al grupo, que el resto de las bandas con las que competíamos habían complementado la maqueta con un vídeo para lograr que su propuesta fuese más robusta y que en el caso de aceptar (todavía no había dicho sí) el tema seleccionado sería *La noche que paramos el mundo*, una canción que Noah comenzó a componer sobre mi cuello para terminarla en la tienda de campaña del festival. Leo tenía la letra en un folio

doblado, yo la melodía clavada en el pecho, y habíamos encajado ambas piezas en el garaje de los mellizos.

—No he confirmado que lo haré... —finalicé.

—Ni te has negado, o no estaríamos manteniendo esta conversación —remató ella.

Reconozco que esperaba una reacción desmedida por parte de Emma. Que soltase alguna chorrada, que aplaudiese, gritase o se le saliese por la nariz parte del batido que acababa de sorber. Para nada que estirase las manos por encima de la mesa y me acariciase los nudillos.

—No te confundas, nena, lo estoy celebrando muy fuerte por dentro, pero para atreverme a exteriorizarlo... ¿Estamos contentas, tristes o neutrales como Suiza? —indagó, y...

—No lo sé —admití. Me mordí el labio—. Si lo logramos, si Al Borde del Abismo se impone al resto de las bandas y nos seleccionan, implicaría posponer mi regreso a Roma como mínimo hasta después de verano. Luego ya se vería, y antes de irme Fabrizio me sugirió…, bueno…, más bien me empujó a reclamar el puesto de cocinera a mi vuelta y... Es complicado. Se trata de una canción muy privada, te he explicado el contexto en el que Noah la compuso... Pero para él era tan importante... —Enarcó una ceja y me adelanté a su previsible intervención—: Y para mí. Para mí también es importante. Supondría cerrar el círculo y la canción lo merece. Es preciosa. Estoy hecha un lío, Emma.

Ella se quedó en silencio un segundo y cuando lo rompió soltó:

—Tía, nuestros valores como sociedad apestan —bufó—. Nos han inculcado tanto la cultura de que somos la generación más preparada que lo cambiará todo que hemos

caído en la trampa. Parece como si nos pasásemos la vida eligiendo a ciegas entre el botón rojo que acabará con el mundo o el verde. Con ansiedad y sin retorno. ¿Y sabes una cosa? Somos mediocres, nosotros y nuestras decisiones, y mola. Si la fastidiamos, podemos corregirlo. ¿Mi consejo? Déjate llevar. ¿Te apetece cantar? Hazlo. ¿No? Pues no lo hagas. Sigue tu intuición en cada pantalla, y así una tras otra hasta terminar el videojuego e ir a por el siguiente al GAME.

—Pantalla a pantalla —paladeé. Me gustó.

—Nuestro nuevo lema. —Asintió satisfecha—. Anda, tararéame *La noche que paramos el mundo*. Quiero oírla.

—¿Aquí? —Observé a mi alrededor—. Hay demasiada gente.

—*No problem*. Conozco el sitio perfecto.

Emma me condujo al baño y advirtió a las chicas que se levantaban para entrar detrás de nosotras.

—Es probable que tardemos un poco. La pobre, que va con la tripita suelta...

Ni siquiera la regañé. Estaba muy nerviosa. Saqué el móvil mientras ella tomaba asiento de un salto en el lavabo y busqué la letra entre los archivos recibidos. Leo me la había enviado después del ensayo. Cogí una bocanada profunda de aire. Me sabía de memoria cada frase, palabra, letra y pausa, pero prefería tener una referencia, algo que mirar. Cantar *La noche que paramos el mundo* era duro, durísimo, y por eso mismo me apetecía hacerlo. Prefería que doliese y mantener a Noah conmigo que huir de la molestia y apartarlo.

Carraspeé para aclarar la garganta y entoné bajito, con las manos que sujetaban el teléfono temblándome y el corazón bombeando con fragilidad y fiereza. Expuesta. El tema era un paseo por mis entrañas y por los sentimientos que las salpicaban.

Al acabar, alcé insegura la barbilla y miré a Emma. Nunca, en todos los años que hacía que nos conocíamos, la había visto tan emocionada, con un nudo en la garganta que le impedía tragar y los ojos vidriosos.

Si tenía alguna duda sobre interpretarla o no, ella...

—Nena, ahora mismo tengo el corazón muy blandito. Quiero adoptar vuestro amor y abrazarlo. Joder, será la canción que suene en mi boda, tía. Preciosa se le queda corto...

... me la despejó.

«La canción que querrías escuchar en tu graduación, en tu boda o en tu puto entierro», dijo una vez Noah frustrado por no encontrar la letra, y lo había conseguido. Había logrado componerla. Debía... Quería impulsarla lo más alto que pudiera, aunque eso supusiese traer de vuelta una vez más a Marina Dinamita sin él.

—Por el vídeo no te preocupes —Emma adivinó que ya tenía mi respuesta—, el Abraza Árboles...

—Martín.

—Estudia Comunicación Audiovisual en la Carlos III y se cree Tarantino. Estará encantado de hacerlo.

—No tenemos presupuesto para...

—¿Presupuesto? Lo hará por el amor al arte, es decir, a mí. —Rio—. Lo tengo loquito por mis huesos; loquito, Marina...

Se incorporó y me echó entusiasmada el brazo por encima de los hombros a la vez que trazaba los próximos pasos que seguir. Sonreí y fue la primera vez que lo hice hablando de algo que involucraba a Noah desde que él no estaba.

Verso 3

LEO

—Solo recordamos el nombre de la gente que nos importa. Piénsalo, Leo. Por nuestra vida pasan muchas personas, más cuando eres mayor como yo, pero solo recuerdas eso, el nombre de la gente que te importa —dijo papá durante la graduación de Íñigo en el instituto. Mi hermano ya apuntaba maneras, en lo de ser un tanto pedante, me refiero, y el viejo tenía el pecho que le iba a explotar de un momento a otro conforme lo veía subir por el lateral al escenario del salón de actos para pronunciar el discurso como delegado de clase—. A él —lo señaló con la barbilla— lo recordarán. Va a ser médico, hijo, y uno nunca olvida a la persona que le dio una segunda oportunidad.

—¿Y yo? —pregunté por hacer tiempo mientras mi hermano colocaba los papeles en el atril, ajustaba el micrófono y se aclaraba la garganta. Dudaba que mis compañeros supiesen quién había sido pasados los años y mucho menos que en el futuro me aguardase una hazaña memorable.

—Tú eres ese tipo de gente.

—¿Qué gente?

—La que nunca deja indiferente. Para bien o para mal. Ojo. —Se rio—. Pero no tienes que preocuparte, tu nombre se recuerda.

Aquella frase se me grabó en el cerebro: «Solo recuerdas eso, el nombre de la gente que te importa». Para mí el viejo era una persona muy inteligente, a pesar de, como siempre bromeaba él, haberse leído un par de libros, tener una dicción espantosa y llamar a las croquetas *crocretas*. Era un hombre de la calle, azotado por las circunstancias de perder a una mujer muy joven y quedarse solo con dos hijos, y sabía diferenciar lo que valía la pena de lo que no. De ahí que esas once palabras se me marcasen.

Decidí borrarle el nombre al monstruo. Como todas las personas, tenía uno. Vasco, con fuerza, incluso se podría decir que era tan original que molaba. Pero se lo eliminé. Pasé a llamarlo solo «monstruo», y monstruos lamentablemente había muchos sueltos. Este solo era el mío. Sin embargo, la tarde que me fui dijo algo, el cabrón me maldijo.

Sucedió años antes de la graduación de Íñigo. Yo ya comprendía lo que estaba pasando, por fin lo entendía, y la rabia comenzaba a bullir por mis venas despertando al volcán dormido. Él también se dio cuenta, supo que después de ese encuentro no iba a volver y era imposible atraparme sin descubrir sus cartas, y cuando estaba a punto de irme, justo conforme los ojos se me anegaban de punzantes lágrimas y los puños palpitaban, lo soltó.

—No te culpo, Lucero, no te guardo rencor por abandonarme. Te estás perdiendo. Dejas de ser un ángel. A

todos os pasa. —Me quedé paralizado, con «dejar de ser un ángel» él hablaba de crecer, para mí significaba tomar plena conciencia del horror—. No se lo puedes contar a nadie —añadió con la misma cadencia triste en el tono de su voz—, eres un niño muy conflictivo, ningún adulto te creerá y los que te crean se darán cuenta de lo que hiciste.

«Yo no he hecho nada —pensé—, pero lo he permitido», prueba de ello era la «vergüenza» que le había robado cuando no se daba cuenta y que descansaba en el bolsillo de mis pantalones. Apreté los dientes.

—Hasta nunca —me despedí.

—¿Hasta nunca? Oh, no, nos quedan los sueños. Allí siempre serás perfecto, mi pequeño que debería haber sido de mármol, y nos encontraremos. —Esa fue la condena que me lanzó.

Por el día, a plena luz, era relativamente sencillo apartarlo, hacerlo a un lado. Cuando surgía, y lo hacía más a menudo de lo que yo desearía, compensaba la fuerza de la ira que me nacía en las tripas manteniéndome ocupado, extenuado gracias al gimnasio, follar y cantar, observando los pétalos de una flor nueva o releyendo el texto de algún tatuaje hasta interiorizarlo.

Por la noche era distinto. Lo asemejaba a tener una herida abierta, una que con el movimiento, en caliente, se dejaba de sentir, daba una tregua anestesiada, pero que al caer rendido en el colchón refulgía con fuerza, gritándome que estaba abierta, sin curar y cada vez más infectada. Silenciarla también era relativamente sencillo.

El problema venía al dormir. Con la puerta cerrada, siempre. En el estado de inconsciencia perdía el control

para evitar que surgiese, y lo hacía, vaya si lo hacía, a modo de desgarradoras pesadillas que tenían el tacto de sus manos y el olor de su aliento mentolado, y no eran otra cosa que instantes del pasado asfixiándome. Me quedaba sin aire... y podía ser peligroso.

—Íñigo, escúchame bien. Ante todo, es fundamental que Nadia no entre, aunque me escuche chillar. Invéntate algo que la mantenga fuera. En esos instantes no soy yo, no me toquéis, solo lo veo a él y podría haceros daño —advertí muy serio el día que me mudé al piso de Pacífico.

No había una ley matemática que rigiera mis reacciones. Es decir, no siempre me ponía violento, pero por si acaso. Mejor prevenir que lamentarnos, porque estaba fuerte. Debajo de mi cuerpo fibrado se escondía una fuerza animal, de depredador amenazado, y no dejaba de ser irónico porque al final, después de tener convulsiones y de todas las movidas agresivas a las que se enfrentaba mi cuerpo, lo que más me calmaba, lo único que conseguía apaciguar mis pulsaciones, era cerrar los ojos y respirar con el koala de luz al lado.

Era una lamparita, de esas infantiles para que los bebés y los niños que tienen miedo a la oscuridad logren dormirse. Me regalaba la claridad justa para que mis párpados cerrados no se sumiesen en la sombra más absoluta, y se me había estropeado.

Repté a ciegas por el frío suelo hasta que noté el contundente muro de hormigón de la pared del chalet en la columna vertebral. Acababa de arrancarme la ropa. Habitualmente lo hacía. Desnudo me sentía protegido. Solo cuerpo. Un cascarón vacío, como en la última etapa con el

monstruo, en la que lo que más temía eran sus «te quiero» que se colaban por mis grietas.

—¿Es normal? —preguntaba a la psicóloga—. ¿Otros...?

—Cada persona se enfrenta al trauma de haber sufrido abusos sexuales como puede. Tu situación es única, como la de todas las víctimas, y nada de lo que hagas está mal. No hay nada malo en ti. Nada, Leo.

Las gotas de sudor resbalaban por mi frente. Me hice un ovillo, desnudo y desprotegido, para aguantar los embistes de mis propios demonios. Entonces, la puerta se abrió.

—¿Es que a ti nadie te ha enseñado a respetar el sueño ajeno?

Era Eloísa. Marina había salido a tomar algo con Emma. Había escrito en el grupo de WhatsApp de Al Borde del Abismo en el que la habíamos incorporado para confirmar que interpretaría con nosotros *La noche que paramos el mundo*, después me había enviado un privado avisándome de que «la cosa se estaba liando» y llegaría tarde a casa. Estábamos solos. Su madre, D'Artacán y yo.

La miré desde el suelo sin poder moverme y utilicé toda la energía que me quedaba para esbozar una sonrisa.

—Le pediría disculpas por ir desnudo, pero técnicamente es usted la que ha entrado en mi habitación. —Le molaba que le hablase así, de usted, como si estuviésemos en otro siglo, y a mí no me importaba con tal de ganármela.

—¿Qué haces ahí tirado? —preguntó mientras encendía la luz y revelaba su aspecto, con el camisón blanco de seda y el gorro para no despeinarse.

—El koala se ha fundido —logré articular sin que la curvatura de mis labios se desvaneciera. Se lo señalé con la

barbilla y ella desvió los ojos entornados en su dirección. Luego volvió a mirarme mientras yo seguía agazapado.

Podría decir que su expresión se había suavizado, pero la realidad es que mantenía el mismo gesto altivo y severo. Qué le íbamos a hacer, así eran las facciones de la cara de Eloísa, duras, desconfiadas, recelosas. Sin embargo, había un toque nuevo, un «algo», reconocimiento.

—¿Por qué no te mueves?

—Tengo los músculos agarrotados, pero no se preocupe, se irá y no volveré a molestarla. Palabrita de Leo —bromeé.

Ella permaneció quieta, sin apartar sus dilatadas pupilas de las mías.

—Más te vale.

Fue a la cajonera del cuarto, cogió una manta color burdeos y me la echó por encima.

—Gracias —pronuncié estancado en la parálisis.

Habría sido el momento perfecto para que se produjese un instante entrañable, pero ninguno de los dos éramos dados a ese tipo de cosas. Éramos personas ariscas, de las que no se fían del que tienen enfrente. Supervivientes. Así lo distinguí en su mirada antes de que se diese la vuelta para salir como había entrado, sin mediar palabra.

Pensé que no volvería, y estaba bien. Mejor que bien. Nunca me ha gustado la caridad. Me hacía sentir estropeado. Defectuoso y a la vez rodeado de gente perfecta dispuesta a arreglarme. Por eso me gustó Eloísa, porque, cuando regresó al rato con un aparato circular entre las manos, siguió sin observarme con lástima y tampoco indagó en las razones que me mantenían tirado en la misma postura en la que me había dejado.

—¿Qué es eso? —curioseé.

—Era de Marina —aclaró—. Nana lo guarda todo, acumula y acumula y me llena la casa de trastos.

Lo colocó encima de la mesita de noche, apagó la luz y lo activó. En el techo se proyectaron decenas de estrellas y la silueta de la luna girando.

—¿Te sirve? —me preguntó.

—Me sirve —le confirmé ensimismado, con el veneno que me entumecía diluyéndose—. ¿Qué es lo que suena? —Las figuras venían acompañadas de música, de una dulce y tenue melodía.

—Mozart para niños. Se supone que estimula su inteligencia...

—Pero no debió de irle muy bien a su hija si yo soy su amigo —completé de coña, y ella medio sonrió.

Devolverme la luz, trayéndome el firmamento a la jodida habitación, fue un gesto bonito. Para devolverle el detalle, podría haberle dicho que ella no era un monstruo, que lo lamentaba mucho pero no daba la talla. O hablarle de su inminente divorcio. Soltarle que entendía que se hubiese casado sin amor romántico de por medio, que millones de veces me había planteado lo mismo con Vic, que comprendía los peligros de que te quisiesen mal. Comentarle, quizá, que las palabras hirientes de sus conocidas debían resbalarle porque ella no era la *gran mujer* que hay detrás de un *gran hombre*, era la puta diosa Eloísa, y como prueba su hija.

Pero los supervivientes nos damos las gracias de otra manera, con normalidad.

Carraspeé cuando la vi encaminarse hacia la puerta.

—Eloísa, ya me ha visto usted en pelotas en dos ocasiones. A ver cuándo llega mi turno.

Y nuestras amistades a veces, solo a veces, se forjan a base de insultos.

—Señor, solo te pido que llegue el día en que Marina me presente a alguien que no sea idiota.

—Leo, Eloísa, Leo... Lograré que recuerde mi nombre y yo no olvidaré el suyo.

Verso 4

MARINA

—¿Eso que llevas puesto es una bata? —preguntó Emma acercándose tanto a la pantalla del móvil que me regaló una magnífica panorámica de sus fosas nasales. Vaya, vaya, bien, yo no era la única que tenía mocos. Hice un pantallazo. Nunca venía de más tener un arma con la que chantajear a mi amiga llegado el caso—. ¿Holi? —Se separó.

—Sí, es una bata, ¿alguna objeción?

—Nada, nada, que estamos en mayo, pero tú siempre has sido muy rarita, así que no me preocupo. Entra dentro de lo habitual.

Estaba tirada en el sofá del salón hecha un trapo. Emma no bromeaba con lo de que necesitaba emborracharse; no había sido la fábrica de Jägermeister inyectada en vena, pero sí decenas de chupitos de tequila sabor Petit Suisse para celebrar su libertad y el retorno de Dinamita. Bufé. El alcohol no debería estar rico. Debería saber mal, como advertencia de la resaca que le seguiría.

—Creo que anoche me destemplé un poco.

—¿Destemplarte? Ja.

—¿Ja?

—Exacto, ja. Lo que te ocurre se llama bailar, sudar y renegar de la chaqueta. Menos mal que *tita* Emma estaba allí para protegerla y recogerla de todos los garitos en los que la dejabas tirada de mala manera sobre cualquier altavoz. Eres una borracha muy descuidada con tendencia al nudismo. —Chasqueó la lengua—. Leo se está convirtiendo en una mala influencia. ¿Lo próximo qué es? ¿Salir de fiesta con él y tatuarte alguna frase absurda en la nalga izquierda, donde tienes la pequita?

«Un día llegarás a casa, te subirás la camiseta y lo tendrás ahí, al lado del ombligo, a todo color...»

Negué con la cabeza.

—No me voy a hacer ningún tatuaje con Leo.

—Dijo la del chupachups en la muñeca.

—Era con Noah, era diferente y... Oye, ¿por qué sabes que tengo una pequita ahí?

—¿Hace falta que te responda?

No, no era necesario. Sabía la respuesta. Lo recordaba, maldita sea. A pesar de haberme masacrado las neuronas, las puñeteras famosas lagunas en blanco no eran lo bastante intensas como para evitarme la vergüenza. Había sucedido en el tercer garito, ¿o era el cuarto? «¿Qué más da, Marina?» El caso es que había una máquina de esas que tenías que golpear, marcaba la intensidad de tu fuerza y si superabas la marca roja te invitaban a dos minis de calimocho. Unos tíos se habían mofado de mi derechazo y... Ni siquiera me gustaba el calimocho, joder, pero por lo visto mi defensa ante cualquier ataque era plantarles el ojete.

Tenía que hacérmelo mirar. O no volver a beber. Las dos opciones se me antojaron válidas.

—Dime que me paraste los pies.

—Te paré las manos —puntualizó—. Cuando la raja asomaba, me puse firme. —Me cubrí la cara con las palmas y ella se partió.

—No te rías —me quejé.

—Nena, es gracioso, y tenemos una cita dentro de una hora y cuarto, a poder ser sin esa bata de abuela. No lo olvides.

Emma había llamado a su compañero de piso mientras estábamos de fiesta para que nos viésemos al día siguiente y hablar del videoclip.

—Lo sé. Con Martín.

—Abraza Árboles, Marina; repite conmigo, Abraza... —El teléfono vibró. Puse los ojos en blanco.

—¿Cuántos recordatorios van a saltarme en el móvil?

—A partir de ahora —revisó su reloj— cada diez minutos. —La fulminé con la mirada—. ¿Qué? Tenía que asegurarme de que no se te pasaba. No puedes dejarme a solas con él. Nos mataríamos.

«O echaríais el polvo brutal del que tantas ganas tienes», pensé.

—Mándame la ubicación, anda. Iremos Leo y yo. Enzo, Vic y César no pueden.

—César... ¿está bueno?

«Como si te importara y no tuvieras a otro en el radar.»

—Emma..., la vejiga me va a estallar. Tengo que mear. Luego hablamos, ¿OK?

Fui a colgar y entonces me dijo:

—Nena, hay una cosa de anoche que no quiero dejar pasar. Mira que soy firme defensora de «lo que pasa de pedo se queda en el pedo», pero esto no. No te enfades, porfi.

Me tensé. Conocía por dónde iba. No todo había sido una lluvia de carcajadas y de colores durante nuestra noche de fiesta, también había más. Básicamente, el final conmigo sentada en un bordillo llorando a moco tendido desconsolada por Noah.

—Ayer dijiste algo a lo que no paro de darle vueltas. —Hizo una pausa—. Marina, claro que quiero que estés bien, lo contrario sería mentirte, pero no si no lo estás. Lo siento si te he hecho sentir así. La pena se me da mal. Supongo que desde pequeñas nos enseñan que es mala y nuestro instinto es evitarla, pero a lo mejor es buena. Sufrirla para sanar. A partir de ahora me gustaría que cuando te pregunte cómo estás seas sincera, y si la respuesta es que no te encuentras bien, probablemente yo también me ponga triste, y no sucederá nada. Lo pasaremos juntas, ¿vale?

—Vale —balbuceé emocionada.

—¿Cómo estás?

Reflexioné.

—El tiempo no lo cura, Emma, incrementa la ansiedad. Últimamente me despierto todas las mañanas pensando: «Ya está bien, ¿no? La broma se está alargando demasiado». Pero es tan real... Tan real...

—¿Quieres que te diga que lo siento? Sería verdad —pronunció bajito con cautela, y apreté la mandíbula conteniendo las lágrimas.

—Quiero que te enfades. Hoy estoy muy cabreada con el universo.

—Está bien. —Aclaró la garganta—. ¡Que te jodan, universo! El mundo es una puta mierda, aunque tenga cosas tan bonitas como mi mejor amiga y ese trasero que siempre quiere mostrar.

Sonreí con las lágrimas rodando por mis mejillas.

Ella me imitó.

—Te quiero, Emma.

—Y yo.

Mucho se habla de cuando se te desborda el corazón por el amor romántico, pero poco de cuando se produce por una auténtica amistad. Y ocurre. Pasa. Y es bestial.

Colgamos al rato, porque mis necesidades de ir al baño se tornaron urgentes. Con Emma una sabía cuándo empezaba una conversación, pero nunca cuándo terminaba. Me senté en el retrete e hice pis.

—Ahhh —murmuré del gusto al acabar y...

—Cua, cua, ¿te has subido las bragas, Dinamita? —Un estúpido patito de goma amarillo asomó por la cortina.

Me vestí a toda pastilla, ruborizada. Con las prisas no me había percatado de que la luz estaba encendida al entrar, lo que significaba que había alguien, lo que... El patito me disparó un chorro de agua por el pico.

—¡Leo! —chillé con las mejillas ardiendo mientras me abrochaba los pantalones y me cubría con la bata—. ¿Qué haces aquí?

—Contestaría a tu pregunta, pero creo que es evidente. —Estaba encantado. El muy capullo se alegraba de mi desliz

—. Cua, cua, ¿te has subido las bragas? —repitió—. Voy a descorrer la cortina.

Lo hizo. Descorrerla y sonreír. En ese orden, o quizá ya se estaba riendo antes al intuir la cara de horror con la que se iba a encontrar.

—Tendré que participar en la próxima junta para establecer las normas, mi intimidad peligra en esta casa. —Ensanchó la curvatura de sus labios y quise asesinarlo.

Estaba tumbado en la bañera, con una montaña de espuma sobre su cuerpo, mis velas aromáticas encendidas y los patitos de colores, que reconocía de su estantería del baño del piso que compartíamos en Vallecas, flotando a su alrededor.

—Te has quedado a gusto, ¿eh? —se burló, y cuanto más roja me ponía más estiraba él la irritante comisura de sus labios—. Ese chorro era digno de ser bautizado como cascada.

—Cállate —apreté los míos, y volvió a lanzarme agua— y deja de mojarme.

—Venga, va, no te enfurruñes, es un piropo. No te llego ni a la suela de los zapatos. Estoy muy lejos de alcanzar tu nivel de profesionalidad…, Niágara. —Arggggh. El muy maldito se estaba recreando.

—Cierra la boca o…

—¿O qué, Marina? ¿Lo harás tú?

Sus grises ojos centellearon. Ponerme a prueba era el deporte preferido del solista y yo solía caer en su trampa. Esa vez no fue la excepción.

—Puede.

¿En serio estaba hablando con el rubio en el baño después de mear mientras se daba un baño de burbujas? Por lo visto, sí. Así de surrealista era nuestra relación. Y podía empeorar.

—Para hacerlo tendrías que meterte. —Alzó las cejas juguetón—. Estás invitada. Es más, podemos repartirnos la letra de *La noche que paramos el mundo* y ensayar si quieres, aquí dentro se está de lujo.

En realidad, teníamos que hacerlo, repartirnos la letra de modo que nuestras voces se acoplasen y practicar, y no es que dispusiésemos de mucho tiempo para ello precisamente, pero...

—No pienso despelotarme y ensayar contigo en la bañera, Leo.

—Puedes dejarte la bata, solo la bata —continuó con la coña—, el *look* de abuelita tiene su puntito sexi.

—No.

—Tú te lo pierdes. —Comenzó a aburrirse. Tenía la capacidad de atención de un perezoso, el animal.

—¿A ti te parece una sugerencia medio normal?

—Dinamita, Dinamita, ¿cuándo aprenderás? Lo normal es terriblemente común, una plaga; por el contrario, lo extraño... Lo extraño se considera exótico. —Sumergió uno de sus patitos para recargarlo de agua y...

—Ni se te ocurra hacerlo, Leonardo —lo amenacé con toda la seriedad del mundo y lo soltó levantando las manos para hacerse el inocente, aunque se rio, y me gustó tanto su risa que tuve que apretar los puños para no seguirlo.

—Hablando de cosas que no son medio normales, ¿a qué vino el selfi de anoche?

¿El selfi? Vaya, eso no lo recordaba. Él lo adivinó y me señaló con la barbilla el lavabo donde descansaba su móvil.

—Míralo. La contraseña es una zeta.

—¿No te importa que yo...?

Era el teléfono de Leo, LEO, por el amor de Dios, su galería de imágenes... No podía descartar que apareciese cualquier foto comprometida y...

—Las fotos guarras están encriptadas.

... y de nuevo me leyó.

Lo desbloqueé mordiéndome el labio. Accedí a su galería y fruncí el ceño.

—¿Tienes una carpeta para mí? —vacilé.

—Dinamita, sí.

—¿Guardas mis selfis?

—Eso parece.

—Si son horribles...

—Pero son tuyos. —Se encogió de hombros y noté una sensación rara en el vientre—. La foto, pequeña, la foto, que te me despistas.

La ojeé. Era la última, justo después de la del hospital con Giuseppe, Nana y Emma.

—Ah, sí —rememoré—, unos chicos se rieron de mí porque no sé dar puñetazos. Supongo que intentaba demostrarte que estaban equivocados.

Salía en acción, con el puño levantado dispuesta a darle al cacharro con el que jugaba con Emma. Mi amiga me la había hecho a traición y al verla yo... yo simplemente le había dado a «enviar» sin pensar.

—Me mola.

—Pero si no salgo posando...

—Por eso mismo, me mola cuando solo eres tú —dijo, y, antes de que pudiera contestarle, me disparó con el patito de goma y se hundió en el agua repleta de espuma.

Verso 5

MARINA

La «reunión de negocios» con Martín para hablar del videoclip tuvo lugar en los Bajos de Argüelles. Cualquiera podría llegar a la conclusión de que, siendo una banda de rock, la elección fue intencionada, un guiño al género, que se debía a que la zona escogida —repleta de pubs— fue considerada el corazón del *heavy* y el rock en la capital, pero nada más lejos de la realidad, amigas.

—Le he dicho al Abraza Árboles que quedemos en los bajos. La variedad de combos de chupitos es impresionante y son muy baratos, matarratas, pero nuestro bolsillo no sufrirá un atraco —había apuntado Emma al enviarme la ubicación.

Sabía apreciar lo importante y me conocía muy poco. Poquísimo. Dos noches de fiesta seguidas eran más de lo que mi organismo podía soportar.

Fuimos al centro en transporte público, cercanías y metro, Leo y yo, y nos valimos de la app Maps de mi móvil para alcanzar nuestro destino.

—Aquí.

—¿Es este? —consultó indiferente el rubio.

—Sí. —Observé el pub que tenía a mi derecha. Estaba en la planta de arriba y hacía esquina. Por lo demás, no se diferenciaba mucho del resto de los locales que lo rodeaban—. ¿Entramos?

—Dale.

El solista empujó la puerta y la sujetó mientras yo echaba un último vistazo al cielo. Hacía varios días que estaba encapotado, con amenazadores relámpagos en la lejanía que encendían el firmamento y me llevaban a contener el aliento, pero nada. Las nubes no se decidían a descargar sobre Madrid, solo en la sierra.

—¿Pasa algo? —se interesó enarcando una ceja.

«No llueve, Leo, no llueve.»

Me giré en su dirección y enderecé la espalda.

—Nada. Vamos.

Por dentro, el local era alargado y estrecho, no demasiado oscuro, y había dianas en las paredes y mesas redondas altas con taburetes. En una de ellas, al fondo, según me había escrito mi mejor amiga, nos esperaban ellos. Escudriñé el suelo. Me había decantado por unos pantalones pitillo negros, camiseta de manga corta blanca, *blazer* y zapatillas claritas. No quería ensuciarme las deportivas, prácticamente eran nuevas (me las había puesto dos míseras veces), y, «bien, bien», pensé, el firme estaba limpio. Minipunto para el antro. Solía valorar los bares por la limpieza y que tuviesen papel higiénico en el váter. Cumplía la primera expectativa.

Me hice a un lado para que una pareja pasase, e iba a indicarle a mi acompañante dónde se encontraba nuestra

cita cuando distinguí su seductora sonrisa torcida bailando por sus labios.

Oh, no. Peligro. El rubio jamás mostraba su mejor arma sin un fin, y el fin solían ser chicas, en singular o plural. En aquella ocasión, concretamente, tres, las que estaban en la barra y le devolvían la expresión comiéndoselo con los ojos sin pudor alguno.

Resoplé.

A ver, objetivamente era comprensible que les llamase la atención. Si habitualmente el cantante de Al Borde del Abismo estaba irresistible (hecho contrastado por la cantidad de grititos desenfrenados que desataba en los conciertos), esa noche, ataviado con una chaqueta de cuero negra, unos pantalones ceñidos del mismo color por los que sobresalía una cadena plateada, suéter (exacto, también negro), una camisa en la que tampoco variaba la tonalidad y que le caía por el muslo, uñas pintadas y el pelo corto ceniza revuelto, ofrecía una imagen arrebatadora, digna de Jared Leto o de John Bon Jovi. Sin embargo, que fuese objetivamente comprensible no evitó que yo pusiese los ojos en blanco.

Leo ensanchó su socarrona sonrisa sin mirarme, lo que demostró que estaba pendiente de mis gestos incluso cuando aparentemente no lo parecía.

Chasqueó la lengua y habló.

—Dinamita, Dinamita, ¿alguien te ha dicho alguna vez que eres un fastidio? —Cruzó los brazos a la altura del pecho y me escrutó—. ¿Qué tienes en contra de que tontee?

—¿Yo? Nada.

—Pero...

Sí, efectivamente había un pero.

—¿A ti te parece bien? Hemos entrado juntos, podrías ser mi novio, y te están devorando. O sea, si fueras una gacela y ellas leones en la sabana, te merendaban.

Leo tenía algo. Algo embriagador que cautivaba. Y no era su rostro de ángel o el cuerpo esculpido. Aquellos rasgos influían, no lo voy a negar. Sin embargo, su mayor cualidad, lo que lo tornaba arrollador, era la autenticidad que desprendía en cada cosa que hacía. No vestía para agradar a nadie, ni se movía para agradar a nadie, ni hacía comentarios políticamente correctos porque creía que era lo que querías oír y le harían quedar bien. Era él, siempre él, poniéndose la ropa estrafalaria que le daba la gana o vistiendo de forma discreta, y si te gustaba bien, y si no, que te aprovechase.

Era... diferente, exótico, como había apuntado en la bañera con los estúpidos patitos de goma, y caminar a su lado te colocaba una lupa encima que amplificaba tus defectos. Desprendía tanto fuego que te iluminaba y dejabas de ser invisible, lo que en muchas ocasiones conllevaba que te comparasen. «¿Habéis visto a ese tío? ¿Cómo puede estar con ella?», decían. O quizá no, y era la inseguridad con la que luchaba la que me volvía paranoica y me llevaba a pensar eso. Verdad o no, fui directa a bajarme las mangas de la *blazer* para evitar posibles exámenes indiscretos por parte de las tres chicas que estaban en la barra, pero el solista me enganchó la mano antes de que llegase a hacerlo y me la apretó. No me dijo palabras bonitas. Tampoco sanadoras. Simplemente me entregó su contacto, la seguridad de la que a veces carecía, a pesar de

ser una persona con carácter, y comprendí que ese algo que me ofrecía era saber que siempre dispondría del calor de su palma cuando estuviese asustada.

—¿Y qué si fuera tu novio y me mirasen? —Me trajo de nuevo al presente.

—Es una falta de respeto.

—Esa clase de respeto posesivo está sobrevalorado. No pertenecemos a nadie, Marina.

—¿A ti no te importaría si fuese al revés?

—¿Si en un hipotético mundo paralelo fueses mi chica y tías y tíos se partiesen el cuello para mirarte? —dudó y asentí—. Dinamita, si en un mundo paralelo fueses mi chica, no estaría pendiente de lo que los otros hacen porque estaría bastante atareado contemplándote a todas las putas horas hasta desgastarte. —Cogió carrerilla y añadió—: Y al contrario lo mismo, si yo fuese tu chico, daría igual cuántas miradas me buscasen porque solo distinguiría tus ojos verdes. —Sus pupilas rodaron hasta fijarse en las mías, contuvo un segundo el aliento con los labios entreabiertos y al darse cuenta de lo que estaba haciendo me soltó sobresaltado y se pasó la mano por la cabeza—. Pero no lo soy ni lo seré y, joder, parece que estoy ligando. La voz aterciopelada, que me sale sola y, mierda, lo siento.

—No pasa nada —lo disculpé, y entorné los ojos. Había una duda que me planteaba desde hacía tiempo—. ¿Nunca te cansas, Leo?

—¿De qué?

—De esto. De las relaciones esporádicas de bar.

—¿Relaciones esporádicas de bar?

—Mantener el contacto visual unos segundos y al tema.

Él parpadeó confundido. Después, una sonora carcajada brotó de su garganta.

—¿Por qué me iba a cansar de follar con desconocidas como, cuando y donde nos aprieta?

—Yo qué sé... —Dejé la frase suspendida en el aire y me encogí de hombros. No quería resultar mojigata; aun así, solté el interrogante—. ¿Nunca te has planteado cómo sería que el sexo fuera... más? Solo por poder comparar.

—¿Más?

—Con sentimiento.

—Dinamita..., no todo el mundo busca su gran historia de amor, hay gente que se conforma con esto —dijo, y no me pasó desapercibido que utilizó la expresión «se conforma» en lugar de «desea»—, le va bien y no se raya.

—¿No se raya?

—Lo deja estar. El amor no es para todos los públicos, pequeña.

Había gente que elegía la soledad y estaba bien. Lo que no estuvo bien fue la repentina rigidez del cuerpo de Leo y la tensión de su mandíbula, como si, en lugar de para no querer, en realidad no estuviese preparado para que lo quisieran.

—Antes pensaba como tú —confesé—. Estaba convencida de que algo tan cursi como enamorarse no era para mí.

—¿Qué pasó?

—Conocí a Noah.

Un segundo de silencio.

—Te cruzaste con el tipo indicado —sentenció.

Me habría gustado indagar más sobre el asunto. Sin embargo, Emma nos saludó efusivamente desde el fondo del pub y nos acercamos a ella y a su compañero de piso antes de que se le desencajase el hombro.

La tía iba cañón, con unos vaqueros claros ajustadísimos, la camiseta gris de *Futurama* de las grandes ocasiones anudada a un lado, unas Vans, una coleta y los labios pintados de un tono morado mate muy oscuro, casi negro. Por fin tuve cara a cara a Martín. Nos lo presentó. Me había hablado tanto de él, tanto tantísimo de tenerme sobrecargada, que al verlo lo primero que pensé fue: «Vaya, es idéntico a como lo había imaginado. Qué bien se le da describir a esta chica». Lucía unas rastas largas castañas recogidas en un moño, sus ojos eran marrones, de enormes pestañas, y vestía pantalones *cagados*, tan excesivamente *cagados* que le llegaban por debajo de las nalgas dejando al descubierto sus calzoncillos de Bob Esponja estampados.

«Definitivamente, son tal para cual», sonreí.

—¿Os hacen unas birras para que vayamos rompiendo el hielo? —preguntó. Habían cogido una mesa libre al lado de los ganchos que pendían de la pared para colgar las chaquetas. Me quité la *blazer* (dentro hacía un calor de mil demonios) y le contesté siendo la nota discordante del sí de Emma y Leo.

—Para mí que sea mejor un agua con gas, hielo y una rajita de limón, si no es mucho abusar.

—¿Me lo apuntas? —bromeó tomando nota.

—Ayer se pilló un pedo del quince. Tiene la tripa revuelta.

—Gracias por tus apuntes sobre mi flora intestinal, siempre tan innecesarios, Emma —murmuré, y la fulminé

con la mirada. Para qué preservar tu intimidad si podías tener amigas que aireasen tus trapos sucios a la menor oportunidad...

—Tranquila, estoy acostumbrado a que subtitule cada una de mis visitas al retrete. —Martín bajó a las trincheras conmigo. Me cayó bien.

—Y lo que te ríes, ¿eh?

—Reconozco que el día que iba estreñido y me pusiste *Carmina Burana* desde la puerta para animarme tuvo su gracia...

—¿Lo ves? —susurró Emma cuando Martín se fue a la barra—. Lo tengo en el bote.

El cámara nos trajo las bebidas. Hablamos un rato de nosotros, por aquello de conocernos un poco y no ponernos a hablar de negocios tan directa e invasivamente. Estaba nerviosa, inquieta, retorciendo las manos en el regazo apoyada en un taburete, y el temblor fue a más cuando nos pidió escuchar el tema y no me quedó más remedio que ofrecerle mi teléfono.

—Es un audio casero, lo grabé para el resto de la banda en mi habitación con mala acústica... —me excusé.

En la grabación, de cuatro minutos y medio, solo cantaba yo. Faltaba la melodía, en la que Vic, Enzo y César ya estaban trabajando, y acoplar la voz de Leo. Que todo el peso de la interpretación recayese en mí era una de esas cosas que me producían sudores fríos y ganas de potar.

—Nena, tienes que aprender a dejar de justificarte. Lo he oído y es genial. Empieza a creértelo, leñe.

Emma llevaba razón. Me justificaba constantemente. Sobre todo cuando algo me importaba de veras y temía no

dar la talla, que no fuese perfecto. Cagarla. En lugar de valorar lo que había hecho, siempre pensaba que podía haber dado un poquito más de mí. Estaba trabajando en ello, en la inseguridad y en la asfixiante exigencia a la que me sometía, pero me quedaba un camino muy largo, probablemente interminable. No creía que una persona pudiera dar un cambio de ciento ochenta grados, sí en que era posible hallar las debilidades que se nos enquistaban y tratar de pulirlas con una efectividad que rara vez rozaba el ciento por ciento.

«Debes permitirte fallar, Marina», decía la psicóloga, y yo le contestaba: «Te juro que lo intento cada mañana».

Inspiré hondo y espiré.

Un pelín más calmada, aunque no del todo, atendí de nuevo a la mesa. Estaba segura de que las palmas de las manos me sudarían en cuanto Martín pulsase el «play», de que analizaría cada uno de sus gestos y que los retortijones no se irían hasta obtener su aprobación, instante en el que recobraría el aliento y... Leo, que hasta entonces no se había pronunciado, puso su mano en mi rodilla y la acarició con inusual suavidad para infundirme seguridad. Mi pulso se relajó y poco a poco recuperó el ritmo. Estábamos juntos en eso. Era de los seis. Nada podía salir mal.

Emma observó un instante con las cejas ligeramente enarcadas cómo me tocaba, pero se olvidó de las conclusiones que estaba sacando en cuanto hablé; entonces volvió a la carga.

—Tú me tienes cariño. Que te guste la canción no cuenta.

—Y el nuevo confía en mi criterio musical. —Tuvo el detalle de no llamarlo Abraza Árboles ni Rastafari en su

presencia—. Lo he pillado escuchando las listas de mi perfil de Spotify —anunció muy segura de sí misma.

—Sabes que el nuevo está aquí, ¿no?

—Calla, esta es una conversación privada.

Martín negó con la cabeza sonriendo y dijo:

—¿Hay algún medicamento, droga o clase de meditación que ayude para aguantarla más de dos horas seguidas? Es agotadora...

«Pues sí, estaba loquito por sus huesos.»

—He oído que, si vas a la consulta y comentas con tu médico de cabecera que conoces a Emma, te receta Diazepam...

—Os creéis muy graciosillos, ¿eh? Anda, al lío antes de que me indigne.

Contuve la respiración.

El posible director del primer videoclip de Al Borde del Abismo sacó sus propios cascos del bolsillo, pulsó en la pantalla para que la canción comenzase y... Vaya, Martín no era muy expresivo, mierda. Podía ir bien, mal, regular o ser una auténtica tragedia para los tímpanos, que no nos daríamos cuenta. Estaba intentando leer su lenguaje corporal cuando hice algo que no tenía previsto, que me nació de dentro. Puse la mano que tenía libre encima de la de Leo, que seguía sobre la mía, y enlazamos los dedos. El solista emitió un suspiro ronco, como el del suelo al resquebrajarse, pero a la altura de su pecho. Fue entonces cuando dejé de prestarle atención a Martín para concentrarme en él. También estaba alterado, aunque su manera de demostrarlo era quedarse tan inerte y estático como una estatua de mármol.

A veces daba la sensación de que Leo estaba tan por encima del mundo, de las personas y de las circunstancias cotidianas, que se me olvidaba que era humano y que debajo de las capas tenía sentimientos. Si para mí ese instante era duro, no me quería ni imaginar cómo sería para él, que había compartido toda su trayectoria musical con el amigo cuya ausencia se hacía más presente que nunca con mi retorno al grupo.

—No debería haber sido así. Esto, la canción, nosotros sin él... —murmuré, y se mantuvo sereno, en la misma postura inalterable, pero su pulgar recorrió la línea del dorso de mi mano y no dejó de acariciarme.

Finalmente, Martín anunció:

—Ya. —Se sacó los cascos inalámbricos de los oídos.

Silencio.

Un segundo.

Dos.

Tres.

¿QUIERES HACER EL FAVOR DE DECIR ALGO?

—¿Y...? Deja de hacerte el interesante, que no puedo con tanto misterio —articuló Emma. Gracias.

—Tíos —su compañera de piso tosió— y tías, no soy de halago fácil. Os prometo que para nada. De hecho, me suelen acusar injustamente de quisquilloso... Pero... sería un puñetero lujo rodar el videoclip de *La noche que paramos el mundo*. —Solté aliviada todo el aire que había estado aguantando. Le habíamos ofrecido una cantidad por el encargo procedente de los fondos del grupo que se incrementaría si el tema funcionaba. Aceptaba. Bien. Podía colocar una de mis adoradas aspas—. ¿Vosotros sois

plenamente conscientes de la bomba que tenéis entre manos? La sensibilidad de esta canción, buah, se me pone la piel de gallina. —Subió una de las mangas para mostrarnos la carne erizada y que comprobásemos que no exageraba—. ¿Quién es el genio que la ha compuesto?

«Lo era, sí.»

La garganta se me resecó.

El gesto de Leo se ensombreció y sus facciones se endurecieron.

Durante una fracción de segundo ni él ni yo pudimos hablar, así que Emma nos dio el relevo.

—El compositor es Noah, el bajista de Al Borde del Abismo. —En presente. Siempre.

—Guay, lo conoceré en la grabación. —La *gamer* esbozó una débil sonrisa.

—Murió hace unos meses y... —Tragó saliva y me miró. Frunció el ceño, sacudió la cabeza e hizo lo que habíamos hablado la noche anterior. Dejar de soltarlo y mantenerlo con nosotros—. Y te hablaremos de él hasta que te dé la sensación de que coincidisteis. Estate preparado.

Un nudo de agradecimiento se expandía por debajo de mis costillas cuando sucedió. Dos chicas entraron y cerraron un paraguas rojo. Un paraguas rojo e, importante, mojado. Estaba lloviendo. ¡Lloviendo! ¡Aleluya! Me levanté en el acto con el nacimiento de un cosquilleo profundo en la boca del estómago y avancé hacia la puerta sin avisar a ninguno de mis acompañantes de mis intenciones.

Tuve que cruzar el pasillo, cada vez más lleno de gente que corría a resguardarse del aguacero, y una vez fuera, antes siquiera de que la puerta se cerrase a mi espalda,

comencé a reírme. No solo llovía, diluviaba. El cielo descargaba sin piedad una feroz tormenta de primavera que creaba cortinas de goterones allá donde mirase y era una fantasía, una puñetera fantasía para mis cinco sentidos, puestos a su disposición. Caminé hasta la barandilla que rodeaba el anfiteatro, inspiré profundamente el olor a humedad abriendo los pulmones tanto como pude y, sin pensarlo dos veces, saqué la cabeza para abandonar el techado que me cubría y que las primeras gotas impactasen contra mi rostro atraídas por el viento, frías, chispeantes y refrescantes. Bajo su efecto, alcé la barbilla, cerré los ojos y... canté.

Le canté.

Estuve así, entonando sola, con el flequillo pegándoseme a la frente y gotas por encima de los labios, hasta que llegó el estribillo, momento en el que una voz se unió a la mía haciéndome los coros. La de Leo. Tan contundente como siempre, pero más bajita para rellenar y no robarme protagonismo. No lo había oído llegar y allí estaba, a mi lado, entregado con las manos aferradas a la barra metálica y los nudillos enrojecidos. Inclinado hacia delante con mi misma postura mientras la lluvia calaba su cabello ceniza y desdibujaba las hermosas facciones de su cara.

Habíamos mantenido un acalorado debate sobre la canción de camino al pub. Que si empiezas tú, que si empiezo yo, que si la estrofa que tiene más fuerza es la mía y demás tonterías varias que demostraban que éramos incapaces de ponernos de acuerdo para repartirnos la letra y normalmente no importaba, porque cualquier discusión quedaría zanjada al ver a Noah. Él era el experto que

distribuiría las partes de manera que todo tuviese sentido y el tema creciese al interpretarlo. Sin embargo, él no estaba, nosotros fracasábamos como sustitutos y... Al terminar noté un escalofrío que me subió por la columna vertebral y recorrió todo mi cuerpo. Miré a Leo impresionada para preguntarle si él también lo había sentido, pero el rubio ya me estaba contemplando y lo hacía de un modo intenso, con gotas en sus pestañas y los labios apretados.

—Dinamita, esta canción no me pertenece. Tienes que cantarla sola.

—Oh.

CANCIÓN 5

El videoclip

Verso 1

MARINA

«Mierda, es más rápida de lo que recordaba.»

Chasqueé la lengua y me tiré al suelo al mismo tiempo que Emma abría la puerta. Contuve la respiración. Desde mi posición casi podía verla con los rayos X de sus ojos analizando la estancia.

«Que no me pille. Que no me pille.»

—¡Tampoco está aquí! —gritó mi mejor amiga, recién nombrada ayudante de dirección, que se tomaba muy a pecho su cargo—. ¡Miraré en la calle a ver si ha salido a que le dé el aire! Ella es muy de refrescarse... —continuó, y murmuró divertida imitando la tétrica voz de un payaso asesino protagonista de película cutre del *Multicine* de

Antena 3 con su risilla maquiavélica—: Marina, Marina, da igual dónde te escondas, voy a encontrarte... Ji, ji, ji.

Daba escalofríos.

Mi amiga se marchó. Aun así, aguardé unos segundos antes de salir por si las moscas.

Estábamos a las afueras de Madrid, en un polígono industrial rodeado de descampados. Los padres de los mellizos nos habían conseguido un estudio a buen precio dentro de una nave para rodar el videoclip y... No respondía de mis actos como alguien más volviese a repetirme la muletilla de «actúa con normalidad, Marina, como si no estuviésemos aquí. Nosotros no te molestamos».

¿Normalidad? Ja.

Risa me daba a mí su concepto de normalidad.

Carcajadas.

Veamos, ¿qué hay de natural en tener a cinco estudiantes de Comunicación Audiovisual enfocándote con las cámaras que han pedido prestadas a la universidad como auténticos *paparazzi* mientras te dicen: «Haz lo que sueles hacer antes de un rodaje»? Nada. NA-DA. ¿Eing? ¿Lo que solía hacer antes de un rodaje? Era el primero y tenía toda la pinta de convertirse en el último de mi trayectoria.

Martín se había venido arriba con el asunto de la grabación, pero muy muy arriba, de ida de olla absoluta, y debía de llevar el exasperante don de gentes en los genes como la *gamer*, porque había convencido a cinco futuros trabajadores de la industria del cine y a una banda de rock para que se sumasen a su poco proporcionado entusiasmo.

—Quiero desmitificar a los roqueros, que os vean como personas, en vuestro día a día. Vivimos en la era del adorno;

todo lo que nos rodea, cualquier estímulo, es mentira. Pues bien, vamos a utilizarlo a nuestro favor. Ofrezcamos al público algo que sea tan real que no les quede más remedio que creérselo —había anunciado.

Y me gustaba su idea, que conste. Ser nosotros mismos y que las personas se diesen cuenta de que los artistas tenían, teníamos, más de humanos que de dioses. Que debajo de las fachadas, las campañas y los pódiums construidos a base de humo por el *marketing*, al posar un pie en el suelo éramos inseguros, frágiles, volubles... O no. Pero si nos pinchabas, sangrábamos. Y sentíamos. Todos sentíamos, a eso se reducía la pieza. Desmontar el mito y hacerlo tan terrenal que la letra calase porque podría ser de cualquiera. Tuya.

Para conseguirlo, nos quería relajados para grabar diferentes tomas y una escena final, con tres cambios de vestuario (ejem, diez para Enzo) con los que fuésemos cómodos, y por cómodos no se refería a un chándal o a unas mallas, sino a aquello que nos representase, el cuero para Enzo, las rejillas para Vic, un sombrero para César, unos vaqueros, camiseta y pañuelo de lunares enrollado en la muñeca para mí. Y Leo... Leo nos había sorprendido.

Teóricamente era muy bonito. La realidad es que llevábamos allí desde las cinco de la mañana, las CINCO, más o menos cuando colocaban las aceras en Villa, aunque madrugar no me importaba. Llevaba bien empezar el día con energía. La tortura venía de la grabación. Una cosa era mostrarnos y otra que una cámara recogiese cada uno de nuestros movimientos. Llegando, entrando, recorriendo el

espacio, mientras Vic me maquillaba y hasta en la puerta del baño esperando después de que pasase a hacer pis.

—Dime que no lo has grabado —advertí a Sofía, la chica que llevaba todo el día pegada a mí y a la que me costaba sudor y esfuerzo despistar.

—Tranquila, podemos eliminar el sonido.

«O sea, que sí.»

Grrr.

Estaba harta y todavía quedaba lo peor. Lo PEOR. En un arranque de originalidad (ojo, que yo había aceptado por mi propia voluntad, porque a veces no sabía muy bien lo que se me pasaba por la cabeza a la hora de tomar decisiones), Martín había sugerido grabar la actuación cantando *La noche que paramos el mundo* del tirón, en una única escena.

—Será como el mítico Nacha Pop con *La chica de ayer* o como M-Clan y su *Carolina*. De hecho, el vídeo del segundo me ha servido de inspiración para el nuestro.

Luego, explicó, lo mezclarían con las tomas sueltas previas y con... Me mordí el labio. Aquello era un error. Un inmenso error. Colosal. ¿Cómo había podido permitir que me comparase con Carlos González y con Antonio Vega? A mí. ¡A MÍ! Ellos eran artistas, ARTISTAS con mayúsculas, leñe, y yo una mera impostora jugando a los cantantes y...

Saqué el teléfono y di una orden directa al cerebro: «TAXI. PEDIR. YA».

Lo desbloqueé y...

—Ni lo intentes, el wifi es pésimo y apenas hay cobertura. Este sitio es un maldito búnker, Dinamita, no te pongas en evidencia —oí la voz de Leo a mi espalda. Al

girarme estaba allí, recostado en el sofá, con los brazos doblados en la nuca y los ojos cerrados.

¿Desde cuándo llevaba allí?

—¿Desde cuándo llevas aquí?

—Desde que has comido tierra, cadete Roig. Tu ejecución militar ha sido perfecta. Ahora relájate, el bullidero de tu cabeza no me deja dormir. Piensas demasiado.

Abrí indignada los ojos como platos.

—¿Te estás echando una siesta?

—Ventajas de ser corista. Nadie te echa de menos.

—Porque el resto estamos trabajando.

—Tú no. —Abrió un ojo, después el otro y sonrió seguro de sí mismo—. Vaya, no te atreves a negarlo, esto es bueno.

—¿Qué? —En mi rostro se dibujó una mueca de fastidio.

—Que me des la razón.

No pude contratacar. Tampoco me fui. Así que se incorporó, crujió el cuello a ambos lados y desentumeció los músculos estirándose como un felino.

Vestía unos pantalones de traje negros, camisa blanca sacada por encima de malas maneras, el cabello rubio ceniza despeinado y unos zapatos. Al verlo, antes de montar detrás de él en la moto en Villaviciosa y aferrarme a su cintura, lo había increpado por no cumplir la norma del *look*, esto, sí, natural...

—Se supone que tenemos que ir de nosotros mismos. Martín nos lo dijo por email y lo escribió anoche en el grupo de WhatsApp para recordárnoslo...

—Y voy de mí mismo, Dinamita. De mí mismo en un momento puntual.

—¿Cuál? —No le creí. Jamás lo había visto tan arreglado, de traje, y, aunque objetivamente le sentaba de maravilla y a Leo le gustaba cualquier cosa que lo hiciese destacar, dudaba de que ese fuese su estilo.

—La noche que firmé la tregua con Noah en el puente lo llevaba puesto. Venía de un juicio —fue su escueta aclaración mientras daba gas para evitar que formulase una nueva pregunta.

Lo miré, regresando al presente, y la bombilla se me encendió.

Tuve una idea y no es porque fuese mía, que quizá también, pero era magnífica.

Sonreí ensanchando las mejillas con las palabras precisas ascendiendo por la garganta y él negó sacudiendo la cabeza.

—No malgastes fuerzas, Marina. No vas a convencerme.

—¿Cómo lo sabes? Todavía no te he dicho de qué se trata.

—Lamento informarte de que eres bastante más transparente de lo que piensas, y si no me crees ponme a prueba.

¿Era uno de sus malditos juegos? Probablemente. ¿Iba a caer? La duda ofende.

Me erguí.

—A ver, ¿en qué estaba pensando, pitoniso?

—En quitarte el marrón de encima y trasladármelo... a mí, ¿me equivoco? —Alzó una ceja. Grrr. Había dado en el clavo, pero es que si él asumía el timón, como de costumbre, y volvía a ser el solista, todo, absolutamente todo, sería maravilloso. Volvería a recostarme en mi

adorada y mullidita zona de confort y adiós a las cámaras persiguiéndome al váter.

—Leo... —puse una adorable y cándida voz aterciopelada que acompañé de un aleteo de pestañas para que tuviese más efecto y conseguir así hacerlo cambiar de opinión a través de un argumento certero con el que apunté directamente a la diana de su ego—, no es por mí, es por ti. Ser corista te queda pequeño...

El solista, corrijo, corista de *La noche que paramos el mundo* parpadeó.

—¿Intentas manipularme, Dinamita?

«Sí, lo intento, estoy desesperada. Es más, si me pidieses dinero para cambiarme el puesto y fuese poco, lo valoraría.»

—¿Yo? Para nada. Solo digo lo que creo que mereces —hice un segundo intento y... se partió, pero no con una risita floja, no, a carcajadas y palmeándose el muslo, el muy maldito. Apreté los labios y hablé entre dientes—: ¿Podrías parar? Es un poco humillante.

—Lo humillante es lo mala que eres en el arte de la persuasión. No aprendes... Si me lo hubieras pedido directamente, aun con mi negativa inicial, me lo habría planteado.

—¿Y si reculo y lo hago ahora?

—Es demasiado tarde, pequeña, demasiado tarde... —Continuó descojonándose, tomándose su tiempo, y luego me miró—. A estas alturas a lo único que puedes aspirar conmigo es a que te enseñe a atizar un buen puñetazo si me alcanzas un café con leche y uno de los manolitos que ha traído esta mañana Emma para el equipo.

¿Perdón? ¿Enseñarme a atizar un buen puñetazo? ¿Había oído bien? ¿Qué pensaba este? ¿Que me iba a poner a repartir a lo Jackie Chan como los famosos que se enfrentaban a la prensa para que no me grabasen?

—¿Cuál es la conexión entre tus lecciones de artes marciales y mi miedo escénico?

—Ninguna, pero nos ayudarán a matar el rato durante los cuarenta minutos que quedan, liberarás endorfinas y nadie volverá a poner en duda tu fatal izquierdazo en un bar cuando vas pedo.

—Fue derechazo... —murmuré conmocionada. Lo peor no es que el rubio lo propusiese en serio, no, lo peor es que iba a decirle que sí con tal de distraerme y olvidar lo que había pasado y lo que venía—. Vale, pero el café te lo sirves tú solito, que tienes manos.

Leo sonrió feliz de que hubiese caído en sus redes, se puso de pie de un salto, cogió el termo y se sirvió un vaso hasta arriba de humeante café.

—¿Quieres?

—¿Más cafeína? No, gracias. —Bastante eléctrica estaba ya como para empeorarlo.

«¿Hola? Vas a practicar kárate con Leo. Acabas de cubrir tu cupo de tonterías diarias», pensé.

«Por si acaso», me contesté.

Inspiré. Con él las cosas funcionaban así. Era imprevisible. Nunca sabías por dónde saldría. Incluso cuando creías tenerlo calado iba y, ¡pumba!, te sorprendía. Y era irritante y... divertido.

Muy a mi pesar, los impulsos sin sentido de Leo me divertían.

Me dio la espalda y ojeó la variedad de dulces que descansaban en la mesa del tocador sin llegar a decidirse. No entendía por qué hacía eso, vacilar si al final acabaría comiéndose uno de cada para probarlos todos en orden, del que menos le gustaba al que más. Mantequilla solo, chocolate y su favorito, el dálmata en el que había mezclados chocolate blanco y negro. Lo sabía porque cada vez lo conocía más e identificaba sus pequeños detalles y —la comisura de mis labios se elevó— la predicción se cumplió.

—Bien —habló después de zamparse el dálmata de un bocado—, a lo importante.

Arqueé una ceja. ¿Lo importante para él en mitad de la grabación de un videoclip eran mis golpes? O la siesta le había sentado francamente mal o estaba muy aburrido.

«Atiende, Marina, déjate llevar. Escucha.»

—Lo primero es la expresión, Dinamita, la expresión. Fundamental.

—La expresión —repetí.

—Sí, tiene que resultar amenazante.

—Amenazante —insistí en las repeticiones como un lorito.

Aquello era surrealista.

SURREALISTA.

—Exacto. Si pareces un niño indefenso, tu rival se crecerá; en cambio, si lo acojonas, aunque por dentro sigas siendo aquel niño indefenso cagado de miedo, lo pensará dos veces antes de... Lo pensará dos veces —zanjó, y no sé por qué, pero esa intervención me trastocó un poco, me agitó. Noté el mismo pellizco en la tripa que experimentaba

cuando veía sus enrevesados tatuajes y las ganas de... protegerlo. A lo mejor sí que necesitaba saber cómo se daba un buen puñetazo—. Vamos, Marina, muéstrame tu peor cara.

Hice un paréntesis.

—Solo para confirmar, todo esto está sucediendo y no es fruto de mi imaginación, ¿verdad?

—Tu peor cara.

Suspiré resignada, fruncí el ceño y formé una línea recta, tensa y bien prieta con los labios. ¿Adivinas la reacción? Por segunda vez, en un intervalo muy corto de tiempo, se partió. Maldito Leo.

«Capullo.»

—No te rías... —rumié entre dientes.

—Pero es que eres muy mala. Entran más ganas de abrazarte que de retroceder un par de pasos. —Lo fulminé con los ojos—. Un segundo, ahí está, la tenemos. Bravo, Dinamita. Es hora de pasar a la postura corporal y a la posición de tu mano.

Me explicó que tenía que colocar los pies a la distancia de los hombros, mantener las rodillas flexionadas, cerrar el puño con el pulgar contra los nudillos, apretarlo un poco y... mira, yo necesitaba un bloc de notas para tanta indicación. Cuando terminó no me quedaba muy claro si recordaba todas las directrices, pero sí que me apetecía darle un puñetazo a Leo por el tremendo dolor de cabeza que me estaba provocando. Sabía cómo motivar a sus alumnas. Nadie podía negarlo.

—Vamos, Marina. Estoy listo. A la de tres. Uno. Dos. ¡Y tres! —Obedecí. Dirigí mi puño a su brazo (tampoco tenía

intención de que la broma pasase de ser un calmante tonto), pero él lo envolvió con su mano deteniendo el impacto—. Te he dicho que te enseñaría a dar puñetazos, no que permitiría que me dieses uno. He cumplido. —Me guiñó un ojo. En lugar de soltarme, avanzó un paso hasta quedar muy cerca de mí, pegado, casi rozándonos, y por algún motivo inesperado mi pulso se disparó cuando sus grises ojos se clavaron en los míos a esa distancia tan corta—. No voy a soltarte un discurso de lo valiente que vas a ser y de cómo lo vas a petar mientras grabemos. No soy esa clase de chico, Dinamita... Pero sí del tipo que te pregunta: ¿qué tienes que perder? Y si la respuesta es nada, te grita: «Joder, entonces hazlo. Hazlo como la jodida diosa de la música que todos menos tú sabemos que eres».

—Algo parecido pone en uno de tus tatuajes.

—La tinta de mi cuerpo siempre estará a tu servicio, pequeña, y yo... Siempre voy a estar para ti.

Verso 2

LEO

A lo mejor habría sido más bonito si no se lo hubiese contado. Romántico. Que en mitad de la actuación sucediese, que sus ojos se anegasen de lágrimas y me viese de otra manera. «Acabo de distinguir al verdadero Leo...» Pero lo hablé con ella. Antes de poner toda la maquinaria a trabajar, comentárselo a Martín y llamar a Carlota, se lo consulté.

—Creo que Noah debería estar presente de alguna manera. ¿Te parecería bien que proyectásemos vídeos suyos mientras actuamos?

—Me parecería bien.

No me arrepiento.

Para mí tenía que ser así.

Que los dos formásemos un equipo y no ir por libre, con ventaja.

Las luces de la nave se apagaron. Todos sabíamos lo que venía. Habíamos tenido la escaleta del guion de Martín en nuestras manos para darle el visto bueno. Aun así, cuando nuestro amigo surgió en las pantallas que teníamos a

ambos laterales, no hubo ninguno a quien no le fallase la estabilidad de las piernas.

Era un vídeo casero que Carlota había grabado cuando venía a nuestros primeros ensayos en la casa de la sierra de los mellizos. Vic, Enzo y yo lo confundíamos con una foto y nos dábamos codazos en primer plano para acaparar más hueco. Entonces la rubia hacía un barrido general del salón y activaba el zoom para enfocar a su hermano. De fondo, se oían nuestras quejas mientras Noah acaparaba toda la atención.

Estaba encorvado hacia delante como siempre que tocaba y, también como siempre, el pelo desordenado le cubría buena parte de los ojos chocolate escondiendo su mirada. En aquel momento, acariciaba las cuerdas de su bajo con mimo y debió de percatarse de lo que sucedía, de que Carlota lo estaba inmortalizando, porque levantó la barbilla y le habló directamente al objetivo:

—¿Empezamos?

Aquella frase era nuestro pistoletazo de salida.

Aparecería en el videoclip.

De repente se hizo la luz e iluminó el diáfano espacio de paredes robustas, altas y blancas.

Martín y su equipo habían instalado algunas cámaras fijas desde diferentes ángulos y se deslizaban con las móviles al hombro. No teníamos escenario, motivo por el que los cinco estábamos a la misma altura sobre la plaqueta gris que simulaba ser de madera. Reconozco que desde fuera debía de resultar curioso vernos. Al tener libertad de criterio en el vestuario, cada uno iba como le daba la gana, como éramos o como queríamos ser en aquel instante.

Dinamita y sus vaqueros claros con una camiseta blanca y zapatillas, César con tejanos más oscuros que los de la solista, camiseta negra de Hombres G y sombrero, Vic y sus pantaloncitos minúsculos y una camiseta de rejilla, Enzo de cuero, todo él de cuero, y yo con los restos del traje del que debió ser el peor día de mi vida y se tornó en la oportunidad de renacer a la que me aferré... Eso desde fuera, desde dentro no chirriábamos tanto, éramos nosotros mismos, demasiado irreverentes para adaptarnos al molde.

Noah era el único que cambiaba de vestuario en el directo. Vestía los vaqueros de pitillo negros, la cinta para el pelo y su camiseta blanca con una franja oscura en el momento en que Marina agarró el micrófono con las dos manos y se enganchó a cantar en la melodía que Vic, César y Enzo hacía segundos que habían iniciado.

Lo hizo un poco desafinada. Floja. Con menos fuerza de la que requiere un buen principio. El guitarrista me dirigió una significativa mirada para que entrase a salvar la situación. Le dediqué un gesto pidiéndole que aguardase. Que tuviese paciencia, joder. Sabía que Marina lo conseguiría. Confiaba en ella.

El plano de mi mejor amigo en el ensayo en la sierra de Madrid varió a uno en Ruido. Aparecía recostado en un taburete, tocando suave, con armonía, mano arriba, abajo y dedos bailando. A mi lado mientras yo me contoneaba exageradamente con el micro. Desviaba la mirada, le sonreía y él alzaba la cabeza para devolverme el gesto que trasladaba al público, a Carlota, que, camuflada entre los asistentes, recopilaba nuestros mejores momentos.

Aquella expresión suya que tanto echábamos de menos fue el chute de energía que necesitábamos para activarnos.

Dinamita la distinguió justo cuando llegaba uno de los puntos más críticos, el grito gutural que precedía al estribillo, y en los labios del bajista encontró el tono, la garra que debe retorcerte las tripas por dentro para hacer buen rock, y chilló. Un torrente de voz que podría haber quebrado las paredes y haber hecho un agujero en el techo. Después ya no hubo marcha atrás. Estaba imparable. Brilló, como la estrella a la que llamaba Noah, mientras todas las del firmamento se daban la mano.

Una de las cosas que más me gustan de las baladas de rock es que no te dejan indiferente. Marcan un antes y un después. Son poderosas. Hacen que algo dentro de ti cambie y te conducen a entonarlas a pleno pulmón con las pulsaciones disparadas. Eso, la magia, fue lo que experimenté cuando me incorporé al estribillo. Dio igual que la estrofa fuese más corta de lo que estaba acostumbrado, disfruté de mi intervención al máximo. Me divertí, con la risa de Marina colándose indiscreta por mi oído cuando le di con la cadera, los golpes de la diablesa Vic a los mandos de la batería retumbando en el eco de la estancia, Enzo aterrizando en el suelo delante de nosotros como un puto colgado, y César... Bueno, César era de naturaleza más bien sosita, tocaba y punto, pero hasta eso me moló. Fue mi antes y después. Del miedo a que la tristeza nos sobrepasase a sentirme orgulloso de formar parte del incendio arrollador que había sido, era y sería Al Borde del Abismo.

Me sentí orgulloso de ser el corista de un tema como ese, tan especial y puro, y se despejaron las dudas de si se me había calentado la boca en los Bajos de Argüelles al ceder el protagonismo de la que habría sido con total seguridad la mejor canción de mi carrera musical. Tenía que ser ella. Marina. Había hecho lo correcto. Era su canción de amor.

La interpretamos así hasta el final, eufóricos, como si en lugar de en una nave perdida de la mano de Dios estuviésemos ya en el Wanda dándolo todo delante de miles de personas, y era gracias a Noah. Siempre sería gracias a mi amigo. Sin él, Al Borde del Abismo jamás habría existido y por esa certeza supe que estaba allí, en las pantallas y en las huellas que había dejado marcadas en cada uno de nosotros, y descubrí que no eran heridas, eran latidos.

Pulsaciones de instantes tan brutales como ese.

Mientras la sangre bombease en nuestras venas hallaríamos la forma de traerlo y fue con esa seguridad con la que llegamos al final. El último verso era el más complicado. Desgarrador y hermoso a la vez, y Marina lo ejecutó a la perfección.

Las luces volvieron a apagarse.

Permanecimos en silencio con el pecho a punto de reventar y la respiración entrecortada.

Primero se oyó un audio distorsionado acorde a la imagen deformada que ofrecían las pantallas. Tragué saliva y noté una punzada de reconocimiento en el pecho. «A Carlota se le cayó la cámara al suelo para aplaudirnos», recordé en el preciso instante en que la chica la recuperaba y nos enfocaba. Salíamos Noah y yo en la galería del piso de Vallecas una tarde nublada en la que habíamos plantado

hortensias azules tras ensayar por primera vez. Los dos solos, con su hermana como único público, y yo vestía la cara seria que acostumbraba a poner en aquella etapa a todas horas. Entonces Noah curvaba los labios, me guiñaba un ojo y decía:

—No ha estado nada mal, ¿eh?

—¡Y... corten! —anunció Martín. Aquella frase cerraba el videoclip—. Bravo, chicos, bravo. —El equipo lo celebró, empezando por Enzo, que no perdió ni un segundo en acudir a toda pastilla a su lado para revisar si aparecía favorecido en todos los planos.

Me quedé petrificado, con las pupilas clavadas en el vídeo, que no dejaba de reproducirse, y dije al mismo tiempo que mi yo pasado:

—Tampoco te lo creas tanto.

Los músculos de mi cara se relajaron.

Me embargó una sensación de vacío, de velada nostalgia, que Carlota suavizó al acogerme sin hablar entre sus dulces brazos. Calentándome con su tacto. La apreté contra mi pecho y en aquella postura distinguí a Dinamita a través de su hombro. Estaba paralizada, con el micrófono todavía en las manos, cerca de la boca.

—Te quiero, Noah —susurró a la imagen y esbocé una sonrisa. Esperaba esa declaración a mi amigo como broche final, no que, tras un parpadeo, sus ojos verdes colisionarían con los míos y, agradecida por el momento que mi idea nos había brindado, añadiese—: Y a ti también, Leo.

Una descarga me estremeció por dentro.

Verso 3

MARINA

No había visto un despliegue de medios similar en casa desde el Festival de Eurovisión.

Giuseppe era todo un eurofán declarado. Un verdadero eurofán, ¿eh?, nada de los que se sumaban al carro ahora que volvía a considerarse *cool*. De los que se documentaban previamente escuchando las canciones que se presentaban, conocía las principales apuestas del país ganador y le hacía la competencia al mismísimo José Luis Uribarri durante el directo cuando este era comentarista y hacía sus famosas (y casi siempre acertadas) predicciones sobre el sentido del voto de los distintos países.

Por él, todos los años asistíamos fieles a la cita europea de la música desde el sofá de la casa principal. Nana encargaba una pizza margarita con *mozzarella*, aceite de oliva y albahaca a un restaurante de Villa que tenía un magnífico horno de leña y yo contribuía cocinando algún postre típicamente italiano.

Pero aquel día no era Eurovisión, en lugar de una pizza habíamos encargado cuatro y el tiramisú receta de Fabrizio

que llevaba entre las manos era para once comensales.

Aquel día sabríamos si Al Borde del Abismo sería el grupo seleccionado por Balazo al Corazón y *La noche que paramos el mundo* la canción que sonaría en el Wanda.

Habían pasado diez días desde que les enviamos el videoclip y, más que nerviosa por saber si nos habían seleccionado, vigilaba que a mi madre no le diese por hacer nada raro, como envenenar a nuestros invitados.

Todos los integrantes del grupo estaban en el chalet junto con Emma, Martín y Carlota, y a la mujer que me trajo al mundo le iba a estallar la vena del cuello.

—Mamá, no hace falta que estés cuando lo anuncien —le dije en la cocina.

Lo comunicarían por la radio, en hora punta y durante uno de los programas de máxima audiencia. Un golpe de efecto para acallar las voces que sugerían que la ruptura entre Balazo al Corazón e Histeria se debía a que se habían mandado, y cito textualmente, «al infierno», y no a la versión edulcorada que ambas bandas enviaron en una nota de prensa y publicaron en sus perfiles oficiales de las redes sociales: «Una serie de compromisos ineludibles ha hecho imposible continuar con la colaboración. Negamos categóricamente las insinuaciones que desde algunos medios de comunicación se han vertido y tomaremos acciones legales. Desde aquí nuestra máxima admiración y respeto por nuestros compañeros, con quienes esperamos trabajar en un futuro próximo».

Queríamos estar juntos y, como Giuseppe no se encontraba para muchos trotes después de la operación,

habíamos trasladado el centro de operaciones de un bar cualquiera al chalet.

—Si tengo que soportar la presencia de esos indeseables, al menos me aseguraré de que mis trufas blancas no caen en sus garras —apuntó mamá antes de abandonar la cocina.

Para arruinar a mi padre, al Moët & Chandon le había sumado las trufas blancas, la carne Wagyu y el caviar iraní, y porque le había parado los pies para que no encargase melones Yubari (se pagaban diecinueve mil euros por la fruta. ¡Diecinueve mil!).

Se le estaba yendo de las manos, mucho. Muchísimo. Tenía que hablar seriamente con ella. Y con papá. Por separado, obvio. De hecho, la noche anterior me había armado de valor para escribir al hombre que puso el espermatozoide en el óvulo de mi madre, ya que él era incapaz de dar el paso.

—Estoy en Madrid. Me gustaría que nos viésemos.

Contestó a la media hora.

—Ahora mismo me encuentro en Sudáfrica cerrando unos tratos. A la vuelta fijamos el día. He avisado a Diego —su ayudante— para que me despeje la agenda.

Había sido un mensaje más frío que un témpano de hielo, pero tampoco esperaba mucho más de él. Su libertad sexual, por el momento y sin ninguna explicación razonable que justificase su actitud conmigo, no cambiaba absolutamente nada de nuestra relación.

—Ofrecerles la casa a mis amigos ha sido mala idea... —me arrepentí en cuanto mi madre cerró tras de sí la puerta.

—¿Por qué lo dices, hija? —dudó la italiana, que llevaba puesta la diadema de antenitas con el nombre de Al Borde

del Abismo que Emma y Giuseppe habían encargado por su cuenta (y sin avisar) y repartían nada más entrar en el salón. Por lo visto, desde el hospital se habían hecho amigos, pero amigos de llamarse y todo, un giro de los acontecimientos que no esperaba y que me aterrorizaba un poquito. Aquellas dos mentes remando en una misma dirección... Negué con la cabeza, apartando los pensamientos sobre mi mejor amiga y el napolitano. Después fruncí los labios.

—Lo digo por mamá. Está... —¿descontrolada con el divorcio?— mal.

—Estas visitas le vienen muy bien, mi niña. La ayudan a despejarse —le restó importancia.

—Nana... —insistí—, la vena del cuello le va a explotar.

Asentí en serio, preocupada. La italiana me dedicó una sonrisa amable.

—Marina, tu madre está en tensión porque no está acostumbrada a sociabilizar. Es normal, a todas las personas nos asusta lo novedoso. Pero se le pasará. Aprenderá. Además, nadie la ha forzado. Bajar ha sido su elección. Podría haberse quedado encerrada en la habitación tan ricamente y ninguno la habríamos molestado. —No lo había pensado de ese modo.

—Ha bajado por las trufas blancas.

Nana se rio con suavidad.

—Ha bajado por ti y por el joven Leo, al que está cogiendo cariño, aunque jamás admitiría tal insinuación. —No sabía qué había pasado entre ellos dos la noche que salí de fiesta con Emma, pero la actitud de mi madre con el rubio había mejorado. Se podría decir que lo toleraba y eso,

viniendo de Eloísa, ya era mucho decir—. La mujer que ha inventado durante años tenía muchas reglas estrictas y tontas, pero esa Eloísa se ha ido con tu padre y... ahora mi *ragazza* se está encontrando después de tanto tiempo perdida, necesita tiempo. —Me acarició la mejilla y, de nuevo, me pregunté qué habían vivido para que la quisiese de ese modo tan incondicional, con tanta devoción, y, sobre todo, qué diablos había pasado para que la *ragazza* que lograba que los ojos de la italiana brillasen emocionados hubiese desaparecido hasta convertirse en mi madre—. Vamos al salón, mi niña, quedan menos de diez minutos para que lo anuncien.

Todos estaban sentados aguardando menos Leo. Mamá, a la prudencial distancia de un par de metros al lado del ventanal. Al verme, Emma palmeó el hueco vacío que me había reservado a su lado en el sofá. Encima de la mesa descansaba la radio antigua de Giuseppe emitiendo anuncios y alrededor las cajas de las pizzas y un puñado de banderitas que también lucían el nombre de la banda y el logo que nos había creado mi amiga.

Solté el tiramisú y tomé asiento.

—Emma, ¿qué más *merchandising* personalizado habéis hecho Giuseppe y tú? —pregunté. Los pedidos online con envío gratuito eran su perdición.

Colocó un dedo en el mentón y repasó:

—Chapas, tazas, imanes para la nevera y, ah, sí, las sudaderas, sudaderas, ¿eh?, para que no compitan con la camiseta del moco, que sigue siendo nuestro principal producto en la web de Marina Dinamita —enumeró, y no me quedó más remedio que reírme con los ojos en blanco.

Estaban fatal de lo suyo. Fatal—. Pero lo hemos dejado todo en el maletero porque Martín dice que si al final no os eligen a vosotros os va a entrar bajón. El Abraza Árboles —susurró para que no la oyese—, que es un pesimista.

—¿Y tú?

—Yo estoy convencida de que tengo que hacer acopio de tilas durante los próximos meses para llevártelas al *backstage* del Wanda el día del concierto. —Apoyó la cabeza en mi hombro y me agarró de la mano—. Nena, que dentro de un bloque de anuncios vas a ser famosa. Óscar Ramírez ha dicho que van a desvelar cuál es el grupo elegido antes de ir a publicidad. ¿No te parece megaemocionante?

No tenía muy claro que megaemocionante fuese mi palabra, pero alterada estaba un rato. E ilusionada, con el pulso acelerado, y lo segundo no era muy común en mi estado de ánimo desde hacía mucho...

—¿Quieres que te abanique? —sugerí.

—Oh, sí.

Fingía hacerlo cuando el rubio, por fin, apareció. Hasta entonces no le habíamos visto el pelo y...

—¿Se puede saber de qué vas vestido? —soltó Enzo, arqueando las cejas indignado—. Nadie me ha avisado de que había que disfrazarse. Nadie. ¿Te lo habían dicho a ti? —preguntó a su hermana.

Esta contestó indiferente:

—No. —El guitarrista refunfuñó «siempre soy el último en enterarme de las cosas» por lo bajo.

Leo, que, ejem, lucía con orgullo las zapatillas de andar por casa (alpargatas, más bien) que le había dejado Giuseppe junto con el albornoz Ralph Lauren azul marino

con ribetes blancos de mi padre —mi madre había prometido que lo quemaría en una hoguera con el resto de sus pertenencias para celebrar la festividad de San Juan—, ignoró su comentario y se aclaró la garganta.

Alzó la voz como el afilador.

—Se hace saber a todos los efectos posibles que voy a darme un baño. —Ante la duda pintada en el rostro de algunos asistentes, aclaró—: Cualquier precaución es poca con las mujeres de esta casa. Es quitarme la ropa y les entran unas ganas irrefrenables de ir al lavabo. —Sonrió socarrón, por supuesto, y nos dirigió una mirada burlona a mí (puse los ojos en blanco) y a mi madre (le enseñó el dedo corazón).

—¡Eloísa! —A Nana le impactó esa reacción y la regañó como buena madre suya que, en el fondo, era.

—Él se lo ha buscado —refunfuñó por lo bajo entre dientes la acusada como una niña pequeña.

—Déjala, le estoy cogiendo el gustillo a sus desaires... —Leo ensanchó la curvatura de labios y mamá le respondió:

—Piérdete de mi vista. —Eso sí, esta vez sin corte de mangas (por Nana) y con algo que me pareció una mueca de diversión contenida, pero no logré identificarlo del todo porque si lo pensaba nunca la había visto pasárselo bien, realmente bien.

Fruncí el ceño. Nana llevaba razón. Tenían una dinámica curiosa, sin duda distinta de la de los primeros días. Era como si entre ellos... se empezase a respirar confianza. Y eso era imposible; si a mí me costaba confiar, mi madre no lo hacía ni en ella misma.

—¿No te quedas al anuncio de la radio, tío? —inquirió Enzo, cambiando de tema.

—Qué va. Paso. ¿Para qué? Los ganadores ya lo saben. Estas cosas están compradas. Nadie en su sano juicio se cree que se van a enterar en —entrecomilló con los dedos— riguroso directo —pronunció con una actitud despreocupada que... no lo era en absoluto.

Vaya, vaya, Leo estaba nervioso y era de los que no soportaban la presión de la incertidumbre y tenían que mantenerse ocupados. Estaba bien saberlo.

—Yo me lo creo —repuso Enzo.

Chasqueé la lengua.

«Se lo has puesto a huevo. A huevo...»

—He dicho «nadie en su sano juicio...» —soltó con expresión de coña, tal y como me temía. «Lo tengo calado», celebré, y no entendí por qué, pero esa sensación, la de conocerlo cada vez más y con más profundidad, me resultó adictiva.

El rubio era tan insoportable como apasionante descubrirlo.

—Yo también me lo creo —se sumó Emma.

Y Carlota dijo a continuación:

—Y yo. —Leo estuvo a punto de soltar otro de sus malditos comentarios. Creo que se los traía preparados para contratacar rápido. Pero con la rubia se quedó callado. Porque si ella lo pensaba, a él le hacía dudar.

En mi caso, no sabía qué opinar. Desconfiaba por defecto de todos los procesos que se definían como transparentes; sin embargo, sentía la chispa del vacile en la tripa y no quería apagarla hasta confirmar si era o no nuestra canción

la que sonaba cuando el tal Óscar Ramírez, al que había hecho referencia mi amiga y entendía que presentaba el programa, diese la resolución.

—Allá vosotros —resolvió encogiéndose de hombros—. Me piro. Una panda de adorables patitos me espera.

—Tía, lo de este no es ni medio normal —dijo mi mejor amiga cuando se hubo largado y me giré en su dirección, preparada (dada su intervención anterior) para que se pusiese a despotricar por su falta de fe. Pero no. Eso no era de lo que quería hablar—. Está buenísimo hasta vestido de tu padre, de tu padre, nena, que no tengo nada en contra del hombre, pero morbo, lo que se dice morbo, precisamente nunca ha dado.

Parpadeé muy confundida.

Nadie discutía que Leo fuese atractivo. Poner en tela de juicio esa verdad universal era una soberana tontería. Que sí, que incluso con el albornoz pijo de Ignacio que le venía corto y estrecho y en pantuflas parecía de otro planeta, OK. ¿Y qué? Él lo sabía, lo potenciaba y a mí me resultaba agotador comprobar como la mitad del vecindario estaba revolucionado y había comenzado a babear cuando salíamos a correr juntos, porque lo hacíamos, cada noche, y veíamos películas juntos en mi cama, y se sentaba en el retrete mientras me aplicaba las cremas de la cara y... daba igual. Que Emma cayese en sus redes era algo que no podía permitir. ¿Por qué? Porque la quería, Leo era un guarro y a ella le molaba Martín.

—Pensaba que no era tu tipo —susurré bajito para que nadie allí nos escuchase.

—Y no lo es —corroboró Emma, y solté el aire que había contenido—. Leo es un tío de un polvo cerdo que te ponga los ojos del revés mirando a Cuenca, y ahora mismo no estoy en ese punto. —El comentario escoció y fue preocupante porque a) no había dicho nada que técnicamente fuese malo, y b) un segundo antes yo estaba pensando algo similar. Sin embargo, que lo redujesen a eso, a un polvo, como si fuera lo único que tenía que ofrecer confirmando la propia teoría del solista, que tan solo se consideraba un cuerpo, me molestó—. Mencionaba que está para hincarle el diente hasta untado de salsa de frijoles, y ya sabes que los frijoles me caen fatal al estómago, tía. Pero nunca me liaría con él. Los amigos están vetados.

—¿Qué hay de Martín?

Abrí el melón a la vez que ella desplegaba sus ojillos como platos como si no pudiese creerse mi atrevimiento.

—Martín es mi compañero de piso.

—Y te gusta. —No lo negó.

—Los rollos entre compañeros son un tremendo error. Más cuando dormís pared con pared y corres el riesgo de escuchar el cabecero de su cama golpeándola si sale mal. —Así que ahí estaba. Emma, la indestructible Emma, tenía miedo. Era humana, como solía decirme a mí.

—¡Chicos, que terminan los anuncios! —nos interrumpió Enzo, nervioso perdido.

—Esta conversación no se ha terminado, señorita… —avisé a mi amiga, y le apreté la mano. Ella me había ayudado más veces de las que podía recordar a vencer mis temores y a valorarme; ahora llegaba mi turno. En eso

consistía la amistad. En ir alternando papeles. Hoy estabas en el suelo, mañana eras la mano que levantaba.

—Ha llegado el momento que todos esperábamos —habló Óscar Ramírez, y Enzo dio un codazo a su hermana al son de «ha dicho todos, TODOS, eso es mucha gente»—. Vamos a desvelar el temazo de la banda que acompañará a Balazo al Corazón en su concierto del 27 de julio en el Wanda Metropolitano. Antes, recordad que las entradas ya están a la venta y que tenemos un sorteo abierto para tres pases dobles en nuestros perfiles de Instagram, TikTok y Twitter. Dale, Sergi, pincha esta monstruosidad. ¡¡¡Preparaos para vibrarlo!!!

Contuvimos el aliento.

Duró un segundo.

Uno solo.

Pero un segundo puede tener múltiples lecturas.

Puede no ser nada o el tiempo exacto que tarda tu cerebro en memorizar una cara desconocida.

Puede ser un instante fugaz o cambiarte la vida.

La noche que me enteré de que Álvaro me engañaba podría haber acabado en cualquier callejón de Madrid y terminé allí, viéndolo, y sucedió en un segundo. Y esa fue la imagen que traje conmigo cuando cerré los ojos durante el instante que tardó la melodía en sonar.

—¿Empezamos? —oí a Noah, y mi pecho se convulsionó.

Los gritos no tardaron en llegar. Éramos nosotros. ¡Nosotros! Las lágrimas y la risa se mezclaban en mi expresión cuando abrí los ojos de nuevo y la serpentina y el confeti me cayeron por encima. Escuché el eco de una botella al descorcharse y cuando miré para ver de dónde

provenía el ruido encontré a mamá tendiéndole un Moët & Chandon a Enzo, que no tenía ni pajolera idea de lo que costaba, pero igualmente la abrazó para agitar la botella al separarse y lanzárnosla.

—Gracias —articulé con la boca para que mi madre pudiese leerla, y ella... ella simplemente echó abajo uno de los muros de su fachada.

—Enhorabuena, Marina —pronunció de la misma manera.

Observé el ambiente de júbilo con una sensación agridulce. Aun con toda la felicidad y la explosión de alegría en mi pecho, Noah me faltaba, me faltaba mucho, y... alguien más.

Alguien más también.

Agarré mi móvil y subí los escalones de dos en dos mientras sintonizaba la emisora.

—¡Somos nosotros! ¡Somos nosotros! —irrumpí en el baño sin llamar a la puerta y con la respiración acelerada.

Leo estaba en la bañera, tranquilamente recostado con un puñado de espuma y jugando con los ridículos patitos de plástico. Sonrió de lado, los soltó y me miró con aquellos ojos grises, profundos y penetrantes que recordaban el cielo encapotado.

—Algo sospechaba... Anda, acércate, quiero escucharlo mejor.

Fui y, justo cuando lo estaba alcanzando, él se levantó. Se irguió e iba a taparme los ojos, pero su imagen me hizo fruncir el ceño.

¿Por qué diablos llevaba un bañador azul celeste con pelícanos rosas?

—Sabía que vendrías, Dinamita —despejó mi duda susurrando, y... me agarró con suavidad por la muñeca, la envolvió y robó mi teléfono para dejarlo en el lavamanos. La curvatura de sus labios se ensanchó—. Y que podría hacer esto.

—¿Qué?

—Esto, pequeña, esto… Instantes que me dan la vida.

Antes de que me diese cuenta de sus intenciones, tiró de mí, me levantó y aprisionada contra su cuerpo nos sumergimos juntos en el agua caliente de la bañera. En mi caso, totalmente vestida. Al salir, tosí y quise estrangularlo, sobre todo lo segundo, y más cuando tendida sobre su torso comprobé que se reía a carcajadas…

—No ha estado nada mal, ¿eh? —escuchamos la voz de Noah, y su piel se estremeció debajo de las yemas de mis dedos a la vez que la expresión de su rostro se contraía.

—Ya lo habéis escuchado, sí, señor. Esto es *La noche que paramos el mundo*, de la banda de rock Al Borde del Abismo. Apuntad bien su nombre. Vienen pisando fuerte… —continuó Óscar Ramírez, pero había dejado de oírlo.

Estaba tan pegada a Leo que notaba sus firmes músculos, el aliento embriagador que emanaba de su boca entreabierta, y mi mirada se quedó suspendida en la espuma que tenía en el labio inferior un inaceptable segundo.

CANCIÓN 6

Si pudiésemos construir alas de pétalos...

Verso 1

LEO

«¿Fuiste un...?»

Le di una calada honda al cigarro para expulsar el pensamiento. No podía sacarme la maldita frase del cerebro, y eso que habían pasado cinco, CINCO, horazas.

Esa tarde había quedado con Edu, el único amigo del que Íñigo me había pasado el número de teléfono para organizar la selecta despedida de soltero de mi hermano, a la que iríamos su colega, mi padre y yo.

El reciente anuncio de Balazo al Corazón había supuesto muchas cosas, como que J., nuestro representante desde hacía varios años, dejase de comunicarse con nosotros por móvil y se dignase a vernos la cara, que adelantásemos ciertos acontecimientos por si acaso después teníamos

compromisos (véase el épico adiós a la soltería que tenía en la mente), que renunciase al puesto de vigilante de seguridad en la galería de Rosario donde en breve se exhibirían mis retratos, y que no parase de darle vueltas al modo en el que los dos faros verdes que Dinamita gastaba por ojos se habían enredado en mis labios cuando subió al baño a darme la noticia con la faldita de cuero negro, la camiseta de manga larga marrón y el cuello de la camisa blanca asomando por debajo.

¿Se había humedecido la boca y había contenido el aliento, o eran puñeteras imaginaciones mías?

«Fuese lo que fuese, no te debería importar una mierda, capullo.»

Negué con la cabeza para espantar la sensación de... En realidad, no tenía del todo claro de qué era la sensación, solo que me resultaba intensa, devastadora, se adhería a los huesos y tenía que extirpármela de la piel al precio que fuese. ¡Al precio que fuese, joder!

«Sería lo más horrible que has hecho en tu vida, Leo, en tu puta vida, y a los veintidós años ostentas el título de joderla de todas las maneras posibles», me recordé, y la imagen de la morena del flequillo recto empapada sobre mi cuerpo perdió fuerza.

El caso es que había quedado con Edu (papá se había caído del plan por sus clases de baile de salón) en el Papúa, un restaurante brasileño en las inmediaciones de la plaza Colón que estaba a reventar. Pensaba solucionar los pormenores de la despedida por el grupo de WhatsApp. No éramos muchos y en lo fundamental (fecha y destino) habíamos estado de acuerdo. El resto prometía ser fácil.

Pero Edu se había empeñado en que nos viésemos y, bueno, tampoco tenía nada mejor que hacer que salir a tomar algo y pulir ciertos detalles del *planning*.

El *planning*...

Yo...

Marina me estaba aleccionando bien, había que reconocérselo, por eso cuando saqué el planificador en el que había impreso las actividades (al viejo la tecnología no le molaba mucho), estaban diferenciadas por día y por hora y catalogadas en distintos colores (rosa, deportivas; azul, ocio; negro, torturas a Íñigo, mis favoritas). Sonreí de lado al verlo desplegado sobre la mesa. Jodida maniática del orden que me había contagiado su locura.

Tardé poco en exponérselo y una vez finiquitada mi intervención me recosté en el asiento. El local estaba bien: decoración tropical, mobiliario y paredes en tonos verde aguamarina y madera, con palmeras y plantas que caían de las lámparas del techo y figuras de animales. Más chic de lo que estaba acostumbrado, pero ahora que íbamos a ser condenadamente famosos podía permitirme el lujo de beber en copas de cóctel y comer platos exóticos.

—¿Qué te parece, tío? —pregunté a Edu. El tipo no había abierto la boca en todo el rato y, aunque la gente callada me hacía sentir cómodo..., lo confieso, estaba nervioso, joder. Quería que a Íñigo le gustase... No, que le flipase mi plan—. Si me he venido muy arriba, dímelo, con confianza.

La sensación de querer hacerlo bien por alguien era... extraña, igual que extraña era la que me atravesaba las costillas cuando entornaba los ojos y volvía a ver las pupilas de Marina tumbada encima de mí, a pesar de haberle dado

a mi mente la orden directa e inequívoca de que la expulsara.

«Fuera, Dinamita, vete.»

Para distraerme reparé en el colega de mi hermano, que continuaba mirando ensimismado el cóctel de dulce de coco que todavía no había probado.

Su silencio podría considerarse mala señal, pero era amigo de Íñigo desde el instituto y nunca había destacado por ser muy hablador. De hecho, los pocos recuerdos que conservaba de él eran pululando por mi casa y por los pasillos del colegio abstraído, como una persona retraída y vergonzosa que encajaba con Íñigo, quien, dicho sea de paso, ya le daba a la sinhueso sin problemas por los dos.

Lo examiné.

De adulto no había cambiado. En todo caso resultaba más tímido. Ocultaba buena parte del rostro con un pelo largo castaño que le llegaba por debajo de las orejas y estaba agazapado, medio encogido sobre sí mismo en el asiento, con una expresión cetrina que distaba y mucho de la que cabría esperar en alguien que en menos de una semana estaría pisando el paraíso. Llegué a plantearme que le molaba, Íñigo, no yo, y...

—¿Te encuentras bien, Edu? —Parecía que iba a echar la pota de un momento a otro—. ¿Edu...?

—Eh, sí, sí. —Salió de su letargo y fijó su vacilante mirada de cervatillo en la mía, manteniendo cierta rigidez espasmódica en su cuerpo, con la cabeza gacha y los hombros caídos—. A Íñigo le va a gustar todo. Lo del disfraz de Frigopie gigante es un puntazo...

—Era su helado favorito —confirmé con cierta sensación de orgullo que se vio eclipsada por... En serio, a Edu le pasaba algo, ya no era solo que le costase un triunfo pronunciar una mísera palabra, había empezado a frotar los muslos y a retorcer las manos por debajo de la mesa con un ímpetu que rozaba lo violento—. ¿Estás bien? —bajé el tono —. Tengo la moto aparcada en la puerta, la pillamos y vamos al hospital más cercano a que te vean.

A cada segundo que pasaba su palidez y el gesto desencajado se acentuaban. Me preocupaba de veras. Venía directo del curro, informático en Everis, y así no podía irse solo a su casa.

—Leo... —susurró, y la voz le falló.

Hice un gesto al camarero que nos había atendido para que nos diese la cuenta y me puse de pie.

—Vamos.

—No... —Sonó a súplica—. Tengo que hacerlo. —Lo azotó una sacudida que no disimuló. Luego, tembló. Joder...

—Mira, tío, pago en la barra y nos piramos a urgencias.

Me cogió del brazo cuando pasé por su lado y alzó la barbilla, mostrándome sus ojos enrojecidos y asustados ante lo que estaba a punto de permitir que saliese despedido por su boca. Entonces lo dijo.

—¿Fuiste un...? —Tragó saliva—. ¿Fuiste un ángel, Leo?

Sucedió en el acto. El ruido que había a mi alrededor se desvaneció y la tinta de mi espalda osciló con enormes llamas. Noté la boca seca.

«Otra vez no, la pesadilla no.»

—¿De qué diablos hablas? —repuse a la defensiva, anulado por el efecto del impacto de su pregunta en mis

tripas.

Edu no podía saberlo. Solo se lo había contado a Noah, a Íñigo y a la psicóloga, y ellos nunca... Era imposible, vale, IMPOSIBLE, a no ser que...

«De todos los ángeles que han pasado por mis manos, tú siempre serás mi preferido, el más bello, Lucero.»

... A no ser que fuera como yo. Lo observé. El modo en el que las puntas de sus dedos tiritaban, y la tela de la camiseta dada de sí hasta alcanzar los nudillos, tratando de protegerse al abrigo de la ropa que a mí me sobraba.

Siempre supe que había más víctimas como yo, que no era el único, a pesar de que el monstruo me definía como el más especial: «Contigo he hecho cosas que con los demás ni siquiera se me pasaban por la cabeza...». Aun así, me pilló por sorpresa encontrarme a otro niño al que le habían extirpado las alas de pequeño y no supe cómo reaccionar más allá del nudo que atenazaba mi garganta y me impedía respirar.

«El monstruo de nuevo no, por favor, que se vaya...»

—Cuando Íñigo me habló de la pelea, de a *quién* habías pegado, lo adiviné —logró articular, me soltó y agachó la cabeza. Volvió a frotar las manos en su regazo—. Quise llamarte, darte las gracias por atreverte a hacer lo que soñaba cada noche, asistir al juicio... Pero me dio pánico derrumbarme cuando confesases la verdad y que la gente nos relacionase, que nos asociase y descubriesen lo mío, porque estaba seguro de que lo harías, Leo, de que justificarías cada golpe que le habías dado a nuestra bestia...

«Nuestra bestia...»

Nuestra.

Bestia para él. Monstruo para mí.

Fijó su mirada de nuevo en la mía con un deje de culpabilidad.

—Nunca pensé que te hundirías y que yo sería tan cobarde de permitir que él ganase otra vez. Tu hermano preguntaba: «¿Por qué, Leo...?», y yo me callaba, no abría la boca.

Estuve tentado de hacer lo que sugería Edu no en una, sino en muchas ocasiones. Muchas. La primera, cuando el abogado de oficio se reunió con nosotros en aquella sala lúgubre, con mis nudillos aún hinchados por las heridas palpitantes de la paliza, e inquirió el mismo interrogante que mi hermano planteó hasta perder la fe en mí.

—¿Por qué, Leo? Nadie se ensaña con tanta violencia con otra persona sin ninguna razón. Dame algún motivo del que podamos tirar y nos sirva de atenuante.

«¿Abusar de mí cuando era un puto crío serviría?», o quizá: «He oído su risa en el bar y he recordado cuando la empleaba, con el mismo tono, intensidad y musicalidad, para hacerme ciertas cosas que me deshicieron».

Ahí lo pensé. La posibilidad de testificar chisporroteó en mis venas mientras estaba sentado con los dientes apretados. Empezar con «poco ha sufrido el cabrón para lo que merece», y a continuación soltarlo todo, desahogarme hasta vaciarme de fantasmas y de secretos, que en mi caso era lo mismo. Tratar de explicarles cómo el dolor del cuerpo es soportable, cuando no lo resistes más, te desmayas, pero el del alma, no. El alma no da tregua. Y si lo sabía, si era capaz de distinguir esas dos clases de torturas que ningún

niño debería poder identificar, era porque tuve que arrancarme la segunda con quince putos años para poder seguir existiendo.

«¿Recuerdas el tatuaje que tantos dolores de cabeza nos dio cuando descubriste que me lo había hecho en el instituto, papá? No era una chorrada adolescente, era una vía de escape para mi sufrimiento.»

—Yo qué sé. Iba muy pasado de rosca. Violeta acababa de pasarme su ropa interior por debajo de la mesa, el sonido de su risa me molestó y se me fue de las manos —fue lo que dije.

—¿Nada más? —El abogado insistió y evité mirar a mi padre.

—Nada. —Dividí la impotencia que me bloqueaba la tráquea para poder tragármela y añadí con indiferencia—: Si no me crees, habla con ella, te dará la misma versión.

Ese fue el instante en el que papá habló por primera vez de «alcanzar un acuerdo con la otra parte» e Íñigo me contempló con ira a través de sus gafas redondas, como si el monstruo fuese yo y no al contrario.

—¿Usted cree que podríamos llegar a algún tipo de trato extrajudicial para evitar...? No quiero que Leo vaya a la cárcel ni... Me gustaría minimizar los efectos que esto pueda tener sobre él.

—Podríamos, pero esos acuerdos suponen un gran desembolso económico.

—Por eso no se preocupe. Sacaré el dinero de donde haga falta. Tengo unos ahorrillos para viajar a Canarias, puedo pedir un préstamo... Déjemelo a mí, usted solo

alcance el acuerdo más favorable posible con la otra parte, por favor.

Durante años, yo también me pregunté por qué.

«¿Por qué fuiste tan imbécil como para dejar que se saliese con la suya, Leo?»

Si cerraba los ojos, todavía era capaz de recordar su cara de asombro cuando salí de comisaría y no lo llamaron a declarar. Al menos, no por lo nuestro. El tío estaba convencido de que lo delataría, lo imagino trazando una coartada, y... La respuesta era sencilla, joder. Sencilla y descorazonadora, pero con un corazón de los míos, sangrante y resbaladizo. Decir la verdad suponía volver. Relatar al abogado lo que sucedió, al juez, al jurado, en caso de que hubiese, y en el mejor de los escenarios habríamos terminado.

En el peor... Si no me creían dado mi historial, tendría que entregarles una prueba... Darles la cámara de fotos que le robé al monstruo nuestro último día y que contenía… que contenía... mis imágenes. Mis vídeos. Mi inocencia. A mí. Me verían y, experimenté un escalofrío, distinguirían la puta sonrisa. La curvatura de labios confiada del principio, cuando no comprendía lo que estaba pasando y pensaba que solo era un extraño juego con el mejor amigo que uno podía tener. No estaba preparado para exponerme de esa forma. Ni entonces ni ahora. Sería como llevar toda la ropa del mundo y que decenas de ojos se posasen en mí.

Compartirlo suponía regresar al horror durante meses y no estaba dispuesto.

—Leo... —continuó hablando Edu, que en ningún momento se había callado—, tenía la absurda idea de que

podría vivir ignorándolo y no es así. Necesito justicia. No sé si para ser normal, pero sí para... respirar. La bestia pesa mucho y hay noches que me aplasta... —balbuceó—. No tengo pruebas y un testimonio no serviría de mucho; en cambio, dos...

Tensé los músculos y el lomo se me erizó como un gato.

¿Para eso me había citado?

«No, joder, Edu, no me hagas esto, no, por favor.»

Me aclaré la garganta, recompuse el gesto y lo interrumpí antes de que llegase demasiado lejos y me pidiese algo que no tendría marcha atrás.

—Tío, lo siento, no tengo la más remota idea de lo que me estás contando.

Él me contempló con la esperanza diluyéndose en su vulnerable mirada.

—El que lo siente soy yo —aceptó apenado por mi negativa—. Debí ir al juicio y que no pasases solo por ese trago.

Cinco horas más tarde, no había podido eliminar su «¿fuiste un ángel, Leo?» de mi mente. Agarré el pomo de la puerta del pub y me toqué el tatuaje entre mi clavícula y el cuello. Entré. Si había sido capaz de extraerme el alma por allí, podía ahogar con alcohol los remordimientos por no ayudar a Edu en su batalla.

Verso 2

MARINA

Era un sueño de esos en los que sabes que estás durmiendo y no quieres despertarte.

Aparecía Noah. Lo reconocía de espaldas al fondo de una escalinata oscura; llevaba un traje negro e inclinaba la barbilla ligeramente hacia arriba. Yo contenía el aliento ilusionada y él, al escucharme, se giraba. No sé cuál era mi aspecto, se trataba de mi sueño y no podía verme, pero al bajista le gustaba y sonreía, esbozando una curvatura de labios torcida que servía de impulso a mis pies para subir corriendo.

Aquella tarde había visitado nuestro paseo de la fama en Miguel Hernández. Cuando Noah se fue, me prometí a mí misma que haría lo imposible para conseguir que mis cinco sentidos continuasen empapados de su presencia, y con algunos de ellos cumplir el juramento era relativamente sencillo. Podía verlo en las fotos, oírlo en los vídeos, saborearlo en el caramelo del chupachups de cereza y olerlo en su perfume, que Carlota me había dado durante la

grabación del videoclip, aplicándome dos gotas en la muñeca para que me trajeran su aroma los días sin lluvia.

¿Qué fallaba? Fallaba el tacto, y me había dado cuenta por las malas de lo importantes que son las caricias. En el amor siempre se habla de la mente y del corazón alineados, y faltaba la piel. Tocar. Esa presión que ejerce la yema de los dedos sobre tu carne y que es única para cada persona. Inimitable e insustituible.

Era incapaz de emular la suya por más que me empeñaba, la fuerza exacta de su contacto, y eso me creaba una terrible frustración. Que sí, que había hundido mi mano en el hueco con su forma en Vallecas, pero no era lo mismo. La piel conservaba calor, una temperatura exacta, y tenía el lenguaje de pequeñas vibraciones que se trasladan a tu cuerpo. No es algo estático. El cemento, desgraciadamente, sí. Nunca podría suplir al órgano más grande del cuerpo. Nada podría.

Apreté los labios, quedaba poco, muy poco...

—Buenas noches, princesa —pronunció Noah con el tono ronco y sugerente del protagonista de un anuncio de colonias cuando estaba a punto de alcanzarlo. Estiré la mano para rozarlo, con la tripa encogida y las pulsaciones disparadas, ya casi estaba...

—No te haces una idea de lo mucho que te he echado de menos... —susurré con el corazón rebosante de amor y...

—Hostia puta, qué dura está la puerta.

Me despertaron.

Me despertó.

Abrí los ojos de golpe.

Iba a matar a Leo.

Por si acaso el pensamiento no era suficiente para que mi instinto asesino se pusiese alerta, lo materialicé en voz alta.

—Lo siento, D'Artacán. Voy a acabar con la vida de tu inoportuno dueño y no hay nada que puedas hacer para evitarlo —anuncié rechinando los dientes y el gato, lejos de inquietarse por mi amenaza, siguió hecho un ovillo a mi lado y me lamió el antebrazo con su rugosa lengua. Por lo visto, no entendía la gravedad de la situación a la que nos enfrentábamos.

Rodé en el colchón, me coloqué la almohada sobre la cabeza con los brazos por encima y cerré los ojos presionando los párpados con fuerza para regresar al estado onírico previo a la fatal interrupción del rubio en el que faltaba un centímetro, puede que menos, para palpar a mi novio. Pero nada, lo que intuía que había sido un choque accidental contra mi puerta me había sacado de allí y no había forma humana de regresar. Tampoco es que la escandalera que llevaba el rubio por el pasillo facilitase la tarea precisamente.

Bufé.

—¿Qué diablos...? —Me incorporé enrabietada en el borde de la cama y encendí la lamparita de noche que descansaba en la mesilla.

Miré la hora. Eran las seis de la madrugada, las SEIS, maldita sea. ¿Le parecía medio normal montar ese espectáculo? Por su propio bien, si el solista sabía lo que le convenía, esperaba que no, que, como mínimo, se mostrase arrepentido y le temblase el labio inferior mientras se disculpaba.

Me deslicé iracunda hacia la puerta sin ni siquiera calzarme las zapatillas de andar por casa con el pompón. Al otro lado estaba él, Leo, borracho y tambaleante, observando hipnotizado uno de los cuadros de mi madre al que yo rara vez prestaba atención. Era antiguo y aparecía una mujer. Lucía un vaporoso vestido de tirantes blanco que se ajustaba en su cintura y que acababa en una falda de vuelo, y estaba apoyada en una balaustrada de madera que daba paso a un frondoso bosque. Dos dulces angelitos pululaban a su alrededor jugando con los mechones que escapaban de su moño deshecho.

—¿Qué mente enferma puede dibujar esto...? —murmuró—. ¿Quién inició la locura...? —Pensé que lo decía por la mujer. La tela se le adhería trasparente a las piernas y a los pechos dejando entrever sus femeninas curvas desnudas y la estampa de sus duros pezones—. ¿Por qué los pintan siempre con tan poca ropa...? —insistió ensimismado.

Si lo hubiese escuchado, que no oído, habría apreciado el «los» que lo habría cambiado todo y me habría conducido a desviar la vista hacia el par de niños desnudos de pelo rubio rizado con sus pequeñas alitas blancas que me habían pasado inadvertidos porque estaba acostumbrada a que los representasen de esa manera. Quizá así habría empezado a comprender, pero estaba demasiado cegada para ver las heridas invisibles de Leo sobre las que había colocado tinta para despistar.

—¿Me has levantado de la cama para que debatamos de arte? —gruñí, y crucé los brazos a la altura del pecho para representar la cara amenazadora que él mismo me había enseñado durante la grabación del videoclip.

Leo contempló evadido la pintura un segundo más, chasqueó la lengua y se dio la vuelta con una mueca constreñida en la cara que le desapareció en cuanto me distinguió para tornarse una sonrisa burlona.

—Joder, Dinamita, menudo recibimiento, así da gusto volver a casa.

¿Qué...? Ah, sí, el pijama. Había metido el del monstruo de las galletas en la lavadora y llevaba otro que tenía por casa, uno más elegante y sexi (culote negro corto y camiseta de tirantes finos estampada con lunares blancos) que me había comprado para Álvaro (en aquella época turbia en la que llenaba mi armario para él en lugar de para mí) y dejaba buena parte de mi anatomía al descubierto. Con cualquier otra persona habría volado para cubrirme, pero la verdad es que con él nunca necesité taparme. A su lado, mis demonios dormitaban. Siempre pude ser yo, lo fui la primera vez en que nos encontramos en el *casting* y lo fulminé con los ojos, y lo volvía a ser ahora, en el pasillo del chalet, cuando, bueno, le dediqué la misma mirada.

El rubio no se amedrentó. Al contrario, mi actitud lo estimuló. Se apoyó en la pared que tenía al lado, más para sostenerse que para hacerse el irresistible (ejem, mantenía el equilibrio a duras penas), y esperó a que yo tomase las riendas y la diversión continuase, es decir, a que yo ladrase como un adorable caniche cabreado.

Ja.

Relajé las pulsaciones.

«Si este quiere jarana, voy a darle una perfecta exhibición de madurez.»

—Has bebido, Leo.

—Y fumado. No me restes malos hábitos, pequeña.

—Has bebido mucho —lo ignoré y, cuando fue a encogerse de hombros indiferente, casi se cae. Pues sí, estaba siendo generosa con mi apreciación.

—Bah, una en cada bar que he encontrado abierto, para no tener favoritismos.

—¿A ti te parece gracioso? —proseguí con mi talante adulto.

—A mí me parece que no es para tanto. —Comenzó a irritarse—. Voy pedo, ¿y qué? ¿Cuál es el gran delito, Dinamita?

—¿Has salido solo?

Su rostro se ensombreció.

—Nunca estoy solo.

Fue a moverse y, tal y como sospechaba, se desestabilizó. Avancé para sujetarlo antes de que se cayese al suelo y me eché uno de sus brazos por encima del hombro para ayudarlo a llegar a su cuarto sin despertar a mi madre (que por suerte dormía con sus efectivos tapones para los oídos).

—Me has interrumpido en mitad de algo importante —le confesé de camino.

—¿El qué?

—Soñaba con Noah.

Leo frenó, me examinó con sus ojos cubiertos de sombras y recorrió con los dedos de su mano libre primero mi mejilla y después la línea ovalada que enmarcaba mi rostro para colocarme un mechón de pelo detrás de la oreja.

—Me alegra que uno de los dos tenga dulces sueños, Marina.

Se quedó ahí plantado, acunándome. Con sus arrogantes labios entreabiertos y aquella mirada gris que había empezado a producirme escalofríos. ¿Cuándo? No lo sabía, pero lo hacía... Lo hacía.

—Apestas a alcohol... y a mujeres —rompí el encanto. Aun así, él se quedó un instante más suspendido en mi boca. Noté como su cuerpo se tensaba antes de apretar la mandíbula con determinación y apartar la mirada.

—Haces bien en emplear el plural, Dinamita, han sido cuatro.

Puse los ojos en blanco ante su comentario y...

—Una de ellas, por lo visto, vampiro. Te ha hecho un chupetón.

Tenía una exagerada marca rojiza en el cuello.

Esbozó una sonrisa amarga.

—Qué le voy a hacer, a la gente siempre le ha dado por marcarme. Es una de mis constantes, aunque no la peor.

Retomó la marcha completamente rígido y conseguimos alcanzar su habitación sin que la liase evitando que la dueña del chalet, o sea, mi señora madre, recientemente bautizada como doña Moët & Chandon, diese muestras de haber visto interrumpido su estado de letargo por nuestra madrugadora charla. Bien. Un problema menos que resolver.

Una vez dentro, Leo cayó desmadejado en el colchón. En serio, iba pasadísimo, pero mucho, a un nivel en que yo habría encontrado una excusa para enseñar el culete, y no es que tuviese nada en contra de salir hasta las tantas y divertirse; sin embargo, no me gustaba que alguien que me

importaba acabase hecho un desecho humano incapaz de quitarse la ropa.

Resoplé y fui a los pies de la cama.

—¿Qué haces? —Se medio incorporó sobre los codos para poder verme.

—Descalzarte. —Le arranqué una bota y luego la otra para dejarlas en el suelo.

Él volvió a recostarse con los brazos cruzados detrás de la nuca.

—¿También vas a desnudarme, Marina? —Enarcó una ceja.

¿Cómo?

—¿Por qué iba a desnudarte?

—Es lo que hacen todas. A la gente le va dejarme sin ropa.

—Puedes hacerlo tú.

—Pero es más divertido cuando lo hacen otras personas —bromeó con la misma sonrisa amarga que me había dedicado en el pasillo.

Clavó sus pupilas en las mías y... ¿De verdad se creía que me lo estaba planteando? Los zapatos tenían un pase, por la leyenda urbana que hablaba de pies hinchados si te los dejabas puestos toda la noche; los pantalones y la camiseta eran un rotundo no. N y O.

—Ni de coña.

—Está bien, está bien... —Rio, alzó las caderas para poder desabrocharse el botón y se retorció sobre el colchón para desprenderse de la parte de abajo. Una vez que estuvo sin vaqueros, se sacó la camiseta por arriba, hizo un ovillo

arrugado con ella y la lanzó a la silla... sin lograrlo. Chasqueó la lengua—. Casi.

Volvió a tumbarse con la prenda en el suelo y... tragué saliva para deshacer el nudo que se me acababa de formar en la garganta.

No sabía lo que veían las chicas que pasaban por la cama del solista para desaparecer en el acto una vez que se habían acostado con él, porque con lo que yo vi, con el entramado de dolor y tinta que había sumado una nueva espina a la rosa que era el cuerpo de Leo, cualquier rastro de irritación se borró, el oxígeno abandonó mis pulmones de golpe y me dieron ganas de hundirme a su lado y apretarlo sin demasiada fuerza, con delicadeza, para fundirnos en el abrazo sin límite de tiempo que el rubio siempre mendigaba y que sacudía mis cimientos.

Me mordí el labio, con la mirada anclada en un punto concreto de su anatomía.

—Leo..., ¿qué te has hecho? —me atreví a preguntar.

Al principio dudó y siguió la dirección que marcaban mis preocupados ojos.

—Ah, ¿lo dices por el nuevo tatuaje? Bah, tranquila, no es el primero que me hago una noche de pedo.

—Es un... —Vacilé. El diseño poseía algo de atrayente y enrevesado. Era punzante. Un...

—Un corazón, sí.

Efectivamente, lo era, pero no un corazón cualquiera. Pequeño, del tamaño de la yema de un dedo, y situado justo debajo del «menos veintiuno» que rompía con la estética del resto, de las frases, las palabras y la tonalidad en blanco y negro. En este había color y...

—A veces debo recordarme que lo tengo y no podía ser bonito, Dinamita, mi corazón no lo es. Lo siento si no te gusta.

Daba miedo. Grueso, hinchado, resbaladizo y repleto de arterias y venas. Asustaba. Aunque no por lo que él creía. No por feo. Por auténtico, como Leo. Parecía tan real y vulnerable que sentí la necesidad de protegerlo, al dibujo y a su dueño. Cubrirlos a ambos con tela y que de ese modo nadie pudiese dañarlos.

Abrí la cajonera y extraje una de sus camisetas. Luego, me dejé caer con suavidad a su lado.

—Vamos, Leo, arriba.

Lo toqué para acto seguido ayudarlo a incorporarse un poco y ponerle la ropa, y él se irguió recto como si el contacto de mi mano desprendiese una electricidad insoportable. Lo contemplé y algo dentro de mí se retorció: tenía la misma expresión que la noche que irrumpí en su habitación del piso de Vallecas al oír gritos en su interior.

—¿Se puede saber qué intentas?

—Vestirte.

—¿Cómo has dicho?

Dudé si repetírselo o huir de allí.

—Vestirte, Leo. ¿Hay algún problema?

El gesto de su cara se contrajo estremecido y el pecho comenzó a subirle y a bajarle frenéticamente como si estuviese sufriendo una especie de ataque... ¿Pánico? ¿Terror? Daba igual, su expresión cada vez estaba más desencajada y me alarmé.

—No lo hagas.

—OK, cálmate, yo solo intentaba...

—Deja de actuar como si fueses mi maldita novia, Dinamita —escupió—. Para.

Fue un golpe bajo, rastrero y que, desde luego, yo no merecía.

Solo quería cuidarlo. ¿Tan malo era? Por lo visto, sí.

—No soy tu novia.

—No, no lo eres, y convendría que lo recordases, el otro día en la bañera me dio la sensación de que no lo tenías suficientemente claro.

Así, disparando una rabia que desconocía de dónde provenía, fue como averigüé que a Leo le aterraba el cariño, la memoria de un tacto suave, y ese temor al afecto sacaba lo peor de él y lo transformaba en un animal herido que no dudaba en dar dentelladas al aire aun a riesgo de herirte.

—Ese comentario ha estado totalmente fuera de lugar —dije herida.

Antes de que el muy cretino pudiese contestar, me puse de pie, le encendí la puñetera lamparita de luz porque sabía que la necesitaba y él envolvió mi muñeca.

—Dinamita... —pronunció con la voz tomada por la culpa. Pero era tarde. Demasiado tarde. El daño estaba hecho.

—Que te den, Leo.

Me zafé de un manotazo y salí. Una vez fuera, apoyé la espalda en la pared y rompí a llorar con ganas. La tarde de la que hablaba, en el baño, con mis pupilas fijas en su boca, había pensado durante una fracción de segundo en cómo besaría Leo, por eso había olvidado el tacto de Noah y el bajista me había castigado por empezar a moverme hacia delante cuando él se había quedado atrás. Debía retroceder

y estancarme para que ningún detalle más de mi novio se viese cubierto por la niebla.

Verso 3

MARINA

Al día siguiente horneé galletas de mantequilla, no para Leo, a ese indeseable con el que todavía no me había cruzado no le prepararía ni mi peor plato, sino para Héctor e Ignacio, aunque ellos tampoco lo merecían, sobre todo él, mi padre, pero me sirvió para templar un poco los nervios antes de nuestro inminente encuentro al cabo de menos de una hora.

—¿Vas a seguir adelante con la visita de tu padre? —Eloísa abandonó la lectura que la tenía absorbida en la butaca al verme salir con la bandeja de la cocina.

—Sí.

Ya que ellos habían optado unilateralmente por mentirme en todo, yo optaba unilateralmente por decirles siempre la verdad sin importar que les incomodase. Eran mayorcitos, ¿no? Pues que lo demostrasen, leñe.

—¿Podrías darle algo de mi parte?

Puse los ojos en blanco. Habíamos mantenido esa conversación diez veces las últimas veinticuatro horas. Diez. Mi paciencia pendía de un hilo muy fino.

—No voy a golpearlo con la rodilla «en donde más duele» como me sugeriste anoche. Es una chiquillada inmadura, sin sentido, y no me da la gana.

—Si tú lo dices, querida...

—Lo digo —resoplé—, igual que digo que en algún momento tendréis que dejar..., no sé ni cómo definirlo..., esto y sentaros a hablar.

—No le daré a tu padre el gusto de que me vea así.

Estuve tentada de preguntarle cómo.

«¿Cómo, mamá, cómo?»

Los últimos días habíamos mantenido el trato más auténtico de los últimos años, de todos los años, para ser exactos, y, a pesar de que nos quedaban muchos temas, muchísimos temas, por pulir en nuestra relación antes de dejar atrás la toxicidad que nos había envuelto y emprender un camino medio normal, sano, se podría pensar que íbamos por el sendero correcto. Las dos poníamos de nuestra parte. Yo, aparcando a un lado el resentimiento a la espera de conocer todos los detalles y afrontarlos, y ella aceptándome como era y no convirtiéndome en aquella fantasía falsa en la que había proyectado todas sus frustraciones para cerrar los capítulos que escocían de su biografía a través de mí.

Pero mamá se cerró, retomó el texto y adiviné que mis palabras no conducirían a ninguna parte. Quizá después de hablar con Ignacio, con la información que él me proporcionase, llegara el momento de hablar con ella y ayudarla a avanzar. Hasta entonces...

—Adiós, mamá. Pasa buena mañana.

—Si te replanteas lo hablado, házmelo saber. Mis carcajadas se oirán hasta el pisucho ese del centro que han alquilado.

Y dale con la patada en la entrepierna.

Negué con la cabeza y me largué.

Diego, el ayudante de mi padre sin el que el hombre de negocios no podría vivir, había despejado su agenda tras su retorno de Sudáfrica y me había escrito para enviarme la hora y el sitio del encuentro. Era muy triste que nos comunicásemos a través de un intermediario, lo reconozco; no obstante, más triste sería no conocer la realidad de una maldita vez y continuar teorizando con el pasado. Bueno, a lo mejor no triste, pero sí agotador. Estaba cansada, aburrida, y necesitaba respuestas ya. No mañana, no, ni pasado, sino hoy mismo.

El *pisucho* que había comentado mamá no estaba mal situado; de hecho, se encontraba literalmente en el centro de Madrid, como ella había apuntado, en Ópera.

Vaya, a Ignacio no le pegaba. Él rehuía por defecto las aglomeraciones de gente y...

«Déjalo, Marina, a estas alturas es más que evidente que nunca has tenido ni la más remota idea de quién es tu padre», dictó mi cerebro, y, oye, no tuve nada que decirle. Miré al frente, alcé la barbilla con determinación y pulsé el telefonillo.

«Allá vamos.»

Me abrieron el portal sin preguntar quién era.

Supuse que no esperaban a nadie más.

«Bien, adelante.»

Subí por la escalera en lugar de coger el ascensor por mi recién descubierta faceta deportista, que me ayudaba a calmarme cuando estaba alterada, pero en esa ocasión no ayudó. Cuando ascendí los seis pisos (habían alquilado el ático abuhardillado) seguía igual de inquieta, aunque bastante más sudada.

Estábamos en junio y para vernos me había decantado por unos pantalones cortos anchos beige de vestir, blusa blanca suelta y un fular estampado con flores para anudar mi coleta del pelo que se suponía que despertaba en mi *look* un toque cariñoso y... ¿A quién diablos le importaba mi estilismo? A mí, no. Acababa de llegar al rellano, ni siquiera tenía claro si saludarlo con dos besos o lanzando el primer interrogante, y había localizado la primera prueba que me desestabilizaba.

La alfombrilla del recibidor.

Era una de esas personalizadas, de *Los Simpson*, y salían ellos dos caracterizados como muñecos amarillos sentados en el sofá más famoso de la televisión. El Espagueti («Héctor, Marina, Héctor», me recordé) e Ignacio. Y no es que me molestase que hiciesen cosas cuquis y adorables de pareja, no, me molestaba que nunca las hubiese hecho con nosotras, conmigo, y es que, oye, si mamá y él tenían un acuerdo, ¿por qué no actuar como la familia que éramos? Un matrimonio que no se quería con amor romántico y tenía una hija.

Divagaba cuando Héctor abrió la puerta sin que llegase a tocar el timbre y...

—Ho... —Y al verme me dejó con la palabra en la boca y cerró de golpe.

Parpadeé.

Vaya, esa reacción no me la esperaba.

Aguardé un poco pillada y él tardó unos segundos en volver a asomarse.

—Lo siento, Marina, yo... ¿Tu padre siempre llega impuntual a los eventos importantes? —resopló. Lo estudié. Si yo estaba nerviosa, a Héctor le iba a dar algo.

Era igual que lo recordaba, alto, delgado, con una maraña de pelo pelirrojo en la cabeza y una sonrisa que transmitía buenas vibraciones, confianza. Cogí una bocanada de aire y me preparé física y psicológicamente para acto seguido pasar a tranquilizar al amante de Ignacio. Últimamente se desbarajustaban todos mis planes.

—Llegar tarde lleva su sello, sí.

—A este le rebano yo el cuello y me lo cargo. Se suponía que ya me habría ido cuando vinieseis, estaríais los dos solos y... Pasa, pasa. —Se hizo a un lado—. Perdona el balbuceo y mi portazo. Estoy bastante atacado, ¿se nota?

—Un poco. —Sonreí suave, inspiré y le rocé el brazo—. No tengo nada en contra de ti, Héctor. Esto es entre mi padre y yo, y ni siquiera va de vuestra relación, es algo más complicado que arrastramos desde hace años.

Él pareció aliviado.

—Entonces, para que me quede claro, ¿no te vas a poner a chillar de un momento a otro y a tirarme cosas? —bromeó. ¿O no?

—No voy a lanzarte nada ni a gritar. Si hasta he traído unas galletitas de mantequilla de la paz. —Se las mostré en el interior de la caja y su expresión se relajó.

—Mierda —chasqueó la lengua teatralmente—, si lo llego a saber, no habría escondido todos los objetos frágiles.

Se apartó y entré. Héctor cerró detrás de mí. Ojeé el piso. Era un apartamento pequeño, minúsculo, con la cocina y el salón unidos por una barra americana, un baño que se intuía diminuto y una escalera que conducía a la única habitación que estaba arriba, sin puerta y con poca altura por la inclinación del tejado. El mobiliario era escaso, con unas estanterías, un sofá y un armario de tonalidades blancas, cojines grises, suelo de madera, una alfombra morada y un jarrón verde botella con lavandas encima de la mesa.

Era… acogedor.

Un hogar.

—Por cierto, si quieres puedes seguir llamándome Espagueti, Marina, me hacía mucha gracia cuando me lo decías de niña.

Aparqué la inspección de la casa y lo contemplé.

—¿Vosotros ya estabais juntos entonces?

—No, hicimos un año la noche que tu padre se fue de casa.

—Ah.

Reparé en la única foto que había en las estanterías medio vacías.

—En verano os fuisteis de vacaciones de crucero por los fiordos noruegos… —Aparecían los dos alegres, con la capucha calada y un espectáculo brutal de la naturaleza al fondo.

—Marina…, esto debería decírtelo él, motivo por el que le voy a rebanar el cuello, no te olvides, pero tu padre y yo nos

queremos y las personas que se quieren hacen cosas como viajar..., como dejar atrás vidas falsas para disfrutar plenamente de la que tienen.

—¿Dejan atrás hijas?

—¿Qué? Oh, no, no, tu padre te quiere. Si me ha repetido un millón de veces que te eche un cable para que trabajes en la cocina del club de golf, cable que estoy dispuesto a echarte, dicho sea de paso. —Fijó sus ojos en los míos. Sin embargo, yo había dejado de escuchar, impactada por uno de sus comentarios.

—¿Ignacio sabe que cocino? —Fruncí el ceño. Lo dudaba tanto...

—Ignacio sabe muchas cosas tuyas, el problema es que no podía hablarte de él, del verdadero él, y se fue callando y callando hasta que entre vosotros reinó el silencio. Ojalá encontréis una solución. Me encantaría, de corazón. Es un buen hombre y os adora a tu madre y a ti...

—¿A mamá también? —No sé por qué, pero imaginaba que el odio que ella le profesaba era recíproco.

—Por supuesto, adora a Eloísa a rabiar, más que si hubiesen sido un matrimonio real, aunque mejor que te lo explique él cuando se digne aparecer y...

—Y tú le rebanes el cuello —completé, y deshice el nudo de mi garganta—, Espagueti.

—Exacto. —Sonrió agradecido—. Siéntate, ponte cómoda, como si estuvieras en tu casa. ¿Quieres un refresco, un café o un té?

—Café solo estaría bien. Gracias. —Me acomodé en el sofá y el olor a lavanda me invadió.

Héctor se puso manos a la obra a rebuscar en los estantes de los armarios de la cocina y chasqueó la lengua mirando en mi dirección y dibujando una mueca de disculpa.

—Soy un bocazas. No tenemos. En esta casa no se bebe café.

Iba a decir que me valía cualquier cosa, que no se preocupara, cuando... Un segundo.

—¿Ignacio ha dejado la cafeína? —reparé gratamente impresionada por tal proeza.

Mientras vivía con nosotras se hinchaba y Nana lo regañaba al son de «se te va a poner la tensión por las nubes, algún día nos darás un susto». Sin embargo, él continuaba bebiendo cafés compulsivamente. Cuatro había llegado a tomarse en una tarde sin contar los de la oficina...

—Lo he aficionado al té. —Se encogió de hombros, feliz. «Vaya, sí que está enamorado para renunciar a su dosis diaria de estimulante.» Suspiré. Ignacio permitía que Héctor lo cuidara. Estaban forjando una bonita pareja y, por extraño que me resultase, me alegraba por ellos, por él, aunque cada vez tuviese menos claro mi papel en su nueva vida. Es decir, con nosotras, conmigo, estaba amargado, ¿para qué me necesitaba?—. ¿Te apetece probar o bajo al súper a comprar?

—Tomaré un té.

—¿Cuál?

—¿Alguna sugerencia?

—El té blanco Malwi Antlers es mi debilidad. Huele fuerte, pero su sabor delicado con toques florales es inconfundible.

Muy bueno para iniciarte en el universo de las hierbas e infusiones.

—El Malwi An...

—Antlers —me echó una mano con el nombre, que parecía un jeroglífico.

—El Malwi Antlers estará bien. Gracias.

Héctor calentó el agua y me sirvió una humeante taza con una coqueta tetera verde aguamarina. Llevaba razón, el aroma del líquido anaranjado era potente; sin embargo, dejaba a su paso un regusto agradable en el paladar, como la compañía, el novio de Ignacio y *maître* del club de golf con el que estuve charlando pacíficamente hasta que mi padre apareció al rato visiblemente apurado.

—Lo siento mucho, amor... —Cortó el apodo cariñoso en el acto al verme. Carraspeó y se puso serio—. Héctor. Hemos pinchado, no tenía batería en el móvil y...

—Tranquilo, Marina y yo nos hemos puesto al día de su andadura por Roma y con los del Abismo, la banda de rock.

Se levantó y fue a darle un beso. Imagino que era lo habitual entre ellos. Ignacio retrocedió y me miró. Experimenté una punzada de dolor porque mi propio padre confiase tan poco en mí y en mi capacidad de empatizar que prefiriese volver a esconderse a dejar que lo viera de una vez por todas.

—Puedes saludarlo como lo hagáis normalmente. No me importa —pronuncié un tanto resentida.

Pero en lugar de hacerlo, de darle un pico, el empresario con el que compartía genética me preguntó:

—¿Y a ti? ¿A ti cómo te puedo saludar, Marina?

Ladeé el rostro confundida. ¿Era vulnerabilidad lo que había intuido en su voz? No, negué con la cabeza, Ignacio nunca... Y menos por mí...

Lo escudriñé. A ver, físicamente no había cambiado, seguía siendo el hombre bajito y trajeado con ojeras y poca expresividad en la cara; sin embargo, había algo distinto, y era su mirada. Hasta ese momento no me había dado cuenta de que no la había apartado de mis ojos y eso sí que era nuevo, que me observase dando muestras de que sabía que existía.

—Puedes saludarme con la verdad, después ya veremos —determiné, él asintió y tomó asiento a mi lado en el sofá sin quitarse ni la corbata ni la chaqueta mientras el Espagueti se excusaba y nos dejaba solos para salir a hacer unos «recados».

—¿Qué quieres saber?

Esto..., ¿cuéntamelo todo sonaba muy avasallador para romper el hielo? Tal vez.

Opté por ir punto por punto desvelando incógnitas y comencé por la que más daño hacía, y no era haberme tenido desatendida durante años relegándome no a un segundo, sino a un décimo plano invisible, no; era algo que no había podido sacarme de la cabeza desde que lo había visto en el álbum de fotos familiares.

—¿Tú... deseabas que yo...?

Tragué saliva. Vaya, qué duro era pronunciarlo en voz alta. En mi mente parecía más fácil... Pero en ella no estaba la respuesta a la duda que me carcomía por dentro. Apreté los puños, cargándome de valor ante lo que podría venir, y

logré terminar la pregunta más devastadora que jamás había pronunciado.

—¿Tú deseabas que yo naciera?

La expresión se le congeló en el rostro y habló con una fiereza animal que desconocía que habitase en las venas de mi padre.

—Marina, el día de tu nacimiento fue el mejor de mi vida.

—¿Y por qué parecías tan abatido? Encontré los álbumes familiares y justo ese día, ese, se te torció el gesto.

—Porque, por irónico que parezca, también fue el peor. Pero tú no tuviste nada que ver. NADA —recalcó—. Fue…

—Mamá —completé lo que él no podía decir y no lo negó.

—Cuando llegamos al acuerdo, mi vida era muy diferente, mis padres eran un par de viejos retrógrados enfermizos que no solo nunca me habrían aceptado, sino que habrían hecho la vida imposible a quien estuviese conmigo y eso no podía permitirlo. Sin embargo, cuando tú naciste, ellos ya habían muerto, por aquel entonces tenía un novio y simplemente se lo sugerí, ser sinceros, empezar de cero como la familia que realmente éramos. Entonces ella…

—¿Te chantajeó conmigo? —comprendí, y la sangre me hirvió.

—Ella tuvo miedo, Marina, y el miedo nos lleva a tomar los caminos equivocados.

—¿Qué te dijo?

—O él o tú —confirmó mis temores—, esa ha sido siempre la cuestión. Tenerte a mi lado implicaba estar encerrado en una cárcel, había días que no lo soportaba, que no me soportaba, y cometí todos los errores del mundo con el único ser inocente de aquella tortura.

—Por ella. —Apreté los dientes y pensé que la odiaba, que la odiaba mucho.

—Por ella no, Marina, por mí. Eloísa es una mujer aterrorizada. En lugar de discutir y terminar cediendo, debí explicarle que aunque me fuese no la dejaría sola... Lo de Abraham le hizo tanto daño... Todavía me pregunto cómo es capaz de ponerse en pie por las mañanas y sonreír al espejo con su carga.

Tuve un mal presentimiento y el corazón se me paralizó.

—Abraham no fue un simple novio de mamá, ¿verdad?

—No, Abraham fue el malnacido que la dejó embarazada y la abandonó, y luego tus abuelos... —Se detuvo y por su gesto supe que quedaba lo peor.

—¿Qué hay de ellos?

—La obligaron a abortar cuando el embarazo estaba muy avanzado y la metieron en el lugar más horrible que te puedas imaginar. —Hizo una pausa—. Eloísa estuvo en el infierno.

Recordé las palabras de Nana y, de repente, encajaron:

«Marina, tu madre no es mala, tu madre es el resultado de muchas circunstancias, decisiones incorrectas y remordimientos.»

¿Qué te hicieron, mamá?

Verso 4

LEO

La había jodido y, lo mirase desde el prisma en que lo mirase, no tenía excusa. Había dado donde más dolía y de nada servía pensar que alejarla de un modo fulminante era lo correcto, me sentía estúpido. Por eso no valía para protagonista de novela. No me salía ser el personaje abnegado y sufridor que impide que la chica lo vista porque sabe lo importante que ella es para él y no quiere pillarse hasta la médula de la novia de su mejor amigo y cagarla, no, porque yo era tan desgraciado que ya estaba pillado. ¿Desde cuándo? Ni puta idea. Supongo que, cuando mi día a día se empezó a medir por el número de veces que Dinamita sonreía, debería haber empezado a sospechar algo.

Chasqueé la lengua, me recosté en el sillón individual del salón con D'Artacán a mis pies y me removí incómodo.

—Mierda.

No me concentraba para leer. Eran las once de la noche y Marina todavía no había dado señales de vida desde que se había marchado por la mañana con sus galletitas de

mantequilla, a pesar de que la había llamado, además de escribirle y de dejarle un audio que, oye, no es porque fuese mío, pero tocaba la fibra sensible un huevo. Como diría Carlota, era de los que te dejaban «el corazón calentito» y yo calentaba otras cosas, pero corazones, no. Sin embargo, nada, ni siquiera las dos míseras aspas azules en la conversación que me mostrasen que lo había leído en lugar de seguir ignorándome.

Resoplé.

De adolescente había pasado muchas horas castigado en la biblioteca del instituto. Al principio empleaba todo ese valioso tiempo en observar con resentimiento a quien tuviese la osadía de contemplarme; sin embargo, la gente estaba tan ensimismada en sus movidas que prácticamente no reparaba en mi presencia, así que en algún momento indeterminado, no recuerdo cuál, me levanté y cogí un tomo de la estantería. Había textos realmente infumables allí; otros, por el contrario, tenían un pase. Entretenían. Mis favoritos eran las biografías. Normalmente, seleccionaba las que no eran de gente ejemplar, sino de auténticos capullos que lo estropeaban todo una y otra vez y al final conseguían salir adelante. Imagino que en el fondo me sentía identificado.

Lástima que en la biblioteca del chalet no hubiese ninguna y me tuviese que conformar con la lectura de Eloísa, *Pídeme lo que quieras*, de Megan Maxwell, una novela erótica que, vaya, vaya, con el tal Eric Zimmerman y Judith, cómo le daban al tema como animales. No me extrañaba que a la madre de Marina se le dibujase una sonrisita tonta con las mejillas encendidas mientras leía.

Acababa de terminar un intenso capítulo con el que me habían entrado ganas de echarme el cigarrito de después y todo.

Sonreí de lado. Y pensando en la reina de Roma, Eloísa entró en el salón, pero no llevaba uno de sus habituales vestidos glamurosos, sino un chándal. UN CHÁNDAL. Nunca, en las semanas que llevaba conviviendo con ellas, la había visto ataviada con algo menos elegante que un conjunto de diseño. Estaba nerviosa como yo, sospechaba que por la misma persona, así que cerré el libro dejándolo en el punto más alto (y erótico) y me dispuse a hablar con mi anfitriona.

—¿Planteándose unirse a las carreras nocturnas con su hija y conmigo? —rompí el hielo.

—¿Yo?

—Solo estamos nosotros. Bueno, y D'Artacán, pero desde que alguien, y no miro a nadie —le guiñé un ojo, juguetón—, le da lonchas de jamón york extrafino en nuestra ausencia no quiere mover el culo de aquí en cuanto me calzo las deportivas. —Tenía mis dudas de si era ella, Nana o Giuseppe. Siendo sincero, apostaba más por los entrañables italianos, pero el modo en el que la mujer torció el morro me reveló que estaba muy confundido...

—No sé de qué me hablas. —Se encogió de hombros con indiferencia—. ¿Para qué iba a querer alimentar a ese bicho gordo y bobo? Además, no me gustan los gatos. Los detesto —añadió en su defensa.

A ver, para Eloísa, como me ocurrió a mí en una etapa bastante turbia que no quería recordar, cualquier cosa que pusiese de manifiesto que había efectuado un acto cariñoso, de amor, era un brutal ataque a su fortaleza, y tener

emociones, una inconcebible debilidad, aunque las tenía. Vaya si las tenía. Tan inmensas que comenzaban a desbordar los muros de su cuerpo y la desestabilizaban.

Despertamos a D’Artacán, que se estiró y abandonó el cobijo de mis piernas para serpentear con familiaridad entre las suyas. Las conocía muy bien. No era la primera vez. La curvatura de mis labios se amplificó.

—El ser humano, que hace cosas del todo incomprensibles.

La mujer refunfuñó sin apartarse del felino, que empezó a ronronearle.

«Gato interesado...»

—Ya te he dicho que no soy yo, no me hagas repetírtelo. —Enderezó la espalda para que la coartada cuadrase. Luego, examinó a mi alrededor de pasada hasta que sus ojos repararon en el libro que acababa de dejar descansando en la mesa. Tenía una funda de colores que lo cubría. Aun así, lo reconoció. Cómo no iba a hacerlo, era suyo, joder. La había visto pegada a él todas las noches hasta altas horas de la madrugada. Pero se hizo la tonta y a mí esa actitud me dio munición para pasarlo bien un buen rato—. ¿Qué hacías cuando he entrado? —preguntó como si nada.

Daba gracias a la vida por momentos como el que vino a continuación.

Fijé mis ojos en los suyos.

—Leer su novela guarra, corrijo, romántica, porque hay que ver lo que este par de orgullosos se quieren después de todo. Podríamos comentarla cuando la terminemos. Crear

nuestro propio club de lectura, Eloísa. —Levanté las cejas y se puso rígida, con las mejillas ardiendo.

—Yo no leo ese tipo de lecturas para marujas —escupió con desdén—. Será de Nana.

Bien. La tenía justo donde quería. Me deleité de placer antes de soltar:

—Entonces... —bajé divertido el volumen ante su vacile— no tendrá ningún inconveniente en que quite el marcapáginas sin apuntar previamente el punto en el que está... —Me fui inclinando poco a poco hacia delante y cogí de nuevo el libro a la vez que añadía con voz aterciopelada —: Y que la pobre Nana se pierda el polvo del siglo...

Eloísa se tensó.

Apretó la mandíbula y dibujó una línea recta con los labios.

Nos sostuvimos la mirada.

Un segundo.

Dos.

Y...

—Ni se te ocurra. —Me lo arrancó de las manos.

Me reí a gusto.

Hacer rabiar a la madre de Marina era divertidísimo.

—¿Le confieso una cosa? —Me dejé caer despreocupado contra el respaldo de nuevo.

—No me interesa.

—Es usted demasiado graciosa para ir siempre de amargada.

—No voy de amargada —repuso—, lo estoy. Mi marido me ha dejado por un hombre al que llaman el Espagueti. Sustituirme por el Espagueti, por el amor de Dios...

Otra vez el mismo tema. Empezaba a aburrirme. Dinamita me había puesto al corriente de todos los detalles y desde mi inexperto criterio, que a nadie le importaba una mierda, el problema se estaba alargando más de lo que merecía.

Ignacio y ella habían estado juntos muchos años por conveniencia. OK.

El matrimonio había dejado de serle útil a una de las partes. OK.

Cada uno emprendía su propio camino. OK.

Que se dejasen de tanto drama, la vida era demasiado corta para pasársela malhumorado por absurdeces.

—¿Y qué? —me atreví a decirle—. Está usted buenísima. De diez, Eloísa, de diez, joder. Es lista, tiene un carácter horroroso que la hace muy estimulante, una personalidad arrolladora, y es lo bastante interesante por sí misma para no necesitar a ningún tipo a su lado. Como mucho, le admitiría sollozar por un par de hombres como Eric Zimmerman en la despensa para darse un homenaje de vez en cuando y, desde que existe el *satisfyer*, ya ni eso.

Terminé mi discurso. Eloísa se quedó petrificada. Helada, vamos. Y no me extrañaba. A lo mejor se me había pirado la pinza un pelín. Comencé a regañarme por hablarle como a Vic y a Enzo y entonces sonrió. No con una sonrisa demoledora. Fue una sonrisa moderada y breve, como era propio de ella, pero una sonrisa al fin y al cabo, importante porque no trató de ocultármela, igual que los ojos en blanco que le sucedieron.

«En esto es idéntica a Dinamita...»

—¿Ahora vas a tirarme los trastos, Leonardo?

—No se crea que no, y si sigue llamándome Leonardo poniendo esos morritos, con más razón. La edad nunca ha sido un freno. Lo haría más que encantado si no... —«Si no estuviese pillado de su hija hasta los huesos», resonó en mi mente, y sufrí un escalofrío. ¿O fue una descarga eléctrica? ¿Las dos cosas? Yo qué sé. El caso es que la sensación me turbó y no me moló en absoluto. Había ciertos límites que ni yo podía sobrepasar y tener pensamientos con la piba de un colega, de mi mejor colega, era uno de ellos. ¿Qué narices estaba mal en mí? ¿Qué?—. Ambos sabemos que me rechazaría y supondría un golpe a mi ego del que no me repondría —zanjé con el ceño fruncido porque la puñetera emoción todavía no se había ido.

—Ya... —murmuró y me miró con los ojos entornados, suspicaz. Aquello tampoco me gustó un pelo. Era como si comprendiese lo que me pasaba, y me ponía la piel de gallina que no le disgustase, no del todo. Eloísa estaba perdiendo la cabeza—. ¿Has tenido noticias de Marina?

—¿Por qué me iba a llamar a mí? —Esa vez fui yo el que saltó a la defensiva.

—Sois amigos, ¿no?

«Amigos, Leo, solo amigos, grábatelo en el cerebro y en la punta de la polla, que parece que no te queda claro.»

«Lo tengo cristalino, conciencia.»

«Entonces, ¿qué es lo que sentimos en el pecho?»

«¿Lo que sentimos en el pecho?»

«Sí, lo que arde.»

«Cállate, ni siquiera existes.»

Mantuve una apasionante conversación demente conmigo mismo y volví a fijar mi atención en Eloísa.

—Con las horas que han pasado desde que se fue, la hermosa reconciliación entre padre e hija es un hecho —pronunció con sarcasmo— y supongo que su recién inaugurada cercanía me elimina a mí del plano. A saber lo que ese sinvergüenza ha tenido la poca decencia de contarle...

De modo que ahí estaba su inquietud. «A saber lo que ese sinvergüenza ha tenido la poca decencia de contarle.» La mujer escondía algo, como yo, como todos, y temía que la morena lo hubiese descubierto esa tarde. Aparqué mi propio dolor de cabeza y me concentré en ella. Consolar al uso no se me daba bien, era un negado, pero tenía otras fórmulas. Fórmulas desastrosas y que rara vez salían según lo planeado.

Me aclaré la garganta y la animé a mi modo.

—El mundo, su ex, no conspiran contra usted. Entre nosotros, y sin que se ofenda, no es tan importante. El tío tiene novio, pasta y una hija con la que sí, viendo las horas, es probable que lo haya solucionado. Él no va a malgastar el tiempo echándole mierda encima y usted no debería malgastarlo dándole vueltas. Lo que vaya a ser será.

—Qué profundo... —pronunció con ironía, y continué como si nada.

—Y no, Eloísa, Dinamita no me ha llamado. Anoche me coroné jodiéndola y dudo siquiera que me hable.

Hubo un silencio.

¿Por qué cojones se lo había contado?

De nuevo, ella me estudió entornando los ojos para un instante después abrirlos como platos.

—¿No pretenderás que interceda para que lo arregléis?

¿Qué?

Parpadeé y de mi garganta brotó una socarrona carcajada seca.

Por supuesto que... «Sí, joder, sí, de lo contrario, para qué habría abierto la bocaza, ¿eh?»

Por segunda vez en un intervalo demasiado corto de tiempo, me mandé callar para visitar el rincón de pensar y... fui todo lo sincero que podía.

—No sé lo que quiero, pero sé lo que usted no debería hacer. Defenderme, Eloísa, interceder por mí. No soy bueno para Marina. No soy bueno para nadie.

No pretendía despertarle lástima, eso menos que nada, era solo que, pues eso, lo dicho, no era bueno para Marina y su madre debía saberlo, sobre todo cuando había comenzado a mirarme raro, como si me empezase a coger cariño. Mejor descubrir mis cartas y que a la mujer que me repasaba de arriba abajo no le pillase por sorpresa mi naturaleza podrida y defectuosa.

—Oh, Leonardo, eres agotador y cargante —intervino con aquel tono suyo altivo y condescendiente—. Haznos un favor a todos y deja de creértelo tanto, no eres tan malo. Molesto sí, una barbaridad, pero malo, no, ni siquiera les pisas los talones a los villanos de pacotilla de *La reina del flow*. Entre nosotros y sin que te ofendas —me imitó—, los he conocido mucho peores y que no alardean ni la mitad.

El agradecimiento es una bola de fuego en el pecho que te explota y se expande lento, lamiéndote las venas como la lava de un volcán. Lo descubrí allí, con ella. Intercambiamos una mirada llena de complicidad, hablando sin hablar, que

es como mejor se hace, y me atreví a responder esbozando una sonrisa agria que borré al confesar:

—Yo también los he conocido.

Fue lo más cerca que estuve en años de contar la verdad a alguien distinto de Noah, la psicóloga e Íñigo. Un pequeño paso que tiempo atrás no creía posible. El aire de la estancia se tornó denso, íntimo, aunque a ninguno de los dos nos iban esos rollos sentimentales repletos de emotividad. Éramos más de acción. Ariscos para lo nuestro. Y tuve una idea para matar el rato hasta que Marina regresase. Una mala idea, evidentemente, era mía. ¿Qué podíamos esperar?

Me puse en pie de un salto.

—Eloísa, está de enhorabuena. Voy a enseñarle a conducir una moto.

—Ja —soltó, y asentí con firmeza—. No pienso poner un pie más allá de estas cuatro paredes.

—¿Está segura?

—Segurísima, y para de hablarme de usted.

Sonreí.

—Está bien. Tú te lo has buscado. —Antes de que se diese cuenta le arrebaté la novela de las manos, memoricé la página por donde iba y le quité el marcapáginas—. Si quieres recuperar el libro y saber dónde te habías quedado, no tienes más remedio que acompañarme a la calle.

—¿Has secuestrado *Pídeme lo que quieras* para obligarme a salir?

—Sí.

Frunció el ceño y...

—Eres más simple de lo que creía, y mira que te tenía en una posición bien baja.

Y funcionó.

Verso 5

MARINA

Reconozco que cuando torcí en la esquina del barrio residencial de Villa de madrugada y lo primero que encontré fue a mi madre en plena calle, vestida de chándal y subida en la moto de Leo dándole gas, pensé que algo funcionaba mal en mi cabeza y me pellizqué la palma de la mano para asegurarme de que no estaba soñando.

O drogada.

O ambas cosas.

El pellizco dolió, así que la respuesta era no. ¿Qué…? La estampa era tan surrealista que por un instante me costó ubicarme, menos mal que tenía una mente pluriempleada dispuesta a salir siempre en mi ayuda.

«Marina, vienes de mantener una conversación superseria, profunda e importante con tu padre. Concéntrate y ve a hablar con ella.»

Titubeé y muy bien no debía de estar del coco, porque me contesté.

«Pero es que está subida en la moto de Leo, cerebro, ¡de conductora! ¿Cómo encajo eso?»

Silencio al otro lado.

«¿Hola?»

«Me hallo procesando la información para darle sentido.»

Apreté patidifusa los puños a ambos costados de mi cuerpo y continué andando. Coñas aparte, la charla con mi padre había sido bastante esclarecedora y a la vez un puñal retorciéndose en mi bazo. No había entrado en detalles de lo sucedido, pero solo con los titulares era suficiente para notar presión en las costillas mezclada con una brutal impotencia.

Entendía que el sufrimiento había moldeado el carácter de mamá; apesta y, sin embargo, funciona así. Estamos forjados del cúmulo de emociones que hemos vivido. Si todas son negativas, algo se nos pudre dentro. No obstante, aquello seguía sin justificar su actitud conmigo. Es más, si acaso lo complicaba. Cuando el universo se ha dedicado a darte golpes cuidas a quien te sonríe, ¿no? En lugar de convertirlo en tu propio saco de boxeo lo proteges, y es que me daba la sensación de haber sido eso para Eloísa, su particular *punching ball* donde descargar toda la rabia; el arma arrojadiza para lograr retener contra su voluntad a Ignacio y una marioneta sobre la que verter la versión de ella misma que intuía que habría salido indemne de su oscuro pasado.

La obra perfecta física y académicamente revestida con una coraza *repelesentimientos* para mi madre.

La obra repleta de miedos e inseguridades para mí.

Sea como sea, debíamos hablar (con Ignacio y Héctor había ido mejor de lo esperado) e iba dispuesta a ello

cuando la versión de *A tres metros sobre el cielo* protagonizada por mi madre y Leo me noqueó.

Aquella inesperada escena no había por dónde cogerla.

Ella, a los mandos con el pelo suelto.

Él, de paquete aferrado a su cintura.

De menos habían salido *bestsellers*.

Negué con la cabeza y... admito que mientras los alcanzaba experimenté una punzada de satisfacción en el pecho por encontrarla fuera de casa que se expandió al escucharla quejarse, sí, pero quejarse feliz. Con todo el fango que arrastrábamos era incapaz de no alegrarme por ella. La quería, maldita sea, y eso no me hacía ni mejor ni peor persona, simplemente era... yo.

Al distinguirme, apagó el motor y se bajó a la vez que se quitaba el casco.

Leo hizo lo propio y la felicitó.

—Diez metros sin que se nos cale. Vamos bien, Eloísa. —No me pasó desapercibido que el rubio de pelo ceniza evitaba mirarme y... ¿Perdón?

Fruncí el ceño.

¿Sin que se nos cale? ¿Nos? ¿A partir de ahora iban a referirse a ellos en plural? Lo próximo qué era, ¿que se hiciesen pareja? Resoplé mordiéndome el carrillo interno y la frase de Leo que me tenía enquistada por dentro me azotó: «Deja de actuar como si fueses mi maldita novia». Cualquier rastro de agradecimiento por ser el artífice de que mi madre pusiese un pie en la calle se esfumó y la rabia empezó a treparme por la garganta.

Seguro que tenía un motivo para su ataque gratuito, pero estaba harta de que la gente utilizase su dolor para

justificar el mío.

—¿Interrumpo? —pregunté, imitándolo para que nuestros ojos no se cruzasen y de esa manera mantener la compostura.

—Tu amigo ha tomado como rehén a Eric Zimmerman —reveló mi madre. Parpadeé confusa. No comprendía un carajo. ¿Quién diablos era Eric Zimmerman...? Desvió la conversación señalando la moto—. ¿Sabes qué? A lo mejor me compro una de estas, Marina.

Bien, llegaba el momento de ponerse seria.

—No, mamá —corté sus desvaríos y hablé con firmeza—. A partir de esta noche van a cambiar muchas cosas. La primera es que vamos a dejar en paz la tarjeta de crédito y nos comportaremos como personas civilizadas que no quieren que nadie se arruine. —Fue a rechistarme y se lo impedí alzando un dedo—. Y nada más que añadir.

Chasqueó la lengua fastidiada y el eco de la risa de Leo por la escena reverberó en la quietud del ambiente para colarse por mi oído y producirme un escalofrío. No era su risita descarada habitual, se trataba más de una carcajada contenida, breve y expectante, vulnerable, como su voz cuando se aclaró la garganta y articuló con voz ronca:

—Hola, Dinamita...

—Ni me hables —me apresuré a cortarlo. Fuese lo que fuese lo que venía detrás de esos puntos suspensivos, no era el momento—. Ahora no, Leo. Mi madre y yo tenemos asuntos que resolver.

Estaba situado a mi derecha, justo a mi derecha, con los vaqueros raídos y la camiseta oscura. Ligeramente cabizbajo y bañado por la poca luz que era capaz de

filtrarse entre las sombras. Sus ojos grises no se habían separado de mí desde que había llegado, aunque no se atreviese a fijarlos en los míos, y continuaban allí, sin despegarse.

No me daba ninguna lástima. Ya se lo había dicho una vez, tenía que pensar los comentarios que hacían daño antes de decirlos. No después, después es tarde.

—¿Podrías pasarte por el invernadero antes de irte a dormir? Seré rápido. Por favor.

—Vale —acepté. No para la idílica reconciliación que el solista tenía en mente. Me iba a escuchar, pero a su debido tiempo. Primero era el turno de mamá.

Anduvimos en silencio hasta el porche de la entrada. Eloísa se sentó en el balancín con las manos descansando en las rodillas y me deslicé a su lado en el extremo opuesto del asiento. Nana y Giuseppe habían estado allí y habían olvidado una mantita de cuadros fina de entretiempo que me eché por encima para cubrirme las piernas, que llevaba desnudas. No hacía frío, aunque corría el viento, y las chaquetitas de punto y las mantitas nunca estaban de más.

La contemplé y ella aguardó. No tenía muy claro por dónde empezar. Me mordí el labio para reflexionar. Todo lo que se me ocurría me parecía, o bien demasiado frívolo, o bien demasiado directo, y no era capaz de encontrar un término medio que ayudase a que nos relajásemos y las palabras fluyeran.

—Ignacio te ha contado un secreto que no le pertenecía. —Eloísa descifró la mueca de mi cara y tomó resuelta las riendas.

Cogí una enorme bocanada de aire y lo expulsé lentamente. El *round* empezaba. No iba a mentirle. Tampoco a intervenir más de lo necesario. Mi idea era escuchar lo que ella había vivido para a continuación ofrecerle mi punto de vista. Dialogar sin soltar mamarrachadas y sin insultar a nadie, ni siquiera a papá.

—Ignacio trataba de que me pusiese en tu lugar, meterme en tu piel. A su modo, te estaba defendiendo —le confirmé con suavidad.

—Él no tenía derecho —siseó entre dientes—. Son mis secretos, Marina, míos, de nadie más, y solo yo podía decidir cómo y cuándo contarlos, y a quién, si es que decidía hacerlo.

Bajé la voz, ladeé el rostro y entorné los ojos antes de abrir la boca.

—¿Pensabas...? —No pude terminar la frase. No lo necesitó.

—Lo más probable es que nunca te lo hubiese contado. —Fijó sus dilatadas pupilas en las mías—. Ahora no tengo alternativa. —Irguió la espalda y chasqueó la lengua con amargura.

Fruncí el ceño dudosa y dolida.

—¿Por qué? ¿Tan poco confías en mí?

Inspiró profundamente por la nariz y expulsó el aire por la boca.

—No es una cuestión de confianza, es una cuestión de que el pasado no se puede cambiar y conviene dejarlo atrás. ¿Para qué remover? ¿Qué gano hablándote de que cuando me enteré de que ese desgraciado me había dejado preñada me fugué a su casa y fue él y no otro quien me

vendió a mis padres? ¿O dándote la lista de los nombres de todos los amigos, vecinos y conocidos que me cerraron la puerta en las narices cuando les suplicaba desesperada que me acogieran para no meterse en un lío con ellos? O, mejor, ¿comentamos la magnífica jugada de la Guardia Civil al detenerme en mitad del trayecto en bus mientras me escapaba a Valencia? Nada de lo que te diga, absolutamente nada, evitará que ya sintiese las pataditas de mi bebé cuando me lo arrancaron del vientre en aquella clínica ilegal o las torturas a las que me sometieron después en ese lugar inmundo perdido de la mano de Dios en el que me internaron para que me enderezase. —Hizo una pausa y apretó los labios—. Hay gente que, si no habla, no es porque no tenga oídos dispuestos a escucharlos, sino porque pronunciarlo en voz alta les derrite la garganta, Marina.

Nunca, ni en la peor de mis pesadillas, habría pensado que mamá había pasado por algo así, tan cruel y atroz.

—Giuseppe y Nana... —murmuré con un hilo de voz, y la observé con el miedo pintado en el rostro—. ¿Lo permitieron?

Contuve la respiración.

El mundo se detuvo en la fracción de tiempo que tardó en contestar.

—¿Qué? No, desde luego que no, Marina. Ellos recibieron un regalo muy conveniente por parte de mis padres: un viaje a Nápoles que corría por su cuenta para agradecerles el buen servicio prestado durante todos esos años. A su vuelta yo ya no estaba, les dijeron que me había marchado un año a Londres para estudiar inglés y se alegraron tanto por mí... —Dejó la frase suspendida en el aire y apretó la

mandíbula al recordar—. Cuando me deshice en los brazos de Nana y se enteraron, ella montó en cólera, quería hacer algo, denunciar, mantener más que palabras con papá, y tuve que arrodillarme y llorar, hasta el punto de que creí que se me saldrían los ojos de las cuencas, para que cambiase de idea.

—¿Por qué?

—Papá habría encontrado la forma de que la verdad se volviese en su contra, y Giuseppe y Nana eran mi única fuente de luz; si se apagaba, yo...

Silencio.

Tuve un mal presentimiento.

Sentí un escalofrío que me recorrió de arriba abajo lamiendo todo mi cuerpo.

—Tú... ¿qué, mamá?

Me miró y fui testigo de cómo expulsaba el último de sus demonios y alcanzaba la libertad.

—Habría matado sin reparos a las dos personas que me infligieron tanto dolor y después me habría quitado de en medio.

Noté mi corazón hacerse pedazos.

—Estoy enfadada, mamá, muy enfadada —susurré con la cara enterrada en las palmas de mis manos, y se encogió de hombros con fingida indiferencia.

—Es el sentimiento que suelen despertar tus abuelos, pero de nada sirve guardarles rencor. Murieron hace muchos años. Ni siquiera llegasteis a coincidir en vida.

Aguardé a que mis pulsaciones se relajasen, alcé de nuevo la barbilla y subí el volumen de mi voz antes de aclararle:

—Con ellos no, contigo.

La mujer abrió los ojos como platos con la mandíbula levemente desencajada.

A mí empezaron a escocerme los míos.

—¿Has escuchado algo de lo que te he dicho durante los últimos cinco minutos?

—Todo, mamá, todo, y has confirmado mis peores sospechas. —Las palabras salieron despedidas de mi boca. Me puse en pie y la manta cayó arremolinada al suelo. Me pasé las manos por los brazos frotándolos para entrar en calor. De repente tenía mucho frío. Muchísimo. Y no se debía a que hubiesen bajado las temperaturas, era el malestar emocional el que me destemplaba. Había llegado el momento de sanar nuestro vínculo de una vez por todas o cortar de cuajo la conexión—. Esas dos personas nunca me han importado —seguí hablando—. Tú sí, y, a pesar de que se suponía que debías cuidar de mí, hiciste lo contrario, sin importarte los devastadores efectos que ello implicaría.

—¿Yo? —boqueó confundida y miró a ambos lados por si había alguien más. Al comprobar que no, añadió desconcertada—: Si gracias a mí eres una mujer bonita, fuerte y que nunca estará sola...

Negué con la cabeza decepcionada porque se creyese su propia mentira.

La mirada se me humedeció.

Pero no me tembló el tono.

El tono no.

—La belleza no se mide en kilos, como me hicisteis creer —la corregí, y me preparé para descubrirle mi realidad lo más claro que pudiese y que de ese modo por fin la

contemplase de primera mano—. Gracias a ti cada vez que me veo en un espejo encuentro defectos por todas partes, mamá; si soy fuerte es por mí misma y por el empeño que pongo en curarme, y nunca estaré sola, llevas razón, porque siempre estaré conmigo. —Hice una pausa—. Comprendo que tienes muchas heridas abiertas y por eso no deseo tirar la toalla, pero para no hacerlo, para luchar por nosotras, necesito que me ayudes, que aceptes asistir a terapia, individualmente y juntas.

—No pienso ir al loquero —se cerró en banda, y suspiré abatida.

—Es una pena. Sin ayuda profesional seguirás haciéndote daño y haciéndomelo a mí, quizá no voluntaria ni conscientemente, no creo que seas mala, pero lo harás, y no puedo permitirlo. Te quiero mucho, mamá, más de lo que te imaginas, pero también me quiero a mí, y si tengo que alejarme para salvar mi salud mental, lo haré. Me marcharé y no volveré a poner un pie en esta casa.

El labio inferior le tembló.

—No serías capaz.

—No me fuerces a tener que serlo.

Abrió la boca y... la cerró.

Me agaché a recoger la mantita; me sentía desilusionada y triste porque aquel fuera nuestro final, la doblé con mimo con la misma sensación abatida retorciéndose en las tripas, y ya estaba rotando sobre mis tobillos cuando la oí pronunciar muy bajito:

—Iré a que me amueblen la cabeza, Marina, pero no me abandones. Yo... te necesito.

Verso 6

MARINA

Leo pasaba mucho tiempo enfrente del invernadero de Giuseppe. Se había ofrecido a hacerse cargo de él mientras el italiano estuviese convaleciente por el incidente *fare l'amore* y no eran pocas las veces que lo había observado desde mi habitación salir del espacio acristalado y, todavía con la arena entre las uñas y pinchazos en la piel, tumbarse durante horas en la dura roca que rodeaba la fuente con los dedos hundidos en el agua.

Aquella noche también estaba allí.

Acudí después de hablar con mi madre y de pasar por mi cuarto para cambiarme de ropa y ponerme unos vaqueros largos, camiseta de manga corta, chaquetilla de punto y zapatillas blancas. El rubio ceniza permanecía de pie, dándome la espalda, con las manos enterradas en los bolsillos de sus pantalones y la postura ligeramente inclinada hacia delante, hacia la reflectante superficie de agua, bañado por las sombras y por el chorro de luz azul que la luna lanzaba desde el firmamento despejado e impactaba contra su cuerpo.

—Es curioso lo de las flores de loto —murmuró al oírme llegar sin darse la vuelta—. De entre todos los lugares excepcionales del planeta, eligen el fango para florecer. El fango, Dinamita, asquerosa agua estancada, y exhiben sus pétalos orgullosas, como si no se avergonzaran del hábitat de mierda que han elegido. —Negó con la cabeza divertido, como si estuviesen locas, y después su voz se tornó más profunda—: Y el hábitat las respeta y las cuida, porque es lo más hermoso que jamás podrá tener entre tanto barro. Un milagro. Nunca había visto ninguna antes de llegar al chalet. Mirarlas me relaja. Son... fascinantes. Apuesto a que hay pocas cosas en el mundo que las superan —opinó, y, entonces sí, se giró y me contempló con sus penetrantes ojos grises—. Aunque alguna existe. —Carraspeó—. ¿Qué tal te ha ido con tus padres?

Admito que me sorprendió que lo primero que hiciese fuese preocuparse por las conversaciones que había mantenido ese día y guardé un poco las uñas.

—Te mentiría si dijera que bien, supongo que hemos sentado las bases para que esa respuesta pueda llegar a ser cierta algún día.

—Me alegro. —Sonrió y se aclaró la garganta antes de anunciar—: Lo he pensado mucho y no voy a pedirte perdón.

Alcé una ceja inquisidora.

¿Cómo?

¿Acaso no lamentaba el desafortunado comentario que...?

—No he dicho que no lo sienta, Marina, solo que no es lo que voy a decir —aclaró leyéndome la mente, e hizo una

pausa sin apartar su mirada de la mía. Al percatarse de que no entendía su decisión se tomó la molestia de explicármela. Gracias—. Veamos, me contestarás que las palabras no bastan y yo te diré que no me has dado tiempo para que sean hechos; hablaremos, tú te cabrearás más conmigo porque a mí explicarme en estos términos se me da fatal, y la joderé irremediablemente intentando arreglarlo, pondrás morros, frunciré el ceño y... Podemos saltarnos algunas partes e ir directamente a la visita que nos permitirá solucionarlo —resolvió.

—Pareces muy seguro de ti mismo con lo de «solucionarlo».

—Porque es lo que vamos a hacer.

—Yo no estoy tan segura.

—No te preocupes, puedo estarlo yo por los dos. —Lo miré escéptica y él sonrió con un aplomo aplastante—. No sé si lo arreglaremos esta noche, mañana o dentro de un mes, pequeña, los períodos de tiempo no los manejo bien, pero pondré todo mi ingenio a trabajar para conseguirlo, y a este también. —Se señaló a la altura del pecho—. Juntos, trabajando a una por primera vez, son imparables. ¿Vamos?

—¿Adónde? —indagué. Estaba muy cansada por todas las emociones del día y lo que más me apetecía era darme una ducha templada, aplicarme las cremas, dejarme caer en la cama con la puerta entreabierta para que D'Artacán pudiese entrar y poner la mente en blanco.

—A un sitio.

—¿Cuál?

—No seas impaciente. Ya lo descubrirás.

Atrapé el labio inferior entre mis dientes.

—No pienso subirme en tu moto sin saber de antemano si me interesa el destino.

—Está bien.

—Y nada de lo que digas puede hacerme cambiar de opinión... —interrumpí la frase a mitad de camino.

Parpadeé.

¿Leo cediendo por las buenas?

Eso sí que era una novedad... Esto..., había gato encerrado, ¿no?

Enderecé la espalda aguardando a que me desvelara adónde quería ir y deshiciese la extraña sensación de decepción que anidaba en mi estómago porque se rindiese tan pronto.

—Lo echaremos a suertes. Piedra, papel o tijera —propuso—. Dejemos que el azar decida nuestro destino.

Lo escruté con los ojos entornados.

¿Iba en serio?

¿De qué dudaba? Se trataba de Leo, por supuesto que iba en serio.

—Te recuerdo que no somos críos.

—Créeme, Dinamita, lo que estoy a punto de llevar a cabo es lo más adulto que he hecho en toda mi jodida existencia. —El gesto se le ensombreció. Se acercó a mí con determinación para jugar, y la cercanía y mis ojos en blanco provocaron que recuperase la sonrisa ladeada y un poco de luz. Algo en mi interior se retorció. Su sonrisa era tan bonita... No la irresistible provoca infartos, esa no, sino la que me dedicaba a mí, solo a mí, que con total seguridad era menos espectacular, pero más sincera—. Vamos, te has retrasado más de lo previsto dándole a la sinhueso con

Eloísa y tenemos un margen muy estrecho para que nos dé tiempo a todo.

—¿Todo? —Fruncí el ceño.

—Sí, todo.

—Son casi las dos de la madrugada y mañana hemos quedado temprano para ensayar. ¿Hay muchas... —¿cómo lo había llamado?—... visitas?

—Una, aunque vital —desveló—. Tranquila, acabarás en este mismo punto y podrás irte a dormir a una hora decente. Palabra de *boy scout*.

—Tú nunca has sido *boy scout*.

—Pero sé que son niños de palabra. —Me guiñó un ojo—. Ahora —llevó su mano a la espalda—, a la de tres, ¿piedra, papel o tijera?

Le miré durante un rato largo y... bufé. Le seguí el rollo, no sé muy bien por qué. Estaba enfadada, no por su comentario, que también; sin embargo, no era el único motivo. Estaba cabreada porque existían serias posibilidades de que lo que dijo fuese verdad y esa revelación ponía de manifiesto algo que yo no me atrevía ni siquiera a plantearme: la posibilidad de que el rubio comenzase a ser algo más que un buen amigo.

Aquella realidad me daba vértigo y me enfurecía.

Bastaba con recordar lo que había experimentado en la bañera para que la bola de fuego que tenía instalada bajo mis costillas se prendiese y me impidiese pensar en Noah, aprisionada bajo toneladas de culpa. Esa chispa provocaba que sintiese que estaba traicionando a mi novio y mi mente me chillaba que me alejase de Leo antes de que fuera a peor. Si tenía que elegir entre los dos, si me veía en esa

tesitura, la decisión siempre sería la misma: Noah. Siempre Noah. Solo Noah. Noah para la eternidad. Leo no tenía espacio conmigo.

Pero luego...

Una vez leí en una novela de Alice Kellen que la felicidad habita en el «tipo de instantes en los que disfrutas tanto que no te paras a valorar porque estás ahí, justo ahí, viviéndolos, sintiéndolos en ese presente», y la reflexión me recordaba al solista. Con él nunca pensaba lo que hacía, solo actuaba, y al meterme en la cama sonreía como una boba con los ojos en blanco al recordarlo. ¿Eran esos los primeros rayos de felicidad? No lo sabía, pero sí que sus curvaturas de labios tontas, intrascendentes y poco importantes comenzaban a salpicar mi piel como el agua que me lanzaba con sus estúpidos patitos de goma.

Saqué la mano revelando mi jugada a la vez que él y chasqueó la lengua palmeándose el muslo del gusto que le producía ganarme.

Idiota...

—Piedra, Dinamita, piedra. Lo sabía. Te tengo calada. Sabía que emplearías la violencia conmigo y —envolvió mi puño en su palma con la familiaridad de siempre— que mi pacífico papel te vencería.

Solo que la familiaridad de siempre se percibía extraña. Más... Noté un ligero hormigueo debajo de la piel que Leo cubría y la respiración se me aceleró, como si mis pulmones se hubiesen vuelto torpes, no supieran respirar y requiriesen del exagerado movimiento de mi pecho subiendo y bajando para conseguir aire. Alcé vacilante la vista. Él también estaba turbado y observaba con el rostro

ladeado y un gesto atónito nuestro roce. Frunció el ceño; el rubio descarado estaba confundido, muy confundido, tanto que casi pude escuchar a su cerebro dictándole: «Tan solo la estás tocando, has tocado a muchas chicas, esto no tiene nada de especial». Era lo mismo que me susurraba el mío.

Retiró la mano en el acto y ambos actuamos como si allí no hubiese ocurrido nada.

—Vamos.

Montamos en su moto y fuimos hasta un bar de barrio de Madrid. El local era normal, sin ningún toque que se pudiese relacionar con nosotros. Amplia cristalera lateral a través de la cual se podía ver el interior, barra, mesas, sillas y un condensado olor a fritanga que se adivinaba por los restos de los platos fríos, resecos y grasientos que se distinguían delante de algunos comensales. Había pocos clientes, un par fuera fumando, una cena de amigos a los que el visionado del partido de fútbol se les había ido de las manos y estaban a cubatas, y una acaramelada pareja que se devoraba.

Lo miré de reojo con la esperanza de que su expresión me diese alguna pista de por qué ese bar entre todos los de la capital era importante para nuestro futuro y podría ayudarnos, pero el cuerpo se le había puesto rígido, duro como una roca, y antes de entrar apretó la mandíbula con una fiereza casi animal con la que se le marcaron y desdibujaron las facciones de la cara. Aquel no era Leo. Ofrecía una imagen tan dolorosamente demencial, de hombre torturado, que fui a decirle que daba igual, que no entrásemos, que lo perdonaba.

Alguien se me adelantó.

—Aquí no eres bienvenido, muchacho —dijo el camarero, que acababa de abandonar la barra impidiéndonos el paso.

Esperaba que el solista contestase; sin embargo, se había quedado mudo, anclado en algo que solo él podía ver y que le provocaba pequeñas convulsiones que trataba de mantener a raya apretando más y más los dientes.

Enlacé mis dedos con los suyos helados y susurré:

—Podemos irnos a otro lugar, Leo.

Tardó unos segundos en reaccionar, pero logré arrancarlo de donde fuera que se hubiera marchado. Inspiró profundamente para acompasar la respiración y los hombros se le relajaron.

—No —negó con la cabeza con firmeza—, tiene que ser este, Dinamita, y la persona que me acompañe, tú, solo a tu lado reúno las fuerzas para enfrentarme a... Solo a tu lado podría hacerlo. Ya es hora —resolvió, y descifré que se refería a pasar. Reparó en el trabajador, que no parecía muy dispuesto a hacerse a un lado, y articuló con voz ronca—: Será una consumición solo. Estoy limpio. Por favor —suplicó.

Aun con el ruego que desprendía su tono, el hombre tuvo que pensarlo y al contestar no parecía del todo convencido.

—Solo una y no te serviré alcohol. Después te largas y me aseguras que no volveremos a verte el pelo —pronunció severo contemplando a Leo como si fuera una... una... una bestia, maldita sea.

Aquello me sobrecogió.

—Gracias. Tomaré una botella de agua del tiempo. ¿Y tú, Marina?

No respondí. Me había quedado petrificada, fulminando al hombre con la mirada. Conocía el pasado del rubio, sabía

que había tenido problemas con las drogas y con el alcohol. Nada excesivamente grave. Y, lo más importante, lo había superado. La inflexible actitud del desconocido no me encajaba, y menos que por las mismas no lo mandásemos a paseo y nos fuéramos de allí. Nadie tenía derecho a mirarlo así, a tratarlo así, como si fuera escoria humana que no vale nada. Leo había dejado atrás esa parte de su vida con esfuerzo y ayuda profesional y ni siquiera le daban la oportunidad de demostrarlo.

La injusticia me enfurecía.

—Sea lo que sea lo que te está enrojeciendo las mejillas, Dinamita —el rubio se agachó a mi lado, apartó algunos mechones sueltos de mi pelo con la punta de los dedos y susurró tan cerca que pude sentir el calor de su aliento extenderse por mi cuello—, no saques conclusiones precipitadas antes de tener toda la información. Él lleva razón. Bastante permisivo está siendo con dejarme poner un pie en su local después de lo que pasó. Por favor —suplicó de nuevo—, dile lo que vas a beber y deja que nos sentemos a que te cuente una historia que habla de la persona que fui entre estas cuatro paredes y que me torció la vida. Por cierto, estás jodidamente preciosa cuando me defiendes, aunque sea mentalmente. Deberías saberlo.

Se retiró.

Clavé mis pupilas en las suyas y estuve tentada de decirle que no me importaba un carajo quién había sido, me importaba quién era, me gustaba quién era, pero en sus ojos había tanta necesidad de liberarse que aparqué mis sentimientos y la sensación de que no saldría de allí indemne, y accedí.

—Otra botella de agua del tiempo para mí. Gracias.

Tomamos asiento en una de las mesas apartadas y aguardamos en silencio a que nos trajeran la comanda. En el breve período de tiempo que tardaron (se dieron prisa en atendernos para que nos quedase bien claro que nuestra presencia no era grata), llegó un tipo fortachón, que se apuntaló pegado a la barra y no nos quitó el ojo de encima.

—Es su hijo —aclaró Leo, que desde que nos habíamos sentado no me había mirado ni una sola vez y contemplaba ensimismado su botella cerrada—, por si he mentido. No se fían.

—¿Te metiste en algún lío aquí? —me atreví a preguntar. Por la tensión de todos que se mascaba en el ambiente era evidente que sí, pero estaba muy nerviosa y podía razonar lo justo—. ¿Una pelea? —apunté. Era lo único que me cuadraba. Eso o que Leo era traficante, y no tenía constancia de lo segundo en su historial, sí de que hubo una época muy oscura y turbia en su vida, de descontrol y desenfreno desatado, cuando el rubio estaba fundido a negro antes de hallar en Noah su luz.

—Algo así.

—¿Te pegaste o no? —insistí. Una pelea no es «algo así». Uno se pega o no se pega.

Por fin alzó la mirada. Me observó un rato largo con sus bonitos ojos grises anhelantes, sin hablar, como si fuese la última vez que tenía derecho a hacerlo de ese modo, como si después de lo que fuera que iba a pronunciar lo perdiese.

Arrancó.

—El traje del videoclip... Venía de la primera vista de un juicio cuando me lo puse y me crucé con Noah en el puente

de la M-40. —Señaló con la barbilla un punto del bar—. ¿Ves ese hueco de ahí? ¿El que está entre la pareja que se come la boca y la máquina de tabaco?

—Lo veo.

Suspiró resignado y contuve la respiración.

—No es que me pegase o que le diese una simple paliza a alguien, Dinamita, es que casi mato a un tipo ahí, justo ahí, a puñetazos en el suelo, y no me siento especialmente orgulloso de lo que hice, pero te mentiría si te dijese que me arrepiento.

Me quedé helada, aunque no por lo que él creía; mi mente recuperó las palabras de su mejor amigo después de que me atacara ido la noche que entré a su habitación en el piso de Vallecas al escuchar sus agónicos gritos y me temí lo peor. El dolor inhumano y salvaje que habían infligido a su cuerpo cubierto de tinta, el motivo por el que había dejado que su alma escapase.

«Creo que es justo que sepas que hubo alguien que le hizo un daño inimaginable en el pasado y que te ha confundido con él.»

Daño inimaginable.

Te ha confundido.

Con él.

Él.

Oh, no, por favor, no.

El pecho se me estremeció y averigüé sus siguientes palabras antes de que las pronunciase. Por fin descubrí qué era lo que siempre me había atemorizado en los tatuajes de Leo, y no se trataba de los textos o lo enrevesado de los diseños, era que aquellas líneas representaban sus grietas y

no soportaba lo roto que estaba. No soportaba su dolor. Nunca lo hice, incluso antes de... de... de sentirlo como parte de mis huesos.

—Cuando era un niño, aquel monstruo al que reventé me hizo cosas, Marina, cosas malas. —Bajó la voz y habló como un crío avergonzado. Creí morir—. Me marcó y no es una herida pequeña que puedas curar, porque... la herida soy yo. Soy una persona defectuosa. Un llamativo y brillante juguete por fuera que está estropeado por dentro. No funciono.

—¿Por qué piensas eso? —pronuncié con un nudo en la garganta a la vez que mis brazos se estiraban por encima de la mesa para acariciarle las manos con las puntas de los dedos.

—Por esto, Dinamita, precisamente por esto. —Esbozó una sonrisa amarga y las apartó—. ¿Sabes qué es lo que más miedo me da en el mundo? ¿Lo que me da tanto, tantísimo pánico que me paraliza? El amor. El cariño. Sentirlo me aterra más que la opción de que me revienten a palos —agachó la cabeza y me devolvió una mirada atormentada— y recientemente he descubierto que me aterroriza todavía más si la persona que me acaricia de ese modo eres tú. El otro día, cuando ibas a vestirme... Tienes que entender que mis emociones van al revés de las de la gente que conoces, de las de la gente normal. Para mí desnudarme, follar, entra dentro de lo cotidiano, no me importa, no significa nada. En cambio, que me vistan, que tú te conviertas en la primera persona en hacerlo, mi excepción, no sé si sería capaz de soportar la intimidad sin quebrarme de un modo irrecuperable. —Apretó la

mandíbula—. Y sobre todo no sé si podría soportarlo sin enamorarme perdidamente de ti y pensar cosas tan tontas como que a lo mejor nunca recupero mis alas, pero da igual, puedo construir otras tatuándome los pétalos de todas las flores que plantaría en nuestro jardín y serían tantas, Marina, tantas, joder... Pero no podemos. No puedo. Compartimos algo, y es que el amor de nuestra vida fue Noah, y nunca dejaré de quererlo más que a mí mismo. Jamás le haría algo así... —Iba a añadir algo más cuando distinguió a alguien detrás de mí al otro lado de la cristalera a quien saludó con la mano al levantarse—. Quédate aquí. Recojo la orquídea, pagamos la cuenta y nos podemos ir a plantarla con las demás.

—¿De qué hablas?

—De las flores de la galería. El resto están en el invernadero. Carlota había repartido algunas entre las vecinas del bloque y las he recuperado todas para ti y para él, para vosotros. Estoy seguro de que Noah querría que tú fueses su hogar.

La garganta se me resecó y pronuncié con un hilo de voz...:

—¿Y tú, Leo?

—Yo solo quiero poder mirarte a los ojos y dejar de pensar que pesas los veintiún gramos de alma que a mí me faltan, pequeña.

Mi corazón bombeó con violencia, de un modo tan real como su tatuaje.

—No hay nada defectuoso en ti —logré balbucear.

—Si supieras lo que estoy pensando en este momento, no dirías lo mismo.

Se fue a por la orquídea y al verlo desaparecer me agarré a la silla con las dos manos.

Nadie me había avisado de lo arrollador que podía ser un latido provocado por Leo.

CANCIÓN 7

Curando nuestras heridas

Verso 1

MARINA

Emma tenía la cabeza apoyada sobre mis rodillas mientras le acariciaba el pelo suelto y húmedo. Estábamos en Roma, en un *shilling club* en la playa de Ostia. Mi mejor amiga se había apuntado a acompañarme cuando le dije que tenía que hacer una visita a la capital italiana antes de que la rueda de prensa en Barcelona con Balazo al Corazón nos diese el pistoletazo de salida.

—Aunque llamé al trabajo para avisar de que lo dejaba, no sé, quiero despedirme bien y tengo que hacer la mudanza. Guardo pocas cosas, así que debería bastar con un par de maletas facturadas. ¿Vienes?

—¿He oído tres días de vacaciones? La duda ofende, nena.

Así que allí nos encontrábamos después de un grandioso día de tumbona, arena y mar, en un sofá de los blancos, con música de fondo, rodeadas de palmeras mientras contemplábamos el atardecer con un cóctel fresquito de *caipiroska alla fragola* aguardándonos en la mesa. Bueno, yo veía cómo se ponía el sol, Emma tenía que atender sus quehaceres irremplazables.

—Un segundito de nada y estoy contigo —dijo con los brazos estirados sujetando el móvil mientras jugaba al *Fortnite*. ¿O tocaba el *League of Legends*? ¿Era el turno del *Word of Warcraft*? Mira, yo me perdía en ese universo de videojuegos.

—¿Por qué no te creas un canal en Twitch? Podría irte bien.

—No te creas que no lo he pensado, Marina, no te creas…

—¿Qué te frena?

—Mi carácter, nena, salí a mi abuela materna. Los *streamers* tienen que saber comunicarse con su gente, hablar con coherencia, gracia, carisma…

—Eres muy carismática y graciosa —apunté. «Coherente quizá no tanto»—. Además, los seguidores adoran la autenticidad y conozco a pocas personas más auténticas que tú.

—Gracias, nena, si no estuviera dándole una paliza de proporciones épicas a la inteligencia artificial, te comería la boca. —Sonrió y acto seguido apretó los labios con fuerza pulsando las teclas a toda pastilla. Al terminar, suspiró feliz. Había ganado. Aparcó el teléfono relegándolo a un segundo plano sobre el cojín y continuó como si la batalla no nos hubiera interrumpido—. Pero me manejo solo en dos

registros. Demasiado blandita o endemoniada. Dame tres *haters* perseverantes y acabaría con la cuenta cerrada, en el mejor de los casos.

—¿Y en el peor? —indagué.

—Detenida o... triste. La gente se escuda en el anonimato para comportarse de forma realmente cruel y no sé cómo serán los demás, a mí los insultos gratuitos me hacen *pupita* y no puedo fingir lo contrario. Por eso, prefiero ser la amiga de la famosa que se interpone entre ella y los *paparazzi* para decir: «No la grabéis más, por hoy ya habéis tenido bastante». Tu amiga. —Fijó sus esperanzados ojillos en los míos e hizo un aleteo de pestañas, la muy teatrera—. ¿Cuándo me vas a hacer rica? Ya tardas...

—¿Nunca? —bromeé. Parecía mentira que Emma hubiese analizado conmigo el contrato con Balazo al Corazón para la actuación en el Wanda y la cesión de imagen en la edición especial que iban a lanzar incluyendo un DVD, y que supiese lo que me pagaban.

Imaginaba que cuando alcanzabas cierto estatus las cifras se multiplicaban, tampoco es que Al Borde del Abismo fuese Coldplay o BTS. Pero mientras estabas despegando los importes eran claramente inferiores a lo que pensaba la gente por culpa del desconocimiento y el aura misteriosa y repleta de falso *glamour* que acompañaba a las bandas de rock. La mayoría tenían un segundo trabajo para mantenerse cuando no estaban de gira, y los que no, y no eran Coldplay o BTS, estaban endeudados hasta las cejas. Es más, puede que los integrantes de grupos de primer nivel (qué mal sonaba aquello de los niveles) también, por

una existencia que a veces se centraba en el descontrol y el lujo desorbitado.

No habíamos hablado mucho de lo que haríamos si nos iba bien, a nosotros, digo, Al Borde del Abismo. Era fácil adivinar que por Enzo seguiríamos adelante (daba el perfil de superroquero en acción), Vic se amoldaría porque a ella lo que le molaba era tocar y le bastaban un garaje y la batería, César continuaría sin despegar los labios, yo miraría de reojo la cocina y Leo... Con Leo era imposible mojarse porque tenía la mala costumbre de ser imprevisible y hacer exactamente lo contrario de lo que estabas pensando...

Como cuando me soltó lo que me soltó en el bar...

Como cuando me dejó frente al invernadero después de volver en su moto cargando la orquídea y se marchó sin mirar atrás para que me reuniese con las flores sin darse cuenta de que el suelo se tambaleaba bajo mis pies.

Negué con la cabeza. Desayunar juntos la mañana siguiente había sido un poco raro, tenso. Por la tarde habíamos recuperado la normalidad habitual ayudando a D’Artacán a que plantase su primera garra en el jardín.

—Era un gato casero, lo abandonaron, y ahora la calle le da miedo. Evita su naturaleza. Pero la recuperará, Dinamita, poco a poco se dará cuenta de que puede confiar en nosotros y saldrá dispuesto a destrozar todo lo que pille a su paso.

Estábamos bien. No había nada de que preocuparse..., excepto que llevase dos días sin verlo y lo echase de menos. Sin embargo, podía manejar esa sensación. Debía manejarla.

—Podrías hacerte rica por tus propios medios. Convertirte en la Zuckerberg 2.0. Imaginación, desgraciadamente, no te falta —bromeé.

—¿Zuckerberg? A Mark Zuckerberg le meo yo en la cara. —Se rio feliz de la vida por su comentario. Soltar obscenidades le alegraba el día.

—¿Ves? Ahí está. El yate nos aguarda a la vuelta de la esquina. —Alcé las cejitas y sopló.

—Que no, nena, que no. Solo se es rico de *pata negra* de dos maneras, explotando a los demás o vendiendo tu alma a un diablo llamado trabajo, y ninguna de las dos me convence. Que tú lo petes y vivir de sarao en sarao despreocupada, sí.

—Eso no es del todo justo...

—Oye, que también te escucharía, y los días que te portases bien hasta te ganarías un besito en la frente antes de irte a dormir.

—No, no, me refería a lo de que solo se es rico de *pata negra* de dos maneras. A nuestros padres les ha ido bien y...

—El tuyo lo heredó y para hacerse con la fortuna tuvo que renunciar a quien era, y el mío ahora es medio *hippy* y recorre el mundo, pero durante años lo único que pisó fue la oficina y nuestra casa lo justo para cenar de malhumor extenuado por el curro y... Hemos romantizado la idea de que luchar por un sueño requiere que le entregues todo tu tiempo y tu energía, y si no... Si no acabas el día puesto hasta arriba de café, harto, agobiado y hastiado con tu existencia, eres un vago que podría haber dado más de sí. Todo lo que pensamos es futuro prometedor, futuro prometedor, futuro prometedor, pero es que yo estoy en el

presente. Quiero trabajar, sí, y que en proporción lo que gane sea la vida, los viajes y tomarme una *caipiroska alla fragola* mientras mi mejor amiga me hace cosquillitas en la cabeza. —Sonrió y me entraron ganas de achucharla—. ¿Selfi? La luz del atardecer es buenísima.

Levantó el brazo sin esperar mi respuesta y lo hizo. Disparó.

—¿Puedo subirla a mis *stories*? —Me dedicó un mohín lastimero—. Salimos monísimas y el Rastafari...

—Martín.

—Ese —accedió a regañadientes— está en modo *stalker* tirado en su cama viendo cada cosa que publico.

—Puedes —anuncié, y se emocionó.

Alcé un dedo para que no corriese demasiado.

Bufó.

—Decía que puedes con dos condiciones. —La *gamer* refunfuñó por lo bajo consciente de lo que venía. No me dejé amedrentar y aclaré la garganta—. La primera es que me la pases y... que hablemos, Emma, que hablemos. ¿Cuál es el problema insalvable con Martín? Y no me vengas con que los rollos entre compañeros de piso son un tremendo error porque dormís pared con pared y en el hipotético caso de que salga mal correrías el riesgo de escuchar su cabecero cuando se lo montase con otras —dije, y bajé las revoluciones para apartarle de la cara los mechones, que se le habían rizado, y sonreírle—. La insegura de este dúo soy yo, tú eres ge...

—Genial, lo sé, una tía de puta madre, cachonda, divertida y una crac como amiga.

Vaya, no necesitaba a nadie que le levantase el ánimo.

—¿Entonces...?

—Entonces el Rastafari inmundo, Martín, me gusta una barbaridad —reconoció— y vive bajo mi techo, Marina, bajo mi techo —enfatizó por si no me había quedado del todo claro—. Para un rato estoy bien, veinticuatro horas los siete días de la semana puedo cargar, o que me carguen. Las parejas necesitan su propio espacio y en los pocos metros cuadrados que tenemos en el piso se hace difícil.

¿Llevaba razón? Rotundamente sí en lo de que las parejas necesitan su propio espacio individual. Sin embargo, no estaba tan segura en la afirmación de que los metros de su casa pudieran ser un obstáculo. Las cosas venían como venían y solo había que descubrir el modo de adaptarse.

—Hay etapas, nena, y si nos tiramos a la piscina, nos las saltamos —concluyó.

—Eso es una tontería, que a la mayoría de las relaciones se les aplique una regla no significa que tú no puedas romperla. Yo lo hice con Noah, vivir juntos antes de querernos, y funcionó.

—Pero vosotros... —titubeó y completó con la culpabilidad pintada en los ojos— necesitabais aprovechar todo el tiempo. No es nuestro caso.

—Estás equivocada. El tiempo hay que aprovecharlo siempre, la diferencia es que nosotros teníamos la suerte de saberlo —afirmé, y se hizo un silencio—. Además, hace cinco segundos tú misma me has dicho que estás en el presente. Aquí y ahora. Pero si quieres viajamos al futuro. —Cogí una bocanada de aire—. Si sale bien, podría ser algo maravilloso, y si sale mal, me comprometo a hacerme rica y llevarte conmigo a mi mansión. ¿Qué dices?

Emma curvó los labios de lado.

—Sabes cómo dar argumentos irrefutables, por eso siempre fuiste la que mejores notas sacaba de las dos.

Como era de esperar, subió la foto y, llena de satisfacción, golpeó la pantalla del móvil con la mano cuando su premonición se cumplió y supo que Martín la había visto. Mientras, yo la miré en mi teléfono, adonde me la había enviado. Salíamos las dos con el sol de fondo y el cielo anaranjado. Tenía los ojos más verdes por la claridad, el pelo bufado y la zona de la nariz y las mejillas un poco enrojecida, igual que los hombros.

Pero eso no fue lo que me llamó la atención.

Habíamos pasado el día en la playa e ido directamente al local en primera línea, y vestíamos unos vaqueros cortos y la parte de arriba del biquini. La parte de arriba del biquini rojo. Solo. Sin camiseta ancha que me cubriera. Y estaba sentada, agazapada sobre mí misma, lo que se traducía en las tres voluptuosas montañas en las que se encogía mi vientre. Tres curvas. Tres. Aun así, contra todo pronóstico, abrí la conversación de WhatsApp con Leo y se la envié.

Saludos desde Ostia, la playa.

No lo hice por él, por algún rollo romántico de que sabía que al solista le gustaría de todas las maneras posibles y que en sus ojos me sentía protegida, aunque seguramente fuese el caso. Lo hice por mí. Era una imagen bonita, de una tarde estupenda, y me apetecía compartirla.

Leo surgió «en línea».

Me mordí el labio.

Escribiendo...

Escribiendo...

Escribiendo...

Qué mal hablados son estos italianos, mira que ponerle a una playa Ostia...

Sonreí.

Era muy tonto.

Sonreí más.

Acto seguido me mandó su propio selfi.

Saludos desde el paraíso...

Estaba en Canarias, concretamente en Lanzarote, poniéndose hasta arriba de gambas mientras disfrutaba de la despedida de soltero de Íñigo con su padre y un amigo de su hermano mayor, Edu. Aparecía tumbado en la arena sobre una toalla, boca abajo, con los brazos cruzados, la barbilla apoyada en uno de ellos y un cigarro casi terminado colgando de la boca. Tenía el pelo rubio oscurecido por la humedad y los ojos grises le brillaban. Y su mirada... Su mirada era tan penetrante que traspasaba la pantalla y por un instante dudé que no lo tuviese enfrente, a mi lado, dispuesto a curvar los labios de un momento a otro y susurrarme su mítico Dinamita contra mi piel salada por el baño...

Solo de imaginarlo temblé y la carne se me puso de gallina.

Bloqueé el teléfono a toda pastilla y lo guardé en el bolsillo como si quemase, como si fuese una bomba de relojería con la cuenta atrás activada y no supiese qué cable cortar para salir ilesa.

Alcé la vista turbada y... Emma me estaba observando.

—¿Hablamos o no hablamos de que hay cierto rubio cañón que te empieza a poner tontorrona? —preguntó.

—No —me cerré en banda.

No lo dejó pasar.

—Marina...

—Es el mejor amigo de mi novio —corté lo que fuera que iba a decir con un rictus severo—. No hay nada más que decir.

—Cariño... —insistió con suavidad—, Noah no está...

—Para mí, sí —la interrumpí por segunda vez. Noah. En presente. Siempre.

Me removí incómoda.

El giro de la conversación había empezado a disgustarme.

—Nena —trató de hacerme entrar en razón por tercera vez—, la realidad es que se ha marchado... —Se incorporó para sentarse a mi lado y acoger mis manos entre las suyas. Las apretó y me sonrió con dulzura—. No está mal que sientas cosas por otras personas, cosas bonitas, aunque sea su mejor amigo. Asusta, pero no está mal.

—Algo así lo destrozaría —balbuceé angustiada por lo que se estaba atreviendo a insinuar. No podía creerme que no se diese cuenta de su envergadura. De su horrible y fatal envergadura.

Mi amiga me examinó y chasqueó la lengua.

—Odio tener que ser yo quien te lo diga, pero ya nada puede hacerle daño. —Suspiró—. No sé dónde está, ni si está en paz, ni si consentiría lo que puede suceder en el caso de que hallásemos la manera de comunicarnos. Personalmente, si me muriera, lo único que desearía es estar viva, y sí, puede que me jodiese que la persona a la que he amado rehiciese su vida, más aún con uno de mis amigos; sin embargo, al final no me quedaría más remedio

que entenderlo y me bastaría con que cuando volviésemos a encontrarnos me siguiera queriendo a mí, ¿no?

Ahí estaba el otro *quid* de la cuestión. Mi reticencia a lo que estaba naciendo no era por Noah. No era solo por él. También estaba Leo. Leo. Mi mejor amigo no se merecía que lo quisieran a medio gas, siempre a la sombra del gran amor, convertido en un mero secundario circunstancial. Era injusto. A lo largo de los últimos días había pensado mucho en los triángulos amorosos, en los triángulos amorosos que comparten espacio y tiempo en la ficción, me refiero, y no terminaban de convencerme. Siempre había una parte que sufría, siempre, sin excepción, por muchas vueltas que le diesen a la trama, y yo no quería eso para ninguno de nosotros.

—¿Qué hay de Leo? —le dije.

—Eso, ¿qué pasa con él?

—Por ejemplo, piensa en *Titanic*, Emma, hazlo un segundo. Cuando Rose muere siendo una ancianita adorable se reúne con Jack, con Jack, en la escalera que conduce al reloj del barco, y todo el mundo se alegra y llora. Pero... ¿qué hay del pobre hombre con el que compartió su vida y con quien convirtió en realidad todas las promesas que le había hecho a DiCaprio y que pueden verse en las fotos? Ni siquiera dicen su nombre. No lo mencionan ni aparece su cara ni... —Noté un nudo en la garganta y presión bajo las costillas.

—Marina... —soltó mi mano y me acarició la mejilla con el pulgar—, no puedes basar las decisiones de tu vida en una película de los noventa. Tampoco en las conjeturas del más allá. Estás aquí. Tú. Vives. Respiras. Me invitas a copas. Y si

te enamoras no tiene que ser por Noah o por Leo. Tiene que ser por ti. Te enamoras para ti, porque te hace más feliz. Puedes tener dos grandes amores en tu vida que no sean excluyentes entre sí, puedes tener tres, el único que debe permanecer siempre es el tuyo propio. Debes quererte lo suficiente como para saber qué es lo que tu corazón necesita y agarrarlo.

Emma fue la primera persona en hablarme de que en la vida puedes tener más de un gran amor y, sobre todo, en pedirme que me antepusiese y abriese la puerta para dejar de ignorar lo que me pedía mi pecho y escucharlo...

Verso 2

MARINA

Al final cenamos viendo la puesta de sol en el *shilling club*. Hacía una noche estupenda, la brisa corría suave cargada de salitre y se estaba tan a gusto en el sofá del que nos habíamos adueñado que nos dio una pereza infinita tener que regresar a Ponte Milvio a cambiarnos teniendo allí las camisetas con las que habíamos llegado y que podíamos usar.

Escribí a mis compañeras de piso y a algunos amigos del Carlo Menta para avisarlos de que mejor nos veíamos en Ostia para, esa vez sí que sí, celebrar mi despedida de la Ciudad Eterna. El adiós me avivaba sentimientos encontrados. Por una parte, era mi decisión y, vaya, que estaba de acuerdo, pero por otra... odiaba que elegir supusiese perder la alternativa.

Suspiré y observé a mi alrededor con cierta melancolía.

Ojalá pudiera dividirme en dos, qué digo en dos, en cien porciones de Marina que recorriesen diferentes caminos y al final se juntasen...

Vale, OK, todo bajo control, mis divagaciones apuntaban a que el cóctel y la copita de vino blanco que me había tomado cenando (con la mano de Emma moviéndose hacia arriba para que el camarero la sirviese bien espléndida) se me habían subido un poquito a la cabeza.

Por supuesto, mi amiga lo adivinó y entornó los ojos maliciosa. Además, por si acaso le quedaba alguna duda, me descalcé, subí las piernas en el asiento flexionadas y, apoyando la barbilla en las rodillas, dije:

—Esto sí que es vida. —«Relajarse. No pensar. Vaciarme.»

Inspiré profundamente inundando de aire mis pulmones y...

La sonora carcajada de la *gamer* sacó a mi cerebro de la zona zen.

—¿Qué?

—Nena, has olido por encima el alcohol y vas piripi.

—Puede —concedí, y alcé una ceja amenazadora de coña—. ¿Algo que objetar?

—¿Objetar? ¡Eres mi *ídola*! ¡Lo más! ¿Tú sabes lo que daría por que mis pedos me saliesen tan baratos en lugar de «olvidar» —entrecomilló la palabra con los dedos— la tarjeta de crédito cuando preveo que la noche se me va a ir de las manos?

—Oye —recordé con el gesto arrugado—, antes me has dicho que habías «olvidado» —esa vez la que entrecomillé fue yo— la tarjeta. Hum, sospechoso...

—No sé de qué me hablas. —Dibujó un falso mohín inocente.

—Ya...

El ambiente del local al aire libre había variado después del último turno de cenas. Ahora era más un pub que mutaba a discoteca a pasos agigantados. En lugar de platos en las mesas había copas, la luz natural había sido sustituida por iluminación artificial blanca y violácea, y la música que pinchaba el DJ cada vez era más movida y animada, invitando a las personas a que poco a poco abandonasen sus asientos para ir a la pista.

Nuestro sofá estaba un poco apartado del meollo, para disgusto de Emma. En una zona lateral un pelín retirada desde la que podías observar todo lo que acontecía y al alzar la cabeza encontrarte con las estrellas. Un reservado tal vez, pero en el caso de que lo fuese nos habíamos apropiado de él sin conocimiento y no despegaríamos el «piquito de oro», como lo llamaba mi amiga, a no ser que nos dijeran algo por hacernos las despistadas.

—Una debe ser legal, Marina, no tonta.

Ladeé el rostro y descansé la mejilla en las rodillas, donde segundos antes estaba mi mentón. La proximidad del mar y el recuerdo de sus olas rompiendo contra mi piel en la orilla me tenían sumida en un estado de tranquilidad que hacía mucho, muchísimo tiempo que no experimentaba.

Aletargada y sin... agitaciones internas.

—Marina, ¿has bebido de alguna copa que no tuviésemos controlada? —inquirió.

—Nop.

—¿Dado una calada a un porrito? —Me atizó con las caderas, no lo esperaba y logró que me desestabilizara.

Casi me como el cojín.

—¿A ti qué diablos te pasa? —bufé, recomponiéndome—. ¿De dónde narices iba a sacar yo un porro?

—Así que confirmas que ha habido porro.

La contemplé perpleja, ella arrugó el ceño como si estuviésemos en un juicio y resoplé.

—No, no me he drogado. Ahora, ¿tendrías la amabilidad de explicarme de qué va este tercer grado, por favor?

—Yo qué sé. Estás muy rara. Casi pareces... relajada.

Emma llevaba parte de razón, aunque le fallaban las formas a la hora de preguntar, como de costumbre. Aquella tarde, después de hablar con ella, había logrado poner la mente en blanco y... Sentir en exceso era extenuante. Por eso existían los picos. Picos agudos de dolor. Picos extremos de felicidad. Y eran puntuales intencionadamente. Por nuestra salud... mental. Nadie puede habitar constantemente en uno de ellos sin consecuencias y en los últimos meses me había montado una casita de montaña en el primero. Necesitaba precisamente lo que tenía allí. Oxigenarme... Olvidarme incluso de quién era y descansar sin horarios, preocupaciones o emociones desbordadas.

Derramarme... Sin *él* invadiendo cada partícula de mi ser.

No era del todo consciente del brutal agotamiento que arrastraba hasta que me desprendí de su presión durante unas horas.

—La pérdida es como correr una maratón diaria, ¿sabes? —le expliqué—. Corres. Corres. Corres. Y no hay meta. Solo correr para que no...

—Te atrape —completó por mí, pero se confundió.

—Para no perder la sensación.

—¿Cuál?

—La de que el dolor te revela su presencia —me atreví a confesar—. Hoy he hecho un alto en el camino. He decidido no sufrir y no sentirme fatal por no hacerlo y... —susurré— lo estoy consiguiendo. Puede parecer la chorrada de alguien que se siente un poco frágil, pero es un paso importantísimo para mí.

—Me alegro un montón, nena, un montón. ¡Hasta el infinito —se puso en pie como el Buzz Lightyear que llevaba serigrafiado en su camiseta de tirantes— y más allá! —Rio y sé que si no siguió indagando no fue porque no le interesase, sino porque comprendió que para ayudarme debía concederme el lujo de ser Marina, solo Marina, por lo menos una noche. Desprenderme del duelo y no darle más espacio—. Piñita —hizo referencia a la fruta estampada en mi camiseta amarilla de manga corta con el hombro al descubierto—, ha llegado la hora —anunció limpiándose la arena que tenía adherida al trasero.

—¿De qué?

Aclaró la garganta y utilizó un tono muy profesional.

—De trabajar. El deber me reclama.

Levanté una ceja.

—¿El deber de hacer pipí? —Había perdido la cuenta de todas las veces que mi amiga había ido, atención al dato, en la última hora.

—No, ese quedó satisfecho hace diez minutos, aunque ahora que lo dices... —Apretó la vejiga y se puso roja—. Satisfecho, afirmativo. —Negó divertida con la cabeza y volvió a ponerse formal para añadir—: El deber sagrado de abordar al DJ y utilizar mis dotes de persuasión para que

ponga vuestra canción, grabar un vídeo y subirlo a las redes sociales de Al Borde del Abismo.

—¿Gestionas nuestras redes sociales? —vacilé.

—*Of course* —asintió pizpireta con un movimiento de pelo.

Vale, era lo peor, me acababa de dar cuenta de que ni siquiera seguía a mi propia banda de rock. Evité mencionarlo para que Emma no me asesinase.

—¿Desde cuándo?

—Alguien tenía que eximir al pobre Enzo de esa tremenda responsabilidad antes de que se acentuase su nomofobia.

—¿Nomo... qué?

¿Por qué últimamente la gente me hablaba en un idioma ininteligible?

—Adicción al móvil y a internet. Es una plaga, tú ya me entiendes, y Enzo está cayendo en sus fauces, nada grave, y desde que le he prohibido subir más de una foto semanal al *feed* poniendo morritos cada vez se encuentra mejor. —Esbozó una sonrisa orgullosa por formar parte de la solución.

Me mordí el labio.

A ver, adicción, lo que se decía adicción, Enzo...

—A Enzo lo que le pasa es que se gusta mucho y le encanta compartirlo —puntualicé, y se llevó los dedos al mentón reflexiva.

—No lo había pensado de ese modo. Me gusta que la gente se guste, Marina. Aumentaremos la dosis a dos fotos semanales, y una al mes de los *piercings* de su pezón.

—¿Sube fotos de los *piercings* de su pezón?

—Y subiría una del que lleva en el rabo si se lo permitiera; se lo puso por influencia de tu querido Leo... —Pasé de corregirla—. Sus pezones son los que más *likes* tienen, no te creas. Son muy populares en la red. Pero no me despistes. Vuestros seguidores van a flipar en colorinchis cuando vean que sois internacionales. Sonar en Roma da caché.

—Pero no somos internacionales —le recordé—. Técnicamente, vas a asaltar a un indefenso DJ, ponerle la cabeza como un zepelín y obligarlo a que ceda con tal de que te calles. —Sonrió misteriosa—. ¿Me equivoco?

—Oh, sí, nena, ese es mi plan —aplaudió feliz de que lo hubiese adivinado. Fruncí el ceño sin estar del todo de acuerdo. Se suponía que representábamos la verdad, o eso nos había vendido Martín, y ahora...—. Los fans no tienen por qué enterarse —se adelantó—. Tampoco hay que crucificarse por recurrir al postureo de vez en cuando sin abusar. Aparentar, con moderación, no perjudica la salud y aumenta tu *engagement*. —Me guiñó alegre un ojo y se dio resuelta la vuelta para ejecutar su idea—. Por cierto, tu exjefe, el bombón, viene por ahí y sospecho que te quiere meter la lengua hasta la campanilla.

—¡Emma...! —la regañé. Fabrizio y yo solo éramos amigos y ni siquiera esa afirmación era del todo cierta. Conocidos que se quedaron a las puertas de la amistad, más bien.

—OK, OK, fingiremos que es un jefe muy entregado que saldría antes del cierre del restaurante para decir adiós a cualquiera de sus exempleadas —pronunció con retintín—. Por cierto, algún día tendrás que explicarme por qué a ti te

tocan los guapos y a mí los que no se lavan el pelo. Si esto fuera un libro, le pediría explicaciones a la autora. —Otra vez se le fue la cabeza, aunque tuvo la decencia de cerrar la bocaza cuando Fabrizio llegó a nuestro lado antes de que me lanzase a su yugular para hacerla callar de un mordisco —. Holi, explotador —saludó mientras pasaba de largo por delante del italiano para iniciar la misión bautizada como «postureo».

—¿Tu amiga sabe que entiendo el castellano porque estuve de Erasmus en Barcelona? —preguntó él al alcanzar el sofá.

—Sí —me encogí de hombros—, Emma es peculiar —dije como sinónimo de «lo sabe, pero no le importa», que era más tenso—. Tómatelo como un cumplido. —Sonreí.

—¿Llego el primero?

—Eso parece. —Bajé las piernas al suelo y consulté el móvil—. Los demás vienen de camino.

Fabrizio tomó asiento a una distancia prudencial. Vestía unos elegantes pantalones de traje negros, zapatos y una camisa blanca con los dos primeros botones desabrochados. Los rizos oscuros le caían a ambos lados de la cara y bajo esa luz nocturna me pareció que tenía los ojos más azules del mundo, como el océano profundo y misterioso cuando te alejas de la costa.

No era la primera vez que nos veíamos desde mi vuelta. Después de que nuestro vuelo aterrizase en Ciampino y Emma y yo dejásemos las maletas en casa el día anterior, habíamos ido a cenar al Carlo Menta (prueba de ello era la indigestión que casi había pillado mi amiga porque todo estaba «buenísimo, nena, buenísimo») y, a pesar de las

reticencias de Fabrizio, los había ayudado con las últimas comandas porque tenía... mono.

Inspiré.

Dicen que a lo largo de tu vida eres muchas versiones de ti mismo y una Marina pertenecería siempre al Carlo Menta. Para mí representaba ese rincón perdido al que llegué por casualidad, que me acogió y me protegió cuando más lo necesitaba, y siempre le guardaría cariño... Al restaurante y a las personas con las que había tenido la enorme suerte de coincidir allí. Le guardaría cariño a él. Fabrizio y su «empiezas mañana» tras la entrevista.

—Voy a pedir un *bloody mary* —dijo tras ojear la carta con el QR, e hizo un educado gesto a la camarera para que nos atendiera—. ¿Te apetece algo, Marina? Tu copa de vino está vacía.

—Creo que ha llegado el momento de pasarme al agua —contesté—. Una botella del tiempo sin gas estará bien. Llevo el puntillo simpático y no me gusta sobrepasarlo. Así es más divertido. —Evité mencionar el insignificante detalle de que borracha me daba por enseñar el culo y bajo ningún concepto quería que el último recuerdo que tuviesen de mí fuese bajándome los pantalones hasta los tobillos—. Gracias.

Trajeron las bebidas, di un traguito para quitarme la sed y nos quedamos en silencio.

Era algo que valoraba mucho en nuestra relación. La gente solía pensar que la confianza era tener palabras para rellenar todos los huecos, pero yo creía que la comodidad de no decir nada y estar a gusto con otra persona también la reflejaba.

Eso era lo que tenía con Fabrizio: una extraña y pacífica conexión que comenzó cuando me colé por primera vez en la cocina a observarlo trabajar y no me echó, y que duraba hasta ese momento en el *shilling club*.

—¿Qué hace Emma? —Frunció curioso el ceño tras dar un sorbo a su copa. Seguí la dirección que marcaba su mirada. Como cabría esperar, la *gamer* había sorteado a todos los asistentes abriéndose paso y se encontraba debajo de la plataforma elevada en la que pinchaba el DJ aguardando con una inquietante expresión traviesa el instante en el que este hiciese una pausa para subir y comenzar a torturarlo.

—Pretende que pongan nuestra canción —aclaré.

—Cierto... Eres una roquera —paladeó para acto seguido sonreír, pero no con complacencia, como otras personas a las que les había confesado mi secreto en Roma; lo hizo de verdad. Con un toque de extrañeza, sí, quizá no terminaba de cuadrarle imaginarme en el escenario. Sin embargo, el gesto que predominaba en su mueca era orgullo, un orgullo sincero que me condujo a devolverle la curvatura de labios.

—Sí, soy una roquera —admití—. Menuda locura, ¿eh?

—¿Locura? *La noche que paramos el mundo* es una canción preciosa. No tienes nada de lo que avergonzarte.

Un segundo. Abrí los ojos como platos.

—¿Tú... —balbuceé— la conoces?

—Por supuesto —repuso sin un ápice de duda, y añadió hinchando el pecho—: Y me sé la letra, aunque no me pidas que la cante, la estropearía. ¿Camille no te lo ha dicho? Anoche os vi hablando.

—¿Decirme el qué?

—Suena cada noche antes del cierre. Como me dijiste una vez —hizo memoria—, nosotros te admiramos. Al menos, hablo por mí al afirmarlo, Marina.

Tragué saliva y me recorrió una cálida sensación que se extendió por mis articulaciones como un mullido abrazo. Sin embargo..., negué con la cabeza. Lo que me estaba contando no tenía sentido. Era imposible.

—La banda sonora del Carlo Menta siempre son canciones míticas italianas, sin excepción. Una máxima inalterable. —En los diez meses que había trabajado allí había escuchado cada noche la misma reproducción de la lista de Spotify hasta aborrecerla.

La emoción y la confusión trepaban por mi garganta y... no lo entendía.

¿Cómo?

¿Por qué?

—*La noche que paramos el mundo* lo merecía. Tú lo mereces.

—¿Yo? —vacilé. A ver, había sido buena trabajadora y compañera, pero...—. No he hecho nada especial.

Él emitió una risa ligera, como si esperase exactamente esa respuesta y le satisficiera que así fuera.

—¿Qué es «especial», Marina? Algo raro, poco corriente, según el diccionario. En la vida hay dos clases de personas: las que se detienen en las grandes cosas que todo el mundo ve, y las que van más allá y hacen de lo cotidiano una proeza que deja de pasar desapercibida. Los especiales, y tú formas parte de ellos. Sacas brillo a lo rutinario y ni siquiera te das cuenta. Eso es lo que más me gusta de ti, entre otras cosas.

—¿Otras cosas?

—No llevo la cuenta —confesó, y los ojos le brillaron al clavarlos en los míos—, aunque tengo la intuición de que la lista sería generosa.

Ignoré la extraña sensación que sus palabras despertaban en mi vientre e insistí.

—¿Soy así? —Tenía que estar equivocado. Yo no era tan profunda ni solía valorar los detalles insignificantes, era...

—Sí, conmigo lo eres, Marina. Por ejemplo, ¿qué me dirías si te cuento que vamos a añadir un postre a la carta? —me probó.

¿Cómo?

¿Acababa de oír...?

—¿¡Vais a añadir un postre a la carta!? —me sobreexcité y no pude contenerme a la hora de demostrarlo, olvidando todo lo demás. Un plato nuevo en el menú, postre o no, era algo muy importante. Importantísimo. No sucedía todos los días. Había que trabajar una barbaridad, arriesgarse con los ingredientes para que fuera novedoso y para que enganchara, testarlo y, vaya, asistir a su puesta de largo era alucinante. Me habría encantado estar. Lástima que fuera a perdérmelo.

—¿Lo ves? Acabas de hacerlo y... lo voy a echar mucho de menos.

—¿Actuar como una fan histérica de tu repostería? Tranquilo, si prometes no denunciarme, puedo seguir haciéndolo a distancia. —Reí.

—No, Marina, no. Actuar como una fan histérica, no —bajó el volumen de su voz y su tono se tornó profundo—; hacerme sentir importante, bien. Contigo, yo, que no lo soy,

también me siento especial... ¿Sabes cómo reaccionó el resto del equipo? ¿Mis amigos? ¿Mi familia?

—¿Cómo?

—Con indiferencia. Ellos me felicitan cuando consigo un premio, cuando escalo puestos en los *rankings* o salgo en la tele, pero tú... Tú casi te pones ahora mismo a dar unos adorables saltitos de la emoción —esbozó una sonrisa chiquitita— y me encantan tus adorables saltitos de emoción, Marina. Si pienso en los últimos diez meses, solo recuerdo trabajar y verte tomando notas como una loca ilusionada, y, a la hora de echar el cierre, quedarme un rato parado observando cómo te marchabas hasta perderte a lo lejos, y la cara que ponías las noches de lluvia. —Se aclaró la garganta—. Si pienso en los últimos diez meses, creo que lo único que ha merecido la pena eres tú. —Fabrizio se inclinó hacia delante sin apartar su mirada de la mía, puso la palma de la mano en mi mejilla acunándola, y la respiración se me aceleró asustada, aunque... me entraron ganas de que continuara acercándose—. Mi gran secreto no es exportar el botellón a Roma, es llevar meses durmiéndome mientras le doy vueltas a cuál será tu sabor. A qué sabes tú, Marina.

Las pupilas se le dilataron y contraje la tripa por la anticipación cuando entreabrió la boca a la vez que miraba la mía. Luego, avanzó lentamente, muy lentamente, permitiendo que mis pulmones se llenasen de su olor, y me besó. Tenía los labios suaves, jugosos, húmedos y gruesos, y se movían sobre los míos con una delicadeza exquisita que...

«¿Empezamos?»

La voz de Noah salió despedida por los altavoces y me hizo apartarme de golpe y retroceder.

Emma lo había logrado, el DJ pinchaba *La noche que paramos el mundo* y... el tiempo se congeló y solo quería llorar desconsolada y echar a correr. No porque mi exjefe me hubiese besado. Sus palabras me habían hecho desearlo. Era más...

—¿Cuál es mi sabor, Fabrizio? —pregunté asustada.

—El de una chica a la que le habría gustado que este beso se lo hubiera dado otra persona —acertó.

Temblé. Cuando Fabrizio había posado sus labios en los míos, había imaginado a alguien, y no se trataba del chico al que acababa de escuchar, sino el que en ese preciso momento se unió a mí para hacerme los coros de la canción y tenía los ojos grises...

Verso 3

LEO

Eran las cinco de la madrugada e Íñigo, mi padre, Edu y yo estábamos en un chiringuito de playa de esos que se adentran en la arena con una sencilla estructura de madera, sin paredes y atravesado por tiras de bombillas de colores.

La despedida de soltero de Íñigo en el paraíso canario estaba resultando cojonuda. Ya habíamos acabado con el suministro de gambas cocidas y a la plancha de la isla, mi hermano mayor se medio dejaba hacer las cosas sin rechistar, y un grupo de chicas bastante más jóvenes que papá habían tratado de echarse unas risas a su costa enseñándole a bailar *twerking* contra una columna, y la jugada les había salido del revés.

Joder con el viejo, era el discípulo del movimiento de caderas de Beyoncé...

Negué con la cabeza desde la barra divertido y..., esto..., aliviado. Hacía años que mi padre merecía el viaje a su destino soñado y por fin había podido dárselo. Estar finalmente tres días de vacaciones en familia y con la gota amenazando por el exceso de ácido úrico.

Lo observé de nuevo y me partí.

A una de las chicas se le iba a desencajar la mandíbula viendo sus sensuales movimientos pélvicos y... deseé contárselo. A ella. Así, de repente. Con ganas. Sacar el móvil y escribir a Dinamita. O grabarle un vídeo para que lo contemplase. Traerla a mi lado, conmigo. Y podía. Seguramente a esas horas todavía no estaba dormida, lo leería y me contestaría con alguno de los GIF que había aprendido a usar y que casi nunca tenían sentido en la conversación...

Suspiré.

La extrañaba, extrañaba a Marina a todas horas, y yo no era mucho de apegarme o de echar de menos a las personas, pero con ella me pasaba.

Me pasaba, joder.

Pensar en ella a cada rato.

Traerla a mi mente en los instantes más absurdos, sobre todo cuando me reía.

Por eso mismo dejé el teléfono a buen recaudo en mi bolsillo, porque si Marina me ponía algo similar a lo que a mí me estaba torturando, como un inofensivo «me gustaría que estuvieses aquí», cogería el primer vuelo directo a Roma y me deleitaría en el acto que haría que nuestra perfecta relación de amistad saltase por los aires.

«Eres un buen chico, Leo, compórtate», me dije, pero... «No, no lo soy, y no tengo ni puta idea de cómo serlo.»

No mentía. No lo era, joder, no.

Los buenos chicos no se morían por llenarse las manos de una persona que tenían prohibida y... otras cosas. Chasqueé la lengua. Malditas otras cosas.

«Limítate a tener las manos quietas, la lengua dentro de la boca y la polla encerrada detrás de la cremallera de los pantalones. Es sencillo. ¿Te ves capaz?», volví a decirme.

«Sí.»

«Bien.»

«Bien.»

¿¿¿Bien???

«Y una mierda; en realidad, apesta.»

Di una calada al cigarro y lo aplasté en el cenicero de la barra.

—Ochenta con noventa y seis —anunció Mia, la camarera que llevaba toda la noche soportándonos; le había pedido la cuenta y me rozaba los nudillos con suavidad cada vez que pasaba por mi lado—. La última ronda es de parte de la casa —añadió—. ¿Efectivo o tarjeta, *Leo*? —No me pasó desapercibido que había memorizado mi nombre ni el tono sugerente que había utilizado.

—Tarjeta. Gracias, *Mia* —empleé el mismo.

Sonrió.

Era preciosa. Mulata, con el pelo rapado, y tenía una diastema alucinante, aunque no tanto como ciertos dientes de conejo. El cuerpo entero se me tensó. «No me jodas, Leo, no te puedes poner cachondo por unos putos dientes, imbécil.» Pero podía, no cachondo, sino estremecido, y no eran solo sus dientes, era su boca, su cara, su manera de hablar, de moverse y...

Mia cogió el datáfono, marcó el importe y me lo tendió.

Edu se me adelantó.

—Nos has invitado a todo desde que hemos llegado. Estas copas corren por mi cuenta —dijo, y no iba a

oponerme. Nunca he sido de montar absurdos numeritos por ver quién paga. De hecho, me sentía bastante cómodo cuando no era yo quien sacaba la tarjeta, pero en Lanzarote me hacía ilusión invitar, sobre todo porque, si aquella escapada no se había producido mucho antes, era por mi culpa, por mi silencio.

El amigo de mi hermano pulsó su PIN y entonces, petrificado, lo vi.

«¿Fuiste un ángel, Leo?», repiqueteó en mi cerebro.

Habíamos logrado mantener la conversación que tuvimos en el restaurante brasileño en la más estricta intimidad, al margen de la despedida, como si nunca hubiese sucedido. Edu no la había sacado y yo menos, pero aquella imagen... aquella imagen provocó que la tinta de los omóplatos de mi espalda se retorciese y quemase.

Me hice mi primer tatuaje para arrancarme el alma por supervivencia y el segundo para extirparme las alas y que nadie volviese a confundirme con un ángel, para dejar de serlo. Sin embargo, contemplando a Edu me di cuenta de lo equivocado que estaba. Tratando de borrarlo, lo que había conseguido era que me marcase todo el cuerpo. Perpetuarlo. Cada músculo y cada articulación tenían las marcas del monstruo. Le pertenecían. Y Edu poseía sus propios sellos, solo que no estaban hechos con el filo de una aguja, sino de un material igual de contundente pero más afilado, como revelaban las huellas de los cortes en sus muñecas y en la cara interna de su brazo. Cicatrices finas, alargadas, blanquecinas y abultadas de lo que parecía...

Joder, no.

Por favor, no.

El amigo de mi hermano se dio cuenta de dónde estaban clavadas mis pupilas y bajó la manga de la camiseta de neopreno que había lucido todo el día para ir a la playa.

—No necesito el tique —dijo, y sin atreverse a mirarme avisó de que se iba al baño—. Ahora vuelvo.

Mia aprovechó la confusión para informarme de su horario.

—Mi turno termina dentro de veinte minutos. Estaré libre para dar una vuelta... y lo que surja —susurró con voz aterciopelada antes de irse y de que mi hermano, el *Frigopie*, al que se le habían ido un poco los chupitos de las manos y descansaba en el taburete de mi izquierda con el pelo despeinado, coloretes y la vista desenfocada, me dijera:

—¿Por qué a mí no me pasan estas cosas, Leo? —Hipó e hizo un puchero de borracho—. ¿Para ti acostarte con desconocidas siempre es tan fácil? Yo solo lo he hecho con dos, Nadia y una dentista en un congreso antes de que fuéramos novios, y no debí de ser muy bueno en la cama, no, porque al día siguiente se fue con otro colega y... Espera, a lo mejor la tengo pequeña, ¿cuál es la media española? Voy a buscarlo en Google...

Dejé de atender a sus desvaríos etílicos. Quizá habría sido el momento de bromear y contestarle que a él no le pasaban esas cosas porque era un tipo decente y respetable, follar veinticuatro por siete estaba sobrevalorado, y que tenía mi genética, su rabo no podía ser pequeño. Yo qué sé, chorradas tontas para terminar manteniendo nuestra primera charla sobre sexo en

Lanzarote y que al día siguiente le ardiese la cara al recordarlo.

Sin embargo, lo que brotó de mi garganta fue algo completamente distinto.

Algo tan suave y quebradizo como mi voz.

—¿De qué son las cicatrices de Edu, Íñigo? —Contuve el aliento disimuladamente.

Podían deberse a un desafortunado accidente de tráfico y yo recuperaría la capacidad de respirar sin sentirme un desgraciado. Aguardé y la expresión de mi hermano mutó a una más severa, como si se le hubiese pasado todo el pedo de golpe.

—No debes mirarlas, Leo. Nunca. Edu no lleva bien que la gente las vea, por eso normalmente las tiene tapadas. Habrá sido un despiste.

—Está bien —la opresión en el pecho se multiplicó—, pero ¿de qué son?

Parpadeó y se puso a la defensiva.

—¿A ti qué te importa?

—Dímelo —apreté los labios con todos los músculos agarrotados—, por favor.

Mi hermano me observó sin entender nada, cada vez más confuso, con el rostro ladeado, y al final aceptó. Me concedió la respuesta, que me voló los intestinos y retorció lo que quedaba de mi maltrecho corazón y lo hizo bombear con fiereza.

—Hace muchos años, Edu escribió una nota a sus padres que decía: «Os quiero mucho, habéis sido muy buenos papás, pero yo no soy feliz», y después…, después…

Íñigo se quedó callado.

Comprendí. Aun así...

—¿Después qué? ¿Qué? —Necesitaba que me dijera lo que ya intuía y me reventaría—. ¿Qué?

—Es difícil para mí, joder. —Se pasó la mano por la cabeza y las gafas le resbalaron—. Fue muy duro que mi mejor amigo intentase quitarse la... Lo encontraron en la bañera y... Lo pasé muy mal, ¿vale? Era la única persona que me aguantaba y estuvo muchos meses ingresado en la unidad de psiquiatría. —Tensó la mandíbula al recordarlo—. Pero ya está bien.

—¿Él por qué...?

—Nadie sabe los motivos, Leo —«yo sí»—, y no importa porque no quiere hacerse daño. Ya no. ¿Para qué remover el pasado? —resolvió.

Pero yo me había quedado con que los motivos no importaban.

Claro que importaban.

Para mí, sí.

Lo cambiaban todo.

TO-DO, hostia.

—Voy a la playa a que me dé el aire.

—Estás muy raro, ¿qué narices...?

—Déjame solo.

Caminé hasta la orilla sin más compañía que mis pensamientos. Al alcanzarla, el firmamento se extendió como un oscuro lienzo con insignificantes puntitos de luz. Busqué la estrella a la que Dinamita se dirigía para hablar a Noah y le di una patada a una concha que estaba a mi lado. ¿Por qué había tenido que verlo? ¿Por qué, mierda, por qué? No podía no hacer nada y... Necesitaba a mi mejor amigo en

ese momento más que nunca. Él no me diría lo que debía hacer, Noah no funcionaba así, pero me inspiraría para tomar el camino correcto.

Acaricié su colgante con la punta de los dedos y rompí mi silencio.

—Esto..., hola, tío. ¿Cómo estás? Antes de que me lances un rayo o lo que tengáis allí arriba, vengo a hablar de algo serio y... te prometo que me estoy portando lo mejor que puedo... Lo mejor que puedo... —Hice una pausa. Aquello era superior a lo que pudiese ocurrir entre Dinamita y yo y tenía que entenderlo, comprender que seguía siendo el jodido egoísta que la cagaba y era tan capullo de sacarlo de su estado de paz para suplicarle ayuda porque sin él no podía, no...—. Te necesito. No sé si tienes planeado marcarte alguna aparición en algún momento, pero si es así, el instante perfecto es este. Este, Noah, este, muéstrate aunque sea para patearme las pelotas y dejarlas inservibles. Hay algo que debo hacer y... sin ayuda no voy a ser capaz de actuar de la forma correcta... Sin ti no tengo a nadie que me incline hacia la luz.

Una cosa era conocer que el monstruo había tenido otros «ángeles» y otra ser testigo de sus efectos. No podía ser tan desgraciado como para quedarme quieto, sobre todo poseyendo el arma que lo destruiría, pero continuaba sin estar preparado para compartir con extraños las imágenes de la risa floja que me entraba cuando creía que todo era un juego y él me enseñaba a masturbarme.

No sin Noah sosteniéndome.

Caería y nadie me traería de vuelta de esa clase de tinieblas.

—Eso es mentira —escuché la voz dolida de mi hermano a mi espalda. No lo había oído llegar. Me di la vuelta y comprobé que venía solo, vestido de Frigopie y serio, compungido—. Sí que tienes a alguien, me tienes a mí.

—Vete, Íñigo.

—No. —Negó con la cabeza con determinación para enfatizar sus palabras y, de no ser porque se trataba de un tema jodidamente delicado, habría estado gracioso ver cómo le bailaba el disfraz. ¿Estaba dispuesto a abrir la costra de una herida para que sangrase de nuevo? Avanzó un paso y titubeó—. A Edu... A Edu...

—¿Qué?

—Él le hizo lo mismo que a ti, ¿verdad? —Sufrí un escalofrío y me quedé callado sin que mi gesto revelase nada. A mí no me correspondía describir la textura de su infierno. Aun así, adivinó la respuesta. De hecho, sospecho que ya la había imaginado por el interrogatorio al que lo había sometido y la forma en la que me había marchado, por lo que la pregunta fue un mero trámite—. ¿Sabes qué? No hace falta que digas nada, Leo. Soy de ciencias, puedo sumar dos más dos. Su edad cuando ocurrió, la persona que teníais en común...

—¿Qué quieres? —lo interrumpí rígido.

—Es evidente —tragó saliva y bajó el volumen de su voz para dejar de hablar con la seguridad que desprendía normalmente y hacerlo de un modo frágil, vulnerable—, quiero que me digas qué te preocupa y cómo puedo ayudarte.

—Estamos en tu despedida, no es...

—Sí es el momento, Leo, siempre lo es. Me encanta todo lo que me has montado, las actividades deportivas, los disfraces, el bufet, pero si pudiese elegir una cosa, solo una, un deseo por mi despedida de soltero, sería sin lugar a duda que confíes de una vez en mí —masculló triste, y algo en mi interior se tambaleó.

Joder, estábamos allí para su maldita despedida de soltero y había tardado menos de dos días en aniquilarla. Dos. Siempre la liaba y...

—Te lo suplico —dijo y... y... y... las piernas le flojearon, perdió el equilibrio y se cayó al suelo, quedándose clavado en la arena de rodillas.

—Levántate.

—No.

—¡Que te levantes, coño! —Empecé a ponerme nervioso porque lo sentía, el amor creciendo en forma de raíces que se extendían por mi cuerpo.

—Sé que has venido a buscarlo a *él* y es una putada que tengas que conformarte conmigo, no valgo tanto como Noah y nunca lo haré. Solo por cómo te cuidó es la persona a la que más admiro en el mundo, ¿sabes? A veces Nadia me pregunta a quién le doy las gracias por la noche cuando apagamos la luz y es a él, a tu amigo, por mantenerte a salvo. Noah... —susurró—, ojalá lo hubiera conocido y hubiera venido hoy, pero no está aquí, y yo sí, y no se me caen los anillos por rogarte que confíes en mí y asegurarte que trataré de hacerlo lo mejor que pueda dentro de mis múltiples limitaciones. Por favor...

Hablaba el alcohol... y hablaba mi hermano.

¿Confiar en él, maldita sea? Lo único que yo quería era protegerlo.

—Por favor...

Y lo que él quería era protegerme a mí.

Lo miré de nuevo y su ruego desesperado me venció. Me dejé caer a su lado, cabizbajo, hincando mis rodillas también en la arena enfrente de mi hermano mayor. Alcé el mentón y le dije:

—Edu quiere que lo denunciemos y estoy hecho un lío.

—¿Por qué? ¿Tú no...?

—La verdad hará polvo a papá, de esta me lo cargo —traté de bromear, pero la voz me tembló demasiado para que se lo creyera. Entonces Íñigo hizo algo inaudito, apoyó su frente en la mía en el gesto más íntimo que habíamos tenido como hermanos vestido de jodido Frigopie.

—Papá es bastante más fuerte de lo que crees. Para de menospreciarlo de una puta vez, Leonardo.

—Tú nunca dices tacos. —Sonreí de lado.

—A veces es el único lenguaje que entiendes.

Cogí una bocanada profunda de aire y...

—También hay fotos, vídeos, podrían ayudarnos en el caso, aunque reproducirlos, revivirlos, no sé si soy capaz de regresar a esa etapa sin terminar de nuevo en el puente de la M-40, Íñigo. —Tragué saliva y bajé de nuevo la voz mientras lo miraba a los ojos para confesarle el secreto que mi mejor amigo se había llevado a la tumba, un motivo más por el que el descubrimiento de Edu me había afectado tanto—. Cuando Noah y yo nos reconciliamos, yo estaba allí, dispuesto a hacer lo mismo que Edu.

Los hombros se le tensaron y el rictus se le contrajo.

Luchó por relajarse.

—¿Cómo lo evitó?

—Me dijo algo así como «si tú saltas, yo salto» pero con menos romanticismo.

Asintió.

—Si decides dar el paso y acabas en ese puente, te juro que me subiré contigo al filo y no me bajaré hasta que lo hagamos juntos. —Se separó para besarme en una mejilla, luego en la otra, y volvió a apoyar la frente en la mía. Cerramos los ojos y nuestra respiración se acompasó—. Te quiero, Leo.

—Y yo.

Tomé una decisión.

Verso 4

LEO

No me gusta recrearme en los malos momentos, los oscuros, prefiero los que están llenos de luz y son divertidos. Pero en la vida también los hay del primer tipo y no podemos ignorarlos eternamente o nos devoran. Por eso, a la vuelta de un paraíso de arena blanca y aguas azul turquesa que brillaba bajo el sol llamado Lanzarote, los tres, Íñigo, mi padre y yo, nos sentamos a hablar. Fue una tarde dura, complicada, de muchas lágrimas, impotencia y rabia que solo pudo eclipsar el profundo e indestructible amor que ambos me demostraron.

Al terminar, me acompañaron al piso de Edu, donde le tendí al amigo de mi hermano la cámara con las fotografías y los vídeos de mi infancia, la prueba que necesitaba, y el chico lloró desconsolado mientras reía al son de «lo tengo, lo tengo, lo tengo, gracias, Leo». Y juntos revivimos nuestro calvario al día siguiente con la abogada que nos consiguió Nadia.

Siempre pensé que, en el instante en que todo aquello volviera, me moriría, que regresar al pasado me aniquilaría

hasta que no quedase ni una porción rescatable de mí. Sin embargo, eso no fue lo que sucedió, reviví porque hubo una mano a cada uno de mis costados para sujetarme con fuerza, porque apretaron los dientes y me repitieron lo mucho que me amaban (sí, amor), lo especial que era y lo jodidamente afortunados que se consideraban por tenerme como hijo y hermano cada vez que en la pantalla mi inocencia agonizaba lentamente, hasta desaparecer, bajo los dedos de un hombre mayor. Al final, el niño agonizó, de eso ya éramos conscientes, era una historia con *spoiler*, pero no sabíamos que el adulto se salvaría. Noté como el veneno me abandonaba y en su lugar entraba mi familia, los míos inyectados en vena, la mejor medicina.

—¿Tenemos caso? ¿Lo podremos meter entre rejas? —preguntó Edu.

Y, conforme la profesional asentía visiblemente afectada por la brutalidad de las imágenes que acababa de presenciar y recogía las pruebas para llevárselas directamente a la policía, dije en voz alta:

—Unai. Se llama Unai.

El monstruo se llamaba Unai, se llama Unai, y solo recuerdas los nombres de las personas que son importantes, pero es que quien te destroza también lo es y debes recordar su nombre para poder mirarlo de frente el día que te sientes delante de él en los tribunales para que pague por todo el daño que te hizo.

Verso 5

MARINA

El agua de la ducha caía templada y eché la cabeza hacia atrás para que las gotas salpicasen directamente mi cara. Había regresado de Roma un par de días antes (todavía no había visto a Leo, que tenía asuntos que resolver con su familia) y acababa de volver de correr bajo la tibia temperatura nocturna. La ducha era el narcótico que necesitaba para caer rendida en la cama.

La noche que paramos el mundo escalaba posiciones en todas las listas musicales nacionales, tanto que era habitual escucharla en la radio y en las listas de Spotify de desconocidos, y faltaba un chasquido de dedos para que diésemos la rueda de prensa con Balazo al Corazón en Barcelona y comenzasen los ensayos para estar a la altura de lo que se esperaba de nosotros en el Wanda, o algo similar le había dicho J. a Vic.

Por supuesto, estaba nerviosa, aunque no solo por eso (y «eso» era actuar delante de más de cincuenta mil personas en directo, suficiente para necesitar un arsenal de valerianas). Durante mi visita a su piso en el centro, el novio

de mi padre había dejado caer que podía enchufarme, porque no había una manera fina de disfrazarlo, en el restaurante del club de golf. Con el cúmulo de acontecimientos no le había dado demasiadas vueltas, pero mi viaje a la capital italiana me había servido para muchas cosas además de para hacer la mudanza con Emma; por ejemplo, para reafirmarme en lo que en el fondo ya sabía: no podía renunciar a la cocina ni por retomar Relaciones Internacionales ni por una banda de rock.

Para mí cocinar era el oxígeno que hay en el aire. Lo necesitaba para respirar y Héctor me había dado una posibilidad que pensaba aprovechar sin avergonzarme.

Puse champú en la palma de mi mano y me enjaboné el pelo. Se quedó una montaña de espuma y la extendí por mi cuello, por la clavícula y el canalillo, hasta llegar al pecho. La textura suave, húmeda y resbaladiza de mi piel en contraste con la dureza de mis pezones me produjo un hormigueo en la parte baja del vientre que me llevó a atraparlos y presionarlos con las puntas de los dedos.

«Oh», se me escapó un jadeo ahogado.

Sobrevino otro fogonazo, esta vez proveniente de más abajo, la tripa se me contrajo y apreté los muslos para retener los chispazos de placer. Cerré los ojos, me mordí el labio y mi tacto obedeció al deseo mudo de mi cuerpo, que le pedía que se deslizase serpenteando por el estómago y el ombligo hasta alcanzar mi sexo. Una vez allí, rocé el clítoris con timidez y mi respiración se agitó al mismo tiempo que el cosquilleo exigía más. Dejé una mano ahí, acariciándolo, trazando pequeños círculos, y resbalé con la otra, metí un dedo y...

—Ah —gemí de la impresión arqueando la espalda mientras el agua caía como una cascada por la alcachofa y un escalofrío placentero me recorría la espina dorsal. Apoyé la frente en los azulejos a la vez que perforaba mi labio inferior más y más con los dientes y mis dedos se escurrían dentro para encajar y...

—Princesa...

Oí la voz de Noah.

Lo saqué de golpe, desencajada.

Palidecí.

Inmediatamente, abrí los ojos, giré la cabeza y miré detrás de mí por encima del hombro, pero nada. Allí no estaba mi novio. Y era extraño y frustrante, porque podría haber jurado y juraba que lo había escuchado, no imaginado, oído en directo, con la cadencia exacta de su voz y su aliento rozándome la piel de la nuca.

Esperé unos segundos a que mis pulsaciones disparadas se relajaran y volví a intentarlo. Nada. El mismo resultado. A mi lado no había nadie. Estaba sola. Retomé la ducha, esa vez sin acariciarme. Igual que me pasó con el vibrador rosita de cuatro velocidades en Roma, evocar a Noah hizo que masturbarme se sintiese mal. Incorrecto. Sucio. El tipo de placer que una no practica cuando hace menos de un año que su novio ha muerto.

—¿Por qué paras, Marina?

Me erguí con la piel erizada.

Otra vez.

NOAH.

Si era alguna broma, no tenía ninguna gracia, y si lo estaba imaginando, tampoco.

«¿Por qué? —me preguntó mi voz interior—. Tú lo imaginas muchas veces reviviendo momentos pasados e inventándolo en los que no está.»

—Pero esto es sexo. En el sexo está mal —confesé en voz alta. Podía invocarlo en todos los ámbitos menos en ese, en ese era turbio. De hecho, yo misma no lo debería estar haciendo...

—¿Qué está mal? —El tono de Noah que me estaba inventando se sumó al interrogante y lo lógico habría sido ignorarlo, desatender mis desvaríos, pero quería que siguiesen. Volverlo a oír. Así que hablé.

—Tocarme en general.

Aguardé un segundo, dos, y cuando estaba a punto de darme por vencida y asumir que la fantasía había caducado y debía volver a la realidad, sonó. La risa del amor de mi vida reverberando por el baño tal y como la recordaba. Toda mi carne se estremeció y un sinfín de fuegos artificiales estallaron dentro de mí, aunque me puse muy seria.

—No sé de qué te ríes, fantasma de pacotilla.

—De ti. —Su tono vibró más cerca. Noté su presencia en mi espalda y esa vez no me giré por si acaso en nosotros se cumplía el mito de Orfeo y Eurídice y para mantenerlo a mi lado no podía volverme o desaparecería—. De lo poco que me conoces.

No era justo.

«Memoricé todo lo que me dio tiempo de ti, Noah.»

—Princesa, no solo estaría de acuerdo con que te tocases, es que me gustaría que te venerases como si tu cuerpo fuese el templo de una maldita diosa. —Sentí su imponente cuerpo envolviéndome con los brazos

flexionados a ambos lados del mío mientras se agachaba para susurrarme—: Porque de hecho lo eres, una jodida diosa, Marina.

Cerré los ojos y me azotó una corriente de aire que traía su olor, no el simulacro de la lluvia, el suyo. Contuve el aliento y el corazón se me puso del revés para bombear con violencia y que él escuchase sus latidos.

Sabía que era mentira, una fantasía mía, pero...

—No recuerdo tu tacto, Noah —gimoteé mi mayor preocupación.

—Tienes el tuyo. Quiérete, Marina, ámate hasta el último segundo de vida.

Las lágrimas se agolparon en mis ojos y escaparon para caer rodando por mis mejillas.

—Si lo hago, te irás, y quiero que te quedes.

«Si avanzo, si soy capaz de continuar, te dejaré atrás, congelado en el pasado.»

—No, princesa, te equivocas. Siempre estoy contigo, aunque tú no puedas verme. Como dijo Rabindranath Tagore, «cuando mi voz calle con la muerte, mi corazón te seguirá hablando», solo tienes que escucharlo.

—¿Cómo, Noah? —Advertí que se perdía.

—Simplemente lo harás... —Cada vez sonaba más lejos —. Ahora, reencuéntrate contigo y que el grito de bienvenida tumbe las paredes de la casa.

—¿Eres real?

—Siempre seré lo que necesites.

—¿Qué necesito ahora?

—Permitir que yo deje de serlo todo y recuperarte.

—Sigo enamorada de ti. Lo sabes, ¿verdad?

—Sé que una parte de tu corazón siempre me pertenecerá, igual que a ti te pertenece el mío, pero queda otra. No consientas que se apague.

Silencio.

Lo sentí marcharse.

Lo primero que hice fue darme una reconfortante caricia de consuelo, abrazarme a mí misma y ofrecerme el calor y el apoyo que necesitaba después de lo vivido un segundo atrás bajo la ducha. Pero mi cuerpo seguía reclamando mis manos y, tragué saliva para mentalizarme, yo deseaba entregárselas. Quererme. Descendí temblorosa con el nudo de la culpa todavía atenazando mi garganta y hundí un dedo lentamente para hacerme el amor mientras retomaba el dibujo de las circunferencias en el centro exacto en el que se acumulaba todo mi placer.

La respiración se me envalentonó en el acto y las costillas se abrieron para lanzarme de lleno al agujero negro de «tan enamorada no te sentirías cuando te estás haciendo un dedo».

El agujero negro de los remordimientos.

Cerré de nuevo los ojos y presioné los párpados con fuerza.

«Lo quieres, Marina, esto no tiene nada que ver con tu amor por él, tiene que ver con tu amor por ti.»

Respiré hondo.

Una vez.

Dos.

Tres.

Evité pensar en Noah, evité pensar en mí, simplemente permití que la piel hablara y fuese la que me guiase. Dentro.

Fuera. Ahí. Acaricia ahí. Muérdete el labio. Sonríe.

Mucho se habla de la recuperación física y mental de las personas que sobreviven a un duelo y poco de la de la piel. A ella se la relega a un accesorio segundo plano censurable y prescindible. Sin embargo, existe. Existía. Yo la notaba retorcerse de felicidad agradeciendo que la estuviese recuperando y entonces lo entendí. La piel es el órgano más grande del cuerpo y su función es protegerte. No hay nada malo en ella. Debía mimarla. Quererla. Venerarla como mi templo. Al fin y al cabo, somos lo que pensamos, sentimos y experimentamos.

Eliminé los prejuicios y poco a poco el nudo se deshizo y la puerta del agujero negro se estrechó hasta ser tan pequeña que ya no cabía por su hueco, no con mi piel. La cuidé como ella cuidaba de mí día a día, deslizando las manos y arrastrando el placer para pintar mi cuerpo con él. Noté las primeras sacudidas e, intuyendo el orgasmo, froté los muslos, el vientre se me contrajo, arqueé la espalda y chillé. No sé si tan alto como para tirar los tabiques del chalet abajo, pero sí lo suficiente para arrancarme toda la culpabilidad y que en mis labios brotase la sonrisa que reflejaba que por fin me había perdonado por habérmelo pasado bien.

El duelo por una persona que se ha ido tiene muchas fases, y es que durante un tiempo todo, absolutamente todo, gira en torno a ella, en torno a recuperarla, y buscándola te pierdes, pero para ti no hay fases, ni camino marcado, deambulas sola, a ciegas, asustada y rota, aprendiendo con tus propios medios, de la peor manera posible, a dejar de vivir para hacerlo de nuevo, y solo te

acompaña una voz, un susurro hueco que consideras egoísta al decirte «sal adelante», un susurro al que odias y detestas hasta que te das cuenta de que para mantener a la persona que se ha ido debes encontrarte a ti mismo, porque si tú no existes, ella dejará de hacerlo, y es entonces, ni antes ni después, cuando lo descubres: aquella voz que odiabas y tantas y tantas veces has apartado cuando te pedía que te curases no era tuya, era la voz de la persona que falta en tu corazón.

—Me quiero, Noah, y por eso sé que nunca dejaré de quererte a ti —le dije, estiré la mano a un lado y nunca podré saber si fueron imaginaciones mías o de verdad sucedió, pero experimenté un dulce cosquilleo en la palma y de algún modo supe que me la daba para despedirse. Estaba lista para continuar y él siempre me acompañaría a través de la voz que nace dentro del corazón.

CANCIÓN 8

Barcelona

Verso 1

MARINA

Llegamos a Barcelona un jueves en el primer AVE de la mañana. La rueda de prensa se celebraba allí en lugar de en Madrid porque los chicos de Balazo al Corazón tenían actuaciones por la zona y... ¿Estaba nerviosa? No, para nada, era un simulacro. ¡Socorro!

Un chófer (esto..., sí, sí, un chófer, ¡UN CHÓFER!) había venido a recogernos a la estación de Sants con una furgoneta oscura con los cristales laterales y traseros tintados de negro para que tuviésemos la privacidad que necesitaban las estrellas de rock (ES-TRE-LLAS DE ROCK, NO-SO-TROS, ¡AUXILIO!) y quedaba a nuestra «entera disposición» durante los cuatro días que íbamos a pasar en la Ciudad Condal.

Ya que estábamos, nuestros amables mecenas musicales se habían tomado la molestia de invitarnos al concierto que darían allí el sábado y... Eran gilipollas, no existía una palabra fina para definirlos. Maleducados, con tendencia a ir todo el puñetero día puestos hasta las cejas de estupefacientes que los aletargaban o los aceleraban, y altivos. Nos habían recibido en la entrada del hotel donde se celebraría el encuentro con los medios y en el que teníamos nuestras habitaciones.

—Son individuales, tíos —había apreciado Enzo cuando nos dieron las llaves.

Llevaba atacado toda la semana. Bueno, en realidad, desde que nació, pero su estado natural se había visto acentuado desde que nos seleccionaron y minutos antes se había ganado la enemistad de todos los pasajeros del vagón del silencio, que le habían chistado para que se callase sin lograrlo. En su defensa hay que decir que, si no hablaba, iba al váter, y al pobre ya no le quedaba nada más que echar por abajo.

—Vaya, y yo que me había hecho a la idea de dormir con la dulce melodía de tus ronquidos —le había contestado Leo esbozando un lastimero mohín falso, y, como no podía ser de otra manera, con él había llegado el problema y por eso ahora estaba tachando a los integrantes de Balazo al Corazón de lo que eran: gilipollas.

Balazo al Corazón estaba compuesto por Copper (el bajista), Silver (el batería), Bronze (que tocaba la guitarra) y, por supuesto, por supuestísimo, por Gold, el solista, en orden decreciente de más a menos neuronas. Imagino que hubo un día, hace mucho, muchísimo tiempo, que se

soportaron, pero ahora eran pura fachada mediática, y de la prensa exactamente veníamos a salvarlos. Veamos, como dijo mi fiel escudera Emma, que se había apuntado a acompañarnos con su recién estrenado «amigo con el que comparto fluidos», Martín:

—Nena, nadie hace ruedas de prensa para presentar en sociedad a los teloneros como si el concierto fuese un maldito baile de época, por mucho DVD que vayan a grabar.

—Entonces, ¿por qué...?

—El reinado se les desmorona. Hubo una época, allá cuando no existía la inmediatez de internet, en que los artistas eran seres desconocidos, misteriosos y místicos, como las hadas, y lo único que importaba era su música. Pero llegaron las redes, y podrían haber mantenido su anonimato, pero su ego fue superior y se comportaron como los cretinos que el público nunca debió descubrir que eran. Por si eso fuese poco, los roqueros de mal carácter, drogados y agresivos dejaron de estar de moda y llevaban tanto tiempo acomodados en esos tres adjetivos que ya no sabían ser otra cosa. ¿Comprendes?

Eh...

—La verdad es que no.

Mi mejor amiga bufó.

No era mi culpa si no la entendía cuando se ponía a hablar en modo enigmático.

—Los chicos de Balazo al Corazón están de capa caída —explicó—. Nadie se cree su versión porque, joder, destrozaron un pub a puñetazo limpio con la otra banda mientras más de cien personas los grababan con el móvil y subían *stories* en directo. La mayoría las borraron luego,

supongo que a cambio de pasta, pero el daño a su reputación ya estaba hecho. Y adiós a la careta, Marina.

—¿Cómo podemos ayudarlos nosotros?

—Vosotros sois carne fresca y moláis. *La noche que paramos el mundo* está entre las diez canciones más escuchadas de las principales listas, vuestro vídeo acumula miles de reproducciones y además está provocando que la gente vea los anteriores de la banda, y, nena, el otro día tuve que abanicarme fuerte al ver como había aumentado nuestro número de seguidores. Ser vuestros altruistas mecenas no solo los hace quedar bien, es que a lo mejor en un futuro no muy lejano les pasáis por encima y les meáis en la cara. Así les debéis un favor.

—¿Como tú a Zuckerberg, dices? —Me reí por lo absurdo de su comentario sobre el pis.

—Marina... —bajó la voz—, esta vez no es coña o exageración para sacarte una sonrisa. Creo que, si os lo proponéis, podéis llegar a convertiros en una banda legendaria de esas que hacen historia y que recuerdas cuando eres viejo repasando los mejores momentos de tu vida. Ten cuidado, cariño, el éxito da mucha envidia y la envidia saca lo peor que llevamos dentro.

Emma me había avisado.

Aun así, no di credibilidad a sus palabras hasta que lo presencié.

Como comentaba, al llegar y bajar de la furgoneta, los cuatro esperaban. Todo estaba orquestado. La forma en la que nos saludaríamos, la familiaridad que se tomarían a la hora de echar el brazo por encima de nuestros hombros y el modo en el que sonreirían sin cesar mientras nos

acompañaban al interior. Apalabrado por nuestros representantes.

Un encuentro medido al milímetro... excepto por Leo.

Me temo que a Leo no podías dirigirlo y, si lo intentabas, el tiro te salía por la culata.

A pesar de que yo era la solista de la canción que nos estaba dando a conocer, la joya de la corona seguía siendo el rubio. Leo, el ángel caído con el que se hincharían a vender camisetas. El mundo continuaba funcionando así y, para que todo saliese a pedir de boca desde el punto de vista del *marketing*, le habían enviado un regalo. Un conjunto tan estrafalario como los que solía ponerse para sus actuaciones en Ruido, compuesto por unos pantalones negros ajustados y una cortina, perdón, a él le gustaba llamarla capa, violeta.

Era perfecto.

Era él.

Y al verlo abandonar el chalet para coger el taxi que nos llevaría a Atocha se me había desencajado la mandíbula.

—¿Se puede saber de qué vas disfrazado, Leo?

—De *cayetano*. —Dio una vuelta sobre sí mismo para que lo observase desde todos los ángulos. Pantalones chinos color *beige*, náuticos, camiseta verde, un jersey enrollado al cuello con las mangas (por fastidiar, era imposible que lo necesitase con el calor que hacía) y...

—Oh, no.

—Oh, sí.

—Te has engominado el pelo hacia un lado.

—Debes reconocer que el *look* pijo me sienta francamente bien, Dinamita.

—Esta no es la ropa que esperan que lleves puesta —titubeé, y me guiñó uno de sus ojos grises con un gesto cómplice.

—Por eso mismo la he elegido.

Al descender del vehículo, los integrantes de Balazo al Corazón se habían quedado pillados por su atuendo y también J., nuestro representante, que ya estaba allí. Pero no les había fastidiado, al menos no hasta que el chico que intuían que acababa de dejar de ser competencia se había visto rodeado por un grupo de más de treinta chicas para que les firmase autógrafos y para hacerse fotos con él, el mismo grupo que llevaba rato ignorándolos. A ellos. Los importantes. Los dioses que no estaban dispuestos a ceder su Olimpo. Ahí había ardido Troya y se notaba en sus caras, sobre todo porque el rubio lucía tan encantador con su renovado estilismo que había encandilado a todas las chicas y chicos.

Ya lo he dicho, Leo nunca fue físico, ni ropa, lo que hacía a Leo especial era su arrolladora personalidad.

Hubo un emotivo encuentro, y falsedad, falsedad por un tubo, pero en cuanto entramos en el hotel se desvaneció.

Copper, Silver, Bronze y Gold demostraron que lo único que los unía era su cuestionable manía de mirar a los demás por encima del hombro y, en el caso concreto de Gold, además, exterminar a Leo porque le había robado sus preciados minutos de atención, gesto al que el rubio (que a exasperante no lo ganaba nadie) contestó dedicándole la mejor de sus sonrisas.

—Deja de reírte. —Le di un codazo mal disimulado en la recepción del hotel al ver que Gold se crispaba (todavía

más) mientras asignaban los sitios de la mesa de la rueda de prensa y el equipo de comunicación trataba de hacerle entender por todos los medios posibles (cabezón y egocéntrico era un rato) que cedían el puesto principal central a un miembro de Al Borde del Abismo para que pareciera que les importaban.

Para que pareciera.

En fin...

—Ay —se quejó el agredido exagerando el impacto, y añadió burlón—: ¿Te gustaría más que nos partiésemos la cara?

Confieso que era agradable verlo así, irritantemente feliz por molestar a la gente. Los últimos días, después de que denunciasen a Unai, lo había pasado mal. Trataba de que no me diese cuenta, porque a Leo no le iba que descubrieses que sufría, pero lo hacía. Escrutaba con detenimiento cada una de sus expresiones al verlo deambular taciturno por nuestra casa. Por eso, cuando la alegría regresó a su rostro, el estómago se me puso del revés y yo también me puse contenta. Sucedía que de algún modo estábamos ligados, conectados, y sentía a través de él. Si el rubio estaba bien, como que veía más luz en la calle, y si estaba mal, notaba mi propia bombilla apagada.

Sin embargo, me mantuve seria para proteger la buena e idílica relación que debíamos fraguar con aquella panda de cretinos para poder tocar con ellos al cabo de pocas semanas.

—Es una provocación, Leo.

Dejó de atenderlos y posó sus grises ojos en los míos.

Sus penetrantes, profundos y grises ojos, digo.

Brillaban y... Mi piel.

Maldita piel que se me puso de gallina.

Sostuvo la mirada en la mía un segundo, la deslizó hacia mis labios entreabiertos y la subió en el preciso instante en que yo los notaba resecos y mi lengua asomaba tímida para humedecerlos.

—Provocación es que todavía no le hayamos mandado una foto a tu madre para avisar de que hemos llegado sanos y salvos. Eloísa se sentirá muy orgullosa con mi cambio de aspecto. Vamos a remediarlo —resolvió. Rodeó mi cintura con su mano, me acercó a su cuerpo y no pude evitar respirar directamente de su cuello mientras nos hacía un selfi.

La proximidad...

Su aroma a Burberry, porque se había tomado muy a pecho la metamorfosis a pijo...

El tacto de sus dedos...

Y su desquiciante pelo rubio ceniza engominado gritándome que hundiese mis yemas para revolverlo.

Todo eran distracciones pululando a mi alrededor, no podía negarlo, y respiraciones entrecortadas, pero la bomba de relojería que había soltado me facilitó la tarea de recuperar el control, separarme y, alzando una escéptica ceja, atreverme a preguntarle:

—¿Te escribes con mi madre, Leo?

—Hacemos muchas cosas sin tu consentimiento, Dinamita... —Sonrió maliciosamente y repitió con una sugerente voz aterciopelada a la vez que levantaba las cejas seductor—: Muchas cosas...

Repetí el codazo. Esa vez sin disimular.

—Idiota.

—Vaga.

—¿Vaga?

A Marina Roig se la podía acusar de muchas cosas en esta vida, pero vaga no era una de ellas.

—Sí, pequeña, sí. —Descubrió el papelucho con el que llevaba dándome la murga desde la noche anterior, cuando nos habíamos acostado a las tantas preparando el maletón melocotón mientras hablábamos—. ¿Creías que te habías librado? Quiero mi autógrafo, roquera.

Estaba emperrado en que le firmase un autógrafo, una nota original, decía, y no iba a darse por vencido. Resignada y sin escapatoria, le quité el folio de las manos y, cuando curvaba los labios para excusarme alegando que no tenía bolígrafo con el que escribir, el muy previsor me tendió uno para niños con el cabecero de un osito rosa que se balanceaba.

Fruncí el ceño.

—No lo mires así. Es mi boli de la suerte —bromeó. Sí y no.

A Leo le gustaban esas cosas.

Cosas infantiles que de algún modo le devolvían su niñez robada.

Me mordí la parte interna del carrillo y lo vi claro. Supe el texto que le iba a poner.

«Para Leo, mi molesto compañero que siempre me obliga a hacer tonterías. Marina.»

—Todo tuyo. —Se lo devolví.

Lo cogió de entre mis dedos rozando los míos con las yemas. Pensaba que le decepcionaría, y en cierta manera

era lo que buscaba, castigarlo por forzarme a hacer algo tan bobo como ensuciar un pobre papel en blanco, y porque, aunque me costase admitirlo, llevarle la contraria y discutir con él era de lo más estimulante a cualquier hora del día.

Sin embargo, su reacción no fue la esperada.

—Ostias, Dinamita, me flipa. —Rio de una forma que se coló en mis huesos y trepó por la columna.

Ojeé de nuevo el papel que el rubio sostenía y volví a releerlo, por si acaso mis manos habían plasmado algo diferente de lo que dictaba mi mente, pero no.

«Para Leo, mi molesto compañero que siempre me obliga a hacer tonterías. Marina.»

—Solo para entenderlo, ¿qué te flipa más exactamente, la parte de «molesto» o «que me obliga a hacer tonterías»? Es una pregunta seria. Intento comprender tu sentido del humor.

Resoplé.

Su burlaba de mí, eso no estaba bien y...

—No necesito que te compadezcas de mí y me pidas una firma que no vale nada.

Arrugó el gesto.

—¿De qué hablas?

—De que desde que hemos entrado me han ignorado. Todos. Es evidente quién no va a ser la estrella de este espectáculo, y su autógrafo no es más que una forma poco original de malgastar tinta y un valioso folio.

Ladeó el rostro confundido, como si lo que acababa de decir no tuviese sentido porque...

—Tu autógrafo es importante para mí —apuntó dolido y extrañado porque no lo supiese—, y desde luego no lo hago

por lástima ni para levantarte la moral, lo hago porque cuando esto acabe lo colocaré en un lugar privilegiado de mi casa y al mirarlo recordaré que nosotros sucedimos, que existimos, Dinamita, sin importar lo que pase, por eso me flipa. Porque este papel siempre será la prueba de que tú y yo pasamos.

En ese momento vinieron a buscarnos para subir las maletas e ir a maquillaje y a peluquería, y durante ambos trayectos solo pude pensar que Leo había hablado de un futuro que no me incluía. Había dicho «mi casa» en lugar de «nuestra casa». Lógico. Entonces, ¿por qué me molestaba?

Verso 2

MARINA

Faltaban poco menos de diez minutos para que la rueda de prensa comenzase y estaba sola (por lo visto, era la única con una puntualidad exquisita) en el lateral por el que entraríamos a la rueda de prensa. Desde allí se podía distinguir nuestra mesa con los micrófonos, las botellas de agua y los carteles con nuestro nombre, y se percibía el murmullo de los medios que se habían ido congregando. Según J.:

—Hay muchos confirmados. Bien, chicos, bien.

Regresé al dosier de prensa como una posesa. Una semana antes, la agencia que llevaba la comunicación de Balazo al Corazón nos había enviado un Q&A con una batería interminable de posibles preguntas y un argumentario de respuestas que habían ido actualizando hasta esa misma mañana. HASTA ESA MISMA MAÑANA, repito. Un documento extenso, de unos treinta folios, y de lo más absurdo, enfocado a que *ellos* brillasen y sacasen partido de cualquier interrogante.

Por ejemplo, si me preguntaban cuáles eran mis referencias musicales, tenía que contestar con los dos o tres nombres de las bandas que quisiera (dejaban un poquito de libertad, *poquito*) para terminar con una modesta caída de pestañas y asegurar:

—... Y Gold, es una leyenda que reinventó los sonidos para plasmarlos en una música poderosa, nueva y sin fronteras. Aprender del mejor ha sido un sueño para mí. Gracias por la oportunidad.

Y entonces él me miraría con toda la humildad del mundo (imagino que habría tenido que practicar largas horas frente al espejo) para responder:

—Por favor, no me des las gracias, Dinamita. Para nosotros es un placer contribuir a que grupos con tanto talento como el vuestro triunfen en un mercado cada vez más competitivo y complicado. Siempre hemos estado al lado de la buena música, ese es nuestro lugar, lo que llevamos haciendo desde que empezamos a sonar hace ya más de una década... —Y ahí empezaría la venta de su película, recordando sus inicios para acto seguido repasar todo lo que habían dado al rock de nuestro país, que era mucho, nadie podía decir lo contrario, aunque por el camino se hubiesen desviado y perdido su esencia.

Me sorprendió que todo estuviese tan programado. Orquestado. Ah, y censurado. Dirigir nuestras intervenciones era sucio e injusto. Debería estar indignada, quizá en el fondo lo estaba, pero tenía un problema. Varios, de hecho. El principal era que a mí me daban unos apuntes de lo que fuera y no podía evitar empollármelos al milímetro como si se tratase de un maldito examen trimestral de la

universidad o de la mismísima EBAU. Al dedillo y persiguiendo la matrícula de honor. No podía pasar de su llamada como Vic, Leo y César, que habían dejado clara la postura que tenían de camino al hotel mientras Enzo y yo (los aplicados del grupo) repasábamos sin descanso.

—¿No os lo habéis estudiado? —había inquirido el mellizo de pelo largo, cuero y unos *piercings* plateados en los pezones que estrenaba para la ocasión, al darse cuenta de que de sus cabezas no salía el humo que emanaba de las nuestras.

—No. —Leo.

—Sabes que borré el correo sin abrirlo conforme lo recibí. —Vic.

—¿Había un email? —César.

—¿Qué responderéis si os preguntan? —había insistido el guitarrista.

—Paso palabra. —Sonrió Leo.

—Meh. —César.

—Responderé a la pregunta. —Vic.

—¿Cómo? No sabes lo que tienes que decir —había vacilado su hermano.

—Tengo ideas propias.

Me habría gustado ser como ellos.

Y no lo era por dos motivos.

El primero, el control. Estaba a punto de enfrentarme a algo desconocido, novedoso, y me ayudaba llevar conmigo cualquier elemento sólido al que aferrarme como punto de apoyo. Tomármelo como la prueba oral de cualquier asignatura para trasladar lo extraño a mi terreno y relajar los pinchazos del vientre y las inminentes ganas de vomitar.

Las tilas para templar los nervios no habían hecho efecto...

En fin, el segundo, a ver, era la solista de una banda de rock y no tenía ni idea de rock. De pequeña, yo escuchaba a los Jonas Brothers y One Direction. ¿Cómo te comías eso? Pues con patatas fritas y memorizando el Q&A. No podría decir nada ingenioso ni profundo que despertase un «oh, qué artista» generalizado, como mucho podría ponerme en evidencia y confesar que empecé cantando para pagar la matrícula de un curso de cocina y que continuaba haciéndolo porque mi novio siempre quiso pasar a la posteridad en forma de canción y ese concierto con el DVD sería lo más cerca que estaría de hacerlo. Ah, y que mientras cantaba me lo pasaba bien y me divertía, me sentía menos agobiada que de costumbre, pero eso no interesaba a ninguno de los allí presentes. Tanto la agencia de comunicación como los periodistas querían titulares jugosos y para conseguirlo tenía que aprenderme el puñado de folios que, oh, no, habían sufrido una última actualización hacía media hora que no había visto.

Refunfuñé por lo bajo.

Tres preguntas nuevas. TRES. Las leí por encima en el teléfono. Hablaban de estar contra la violencia y de seguir el sendero de la paz y el amor y... Cortocircuité. Demasiada poesía para que mi cerebro cuadriculado la retuviese. Agarré el bolígrafo que descansaba en la mesa de al lado dispuesta a hacer algo de lo que siempre había estado en contra. Escribirme las palabras clave en la muñeca. Lo que comúnmente se denominaba...

—¿Te estás haciendo una chuleta, Dinamita?

Pegué un respingo al escuchar la voz de Enzo detrás. Todos estaban listos. El mellizo con su adorado cuero y sus sombras oscuras, Vic y sus minúsculas prendas de ropa, César luciendo sombrero y Leo, a quien nadie en todo el equipo de comunicación, *marketing* ni tampoco J. habían logrado convencer para que abandonase su *look* de *cayetano*, y que me observaba con una sonrisa ladeada y burlona porque me habían pillado.

Estuve tentada de sacarle la lengua como una cría.

¿Qué diablos me pasaba?

«Eres una mujer madura, Marina, que su irresistible sonrisa socarrona no te distraiga.»

Me mordí el labio y atendí a Enzo.

—Si mi respuesta es sí, ¿qué dirías? —tanteé.

Antes de confesar un delito hay que conocer a qué cargos te enfrentas, ¿no?

—¿Por qué narices no lo he pensado yo antes? Nos han mandado tres preguntas nuevas. Tres, Dinamita. —Hablaba tal y como mi propia voz había resonado minutos atrás en mi mente. Suspiré aliviada y, haciendo un gesto travieso, curvé los labios con complicidad.

—Sí, me estoy haciendo una chuleta. Toma el bolígrafo. Que no te vea nadie.

Borja Leo no paró de negar con la cabeza y reír mientras Enzo y yo conspirábamos copiando y repasando juntos en voz alta, y, cada vez que mi mirada se desviaba fugazmente y mis ojos colisionaban con los suyos grises, sufría una pequeña descarga eléctrica que me aceleraba el pecho y me hacía sentir un hormigueo en la tripa.

Por eso mismo dejé de hacerlo.

Por sus arrolladores efectos secundarios y porque nos llamaron.

Recuerdo una lluvia de flashes cuando entramos y muecas escépticas al ver a nuestro solista, el roquero reconvertido en pijo para tocarle las narices a la productora. Había mucha prensa y varias cadenas de televisión, pero yo me concentré en Emma, que estaba en primera fila con Martín y que me recordaba que debía sonreír para las fotos, cosa que habría hecho encantada si mi expresión facial se hubiese dignado obedecer mis órdenes en lugar de ponerse de huelga con cara de pánico.

—Solo sé tú misma, Dinamita —susurró el rubio ceniza a su paso, y sus dedos rozaron el dorso de mi mano antes de situarse en el extremo derecho de la mesa.

Recuperé la movilidad, aunque mi rostro continuaba como si me hubiese inyectado bótox antes de salir a escena. Mi posición era la central (lo ponía en el cartelito), aunque no había sido así inicialmente, sino después del pollo que había montado Gold. Al principio era de Leo y no me gustó que me cambiasen como si fuese la sustituta que sale del banquillo porque la estrella principal se ha lesionado, sobre todo por guardar las formas, no porque fuera la solista y lo considerasen correcto.

—Es mujer, Gold. El feminismo está de moda. Sumarás puntos —había sido el argumento que habían utilizado para que el cantante de Balazo al Corazón cediese, restándome méritos y reduciéndome a un ser insignificante, una imagen de cara a la galería.

Por lo menos me sirvió para reafirmar que no me atraía ese mundo y que la tontería de Leo con la ropa era menos

tontería de lo que parecía; se trataba de su manera de decirles alto y claro: «A mí no me tendréis, no pasaré por el aro, ningún sueño merece que pierda mi esencia», y entonces lo admiré. Admiré cómo era.

Suspiré y me mentalicé.

«Estás aquí por la canción, por ti, por Noah, por tus compañeros», repetí, y rememoré la voz de mi novio acariciándome la mano en el *casting* para susurrarme: «Marina, no los necesitamos. Va a salir bien. Tú concéntrate en mí y yo haré lo mismo contigo. Canta como si nadie nos estuviera mirando. ¿Podrás?». Y de repente el resto dejó de importar.

No tenía que impresionar a nadie. Me daba igual la reputación de Balazo al Corazón y la opinión de las personas desconocidas que estaban congregadas allí. Debía ser, ¿cómo lo había dicho Leo?, yo misma. Dediqué una sonrisa en su dirección, al peor y más oculto puesto de la mesa, y él me la devolvió.

La rueda de prensa transcurrió bien. Al menos, la primera mitad y parte de la segunda. La mayoría de los periodistas solo se habían leído el dosier específico que les habían enviado a las redacciones con la convocatoria y planteaban las cuestiones adecuadas, los componentes de la banda principal ya habían lanzado los mensajes que pretendían que calasen uno detrás de otro, y cada vez que llegaba nuestro turno Enzo pegaba la boca al micrófono y articulaba:

—Deja que te conteste yo. —Estaba encantado con ser el protagonista.

Emma la estaba grabando en directo, Martín haciendo el vídeo que después editaría, y llegó el turno de un redactor más cuyo medio no alcanzaba a identificar. Se aclaró la garganta y, con el bloc de notas en la mano y la grabadora sobre las rodillas, anunció:

—Mi pregunta es para Leonardo. —El mellizo esbozó una expresión de fastidio y Leo se encogió de hombros indiferente, sin ningún tipo de ilusión en que los focos lo abrazasen.

—Dispara.

El periodista lo contempló y su expresión…

Su expresión no me gustó nada de nada.

—¿Qué tienes que decir de las voces que insinúan que has inventado unos supuestos abusos sexuales infantiles para obtener reconocimiento?

Parpadeé helada y observé lo que sucedía a mi alrededor como si el universo se moviese a cámara lenta: el repentino interés por la exclusiva de los colegas del profesional que acababa de hablar, J. discutiendo en un lateral con los responsables del equipo de comunicación, que lo acusaban de haberse guardado información para darnos relevancia mientras él negaba y aseguraba que no sabía nada, la manera en la que Copper, Silver y Bronze se unían a la instigadora mirada que Gold le dedicaba al rubio, que vestía una tormenta por ojos y... el alma se me deshizo. Se hizo pedazos.

Deseé ponerme en pie, tirar la mesa abajo y lanzarme a golpear a todas aquellas personas. Una por una. Rabiosa. Hasta que me sangrasen los nudillos. ¿Cómo podían ser tan insensibles, maldita sea? ¿Cómo podían jugar con eso?

Había un límite, una puñetera línea roja divisoria entre lo ético y lo inmoral que acababan de cruzar, y no parecían arrepentidos por ello; es más, daba la sensación de que la rueda de prensa, que todos sabían que estaba dirigida, acababa de adquirir otro matiz, uno atrayente a costa del dolor ajeno. De los fantasmas que llevaban al chico que se había quedado mudo a dormir con una luz infantil y a temer que lo vistieran.

El chico de las flores.

El chico de los tatuajes.

El chico sin alas.

El mismo chico que se alzó con toda la clase que al resto le faltaba, dibujó su mejor sonrisa y dijo:

—Les daría las gracias por darme un motivo perfecto para abandonar esta mesa.

Por supuesto, Leo se fue.

En la sala se armó revuelo y, mientras los organizadores trataban de apaciguar a los que tachaban a nuestro solista de grosero («solo ejercemos nuestra libertad de expresión», se defendían), lo supe. Experimenté un fogonazo revelador proveniente del pecho. Jamás lo dejaría solo, del mismo modo que él nunca lo haría conmigo. Éramos compañeros. COMPAÑEROS. Entonces me puse de pie decidida, hice lo que toda roquera que se precie debe hacer al menos una vez en la vida, y corrí.

Por la sala.

Por los pasillos.

Buscándolo.

Hasta el baño en el que uno de los azafatos me dijo que se había metido.

Cogí una silla y cerré detrás de mí. Ojeé con la respiración acelerada el elegante aseo. Había cuatro cabinas, tres de ellas abiertas y una cerrada. Era fácil adivinar en cuál se encontraba y...

—No hacía falta que salieses detrás de mí, Marina.

El oxígeno regresó a mis pulmones al comprobar que su voz no estaba rota, que una vez más no lo habían destruido. Apreté los puños a ambos costados de mi cuerpo para expulsar la rabia y sonreí, porque una sonrisa se puede ver en el tono y era lo que él necesitaba.

—¿Quién te ha dicho que vengo por ti? Este suelo es el más cómodo del hotel. —Avancé hasta la puerta de su cubículo cerrado y fruncí el ceño—. ¿Cómo sabías que era yo?

Yo no había hablado.

Silencio al otro lado y un suspiro.

—No sé. Simplemente lo sabía, llámalo intuición.

—Pues dile a tu intuición que debe su victoria a mi reseñable velocidad. He tenido que derrapar un par de veces después de hacer lo que toda roquera debe hacer una vez en la vida para llegar la primera. Vic y Enzo me pisaban los talones. Son rápidos, aunque no tanto. Nuestras carreras nocturnas han dado sus frutos.

Era verdad. A diferencia de los demás, Vic, Enzo, César, Emma y Martín parecían realmente afectados por el secreto de su amigo que acababan de descubrir y se habían levantado tras mi poco indiferente intervención.

—Dinamita, estoy bien.

—No lo he puesto en duda. —Me dejé caer al otro lado de la madera.

—No voy a salir y a liarla, he venido precisamente aquí para tranquilizarme.

—Podrías tranquilizarte fuera, conmigo —dije con suavidad—, ya te he dicho que este suelo es de lo más cómodo.

—No quiero ver a nadie.

«Yo no soy nadie.»

—Solo me verás a mí, he seguido tu consejo de la noche que regresé a Ruido y he bloqueado la puerta. Ni Hulk recién salido del cómic podría tirarla abajo. Palabra de *girl scout* —lo imité.

—Tú nunca has sido *girl scout* —me siguió el juego.

Hice lo propio.

—Pero sé que son niñas de palabra.

Contuve el aliento, aguardé expectante y... abrió.

Tenía el gesto roto, aunque intentaba camuflarlo en una sombría sonrisa falsa que se tornó real cuando distinguió la silla con la que había atrancado el acceso. Se deslizó a mi lado sentándose en el suelo y flexioné las piernas para pegarlas a mi cuerpo.

—Estás muy loca, pequeña.

—Así daremos de qué hablar. Como dice Emma —me aclaré la garganta—, «que hablen bien o mal de ti, nena, pero que hablen».

—¿Y tú? ¿Qué opinas tú? —Descansó su mano en el suelo muy cerca de la mía.

—Prefiero no leer las críticas por si se cuela alguna que sea destructiva. —Era cierto que la canción y nuestros vídeos tenían éxito, y con el éxito llegaban los *haters* y su escudo de anonimato para herir sin piedad. Había leído

algún comentario y...—. A mí las palabras me afectan igual que a ti que te pongan la ropa —confesé, rememorando la parte de mi pasado a la que me habían lanzado, y cogí una bocanada de aire—. Puede parecer una tontería, debilidad, son solo palabras...

—Pero las palabras duelen más que un cuchillo hundiéndose en la piel —comprendió en el acto, y lo observé de lado, sintiendo la conexión. Leo miraba al frente, oprimió la mandíbula y tras un instante de quietud añadió—: Cuando él... Los peores recuerdos de Unai son cuando me decía que me quería, que era su ángel.

—Eso no era amor.

Silencio de nuevo.

—Supongo.

—¿Supones?

—Dinamita, yo no sé cómo es el amor, llevo huyendo de él mucho tiempo.

—Pero es que del amor no puedes huir, Leo, porque cuando le da la gana, te encuentra, y da igual lo que te opongas, te deja sin opción. —Rocé el dorso de su mano con la temblorosa yema y contuve el aliento con la tripa encogida—. Sin opción. —Él se estremeció—. Es exasperante.

—Completamente. —Emitió un sonido ronco y su dedo se deslizó y acarició el mío cuan largo era de arriba abajo con delicadeza. Mi interior convulsionó.

—Lo peor —completé con voz ronca. Nos observamos repasando al otro, sus ojos grises anhelantes y los míos... igual.

¿Cómo habíamos llegado hasta ese punto?

¿Cómo podíamos frenar algo tan... vivo?

Aquello era tan inmenso que tenía voluntad propia.

Mis pulsaciones aumentaron y sentí miedo. Mucho miedo.

Todavía no, por favor. Todavía no...

Él me leyó y... se apartó.

—Por cierto, ¿qué es lo que toda roquera debe hacer una vez en la vida? —Me dio la tregua que necesitaba y por eso mismo, por no forzar y permitir que llevase mi ritmo, las emociones que despertaba se fortalecieron.

Tardé un instante en recomponerme.

Inspiré y espiré.

Levanté una inquisidora ceja de broma.

—¿No lo sabes?

—Nop.

—Te lo cuento solo si me prometes que no te vas a reír.

—Pequeña, con esa introducción no puedo hacerlo. Mucho me temo que voy a descojonarme.

Bueno, al menos era sincero. Más no le podía pedir. Apreté los labios.

—Vale, pero no me juzgues.

Leo soltó una carcajada, de las suyas, de las que serían capaces de fundir los polos y que venía a decirme «qué ocurrencia más tonta».

—Nunca te juzgaría, Dinamita. Me encanta cómo eres.

Experimenté de nuevo una inesperada sensación chispeante debajo de las costillas....

Negué con la cabeza para quitármela de encima.

—OK, aunque, te aviso, es una ida de pinza totalmente impropia en mi persona que jamás se repetirá en ninguna

circunstancia, excepto tortura de muerte y aun así tendría que pensarlo.

—Joder, con el *hype* que estás creando estoy seguro de que me habría flipado verlo en directo.

Chasqueó la lengua.

Me mordí el labio.

—A lo mejor puedes... Emma lo ha grabado y capaz es de haberlo subido. ¿Lo comprobamos?

Saqué el móvil del bolsillo de los pantalones, desbloqueé la pantalla y me metí en el perfil de Instagram de Al Borde del Abismo. Pulsé el icono con la fotografía del logo para abrir *stories* y, efectivamente, mi mejor amiga lo había colgado con el texto «ORGULLO» en mayúsculas. Tendí el teléfono al solista y me preparé para morir de vergüenza.

Empezaba conmigo con cara de pocos amigos arrastrando las patas de la silla.

—Espera, espera, su novia va a hablar por él —se oía. Sin embargo, de mi boca no salía ninguna palabra.

El calor ascendió por mis mejillas anticipándome a lo que venía.

—¿Te encuentras bien? —consultó Leo dispuesto a pararlo.

—Déjalo, nuestros miles de seguidores lo han visto, uno más no importa.

El rubio regresó al vídeo mientras su curiosidad aumentaba y al averiguar a qué me refería con mi «lo que toda roquera debe hacer una vez en la vida» se le desencajó la mandíbula en el acto. Así. De una. Dislocada. De hecho, tuvo que volver a verlo una segunda vez para

creérselo. Suspiré. Por lo menos, mi humillación pública era corta. Cinco segunditos de nada.

—Tres es abusar. —Le quité el móvil cuando iba a volver a visualizarlo.

Leo tardó en asimilar lo que acababa de contemplar. No me extrañaba. Pero una vez que lo hizo, cumplió su amenaza y se partió, se partió tanto y tan alto que pensé que aquella soberana idiotez que me perseguiría hasta el fin de mis días había merecido la pena.

—¿Te has puesto de pie y has hecho un jodido calvo con una peineta...?

—Era un asunto pendiente. Tarde o temprano habría sucedido con suficiente alcohol en mi organismo —lo interrumpí avergonzada. Él continuó como si nada.

—¿... por mí?

Parpadeé confundida. No entendía la duda.

—Claro, Leo, yo haría cualquier cosa por ti. —Las palabras brotaron de dentro antes de que pudiese contenerlas. El rubio de los ojos grises volvió a mirarme, esa vez con intensidad desbordada, y, cuando habló, la carne, que no solo la piel, se me puso de gallina, por fuera y por dentro.

—Joder, pequeña, por qué eres tan perfecta para mí...

Su tono fue atormentado.

Estiró la mano hasta mi rostro, dibujando el contorno de mi cara ensimismado, y apoyó un dedo en mi labio inferior para repasarlo con la yema y acariciarlo. Un gruñido ronco salió despedido por su boca y mi respiración y mis pulsaciones se aceleraron. Ladeó la cabeza y comenzó a acercarla a la mía, allí, sentado en el suelo de un baño.

Experimenté un cosquilleo, los párpados me pesaron, cerré los ojos y...

—¡A la de tres, equipo! Una, dos, ¡tres!

Y Emma abrió la puerta de un empujón.

Nos separamos en el acto, sintiéndonos culpables.

Mi mejor amiga venía acompañada de los demás y ¿qué había estado a punto de ocurrir?

«Ibais a besaros.»

«Gracias, cerebro, era una pregunta retórica.»

Un espasmo eléctrico me recorrió y no supe si se trataba de alivio porque nos hubiesen interrumpido y hubiéramos evitado tremenda fatalidad o por las ganas de que sucediera, que ya estaban instaladas en la boca de mi estómago y esperaban impacientes el instante en el que esa boca las atrapara y las hiciera volar por los aires en mil pedazos.

Los cinco se quedaron callados sin tener muy claro qué debían hacer en esas circunstancias. Cuál era la mejor manera de apoyar al solista.

—Estoy bien —Leo les allanó el camino de la normalidad—, y Dinamita acaba de enseñarme cómo ha defendido mi honor con su culo. Estoy gratamente sorprendido —justificó nuestra proximidad ante mi incomodidad porque el resto nos descubriese antes de que yo averiguase si tenían o no algo que descubrir.

—Muy top —determinó Enzo a la vez que se sentaba al otro lado del solista.

—La caña. —Vic se puso encima.

—*¡Trending topic!* —anunció Emma.

—¿¡Qué!? —Dejé atrás la tensión y las dudas y regresé a la realidad en la que mi amiga continuaba haciéndome jugarretas.

—#OjeteDinamizado. Agradéceme el *hashtag*. Ya hay memes, GIF y... —Curvó los labios traviesa con los ojos centelleándole.

—No, Emma, NO.

—Oh, sí, nena.

—Me niego.

—No tienes alternativa.

—Cabreada soy peligrosa —amenacé y, por supuesto, le dio absolutamente igual.

—¡*Habemus* sustituto del moco para las camisetas de la gira 2.0! Acabo de encargar veinte, que había oferta.

Confirmó mis peores sospechas.

—Yo quiero una L. —Enzo.

—Y yo. —Vic.

—Para mí también. —Hasta César se sumó.

—A esta no sobrevives. —Me incorporé.

—No puedes acabar conmigo, Martín no superaría prescindir de mi saliva. Es adicto.

—A mí no me metas, cara cráter —apuntó el aludido.

—No sé de qué me sorprendo, sigues siendo un traidor —lo acusó, y volvió a posar sus ojos en los míos—. Ojete.

—Calla.

—¡¡¡Dinamizado!!! Es taaan guay...

—Todos sois testigos de que la avisé antes de estrangularla —fue mi última intervención antes de intentar ejecutar mi asesinato.

Y así, conmigo corriendo detrás de Emma dando vueltas por el baño, Enzo iniciando una puja de apuestas, César poniendo los ojos en blanco, Vic enlazando sus manos con las de Leo y Martín animando a la maldad personificada, el rubio volvió a soltar una carcajada y la estúpida pregunta del periodista se esfumó sin darle ni un minuto más de nuestro tiempo.

Al Borde del Abismo no estaba solo unido por la música...

Al Borde del Abismo estaba unido porque, a pesar de las complicaciones, juntos éramos capaces de reír.

Verso 3

LEO

Balazo al Corazón había reservado una discoteca para dar la reina de las fiestas después de su concierto en Barcelona al que no les había quedado más remedio que invitarnos. Se suponía que éramos sus protegidos. Tenían que actuar en consecuencia por mucho que les jodiese, y me constaba que lo hacía bastante.

—Asistirá la *crème de la crème* —había dicho J. para convencernos de que debíamos ir—. *Influencers*, artistas del mundillo, famosos varios, y se rumorea que incluso algún deportista. Habrá *photocall*. No podéis faltar. Os dará mucha visibilidad —eran las palabras que había utilizado.

En realidad, a mí me tenía dentro desde que había resuelto la duda de si la barra era libre o no. Los integrantes del grupo eran unos capullos, sí, pero había mucho capullo suelto en el mundo y no todos me ofrecían consumiciones gratis. Además, Gold sintiéndose amenazado y tratando de menospreciarme a cada oportunidad que se le presentaba era francamente estimulante. Su imperio me resbalaba y era esa indiferencia no impostada ante todo lo que él

valoraba (dinero, fama, chicas, chicos...) lo que le irritaba profundamente y lo sacaba de quicio.

¿Qué le íbamos a hacer?

Como siempre aseguraba Noah divertido cuando le tocaba los cojones:

—A veces creo que naciste para incordiar, Leo.

Era un buen propósito en la vida.

Habíamos pasado por el hotel a cambiarnos. Durante la actuación de Balazo al Corazón el sudor se nos había adherido y Enzo se negaba a asomar por el *photocall* con esas pintas.

—¿Te imaginas que aparezco en *Cuore*, tío? Tengo que dejar el listón alto. Figurar en la lista de los mejor vestidos al lado de mi futuro novio, Arón Piper —había apuntado antes de encerrarse con Vic en su cuarto y torturarla con un pase de modelos privado que se preveía largo hasta dar con el conjunto, el peinado, el maquillaje y el *piercing* adecuados. OK, confirmado, se dejarían ver cuando a la fiesta le quedasen dos minutos.

Puto Enzo, qué coqueto es...

El caso es que desconocía la lista de la que hablaba y la importancia que tenía, por no mencionar lo evidente. La ropa me daba absolutamente igual, por mí como si iba en bolas con un elegante lacito en el rabo. Lo único que yo quería al llegar al ascensor que conducía a la habitación era darme una ducha a menos diez grados para eliminar el calor de mi cuerpo, pero entonces J. había intervenido.

Nuestro representante, que siempre había sudado completamente de nosotros y ahora actuaba como nuestro *bestie* (maravillosa palabra aprendida gracias a Emma), se

había acercado para darme un codazo cómplice mientras trataba de sonsacarme información:

—Vas a ponerte algo rompedor esta noche, ¿eh? Leo en esencia. Te lo has reservado. A mí no me engañas.

No sé qué tenían en contra de mi renovado *look*. En Estados Unidos me ofrecerían el puesto de senador. Y, por lo que a mí respectaba, cada vez me molaba más, sobre todo al ver la cara de estupefacción que se les quedaba. Nadie podía poner en duda que era fiel a mi cometido de molestar, aunque había empezado a prescindir de la gomina para salvaguardar la integridad de mi pelo y la suave funda de seda que cubría mi almohada.

Dediqué una curvatura de labios a J. y utilicé sus propias palabras para responderle tocándole la moral. Un dos por uno.

—Asistirá la *crème de la crème*. Iré de rigurosa y elegante etiqueta.

Así que allí estaba, esperando a los demás en el *hall* del hotel con un traje oscuro dos piezas entallado que había conjuntado con una corbata fina y que era incómodo de narices, pero que me quedaba francamente bien. Tanto que acababa de mandar el selfi diario a Eloísa para que ella me contestase:

Deja de llenarme la memoria del móvil con tus fotos, Leonardo. No me interesan.

Estoy guapo, ¿a que sí?

Escribiendo...

Escribiendo...

Escribiendo...

Voy a bloquearte.

Sonreí porque al final nunca lo hacía, bloquearme, y guardé de nuevo el móvil en el bolsillo.

No tenía nada que hacer, así que revisé el reloj que pendía de la pared de la recepción y comencé a desesperarme por lo que estaban tardando; entonces...

—¿No ha bajado nadie? —oí a Dinamita a mi espalda.

Inocente de mí, me di la vuelta para verla y que nos quejásemos juntos, o que se quejase solo ella, que con los morritos fruncidos estaba increíblemente bonita. Lo que me encontré de frente me dejó sin palabras. Fue como si me atropellaran, me pasasen por encima y mi cuerpo agonizase.

Joder.

Joder.

JODER.

Dinamita...

Debo admitir que siempre he sido un consumidor de comedias románticas. Me entretienen y no me caliento la cabeza, paso un buen rato. Sin embargo, había una escena con la que no podía. Era superior a mis fuerzas. Me chirriaba. Cuando el protagonista que ha visto millones de veces a la protagonista la observa de repente como si el corazón se le hubiese subido a la garganta y no pudiese apartar los ojos de ella. A ver, que había estado esa misma tarde con ella, o con él, a su lado. Era imposible que tal efecto instantáneo existiese.

Pero existía.

Sufrí sus devastadoras consecuencias en mi carne y en mis retorcidos huesos al contemplar a Marina tan tranquila vistiendo la noche para que dejase de temerla y desease

sumergirme en ella. Llevaba un vestido largo, de tirantes anchos y poco escote con la vaporosa falda trasparente salpicada de pequeñas estrellas doradas que brillaban. Debajo había una tela más oscura que le cubría desde sus pechos hasta el inicio de los muslos con una interrupción corta, muy corta, en el abdomen, que llevaba descubierto, pendientes de perlitas, y se había recogido el pelo en un moño alto despeinado... Y no me apeteció hacerle la coña de que era un micrófono para pedirle un Whopper, sino acariciar sus mechones sueltos.

Sus mechones sueltos...

La boca se me resecó y ella me miró extrañada con sus ojillos verdes.

—Está bien. Sin contemplaciones. ¿Qué tengo? Dime que no es un pezón fuera. Emma haría otra camiseta y no creo que pudiera soportarlo...

—Estás preciosa, Marina.

—Gracias. —Pareció sorprendida—. A ti tampoco te sienta mal el traje. —Esbozó una sonrisa tímida—. ¿Te cuento un secreto? Nunca me había atrevido a ponerme trasparencias, no por voluntad propia, porque temo pasarme todo el rato tapándome. Pero esta noche me he dicho: ¿qué demonios? Tu culo es de dominio público, nadie va a fijarse en tus estrías, supongo que ser exhibicionista tiene sus ventajas. Y —posó con alegría sus pupilas en las mías— creo que no me importa si lo hacen, si me miran, Leo.

Contemplar cómo ganaba seguridad en sí misma activó el bombeo de mi corazón húmedo, hinchado y resbaladizo. No me había paralizado un vestido, me había paralizado que

poco a poco se desprendiese de sus complejos por ella misma y el éxtasis que eso me producía.

Dinamita soltó el aire que contenía ilusionada, con los labios entreabiertos, y experimenté un latigazo en los costados.

Tenía que dejar de mirarle la boca o...

O...

O...

—Si te sirve, prometo estar atento toda la noche y avisarte si se te escapa un pezón.

—Eres todo un caballero, Leo. —Curvó sus húmedos labios y... joder con la porción de deliciosa lengua que asomaba—. ¿Nos adelantamos? Estos han agotado la media hora de retraso de rigor. Podemos encontrarnos allí. ¿Qué te parece?

«¿Tú y yo a solas un rato? El paraíso, pequeña, el puto paraíso.»

—Vamos. Este traje y su dueño merecen ser expuestos. Por cierto, Rosario me ha avisado de que dentro de poco exhibirá en la galería las pinturas de sus alumnos de mi desnudo y me preguntaba si...

Paré.

¿Por qué narices balbuceaba? ¿Acaso le estaba pidiendo una cita? No, porque yo no hacía esas cosas, citas. Solo quería que una persona que me importaba estuviese a mi lado en algo que también me importaba.

«¿Y eso qué es?»

«Una cita, no, es estar colgado de al...»

—¿Te gustaría que te acompañase? —Me echó una mano.

—Sí —contesté confundido. Con Marina cualquier emoción era nueva, estaba repleta de primeras veces, y lo que me asustaba era que no se convirtiesen en últimas—, por aquello de estar en paz viendo el culo del otro y poder compararlo.

—Las comparaciones son odiosas.

—Créeme, tu culo da veinte vueltas al mío. —Entornó los ojos y se acercó para hablarme al oído divertida.

—¿Eres consciente de que vamos vestidos de etiqueta para asistir a la fiesta más exclusiva y glamurosa de nuestra vida y estamos perdiendo el tiempo debatiendo de culos? ¿En qué tipo de personas nos convierte eso?

—En ti y en mí. —«Y tu maldito olor invadiendo cada centímetro de mi ser»—. Nosotros hacemos el tonto, ¿no?

—Yo no lo llamaría hacer el tonto. Ya no.

—¿Cómo lo bautizarías?

—Tener complicidad.

Complicidad… Me gustó demasiado.

Verso 4

LEO

Marina y yo aguardábamos nuestro turno en la fila del *photocall*. Había mucho ajetreo y por nuestro lado no paraban de pasar famosos. Entonces ella se inclinaba, señalaba con la barbilla sutilmente en su dirección y me susurraba al oído con su cálido aliento acariciándome el cuello:

—Esa es… Ese… —sin llegar a pronunciar ningún nombre—. Se me ha ido de la cabeza —justificaba—, lo tengo en la punta de la lengua. Cuando menos lo esperemos, lo recordaré.

A mí me hacía mucha gracia que fuese incapaz de admitir que no tenía ni idea del mundo del famoseo, como si viviésemos constantemente en un examen en el que tuviera que destacar, con lo fácil que era relajarse y dejarse llevar...

—Dinamita..., no disimules, no tienes ni puta idea de quién es nadie en esta fiesta.

No pudo negarlo.

Solté una carcajada divertido y ella bufó.

Le gustaba llevarlo todo preparado y aquel descontrol la irritaba.

Mi empollona adorable...

—Si Emma estuviese aquí, no tendría que hacer su trabajo de relaciones públicas.

—¿También es nuestra relaciones públicas?

—Emma es todo, como Dios.

Sonreí de lado. Llevaba razón.

—¿Les falta mucho?

Nuestros amigos todavía no habían llegado, y eso que llevábamos allí un rato interminable para hacernos las fotos (obligatorias) con la trasera con el logo de Balazo al Corazón para darles publicidad si algún medio decidía publicarlas antes de entrar. Quizá su fama estuviese de capa caída, pero era innegable que sabían montar una buena fiesta, y nadie quería perdérsela. En la discoteca habían logrado congregar a todo tipo de fauna, el espectáculo prometía ser interesante.

La solista sacó el móvil de su bolso para Pinypon y comprobó el grupo común.

—Vale, han salido hace... Espera, no. Falsa alarma. A Enzo no le convence su maquillaje. Quiere probar otro que le resalte más los ojos, y Emma y Martín... —no terminó.

Su mirada verde se desplegó por completo y bloqueó la pantalla.

—Emma y Martín, ¿qué?

—Nada.

Se hizo la tonta, y se le daba tan mal...

Adorable, es que no había otra puñetera palabra.

—¿Están follando? —Era lo que llevaban haciendo a todas horas desde que habíamos aterrizado en Barcelona. Jugué con un margen de error pequeño, igual que pequeño era el porcentaje a favor de Marina de no ruborizarse. Le sucedió. Se sonrojó sofocada y sus dulces mejillas adquirieron un precioso tono rosado que contrarrestó con la seriedad de su expresión.

—No es que estén haciendo eso —dijo en un susurro, y miró a ambos lados paranoica, como si a alguien le interesase lo más mínimo nuestra conversación, antes de completar—: Es que es la cuarta vez del día. La cuarta, Leo. Uno, dos —fue levantando los dedos por si no lo pillaba—, tres y...

—Sé contar.

—Llevan un ritmo maratoniano que no debe de ser sano —pronunció entre confusa... e impresionada.

—Es normal, se tienen ganas, y las ganas aumentan la resistencia.

La tanda de famosos de una serie que iban a estrenar en Netflix que estaba en el *photocall* terminó y avanzamos, aunque seguía quedando un tipo delante de nosotros. Dinamita me contempló en ese instante, abrió la boca vacilante y la volvió a cerrar para clavar la vista al frente.

Se mordió el labio inquieta y despertó toda mi curiosidad.

—Dime.

—Nada.

—Pequeña... No te quedes con la duda. Soy yo. Nada de lo que me digas me puede escandalizar.

Fingió pensarlo unos segundos cuando era evidente que estaba deseando esa invitación a hablar.

Curvé los labios.

—OK, vale. —Se aclaró la garganta y se puso muy profesional—. Leo, ¿tú cuántas...? Ya sabes. Eso. —Muy profesional del sexo.

Hostias, pues sí que me podía escandalizar.

Aunque quizá escandalizar no era la palabra adecuada, sino excitar.

Hablar en esos términos con sus ojillos verdes escrutándome sedientos de datos y el vestido más impresionante de la fiesta que me moría por arrancar no era bueno para mi salud.

Marina entreabrió los labios atenta y... efectivamente, no lo era en absoluto.

—¿Estás preguntándome por mi récord de polvos? —inquirí por si mi mente calenturienta me estaba jugando una mala pasada.

Ella se encogió de hombros inocente.

Una mierda de inocente.

—Puede. Como una información meramente didáctica para conocer cuánto aguanta la libido masculina.

«Me cago en mi puta ruina», pronunció el bulto de mi entrepierna sobresaltado dando palmas.

Marina pretendía que fuese su enciclopedia sexual y a esas alturas a mí no me quedaban fuerzas para engañarme y fingir que no me quemaban las ganas de ser su teoría, su práctica y la persona que lamiese todo su cuerpo para esculpirla con mi saliva.

«Compórtate, Leo, compórtate.»

—Joder, Dinamita. —Me removí repentinamente alterado. A mí nunca me había costado hablar de sexo. Tampoco con

ella en el pasado. El problema es que algo había cambiado —. Esa información es privada. —Me recompuse—. Además, el sexo no se mide en el número de veces. El sexo es la intensidad y la devoción que te despierta la otra persona. Puedes follar diez veces de corrido y que tu piel siga intacta, o que un simple beso te meta a alguien debajo, y ni siquiera hace falta haberlo dado. Solo imaginarlo.

Hablé demasiado.

Nos sostuvimos la mirada y sus pupilas rodaron hasta mi boca. No a otro punto de mi cara. A mi puñetera boca famélica anhelante de la suya.

Todos los músculos del cuerpo se me tensaron.

—¿Nos movemos? —apunté al advertir que el tipo que había delante había terminado, para escapar de la atracción que nos envolvía y que me empujaba a desear acortar la distancia que me separaba de Marina y hacer una locura imperdonable.

La organización había puesto dos azafatos que nos ayudaron a situarnos en el centro. Teníamos focos por delante, por detrás, arriba y a los lados que nos impedían ver a los fotógrafos y cámaras desplegados por todas partes a los que oíamos decir:

—¡Aquí!

—¡Aquí!

—¡Aquí!

—¡Mira aquí!

—¡A mí!

El plan era sencillo en mi mente.

Sonreír, aguantar estoicamente a su lado durante los segundos que durasen los flashes y emborracharme hasta

atontar a la última de mis hormonas y que dejasen de percibirla. Pero entonces Marina comenzó a hacer cosas raras, a actuar como si sufriese espasmos contoneándose a los lados protagonizando posturas imposibles, y me preocupé.

Ignorarla dejó de ser una opción.

—¿Te ocurre algo, Dinamita?

—Shhh. Calla, que me desconcentras. Enzo me ha dado un curso acelerado en la habitación para posar como las *celebrities*. Peso de la pierna hacia atrás, barbilla ligeramente inclinada al lado, morritos y... Demasiadas instrucciones.

—Joder, vas a caerte —repuse, y la sujeté por la cintura a la vez que perdía el equilibrio—. ¿Por qué no pruebas a ser tú misma?

—Yo misma no gusto al objetivo, Leo.

—Pero me gustas a mí.

Marina me miró sorprendida y los clics de las fotos sonaron a nuestro alrededor.

No podía dejar de mirarla y ella a mí tampoco. Sabíamos que nos estaban haciendo fotos y, aun así, lo que nos mantenía anclados al otro era más fuerte. La solista que había robado la noche y el del traje atrapados con el pulso disparado. Luchábamos por apartarnos, lo sentía dentro y lo veía en las llamas de sus verdes ojos, y no podíamos. Era superior.

Las llamas.

El maldito y placentero incendio.

Joder.

—Muy bien, chicos, muy bien. Habéis posado con mucha química —intervino la chica de prensa para que nos adelantáramos y que pudiesen pasar los siguientes de la cola. Ahí estaba el problema. Ninguno había posado ni había fingido para que saliesen buenas fotos, la química que nos había vaciado de aire los pulmones era real. Irrefrenablemente real.

Ella lo sabía.

Yo también.

Y a los dos nos acojonaba esa sensación adictiva y devastadora en las tripas.

—Deberías dejar de decir esas cosas. —Dinamita fue la encargada de romper el silencio denso y tirante que nos acompañó desde el *photocall* hasta la cinta del primer reservado vacío que encontramos, en la que nos detuvimos.

—¿Qué?

La luz violácea bañaba sus hombros desnudos y le temblaba el labio inferior.

—Que te gusto —afirmó muerta de miedo con la respiración descontrolada.

Me aproximé a ella con la cabeza ladeada y lava en las venas.

—Pero es que me gustas, Marina, siempre me has gustado, desde tu penosa interpretación de *My Heart Will Go On* en el conservatorio y...

—Es el tono, Leo —me cortó—, el tono ha cambiado.

Por una vez, no supe qué decir sin faltar a la verdad y mentirle.

En aquel momento, alguien me empujó por detrás. Habría sido un acto accidental completamente normal en

una discoteca atestada de gente si no llega a venir acompañado de un enrevesado:

—¿No te parecería patético tener que inventar que te dieron por el culo de crío para conseguir ser un simple telonero?

—Muy lamentable.

Mis músculos se estremecieron y me erguí dolorido como si me acabasen de dar un potente latigazo entre las vértebras. Sin embargo, oculté cualquier rastro de sufrimiento para no darles la satisfacción. Reconocía esas voces. Pertenecían a los integrantes de Dragones y Magnolias, a quienes habíamos arrebatado el puesto, los mismos a los que habíamos visto mientras esperábamos en la cola; iban muy pasados de todo (coca, alcohol...) y destilaban veneno desde el despecho.

—Hay temas con los que no se negocia, por muy rentables que salgan.

—Ahí se ve el tipo de gente que eres.

—El material del que estás hecho.

Continuaron provocando.

¿Quería noquearlos de un merecido KO? Sí. Pero contemplé a Marina. Estaba petrificada, furiosa, y agarré su mano agarrotada para decirle:

—Vámonos de aquí, Dinamita. Si les parto la cara y les reviento los dientes uno a uno, ellos ganan.

La solista vaciló. Su sentido de la justicia le impedía dejarlo pasar y yo tampoco quería, maldita sea, pero era mejor así. El otro camino, permanecer, me conduciría a acabar la noche con el ojo morado durmiendo en los

calabozos. Y quería bailar con ella. Y compartir una copa. Que me acompañase fuera a fumar. Quería...

—Por favor.

Cedió y enlazó sus finos dedos con los míos.

—Gracias, pequeña.

Ya nos íbamos cuando...

—Míralo. ¿A ti te parece que anda como alguien a quien han jodido por detrás?

—Un poco sí, tío.

Cuando se rieron, sus carcajadas fusionadas me recordaron a las de Unai la noche en que toda mi vida se torció. Activaron la rabia que habitualmente tenía reservada para *él*, y una vez que se encendía esa llama era implacable. Crují el cuello a ambos lados listo para atizarles el puñetazo que estaban mendigando y... ella se me adelantó.

Dinamita.

Deshizo el contacto que nos unía con determinación y se plantó delante de los músicos con un par de ovarios y la barbilla bien alzada para encararse.

—¿Os creéis tipos duros, eh? ¿Graciosos? Pues no lo sois. Entre nosotros, lo que acabáis de parecer es un par de pollas viejas pasadas de moda que se ponen en evidencia dando vergüenza ajena porque saben que no hay mierda que meterse ni universo paralelo en el que le lleguen a Leo a la suela de los zapatos. —Escupió con fiereza rabiosa y encendida y los invitados comenzaron a formar un círculo vacío a su alrededor que atrajo la atención de los miembros del equipo de seguridad que teníamos más cerca.

Entonces, la muy idiota, les brindó la adorable expresión amenazante que yo mismo le había enseñado el día que grabamos el videoclip para espantarlos, y deseé echarme a reír con ganas, llorar y pedirle que nos fugásemos de allí para casarnos en ese puto instante, sobre todo cuando los componentes de Dragones y Magnolias se fueron acobardados por el gesto que les dedicaron los miembros de seguridad, pero Marina no lo vio y creyó falsamente que lo había conseguido, que era ella quien los había amedrentado, y fue absurdamente feliz por algo tan estúpido e insignificante como defenderme.

Tan estúpido como dar la cara por mí...

Acudió de nuevo a mi lado exclamando llena de ilusión:

—¿Lo has visto, Leo? ¿Lo has visto? Creo que ha sido por el «pollas viejas». Es una expresión horrible pero contundente. Con fuerza. —Y sonrió, sus gloriosos dientes de conejo asomaron y fue más de lo que mi autocontrol pudo soportar. De lo que quise soportar. No besarla en esas circunstancias dolía demasiado. La cogí de la nuca en mitad de una carcajada y estampé mis labios con desesperación contra los de ella.

Besar a Dinamita no fue como había imaginado...

Fue más bestial.

Una jodida pasada que me reventó el pecho en mil pedazos.

—¿Por qué lo has estropeado? —balbuceó al separarse con los ojos vacilantes repentinamente acuosos.

No esperó a que respondiese. Se perdió confundida entre la gente y no solo fui tan desgraciado de no arrepentirme por haberlo estropeado, sino que deseé que ese beso

visceral y proveniente de debajo de mis costillas se repitiera todos los días durante el resto de mi vida.

Verso 5

LEO

Abandoné la fiesta de Balazo al Corazón antes de que terminase.

Dinamita regresó un rato después de que…, pues eso, nos besáramos. Besáramos. En plural. Los dos. Porque mi boca había chocado con la suya, pero la de ella también había vibrado para recibirme.

De ahí su miedo al volver.

De ahí que me hablase sin atreverse a mirarme para no romperse por culpa de los remordimientos.

—No se puede repetir —pronunció con los labios apretados, el tono cargado de firmeza y la piel de sus brazos todavía de gallina al no poder desprenderse de la conexión que pasé a denominar «la sensación», porque era incapaz de describir lo contundente, desgarradora y apasionante que era.

Acepté lo que me pedía. Podía admitir que tras el acercamiento decidiese echar el freno para prevenir que lo que había entre nosotros fuese a más. Era consciente de que aislar aquel sentimiento tan incómodo como real y

fulminarlo sería complicado, una puta tortura, pero no imposible. Además, contaba con una dilatada experiencia desenvolviéndome en el infierno a mi favor.

Lo vi posible.

Entonces completó su intervención.

—Será como si nunca hubiese sucedido.

Fruncí el ceño.

También sabía desenvolverme en la mentira, pero no quería. No con ella. Renegar de la realidad colocaría un velo invisible entre nosotros que tarde o temprano nos alejaría. A veces, cuando no podía dormir y Dinamita surgía en mi cabeza porque sí, pensaba en cómo éramos posible. Nosotros, digo. Dos personas tan opuestas, con casi nada en común que las unía y que, misteriosamente, habían encajado.

«Porque dejas que te vea. Porque deja que la veas.»

La respuesta no era profunda ni poética. Era la clave. Marina y yo nos veíamos al completo, sin esconder nuestros defectos y descubriendo virtudes que solo nosotros conocíamos al cruzar la farragosa capa de imperfecciones. Colocar nuestro primer punto ciego lo estropearía. El principio del fin. Si cedía en esa segunda parte, todo cambiaría. Nos cargaríamos la confianza y puede que siguiésemos hablando, pero lo haríamos reculando y pasaríamos de la espontaneidad a medir los gestos.

Me habría gustado explicárselo.

Explicárselo... a mi manera.

Colocar las manos a ambos lados de su cara y soltar con determinación mirándola fijamente a los ojos:

—No, Marina, sí ha sucedido. Nos hemos besado. Tú y yo. Lo único que podemos decidir ahora es si queremos repetirlo o dejarlo en un hecho aislado. Pero el beso ha existido y ha sido el más cojonudo de mi vida, así que no puedo prometerte olvidarlo.

Lo habría hecho allí mismo en la discoteca, rodeados de centenares de personas con la música a toda pastilla. O fuera. Comiendo un McFlurry en el Park Güell o esperando a que las luces de la Fuente Mágica de Montjuïc se activaran. Y en todos aquellos lugares, con sinceridad, lo habríamos solucionado. Quizá incluso hubiésemos llegado a la misma conclusión: «No se puede repetir. La sensación de culpa que nos atraviesa la garganta se impone a las ganas que tienen mis manos de llenarse de ti». La diferencia es que habría sido de una forma natural, de verdad, y, quién sabe, a lo mejor con el paso del tiempo hasta nos habríamos mofado del beso, Marina me habría dicho:

—Por cierto, no besas tan bien como crees. Pensaba que deberías saberlo.

Y yo le habría contestado:

—Da igual lo que me provoques poniendo en duda mis artes amatorias, pequeña. Perdiste la oportunidad de volver a probar mis labios. Te acompaño en el sentimiento.

Y a lo mejor las ganas habrían continuado ahí, en el estómago, arañando, pero habríamos normalizado una relación que nunca pretendimos que fuera corriente ni fácil, y habríamos seguido viéndonos y encontrando defectos y virtudes en el otro sin que nuestras bocas cediesen a la gravedad y volviesen a chocar.

Fui a hacerlo.

Iba a pedirle «no nos hagas esto, no acabes con nosotros» justo cuando alzó los ojos y me topé con las pupilas dilatadas más atemorizadas que había observado en su rostro. En ese instante comprendí que, si le exponía la realidad de las opciones que teníamos, se vendría abajo porque quería la misma que yo. La incorrecta, mala y que nos consumía por dentro.

La respuesta, si era con el corazón hinchado y resbaladizo, acabaría con ella, y prefería perder lo más bestial que me había ocurrido en años antes que ser el causante de su sufrimiento. No tuve más remedio que emplear todas mis fuerzas para lograr sonreír de lado y contestar con fingida indiferencia:

—No sé de qué me hablas, Dinamita.

—Pues del be... —Adivinó por dónde iba antes de terminar la palabra y esbozó una curvatura de labios aliviada y afligida, más triste que agradecida, que me llevó a plantearme cómo lo que estábamos haciendo podía ser lo correcto si despertaba esas sensaciones tan demoledoras, asfixiantes y frías, joder—. No se puede hablar de lo que nunca ha sucedido, ¿verdad? —repuso, y su tono deshecho despidiéndose de las pocas oportunidades que un día tuvimos fue superior a mí.

Por eso esperé a que el resto de la banda y nuestros amigos llegasen y me fui.

Y por eso estaba tirado seis horas después en el Tibidabo con unas extraordinarias vistas de Barcelona amaneciendo con la única compañía de un bajo a mi lado.

Porque estaba enfadado.

Con Marina.

Conmigo.

Y con Noah, sobre todo con él. Tanto que apretaba los dientes mientras algunas lágrimas solitarias escapaban y se deslizaban furiosas por mis mejillas.

—Por qué tuviste que irte, ¿eh? —solté en voz alta enfocando mi vista nublada hacia el instrumento que tantas y tantas veces había visto tocar a mi mejor amigo en nuestra galería acristalada con vistas a la luna—. Si vivieses, yo nunca jamás la habría mirado de este modo, ¿sabes? A Dinamita. Pero lo he hecho y... la llevo en el pulso, Noah. En el jodido pulso. ¿Cómo me la saco? Dímelo.

La sensación no era agradable y me irritaba llorar por ello. No por el acto en sí, había superado mi fobia a expulsar lo que cargaba dentro, era la impotencia de saber que deshidratarme no solucionaría nada.

Nada.

Aguardé a que me hablase, a que me mandase una maldita señal en forma de potente rayo que me dejase frito en el sitio y...

—¿Leo? —distinguí la voz que me llamaba—. ¿Qué haces tú aquí?

—Podría preguntarte lo mismo, Vic. —Al girarme descubrí a mi diablesa pelirroja favorita con unos pantalones ceñidos del tamaño de unas bragas anchas y una camiseta de rejilla negra sobre el sujetador gris.

Arqueé las cejas.

Era raro de narices que nos encontrásemos en el mirador más brutal de la ciudad por casualidad.

—El bajo. —Lo señaló con la barbilla aclarándome su presencia—. En el localizador del iPhone ponía que no

estaba en el hotel y creía que nos lo habían robado. Venía a recuperarlo.

Le habíamos puesto un adhesivo GPS para no perderlo. Puede que solo fuera una cosa, y no demasiado valiosa económicamente, pero para todos nosotros su valor era incalculable. Era *él*. El pedazo que nos quedaba y nos acompañaba en cada paso que dábamos. Una gilipollez que nos aplacaba cuando sentíamos que los recuerdos que habíamos acumulado eran insuficientes y necesitábamos incluirlo para que formase parte de los nuevos, como si nunca se hubiera ido, aunque la realidad es que lo había hecho. Era lo que tenía la muerte, te resignabas que nunca la superabas, y la mayoría de los actos estúpidos y sin sentido que hacías en nombre del que se había marchado en realidad eran para sanarte.

Porque Noah no iba a hablarme.

Porque nunca sabría si estaba de acuerdo con lo que hacía o si me odiaba por ello.

Porque aquella incertidumbre me mataba, pero dolía todavía más hacerme de una maldita vez a la idea de que era lo que había, de que él no estaba, y daba igual lo que implorase a la estrella fija o a su bajo, nada ni nadie me devolvería su voz, y era lo que más necesitaba.

Necesitaba a mi amigo.

Necesitaba que me perdonase por desear a rabiar a la misma mujer que él había amado.

Y, más que nada en el mundo, necesitaba que me confirmase que pasase lo que pasase me seguiría queriendo a mí.

—¿Te importa que me siente contigo? —consultó la batería.

Cogí aire, detuve el llanto y traté de hacerme el ofendido esbozando una sonrisa torcida.

—Perdón, estoy seguro de que te he escuchado mal. ¿Que si me importa qué? ¿Desde cuándo hace falta que pidas permiso, nena? Mis piernas siempre serán tus piernas.

Vic curvó los labios, ella de verdad, y, dejándose caer en el hueco vacío que había entre mis piernas flexionadas, acomodó la espalda para apoyarla en mi pecho con las manos descansando en mis rodillas. Adoraba eso. Nuestra intimidad. Que nos rozásemos de esa manera, cediendo posturas absurdamente reservadas a las relaciones de pareja en favor de la amistad.

—¿Quieres que hablemos? —dijo mientras los primeros rayos de sol le arrancaban destellos al mar que se veía de fondo tras la ciudad salpicada de luces desde la montaña.

—¿De qué?

—¿De qué va a ser? De Marina —fue directa al grano.

—¿Por qué piensas...?

—Leo..., te has ido antes de que acabase la barra libre y sin compañía. Tú. Y ella tampoco se lo ha pasado bien en toda la noche. No sé, a lo mejor te conviene que alguien te escuche. Y mis oídos siempre serán tus oídos.

Tenía dos opciones ante su ofrecimiento. Hacerme el tonto y convertirme en un jodido hipócrita o...

—¿Para qué? —suspiré, y la abracé por detrás atrayéndola más para pegarla a mi cuerpo—. Sé lo que vas a decirme.

—Ah, ¿sí? —Cogió mis manos y las enlazó en su vientre.

—Sí. Palabra por palabra. Si me lo propusiese, hasta podría reproducir la conversación.

—OK. Prueba. Prometo que si aciertas te lo confirmaré.

Esperé a que soltase un «es coña, vámonos a pillar una litrona y nos la tomamos en el hotel» que no llegó. En su lugar, se cargó de paciencia y me estuvo haciendo cosquillas con las puntas de los dedos mientras aguardaba a que rompiese el silencio, así que me aclaré la garganta y confesé:

—Vas a preguntarme si soy tan gilipollas como para estar pidiéndole permiso a un bajo en un mirador para estar con Dinamita. No te contestaré, porque es probable que en el fondo lo esté haciendo, sea imbécil y no me mole demasiado reconocerlo. Entonces te darás la vuelta, con el ceño fruncido, y me recordarás que Marina no era de Noah, ni mía, siempre ha sido suya y lo será, y el único interrogante que debe importar aquí es qué diablos quiere ella, qué quiero yo, y si es lo mismo, y no me quedará más remedio que mentirte y asegurarte que no tengo ni puta idea y tal vez trate de distraerte, porque la tengo, sé lo que me palpita en la jodida sangre que me recorre las venas, pero no quiero admitirlo. No quiero hacer nada, Vic. Solo quedarme en esta montaña, abrazándote fuerte, y dejar que corra el tiempo. ¿He acertado?

—Has estado de notable alto. —Se giró removiéndose para enroscar las piernas alrededor de mi cintura y quedar de frente, pegados, en el punto exacto donde nuestros ojos permanecían a la misma altura, mientras nos mirábamos. Alzó la mano y atrapó con sus yemas una de las lágrimas resbaladizas que me quedaban—. Leo…, en la vida no hay

decisiones buenas o malas. Hay decisiones, y debemos tomarlas porque al no hacer nada ya estamos eligiendo, ¿entiendes?

«Sí, y no me aclara nada.»

Suspiré.

—Entonces, según tu teoría, debería decantarme por la menos mala, ¿no?

—Oh, no, Leo, desde luego. Deberías decantarte por la que te apetezca... Y cuidarla.

Cuidarla...

—¿Lo tienes, verdad?

—Lo tengo, Vic.

CANCIÓN 9

La boda

Verso 1

MARINA

La boda de Nadia e Íñigo fue el fin de semana anterior a nuestro concierto en el Wanda y los novios aplazaron la luna de miel (por Japón y Maldivas) para después de nuestra actuación. Nos invitaron, a los integrantes de Al Borde del Abismo, para que tocásemos en directo el tema del baile nupcial y, bueno, en cierta manera rellenamos el hueco del novio compuesto por una mesa de familiares, la de los novios con su padre y Leo ocupando el espacio reservado a su madre, y la nuestra, acompañados de Edu, Rosario... Y de Emma y Martín. No me quedaba muy claro en calidad de qué estaba mi amiga, pero no se perdía ni una.

Era una celebración íntima (no más de ochenta asistentes contándonos), muy distinta de las concurridas

bodas a las que había asistido en el pasado; se celebraba en una finca en las inmediaciones de Aldea del Fresno que los novios habían alquilado y en la que también nos quedaríamos a dormir. Estaba ubicada en mitad de la nada, como el chalet de los mellizos en la sierra, y era preciosa. Una edificación de piedra antigua con enredaderas por sus muros y un extenso jardín rodeándola. En la parte delantera había una carpa abierta con bombillas chiquititas cruzándola de un lado a otro donde se celebraba la cena y en un lateral el escenario elevado en el que tocaríamos y donde luego estaría el DJ pinchando los temas que los invitados habíamos subido previamente a la lista de Spotify que Íñigo y Nadia nos habían pasado y que prometía ser de lo más variada, con una zona asfaltada para bailar y el *photocall* acompañado de atrezo para poder disfrazarte y llevarte un recuerdo.

El *photocall*...

Barcelona...

Un beso...

Suspiré.

Había tratado de ser fiel a mí misma, a mi petición, y no pensar demasiado en ello, pero era complicado, sobre todo cuando tenía que ensayar, actuar y compartir casa con la persona que desde entonces (y sospecho que desde antes) me desestabilizaba. Leo había dejado atrás su versión de *cayetano* en Barcelona y se comportaba. Cumplía y se desenvolvía como si nuestro beso nunca hubiese ocurrido. Para conseguirlo, cada vez que el ambiente se volvía denso, nuestras miradas se anclaban y nos faltaba la saliva que tenía el otro, desaparecía.

Llevaba varias noches sin salir a correr conmigo, asaltarme en el baño mientras me aplicaba las cremas o meterse en mi habitación de noche para usurparme la cama y, jugando con mis cojines, preguntarme qué tal el día. Lo extrañaba teniéndolo cerca y lo peor es que no le podía decir nada porque era yo la que se lo había impuesto. Nuestro tiempo juntos se agotaba. Esa misma semana empezaría mi período de prueba trabajando en el club de golf como ayudante de cocina gracias a Héctor y me constaba por Vic que el rubio ceniza estaba buscando un piso al que poder trasladarse con D'Artacán.

—Pídeselo —me había dicho Emma al contárselo.

—¿El qué?

—Lo que quieras.

El problema es que no sabía exactamente qué quería y no pretendía confundirlo. O a lo mejor eso no era del todo cierto y sí lo hacía, pero no estaba preparada para reconocerlo. Todavía no. Al menos hasta que la verdad dejase de producirme ansiedad y fuera agradable, y no podía pedir a alguien que me esperase sin garantías, ¿verdad?

Observé lo que me rodeaba.

Hacía un rato (corto) que habíamos terminado la carne y la mesa estaba repleta de copas de vino a la mitad, migas de pan y una jarra con sorbete de limón que el camarero había decidido situar delante de Emma después de que repitiese por quinta vez para evitar que nos la robase al resto.

—Está muy rico, lleva alcohol y tú tienes que cantar. Lo hago por tu bien, *ojete*. —Había dibujado un mohín al

pillarla intentando quitármelo.

Llevaba razón, en lo de que tenía que cantar, eh, no en lo de que lo hacía por mi bien y... eso también me afectaba. Odiaba ser la amiga cortarrollos taciturna y gris, pero es que... Les habíamos pasado una lista con posibles *covers* que podríamos interpretar cambiando su registro a una balada de rock. Cada componente del grupo había puesto las suyas y... se habían decantado por una sugerencia con la que Enzo estaba obsesionado desde Ruido: *Como yo te amo*, de Rocío Jurado.

—Va a ser una puta pasada —había celebrado su victoria.

La canción me gustaba y al escuchar a Leo entonarla con su alucinante voz y la nueva melodía más cañera manteniendo el toque dulce y sentimental, la carne se me había puesto de gallina. No solo sería una buena canción, sería una canción inolvidable. Y la interpretaríamos nosotros. Leo y yo solos sin una pantalla con la imagen de Noah de acompañamiento. Sería la primera vez que lo haría sin él y con Leo, y era una tontería, pero nunca jamás había actuado sin un átomo de su presencia y me asustaba no lograrlo, pero también... hacerlo.

Emma me dio un codazo para que aplaudiera.

La hermana mayor de Nadia había terminado su emotivo discurso después de que hablasen las amigas de la novia y llegaba el turno del padre de Íñigo. El hombre se levantó razonablemente alterado y enganchó el micrófono que le ofrecía la chica. Lo entendía. Una cosa era cantar delante de miles de personas y otra muy diferente sacar lo que llevas dentro delante de un círculo privilegiado para alguien que te importa.

Sinceramente, yo no habría sido capaz sin vomitar, desmayarme o las dos cosas.

Dio unos golpecitos al aparato y sonrió al comprobar que seguía sonando.

—Quiero empezar pidiendo disculpas. Yo no sé hablar. Bueno, hablar sí, que parezco bobo, es lo que estoy haciendo, pero no tan bien como Susana —Susana era la hermana de Nadia—, que lo ha hecho tan bonito, y —balbuceó— estoy muy atacado. —Sostenía lo que parecía un folio, que se le cayó al suelo—. Vaya, el papel, lo siento.

Se agachó a recogerlo sudoroso y temblando, y al ir a alzarse se golpeó torpe con la cabeza en la mesa presidencial provocando que las copas de cristal fino se tambaleasen.

—Todo está bien, viejo.

El micrófono recogió la voz de Leo ante el sepulcral silencio que se instaló. Estaba sentado a su derecha, con aquel elegante traje que parecía cosido sobre su piel (y que traía con taquicardias a media boda), atento al hombre que lo había cuidado toda la vida y que en aquellos momentos parecía tener flanes por piernas. Una vez que se incorporó con un previsible chichón, daba la sensación de que no iba a ser capaz de volver a articular una palabra.

—¡Un aplauso para el padre del novio! —Emma se hizo con el control de la situación, se llevó dos dedos a la boca, silbó y cogió la servilleta para jalearlo. Nadie allí tenía la más remota idea de quién era, pero todos siguieron a la chica del vestido escote palabra de honor negro con una falda abullonada formada por grandes flores de la misma tonalidad—. ¡Vamos!

—Emma es encantadora, Leo… —se oyó susurrar insinuante al padre de Leo.

—Ya te he dicho que el que está a su lado es su «amigo con el que comparte fluidos» —le contestó divertido su hijo.

—Ah, sí, sí, que ahora llamáis así a los novios.

—Quiere que sea su nuera. —La *gamer* sonrió orgullosa y gritó—: ¡Puedo ir a comer tu famoso cocido aunque no me acueste con tu hijo!

De verdad que no tenía filtro. Ni vergüenza. Era genial.

—¡Invitada! —aceptó el hombre, y la gente se rio en un ambiente más distendido.

—¿Veis? —Sacó pecho la aludida bajando el tono y se dirigió exclusivamente a Martín—. Valgo mi peso en oro, y con lo que me he zampado sumo dos lingotes más, cuídame.

Como respuesta, el chico le sirvió otra copita de sorbete rebosando.

—¿Así, amiga con la que comparto fluidos?

Y ella asintió lentamente coqueta.

En aquel momento pensé que las bodas íntimas eran más mágicas, sin invitados que fuesen por obligación y dijesen con cara de fastidio a quien les preguntase: «Este fin de semana tengo boda». Nosotros estábamos contentos por estar allí, acompañando a los novios y creando un aura cómoda de confianza.

El padre de Íñigo y de Leo retomó el discurso algo más relajado.

—Llevo muchos años guardando este papel, que en realidad no es un papel, sino una servilleta de… hospital. Cuando mi mujer iba a morir me pidió un bolígrafo y

garabateó en el espacio en blanco que tenía más cerca. Ella lo sabía, notaba que la abandonaba la vida, y quería dejaros unas palabras para que os las leyera en una fecha importante. Y hoy lo es. Hoy te casas, Íñigo, y estoy seguro de que a tu hermano no le importa que utilicemos este momento. Es un texto breve, por favor, no se lo tengáis en cuenta. La pobre estaba muy débil, sin fuerza, tanto que después pasasteis a despediros y se fue. —El rostro se le ensombreció un instante y aclaró la garganta para deshacer el nudo que la atenazaba y poder leer el contenido—. Íñigo, Leo, sois buenos chicos. —Y ya. Nada más. Volvió a doblar el papel con cariño y los contempló—. Eso es lo que ella quería, hijos míos, que fueseis nobles, amables, generosos, buenas personas, con vuestras múltiples virtudes —posó la mirada en Íñigo y fue paseando la vista de uno a otro con la casualidad de que— y defectos...

—¿Por qué me miras a mí, viejo? —bromeó Leo sin poder ocultar del todo la emoción y se oyeron algunas risas.

—Cuando me dijiste que querías que hablase, Íñigo, le estuve dando vueltas a qué era lo que más echaba de menos de ella, para aconsejarte y que no lo perdieras, y a lo largo de estos días me he dado cuenta de que el vacío más grande que dejó vuestra madre es el silencio. Daría lo que fuera por escucharla y poder hablar con ella, incluso sin verla, tocarla u olerla. Sería un precio que pagaría. Solo su voz... —Me atravesó un escalofrío, y nadie en la carpa habló. Ni siquiera se oyó un ruido. Todos queríamos saber lo que iba a añadir—. Íñigo, Nadia, mi consejo es que os escuchéis siempre, porque si hay un problema, oíros será la única forma de solucionarlo, y que habléis, porque no hay nada

más valiente y que simboliza mejor el amor que atreverte a decir a la otra persona lo que estás sintiendo. —Sonrió y contempló de nuevo a sus hijos—. Íñigo, Leo, mamá llevaba razón, sois unos buenos chicos —terminó a media voz por el llanto. El novio y su hermano se levantaron en el acto para darle un contundente abrazo y el resto estallamos en un aplauso sincero que nos puso en pie mientras duró el contacto—. Ah, y el pequeño está soltero —aprovechó la ocasión de buscarle novia (voluntarias no le faltaban) conforme se separaban.

—Gracias, viejo.

—De nada, a ver si encuentras de una vez por todas a la chica que haga que las estrellas se enciendan de día para ti —completó.

Contuve el aliento y en el fondo deseaba que hiciera lo que hizo y que activó un hormigueo bajo mi piel: me miró, aunque solo fuera durante una fracción de segundo, y luego volvió a centrar su atención en la mesa presidencial, tal y como le correspondía.

Brindamos y comimos una porción de tarta de tiramisú y chocolate blanco con helado para pasar al café (solo para mí) y un orujo de crema. Al terminar, los invitados abandonamos poco a poco la carpa en un goteo constante para ir a la zona de la barra libre, la música y la fiesta en el lateral de la finca. Los novios se quedaron. Nos habían avisado de que disponíamos de una media hora libre aproximadamente antes de la actuación para el baile mientras ellos recogían los detalles que les habían ido dando y los guardaban, se retocaban e Íñigo trataba de

mentalizarse, por vez número un millón, de que iba a bailar delante de casi un centenar de personas.

No lo llevaba muy bien, y eso que había practicado yendo a clases de salón.

—Preferiría una operación a corazón abierto —me había confesado cuando nos acompañaron la tarde anterior a dejar preparados todos los instrumentos y el material de sonido—, pero a Nadia le hace ilusión.

Lo entendía. Nunca me había planteado cómo sería mi boda, ni siquiera si en mi caso habría, pero tenía claro, cristalino, que prescindiría de esa parte del ritual.

—Si te sientes agobiado, hazme una señal, ráscate la nuca tres veces, por ejemplo, y encontraré la forma de pararlo.

—¿Vas a...?

No lo dijo, aunque sabía que se refería a enseñar el culo. Todo el mundo conocía mi «arrebato» y, después de plantearme seriamente cambiar de identidad, me había dado cuenta de que lo que se había hecho famoso era mi trasero, no mi cara. Nadie me reconocería y hasta me hacía gracia la camiseta, información confidencial de la que Emma nunca debía enterarse.

—Ese método solo lo utilizo para casos extremos, no tendremos que emplearlo —lo había tranquilizado.

—Gracias, Marina.

Íñigo me caía bien, era más como yo que su hermano, y tenía una boda preciosa.

Discreta y bonita.

Entrañable.

Los asistentes empezamos a congregarnos en el lateral. La temperatura de aquella noche de julio era templada. El ambiente conservaba el calor del día y corría una brisa suave que refrescaba. Los camareros aguardaban en la barra con los vasos de tubo vacíos esperando a que algún valiente diese el primer paso de pedirse un cubata y los demás lo siguieran, la pista estaba despejada y...

—Vamos a inaugurar el *photocall* —propuso Enzo a mi lado para matar el rato durante los pocos minutos que teníamos libres. Iba guapísimo, la melena larga alisada y un traje con la chaqueta serigrafiada de flores cobrizas con pajarita, igual que Vic con su vestido oscuro de dos tiras anchas que le cubrían los pechos y se anudaban cruzadas en el cuello, con el abdomen al descubierto y una falda corta con cierto vuelo.

Por su parte, César vestía vaqueros negros y camiseta del mismo color con una calavera, Martín chaqueta sin corbata y las rastas recogidas en un moño, y yo un vestido negro, corto y ceñido, de tela fina y manga larga, con brillantes que caían desde mi hombro derecho como si los estuviesen espolvoreando y fuese azúcar y aumentaban en la falda a mitad del muslo, con taconazos y el pelo suelto.

Edu y Rosario no nos habían acompañado. El primero porque se había quedado con Íñigo dándole el regalo, y la segunda estaba con el padre de Leo. Y, hablando del rubio, ¿dónde...?

—Vamos, vamos —insistió el mellizo—. Ahora mismo la gente está aletargada con la sangre concentrada en el estómago haciendo la digestión. Es nuestra oportunidad de hacernos la foto de grupo. Luego habrá cola e iremos muy

borrachos para salir bien. Llamo a Leo y, oh, mierda. —Chasqueó la lengua—. Demasiado tarde, el muy capullo ya está ligando. —Experimenté una sacudida. Seguí la dirección que marcaban sus ojos y lo descubrí en un rincón con el grupo de chicas que reconocí de la mesa de solteras y que no habían dejado de mirarlo en toda la noche. Él parecía encantado, ellas hablaban animadas y no me gustó. No por celos. Al menos, no solo por celos. Si mi intención era apartarlo, cerrar esa puerta, llegaría el día en el que lo vería con otras personas como antes, salvo que antes el acto de imaginarlo con alguien no me hacía un daño horrible—. Mejor nos la hacemos sin él. Va a echar un polvo.

¿Qué?

Parpadeé y aparté la idea de mi cabeza.

Enzo estaba equivocado. Leo no sería capaz de montárselo con una desconocida cuando no hacía ni diez días me había besado de ese modo...

«¿A qué beso te refieres, Marina? ¿Al que no existió?»

«Vete a la mierda, conciencia.»

Me removí nerviosa. No podía concebirlo. Que sus labios rozasen a alguien con el ímpetu agonizante con el que habían devorado los míos, que sus manos se paseasen por pieles ajenas y que sus caderas embistieran con esos movimientos contundentes que solo tenía el solista. Volví a posar mis pupilas en él justo cuando se agachaba y le apartaba los mechones del cuello a una de ellas a la que le entraba la risa floja; a continuación se alejó para fundirse con la oscuridad y la chica esperó unos segundos de rigor antes de salir detrás mientras sus amigas estaban a punto de hacerle la ola por camelarse a semejante monumento.

El vacío que experimenté en las tripas fue inmenso.

—¿Veis? Lo que os decía. A follar. Siempre lo ha ayudado a desestresarse cuando había concierto. —Se encogió de hombros.

—Leo se desestresa de muchas maneras —lo corrigió Vic, y me di cuenta de que ella lo sabía, y Emma, y Martín, al que probablemente la bocazas de mi amiga se lo había contado. A César no le importaba un carajo nuestra vida privada y Enzo estaba perdidísimo en aquel baile de caras de circunstancias.

—De muchas maneras, sí, pero joder en los baños siempre ha sido su favorita. Podría decirse que entra en su *top three*.

—Cállate, cariño —le sugirió mi amiga, y me señaló sutilmente con la barbilla.

El guitarrista ató cabos y abrió los ojos como platos flipando.

—Hostia puta, Leo y Dinami... —Su melliza le dedicó una mirada reprobatoria para que cerrase el pico—. Es verdad, calma los nervios de muchas formas sin utilizar la polla. Hablando, adora hablar, ama hablar. Es el ser más parlanchín del universo y seguro que tarda porque está hablando con el pibón ese con el que se ha ido de un tema interesantísimo que...

—Ya. —Vic le acarició el brazo y su pobre hermano me observó sin saber dónde meterse.

Estaba pálida y notaba un puño cerniéndose en mis costillas por el que me quería doblar. Era lo malo que tenía haber sido amigos antes de... nada, porque no lo éramos. Sabía cómo actuaba y las técnicas de seducción que en el

pasado tanta gracia y ojos en blanco me habían provocado. Y no podía culparlo por ligar en una boda, aunque eso no evitaba que tuviese ganas de echarme a llorar consciente de lo que estaba sucediendo en esos instantes.

Lo había perdido.

¿Acaso lo había tenido alguna vez?

«Lo tuviste, pero eres demasiado lenta. Para soltar a Noah... Para agarrar a Leo... Lenta. Lenta. Lenta», me castigó mi cabeza.

—¿Nos hacemos la foto? —disimulé con fingida indiferencia.

Y posamos. Yo con la capa de Superman y un antifaz. Y fue gracioso. Divertido. Y recogí una de las tiras que Enzo repartió para colocarla en la nevera con el imán. Pero las manecillas del reloj le ganaban el pulso a la realidad. Un segundo tras otro, y tras otro, implacables. Y Leo no volvía. Y cualquier rastro de esperanza de que no estuviese haciendo lo que todos sospechábamos se esfumaba. Y...

—Búscalo.

Emma me dio suave con el hombro mientras Enzo y Vic repetían en el *photocall*.

Era lo que quería hacer, lo que me moría por hacer, aunque no sabía si debía y mucho menos qué le diría al tenerlo enfrente. Si sería capaz de materializar los sentimientos enredados y confusos que me tenían desequilibrada.

—Llevas razón —mascullé mientras mi pecho galopaba sin darme tregua—. La actuación va a empezar de un momento a otro y no puede fallarle a Íñigo por...

—No, Marina, si lo vas a buscar por excusas tontas mejor no vayas. Búscalo porque es lo que te apetece, y que pase lo que tenga que pasar.

Bajé asustada el volumen de mi voz.

—¿Qué es lo que puede pasar, Emma?

—Solo lo que tú desees, nena, lo que tú desees.

Sonrió para infundirme ánimos y por una vez no dudé. Mis ganas de no sé muy bien qué eran más fuertes, así que apreté los puños a ambos costados de mi cuerpo, aceleré el paso hasta el rincón por el que Leo había desaparecido y corrí hasta los elegantes baños revestidos de madera que había en el exterior.

Recuerdo lo que vi como si fueran perdigones impactando de lleno en mi corazón.

Leo y la chica salían del aseo de mujeres entre risas y ella se apartaba el pelo a un lado para que él terminase de subirle la cremallera del vestido.

Frené y algo dentro de mí se quebró.

Dolió.

Sabía que estaba mal, que un día le decía que quería una cosa y al siguiente la contraria y lo mareaba y lo iba a volver loco, pero es que yo lo estaba. Loca, no. Enferma. Con la cabeza y las sensaciones muy fragmentadas mientras intentaba recuperarme. Y había momentos en los que me encontraba bien y parecía que todo estaba superado, y un instante más tarde volvía a derrumbarme. Y necesitaba orden. Control. Más terapia y tiempo. Necesitaba dejar de sentirme mal por haber olvidado cómo se vivía. Y no pretendía hacerle daño, a él menos que a nadie, porque ahí, sufriendo ese latigazo que me dejó sin aire, me di

cuenta de una cosa, y es que lo quería. Estaba enamorada de Leo y con mi estado mental no era buena para él, no era buena para nadie.

El rubio ceniza me vio y se separó de la desconocida.

—Ey, Dinamita.

Y yo no pude decirle: «No he venido a regañarte por acostarte con ella. He venido porque creo que es necesario que sepas que te quiero y necesito auxilio, ¿puedes ayudarme, por favor?».

—Deberías volver, Leo. Queda poco para que empiece el baile de los novios.

Verso 2

LEO

Marina se fue y no entendí nada de lo que había pasado.

—Oficialmente, eres mi salvador —pronunció Sofía, la amiga de Nadia a la que había ayudado en la pista cuando se le había quedado el pendiente enganchado, y después en el baño. La había escuchado gritar al salir de mear, estaba encerrada, y habíamos tardado un buen rato hasta que la puerta había cedido—. Luego te invito a una copa en la barra libre para agradecerte los servicios. —Sonrió mirándome fijamente y...

A ver, tonto nunca he sido. Sabía que ella y su grupito estaban interesadas. No me habían quitado la vista de encima durante toda la cena y al llegar a la zona de la fiesta, mientras buscaba como un desgraciado a Dinamita y las piernas que se gastaba con ese vestido, que debo decir cortaban la respiración de cualquiera, me habían interceptado. A continuación, había pasado un rato agradable hablando, siempre era muy estimulante que te tirasen la caña, y cuanto más descarado, mejor, pero no me apetecía acabar la noche hundido en ninguna de ellas.

En nadie.

Al menos, en nadie con quien esa fantasía fuese posible.

—Eso está hecho. Nos tomamos algo a la cuenta de Íñigo y Nadia —contesté educado con un tono en el que era fácil adivinar que no sucedería nada entre nosotros—. Me voy antes de que aparezca mi hermano y me la corte por llegar tarde al baile nupcial en el que tengo que cantar.

Nos despedimos en la misma esquina en la que me habían cortado el paso y la dejé con sus amigas, que la sometieron a un interrogatorio entre risitas. Inmediatamente, volví a buscarla, a Marina y su confusa reacción, y la localicé en el escenario con el resto de la banda. Ella también me vio y apartó la mirada en el acto. Para más inri, cuando me puse a su lado, me evitó agachándose para decirle algo a Emma.

Fruncí el ceño extrañado por su comportamiento. No había hecho nada para que actuase así. Lo único que se me ocurría era que la había mirado involuntariamente cuando mi padre me había mencionado la movida de las estrellas que se encendían de día y no había podido controlarme.

—¿Qué diablos...? —mascullé en voz alta.

—Ya te vale, tío, ya te vale —me contestó la voz indignada de Enzo.

—¿Alguien podría explicarme de qué va esto, por favor?

—No le hagas caso —dijo Vic, y si no seguí indagando fue porque en aquel momento aparecieron Nadia e Íñigo, no porque le encontrase ningún puto sentido.

Mi hermano estaba pletórico y acojonado por bailar, pero sobre todo contento por cómo estaba yendo la noche de su boda. Que mi padre hubiese guardado las últimas palabras

que tenía de mi madre había sido un puntazo que lo había afectado para bien. Él la echaba de menos en los pequeños momentos y en los grandes, donde su ausencia al no poder acompañarlo al altar y en la mesa presidencial se hacía más patente. Aquello había sido un regalo. Como tenerla entre nosotros durante el efímero instante que había durado el abrazo a tres en forma de aire. Energía. Y a mí me hacía mucha muchísima ilusión que nos hubiese confiado el baile a Al Borde del Abismo.

Era un jodido honor que demostraba la estabilidad de nuestra reciente unión.

Por eso pospuse cualquier cosa que no fuera mi hermano hasta que terminase la canción de Rocío Jurado. Al principio no me moló que el mellizo hubiese ganado, pero después de interiorizarla y llevarla a mi terreno creía que no podía haber un tema mejor.

«Interiorizarla... Noah estaría orgulloso de mí», pensé, y curvé los labios.

Los invitados se hicieron a los lados y unas luces azuladas, blancas y violetas bañaron a la pareja. Íñigo se subió las gafas y, sudoroso y atacado, asintió dándonos la señal para que comenzásemos. La repartición del tema estaba clara. Empezaba yo con «Como yo te amo» y seguía solo hasta el «Nadie porque ¡yo!» que debía prolongar en mi garganta para después aflojar en «Te amo con la fuerza de los mares, ¡yo!». A partir de ahí, Dinamita y yo nos íbamos alternando y nos uníamos en «Te amo a puro grito y en silencio, ¡yo!» y así, juntos y sin parar, hasta «Te amo tanto, yo te amo tanto, ¡yo!» en el que alternábamos los papeles y venía su solo.

Iba a ser una pasada. La parte vocal, digo. La interpretación... Todos sabíamos que Dinamita solo podía cantar mirando a Noah y que nuestra complicidad en el escenario quedaba descartada. Era algo que debía asumir.

Los primeros acordes sonaron suaves e Íñigo rodeó la cintura de Nadia mientras ella enlazaba las manos en su cuello y se balanceaban. Mi hermano no parecía nervioso, sino lo siguiente, y cogí una pequeña bocanada de aire a la vez que entornaba los ojos para acercarme al micrófono con los labios muy pegados y empezar a entonar suave, que para mí era mucho más complicado que expulsar un torrente de voz, aquel tema del 79 que estábamos reconvirtiendo en una balada de rock atemporal.

—Como yo te amo... —inicié la canción, y jugué a ser cañero y a la vez delicado con las dos manos envolviendo el micrófono, y empleando la fuerza que normalmente utilizaría para desarrollar mis descarados movimientos en paladear la que pretendía que se convirtiese en la mejor puta canción de mi historia.

Al inicio, mi hermano se dedicó a mirar a ambos lados abochornado (y agobiado) mientras, torpe y cada vez más rojo y sudado, se deslizaba por el suelo. Nunca había entendido el sentido de someterse a cinco minutos de tortura y exposición pública que a casi nadie le gustaba. Entonces el ritmo aumentó, las revoluciones en mi pulso se dispararon y llegó el famoso:

—Nadie porque ¡yo! te amo con la fuerza de los mares, ¡yo! —con el que aullé como un lobo a la silueta de la fina luna.

Tal y como estaba previsto, Marina se unió cantando:

—Te amo con el ímpetu del viento, ¡yo!

Y lo hizo con un timbre tan delicioso que se metió dentro de los invitados y les acarició los órganos y los huesos. Por lo menos, a mí me noqueó y me costó bastante esfuerzo pronunciar el «Te amo en la distancia y en el tiempo, ¡yo!» sin caerme de rodillas y pedirle que me pasase por encima.

Y así fuimos alternándonos hasta que nos juntamos. Aquel instante marcó un antes y un después. Nuestras voces casaban y la melodía que salía despedida de nuestras bocas y se abrazaba era brutal. Más personas se animaron y se lanzaron a bailar con los novios, e Íñigo olvidó que estaba rodeado y se concentró en Nadia, y ambos sonrieron como dos adolescentes que acaban de crear la burbuja que los protege del mundo. Creo que ahí, justo ahí, en esa complicidad, comprendí el amor, y me gustó.

Dinamita y yo seguimos cantando en los turnos que estaban establecidos hasta casi el final, cuando apenas quedaban tres versos para terminar y cometí la temeridad de mirar a la solista, a quien esperaba hallar con la vista clavada al frente. En su lugar, me topé con dos faros verdes observándome con intensidad arrolladora. Pensé que se trataba de un error, un cruel error para mis sentimientos; enseguida se daría cuenta de que no era Noah y los apartaría, pero no, los mantuvo con la agitación de su pecho incrementándose hasta desbordar y aterrizar en el mío, confuso y desestabilizado.

No podía estar sucediendo. Ella solo cantaba si lo veía a él. A *él*. No conmigo. Nunca conmigo. Conmigo se bloqueaba, había sido así desde siempre y... Hay muchas formas de decirle a una persona que la llevas dentro sin

hacerlo. La suya fue esa. Cantándome sin que nuestros ojos se apartasen.

Me asesinó.

—Te amo a puro grito y en silencio, ¡yo! —entonó bajando el volumen, y le contesté del mismo modo con un dubitativo hilo de voz enronqueciéndose:

—Te amo de una forma sobrehumana, ¡yo!

Y de nuevo, juntos, con millones de partículas indeterminadas recorriéndonos, sentenciamos a la vez para poner fin a la canción con un grito:

—¡Te amo en la alegría y en el llanto! ¡¡¡Yo!!!

Soltamos todo el aire de golpe extasiados, y más cosas, cosas que no se veían.

Los focos que nos impactaban se apagaron, hubo un segundo de silencio en el que lo único que se oía era nuestra respiración precipitada, y la gente aplaudió. Íñigo subió de un salto al escenario a darme las gracias y Dinamita se fue. Aguanté como pude las felicitaciones de mi hermano y de Nadia y, en cuanto se marcharon a atender al resto de los invitados y vi mi oportunidad, salí escopeteado detrás de ella por donde había visto que se había marchado como alma que lleva el diablo.

Tenía que aclararme muchas cosas.

Por ejemplo, qué narices había sucedido allí arriba y por qué mi pecho iba a reventar.

La encontré en el baño, aferrada al lavabo con ambas manos a la vez que se miraba en el espejo tratando de acompasar la respiración.

Entré sin vacilar.

—¿Qué está pasando?

Ella se soltó sobresaltada al escuchar mi voz e intentó recomponerse para hablar con el gesto y la postura de siempre. Ah, y con las jodidas piernas infinitas que le hacía ese vestido y que prometían ser una distracción. Pero no coló.

—Este es el baño de chicas —fingió regañarme para entretenerme.

—No hay nadie.

Avancé un paso.

—Podrían entrar.

—¿Y?

—Es el baño de chicas —repitió.

¿Conque esas teníamos?

OK.

La agarré de la muñeca, la metí en uno de los estrechos cubículos y eché el pestillo con nosotros dentro.

—Problema resuelto. Ahora dime, Marina, qué sucede, qué me estoy perdiendo.

Estaba totalmente desubicado y... el espacio era pequeño. Demasiado reducido para dos personas. Tanto que su puñetero olor lo inundaba todo como si tuviese la nariz pegada a su cuello y mi cuerpo permanecía en tensión constante consciente de la poca distancia que nos separaba.

La solista buscó una escapatoria. Últimamente no estaba muy por la labor de solucionar los conflictos de cara. No se lo permití. Crucé los brazos y se lo impedí. Si me iba a volver loco, al menos merecía saber por qué perdería la cabeza. Ella intercambió el peso de un pie a otro y se

mordió exasperada e inquieta la parte interna de la mejilla. Fijó las pupilas en el suelo y habló entre dientes.

—No puedo, Leo.

—¿Por qué?

—Porque no.

—Eso no es una respuesta.

—Técnicamente, sí lo es.

Genial, le apetecía tocarme los huevos. No mentí al asegurar que Dinamita, cuando se lo proponía, era un auténtico fastidio.

—Técnicamente será lo que quieras, pero a mí no me convence —resoplé, y coloqué un dedo en su mentón para alzárselo y que me mirase. Si me iba a vacilar una vez más, por lo menos que lo hiciera con nuestros ojos enfrentados. Era lo mínimo—. ¿Es que no lo ves? —Fruncí el ceño—. Nos lo estamos cargando. Esto. Lo que sea que hay entre nosotros. Y no sé lo que opinas tú, pero a mí me importa lo suficiente para no permitir que ninguno salga de este cuarto de baño sin arreglarlo, aunque tengamos que estar aquí toda la noche. —Hice una significativa pausa—. ¿Qué nos está ocurriendo, Dinamita, qué? No tener ni puta idea de lo que se te pasa por la cabeza es del todo frustrante, joder.

Chasqueé la lengua y la liberé.

Ella pareció pensarlo y sus pupilas se desviaron a la puerta. Por un instante, creí que me haría a un lado, se iría llevándose sus sentimientos, y otra vez vuelta a empezar el agotador bucle de los últimos días. Nos besamos, pero, oye, tenemos que olvidarlo. Somos solo amigos, pero, eh, es falso y te lo digo en una canción de Rocío Jurado con una mirada que no admite dudas.

Nos estábamos convirtiendo en algo enrevesado y, lejos de estimularme, empezaba a cansarme. A aburrirme.

Marina se movió, estoy seguro de que dispuesta a huir como yo había vaticinado, y en el último segundo, cuando su mano avanzaba hacia el pestillo del pomo, la dejó caer a un lado de su cuerpo.

—Leo... —musitó.

—Dime.

—No te estoy dando largas. Es que de verdad no puedo ofrecerte una respuesta que ni yo misma sé —tragó saliva y se frotó las manos nerviosa—, y lo que sé no tiene sentido. Mi cabeza es un bullidero de pensamientos inconexos que no comprendo y que me lanzan órdenes contradictorias que no logro controlar. Silencia lo que sientes. Las emociones en modo avión. No puedes estar con él. Y luego... Luego te veo después de acostarte con una chica y me parto en dos, y no puedo decirte nada, ni cabrearme, ni impedírtelo, porque yo nos he situado en este punto, y hoy pienso así, en este segundo desearía haber sido aquella chica, pero no puedo asegurarte que mañana opine lo mismo.

Un momento.

Fruncí ofendido el ceño.

—Dinamita, no he follado ni voy a follar esta noche con Sofía.

—No tienes que darme explicaciones de tu...

—No, no tengo —la interrumpí—. Lo hago porque quiero. He echado un cable a una amiga de Nadia con la puerta atrancada y la he ayudado a subir la cremallera de su vestido, y me indigna que tú, precisamente tú... —Me callé antes de liarla.

—¿Yo qué, Leo, qué? —Pero tenía demasiadas ganas de hacerlo, así que no me contuve.

—... creas que me puedo acostar con cualquiera con lo que tú, solo tú, Marina, me despiertas, maldita sea. —Chasqueé la lengua—. No soy la clase de tío que se lo monta con alguien por despecho, o para dar absurdos celos, y menos para joder a la persona a la que lo único que quiero es...

—¿Qué?

—Cuidar, Dinamita, cuidar. Es lo que hago todo el tiempo. Por eso cedo a tus estúpidos deseos de ignorar el excepcional beso que todavía me quema en la boca. Para conseguir que estés completa, que no sufras. Te miro y solo pienso: ¿cómo puedo hacerlo hoy para que ella esté bien? Y con la respuesta actúo, aunque es evidente viendo lo visto que se me está dando de culo.

Se hizo el silencio.

El labio inferior le tembló.

—¿Qué clase de tío eres?

Buena pregunta. ¿Qué clase de tío era?

—No lo sé —admití desesperado—. Nadie me ha importado nunca como lo haces tú.

Marina boqueó y... se estremeció, como si mis palabras en lugar de ayudarla la hubiesen zarandeado. Zarandeado, que no golpeado. Zarandear podía ser bueno. Así caían frutas de los árboles, ¿no? La solista permaneció un rato vacilante, manteniendo un intenso debate consigo misma en el que no me incluyó, y finalmente, con un punto de vulnerabilidad, movió sus dedos atemorizados hacia mi cuerpo para rozar la corbata que pendía de mi cuello.

—Hay un pensamiento en mi caótica mente que se repite con más frecuencia que los demás —dijo, y deshizo el nudo para quitármela y dejarla sobre la tapa blanca del retrete cerrado. Después, mientras estaba quieto y expectante, colocó las manos en mis hombros, agarrando las solapas de la chaqueta mientras las puntas de los dedos aumentaban su firmeza—. El pensamiento de que quiero ser la chica que te desnude cada noche. —Tiró de ella y me la quitó, depositándola en el mismo sitio en el que descansaba la corbata. Luego, uno a uno fue desabrochando los botones de mi camisa y al terminar, antes de arrancármela y que obtuviese el mismo destino que las otras prendas, paseó la palma por la piel de mi torso, por mis cicatrices de tinta, deteniéndose en la herida más grande, el tatuaje de menos veintiún gramos, que acarició provocando que el vientre se me encogiera. Contuve el aliento y ella me miró—. Quiero ser la chica que te desnude cada noche, Leo, pero sobre todo quiero ser la chica que te vista... Y... quiero hacerlo ahora. Ponerte la ropa, besarte, quitártela de nuevo y que me hagas el amor en este baño, pero creo que solo me atrevo a lo primero sin que mi cabeza estalle en mil pedazos y me pierda. ¿Crees que sería posible? ¿Me dejas convertirme en esa chica?

—¿Cuál?

—La que se preocupa por ti.

Todos los músculos de mi cuerpo se tensaron. Juro que no lo había visto venir. Dinamita me había pillado desprevenido y lo que pedía era... la mayor muestra de amor que podía entregarle a una persona. Más que un beso. Más que sexo. Superior a cualquier orgasmo. Más de lo que le había dado a

él. Suponía entregarle las grietas de mis traumas y permitir que su tacto pasease por las cicatrices de unas heridas que todavía dolían, sangraban, confiando en que al terminar su recorrido no estaría más dañado de lo que ya me encontraba. Sin embargo, era ella, Marina, joder, y no la quería, la amaba, y si ella no podía, nadie lo haría, estaría condenado para el resto de la eternidad, y merecía darme esa oportunidad. A mí. La de que las yemas que más anhelaba en el universo fueran las encargadas de borrar el infierno que durante tantos años se había instalado en mi piel cubriéndola de nuevo sin haber abusado de mí antes, porque eso es lo que Unai hacía cuando aún no me tocaba: vestirme, ponerme la ropa y el amor fueron sus constantes durante toda la tortura, y esa era la espina más profunda que tenía clavada. ¿Sería ella la que por fin me la arrancase?

—No puedo asegurar que vestirme vaya a salir bien, Marina.

—Correré el riesgo.

—Si las cosas se ponen feas, si reacciono con violencia, tú...

—No lo vas a hacer, Leo.

—¿Cómo lo sabes?

—Porque tú también te preocupas por mí.

Verso 3

MARINA

Leo apretó la mandíbula y los puños y asintió.

—Avísame si en algún momento quieres que pare —musité, y él repitió el movimiento seco de barbilla sin poder hablar.

Estaba contraído, rígido y asustadísimo, y me encantaría decir que sabía lo que iba a hacer, pero la realidad es que no tenía la más mínima idea. Improvisaba. Me dejaba llevar por mi instinto y por una vez en mi vida aquello no me importaba, cedí mi adorado control a las emociones y permití que floreciesen, que me dominasen y guiasen cada uno de mis movimientos a partir de ese momento.

Fue así como acabé en el epicentro del dolor.

Ver a Leo sin camiseta era observar un retrato igual de fascinante que de punzante. Te arañaba las vísceras. Sin embargo, había un punto en concreto en el que las uñas se tornaban afiladas, se te hincaban en los intestinos y sentías como te desangrabas. La espalda. Los omóplatos. Aquellos dos pozos profundos capaces de absorberte y de sumirte en la oscuridad más absoluta. El rubio me había contado que

había tratado de iluminarlos con un rayo de luz que no funcionó, y que después quiso pintarse pétalos, uno por cada logro, por las pruebas superadas, pero los tatuadores a los que preguntó le indicaron que no se verían. Estaba demasiado... oscuro.

Es por eso por lo que para mí aquella porción de tinta representaba la desesperanza, no solo unas simples alas arrancadas por el sufrimiento más atroz que un ser humano puede soportar; eran una marca. La de que nunca se curaría, la de que siempre estaría grabado, la de que incluso aunque lo consiguiese su color seguiría siendo el negro. Por ese motivo, antes de ponerme con la ropa, lo rodeé en el estrecho cubículo con nuestros cuerpos rozándose y acabé allí, detrás del solista de los ojos grises y el alma triturada, contemplando su tragedia y acercándome con el pulso acelerado para besarla.

En el instante en que posé mis labios sobre el primero de ellos, tembló, pero no fue una agitación normal como la que yo podía experimentar de la impresión, fue la turbación de un vuelo que se precipita al vacío, una sacudida que lo arrasaba y lo destrozaba como llamaradas de fuego lamiendo sus extremidades, y gimió. De su garganta brotó un jadeo corto y asfixiante de angustia que me llevó a abrazarlo por detrás envolviendo su cintura desnuda entre mis brazos.

—Estoy aquí, Leo. Soy yo. Dinamita.

Un segundo de silencio.

Dos.

Apretó más los puños con tanta fuerza que sus nudillos palidecieron.

Inspiró y espiró.

Una vez.

Otra.

Y una más.

—Lo sé, pequeña.

—¿Quieres que me detenga?

—Todo mi cuerpo me grita que lo hagas.

—¿Y tú? ¿Qué quieres tú?

—Quiero que me la arranques.

—¿El qué?

—La espina que tengo clavada, y que me beses hasta que me olvide del sabor de su saliva.

Continué haciéndolo, apoyando mis labios sin cesar en cada centímetro de su carne consumida, y cada vez que convulsionaba con violencia, lo atraía más y más hacia mí con mis dedos enlazados y firmes en su duro abdomen.

—Tengo frío —reveló al rato con un hilo de voz ronco y agónico.

No podía imaginar lo que estaba sucediendo en su cabeza. Las batallas que libraba y que le pertenecían. Sí sabía cómo darle calor y no vacilé ni un segundo. Me saqué el vestido por la cabeza y dejé que la tela cayese arremolinada al suelo. Luego me pegué a él, pero sus dientes habían empezado a castañear y me di cuenta de que si quería salvarlo, lograr que dejase de tener frío, tenía que poner mi órgano más poderoso a su disposición para que lo protegiera, así que lo solté un segundo para deslizar con determinación la mano hasta mi espalda y desabrochar mi sujetador, y volví a pegarme a él, con fiereza, desnuda, entregándole mi cuerpo, mi alma ya la tenía.

Cerré los ojos y, sin parar ni un instante de besarlo en los pozos tatuados, respiré profundamente de él hasta que de algún modo inexplicable mi movimiento lo atravesó, surcó las capas de tortura e intercambiamos unas pulsaciones que comenzaron a relajarse.

—¿Cómo lo haces, Marina?

—¿Qué?

—¿Cómo estás en mis pulmones?

—Estoy donde lo necesites.

—Lo siento.

Fruncí el ceño.

—¿Por qué dices eso?

—Porque estás llorando. Ya te lo había advertido. Mi interior no es agradable.

No fui consciente de que lo estaba haciendo, llorar, hasta que el rubio ceniza me avisó y noté las pestañas húmedas y lágrimas saladas rodando por mis mejillas para fundirse con su enorme herida.

Leo llevaba razón en el llanto, no en el motivo.

Se lo expliqué.

—No lo es. Tienes un interior complicado y has salido adelante. Verlo hace que desee imitarte y que crea que es posible. Contigo las ganas vuelven.

—¿De qué?

—De vivir.

Volví a situarme enfrente. Era la primera vez que me desnudaba de ese modo delante del solista, pero él no me miró las tetas ni el punto que se retorcía debajo de mi ombligo recubierto de una tela fina, ni siquiera hizo el intento, simplemente concentró sus ojos atormentados

recubiertos de sombra y niebla en los míos y respiramos a la vez.

—¿Estás seguro? Si has cambiado de opinión…

—Sigo temiendo hacerte daño, Dinamita. Voy a descontrolarme, regresaré con él y ten por seguro que saldrá lo peor de mí. ¿Recuerdas la noche en el piso de Vallecas?

—Lo hago.

—Multiplica mi reacción por el número que se te ocurra y lo tendrás.

Me mordí el labio.

—¿Por el que yo elija?

—El que quieras.

—Está bien. Cero.

Curvó los suyos esbozando su media sonrisa torcida irresistible.

—Eso es trampa.

—Técnicamente, no. He seguido tus normas. La próxima vez deberías pensarlo mejor antes de fijarlas.

—Técnicamente eres una puta fantasía, unicornio.

El corazón se me subió a la garganta.

—¿Estás listo?

—Estoy contigo.

Había tanto miedo en su tono que acumulé toda la seguridad que tenía dentro y, cuando estuve segura de haberla recopilado, me lancé y lo besé para entregársela. Nuestras bocas se enredaron con desesperación, mis manos agarraron la camisa y comencé a meterle la primera de las mangas. Lo noté resistirse al horror de los recuerdos entre bandazos y, en el instante en que percibí que el terror iba a

ganar, en lugar de alejarme, lo besé con más fiereza, hundiendo mi lengua en el interior de su boca para que también contase con ella, y así terminé con las dos mangas. Besándolo. Besándolo. Besándolo. Y si se alejaba, lo traía de vuelta con un mordisco, con la saliva, clavándole mi pecho agitado para que lo sintiese en el suyo y no se fuera, para que se quedase conmigo.

—Es muy duro —confesó apretando los ojos cerrados—. Veo sus manos. Siento sus manos. Huelo su aliento. Quiero arrancarme la piel, joder.

—Pero no es *él*. Somos nosotros. Este es nuestro tacto cuando estamos juntos. ¿No te apetece mirarlo?

—¿Cómo es?

—Tan excepcional como el beso.

Todos los músculos de su cara se tensaron y, cuando por fin reunió las fuerzas suficientes para abrir los ojos, lo que observé me dejó sin aliento. Había tantos fantasmas encerrados dentro, tantos demonios azotándolo, que llegué a dudar que consiguiera expulsarlos.

Permanecí quieta, decidida a no abandonarlo, con mis dedos sosteniendo el último botón.

Leo parecía realmente agotado y sobrepasado.

—Ey, podemos tomarnos un descanso —le ofrecí—. Ir más lentos. No tenemos prisa. ¿Qué me dices? Por mi parte no hay problema. Ya sabes que el sueño de toda chica es estar a solas contigo desnuda en un baño, y al menos este parece más limpio que el del festival...

Entre todo el horror logró esbozar una sonrisa.

—Hazlo, Dinamita, hazlo.

Contuve la respiración y lo abroché. El resto fue más fácil. La corbata primero, la chaqueta después. Vestí a Leo y poco a poco las facciones de su rostro se relajaron y la tensión desertó de sus músculos atenazados. Al acabar, observé mis manos. Por casualidad, habían terminado entre su clavícula y su cuello, acariciando el menos veintiuno tatuado a través del cual podía sentir la repentina paz de su pulso. Iba a apartarlas cuando alzó las suyas y las aprisionó para sostenerlas ahí y guiarlas atravesando su torso hasta el punto exacto en el que sus latidos comenzaron a retumbar contra mi palma.

—Ya no está. No siento la espina —suspiró aliviado y feliz. Entonces fijó sus profundos y penetrantes ojos grises en los míos y me dijo en aquel cubículo estrecho del baño—: Yo no creo en querer con el corazón bonito, Dinamita, ese que se dibuja con un pico y dos curvas, creo que si se quiere hay que hacerlo con el corazón de verdad, húmedo, hinchado y resbaladizo, que es más desagradable a la vista y al tacto, pero es el real, y creo que podría intentarlo contigo. Quererte con todo lo que queda de mí. Quererte con todo lo que soy, Marina.

CANCIÓN 10

Treinta y un gramos y medio

Verso 1

LEO

Para J. siempre fuimos trabajo. Él nunca fingió lo contrario y nosotros lo aceptamos. No nos importaba. Queríamos contratos y él se encargaba de conseguirlos, con eso bastaba. No era necesario que fuésemos mejores amigos. *Besties*, como decía Emma. Ni siquiera colegas. Sin embargo, como toda buena relación profesional en el mundo de los focos y el espectáculo, teníamos un precio, y una vez que valimos lo suficiente como para invitarnos a comer a un sitio fino y elegante, de los que impresionan, nos llamó.

Bueno, concretamente me llamó a mí.

Admito que al principio me extrañó. Nuestro representante era más de comunicarse a través de Vic e

ignorar al resto, aunque había advertido que últimamente cada vez me hacía carantoñas con más frecuencia y se comportaba con una cuestionable familiaridad cuando decía moviendo la cabeza:

—Hay que ver con este Leo... Eres un caso.

De repente le hacía más gracia. O no. Pero me prestaba más atención. Y a mí me parecía bien. Tampoco tenía nada en contra de comer gratis platos con nombres impronunciables a precio de puñal para la cuenta bancaria... de otro.

El lugar en el que me citó era exclusivo. Sabes que un restaurante lo es cuando la gente te mira como si los tuvieses que conocer e indagan para saber quién eres tú porque si estás allí te consideran uno más, importas.

J. también se ofreció a pagarme un taxi.

—Por si las copas se nos van de las manos, que nos conocemos, Leo...

Y no, no nos conocíamos. Algo tramaba, era más que evidente, y le dejé hacer a la espera de averiguar qué pretendía y por qué me quería solo. Ni Vic, ni Enzo, ni César ni Dinamita estaban invitados a nuestra mesa.

Pidió el menú degustación para que probásemos los principales platos y una botella de vino tinto con una etiqueta que, por la expresión que me dedicó, debería haberme impresionado. Lástima que mi inexperto paladar no supiese diferenciar un cartón cutre de céntimos de un reserva con tres ceros en el precio.

No fue directo al grano. Preparó el terreno. Durante los entrantes, el primero y parte del segundo habló de él. Cómo había levantado su negocio de la nada, los músicos a los

que representaba y lo bien que se lo había pasado en las giras europeas y americanas cuando los acompañaba.

Habló de dinero, lujo y excesos (sin pasarse por si no me iban esos rollos).

Habló de la buena vida para ponerme los dientes largos.

Luego, conforme el alcohol le fue haciendo efecto en la sangre, pasó a la confianza. Al colegueo. A lo personal. Llegó el turno del divorcio, la sangría a su economía que había supuesto, los niños e incluso la última vez que había follado, hacía siglo y medio.

A lo largo de la conversación también me preguntó, pero mis respuestas eran escasas, igual que la cantidad de vino que vaciaba en mi garganta. Quería estar en pleno uso de mis capacidades cuando se dejase de tonterías y desvelase la razón que lo llevaba a decir cada dos por tres, siempre que se le presentaba la ocasión:

—Nada es suficiente para ti, Leo, las estrellas de rock sois insaciables...

La explicación no tardó en venir. Llegó después de los postres, mientras J. pedía un par de digestivos, y me pilló con el estómago lleno y preparado.

—¿Nervioso por el Wanda, Leo? —Siempre decía mi nombre, para que me quedase claro que se lo sabía—. Falta poco para el gran día. Al Borde del Abismo se va a cepillar a Balazo al Corazón. Hazme caso, la venta de entradas desde que os habéis puesto en acción habla por sí misma.

—Bah. —Me encogí de hombros y me recliné en el asiento tapizado de cuero blanco—. Mi intervención es mínima. Marina lleva el peso. Confío en ella. En los ensayos ha estado cojonuda.

Experimenté un cosquilleo en los omóplatos, donde sus labios habían descansado en la boda de Nadia e Íñigo, cuando le hice un ofrecimiento al que todavía no me había dado respuesta.

—¿Marina? —vaciló. Por lo visto, el nombre de la solista no lo tenía tan claro como el mío.

—Dinamita.

—Ah, sí, sí, la chica —le restó importancia y volvió a dorarme la píldora—. Qué tonterías de preguntas te hago, ¿eh? Nervioso, con los conciertos que llevas a tus espaldas. Eres todo un profesional, ya lo demostraste en Barcelona.

Hasta donde yo recordaba, todo lo que había hecho en Barcelona era pirarme en directo de una rueda de prensa por un tema personal, que afortunadamente no había trascendido eclipsado por el «ojete dinamizado» de Marina, y tocarle las pelotas a Gold con mucho gusto. A lo mejor J. y yo estuvimos en sitios diferentes, o el acto de sacarle brillo a mi culo con la lengua hasta que estuviese bien reluciente requería adularme al extremo.

—¿Repetirás? —indagó.

—¿Qué?

—Estilismo.

—Ni puta idea. Dependerá de con qué pie me levante esa mañana.

Él asintió concentrado como si estuviésemos debatiendo un tema de seguridad nacional en lugar de si me pondría gomina o no en el jodido pelo.

—Confieso que al verte así de primeras me chocó. No encajaba con la imagen que tenía en la mente. Pero cuadró. Al público le entusiasmó. Te hizo, si cabe, más rompedor. Un

roquero que no sigue las normas establecidas de otros roqueros. Guau, eso atrae. De hecho —sacó el móvil para tomar notas—, podría ser interesante explorar las campañas de moda para marcas de alta costura. ¿Estarías dispuesto, Leo?

—¿Pagan bien?

—Muy bien.

Sonreí.

—Adelante. Nací para decir «ya es primavera en El Corte Inglés».

El camarero trajo un par de *gin-tonics* que colocó delante de nosotros. Después, tal y como había hecho con cada plato de comida, se puso bien erguido, aclaró la garganta y nos presentó la copa para acto seguido detallarnos los ingredientes y explicarnos cómo deberíamos beberlo para sacarle el mayor partido posible en nuestro paladar. Había que ver con lo que se entretenían los pijos y... Cogí una de las tarjetas del restaurante y la guardé en el bolsillo de mi vaquero con la intención de llevar algún día a Marina y verla disfrutar como una enana de la exposición de sabores. Seguro que tomaría apuntes.

Mi empollona... Lo que se estaba haciendo de rogar, joder.

—¿A qué más estarías dispuesto, Leo? —J. me sacó de mi ensoñación. Lo observé y, mientras paseaba la yema del dedo por el fino borde de la copa, sus ojillos entornados y chispeantes me revelaron que había llegado la hora de poner las cartas encima de la mesa y jugar.

—¿Podrías ser más específico?

—Hay una oferta. Una discográfica está interesada en ti.

¿Cómo? Hostia puta, Enzo iba a infartar.

—¿Qué te parece? Me gustaría conocer tu opinión.

¿Que qué me parecía? ¡Era una jodida pasada! Lo que siempre habíamos querido.

Curvé los labios motivado y, en mitad del gesto, la sonrisa se me congeló en el rostro.

Un momento.

Fruncí receloso el ceño.

—¿No deberíamos estar todos para que nos dieses este tipo de noticias juntos?

—No, Leo, la oferta es para ti. Tú eres el producto al que ven un amplio potencial y que les gustaría explotar. Plantean un buen lanzamiento y una carrera a largo plazo, con mucha pasta de por medio e inversión en publicidad y...

—¿Qué hay de los demás?

—Dicen que son buenos, no reniegan de su talento, pero lamentablemente no llegan a tu nivel. Tú eres especial. Tienes ese algo inimitable y magnético con el que hay que nacer...

—Pero Vic, Enzo...

—Ellos son músicos, no estrellas. —Hizo una significativa pausa para que su mensaje calase en la que aprovechó para darle un sorbo a su copa y regresar a mí con la garganta refrescada para hablar—. Mira, sé que parezco un capullo y probablemente ahora me tengas cruzado, pero solo estoy haciendo mi trabajo. He intentado por todos los medios que cogieran el *pack* completo y ha sido del todo imposible convencerlos. Están cegados contigo. Te adoran. Y creen que el resto de la banda retrasaría lo inevitable.

—¿Qué es lo inevitable?

—Que tarde o temprano brillarás solo. Es un hecho, la mayoría de las bandas se separan y al final solo queda uno. Ellos han decidido ir un paso por delante y elegir al superviviente. Darte la oportunidad de triunfar. Leo... —bajó el volumen de su voz—, entiendo que es impactante. Son tus colegas, lo pasáis bien y os mola hacer música juntos. Sientes que no puedes traicionarlos, pero es que estamos hablando de tu futuro, y no de un futuro cualquiera. Conozco las condiciones con las que quieren contratarte y muy mal se tendría que dar para que no pases a la historia como uno de los mejores cantantes de rock. Escúchalos, piénsalo y, si me admites un consejo de perro viejo, no bases una decisión tan importante en personas. La gente es efímera. Los que hoy están mañana se van. Esto podría cambiarte la vida.

Tenía mi gran oportunidad al alcance de la mano y lo único que pensé fue:

«Noah jamás lo permitiría, ¿y yo?»

Verso 2

MARINA

Carlota me llamó para vernos el día antes de que empezase como ayudante de cocina en el club de golf, es decir, esa misma mañana. Gracias a Héctor me habían cogido en el restaurante para un período de prueba ampliable y también habían cuadrado mi horario con el de los otros compañeros con la intención de dejarme libre el sábado del concierto y..., bueno, ¿dónde estaba el botón del pánico para pulsarlo cuando una lo necesita?

Era broma.

En realidad estaba mentalizándome de lo que ocurriría al cabo de pocas horas, y esa salida y la posterior escapada a la exposición donde las alumnas de Rosario exhibirían las pinturas de Leo por la tarde me vendrían bien para desconectar y destensar los nervios que hormigueaban por todo mi cuerpo.

Los sueños, si es que lo mío se podía llamar así, eran curiosos. Bonitos y aplastantes a la vez. Te consumías en ilusiones cuando no los tenías y cuando llegaban anudaban en tus tripas el vértigo. Una especie de miedo desagradable

a no valer, a descubrir que la fantasía solo me gustaba cuando estaba modulada por mi cabeza, cuando se reproducía como una especie de tráiler de película con banda sonora y las mejores escenas seleccionadas y además, en mi caso, con el añadido del punzante «qué dirán», que no quería que me afectara, pero lo hacía.

Constantemente trataba de aumentar mi autoconfianza y de disminuir la importancia que les daba a las opiniones ajenas. Lo intentaba de veras. Vamos, tanto que en las últimas semanas había enseñado el pompis haciendo una peineta de sobresaliente a los periodistas, había lucido un vestido con trasparencias y me había quedado semidesnuda con Leo en un baño. Esos actos, que podrían resultar estúpidos e inconscientes, eran avances inconcebibles un par de años antes (¿yo? ¿Enseñar piel? Ja). La terapia y mi constancia para curar mi mente estaban funcionando, a lo mejor no a la velocidad que mi yo impaciente habría deseado, pero lo hacían. Con todo, quedaban detalles de mi personalidad imposibles de arrancar de cuajo y...

Trabajaba para no castigarme por ello... Para no flagelarme por ser como era.

Es decir, luchaban años contra un puñado de meses de autodescubrimiento.

Años dedicada a la apariencia y a la perfección.

Años de la modélica estudiante y la hija perfecta esforzándose a tiempo completo para que el cúmulo de halagos catapultasen los insultos del pasado.

Años de imagen que al día siguiente se esfumarían cuando los amigos de mis padres me viesen en el club trabajando para el novio de mi padre. Daría que hablar.

Daría mucho que hablar. Mi familia ya estaba en boca de todos y este era el lacito para envolver el tipo de cotilleo jugoso que encantaba en forma de regalo y dejárselo en las manos.

Habría comentarios de todo tipo.

—Mírala. El divorcio de sus padres le está pasando factura. Primero rompe con su novio, luego abandona la licenciatura, se hace roquera y ahora trabaja codo con codo con el amante de Ignacio mientras Eloísa no es capaz de levantar cabeza...

—Qué desagradecida. Con todo lo que ha hecho esa mujer por ella mientras su marido la engañaba con hombres.

—A mí me da pena. Necesita ayuda. La han desestabilizado tanto que está destrozando su futuro.

—¿Habéis probado sus platos?

—Sí.

—Qué tomadura de pelo. No tienen calidad alguna...

Esas serían algunas de sus palabras y me preocupaba. No quería que me afectasen, pero no quererlo no significaba conseguirlo. Era bastante probable que, en el estado de nervios en que me iba a hallar por mi estreno, sus palabras directas o las muecas discretas que dedicasen a mi paso me desestabilizasen. No me consideraba tan radical como mamá para pensar que la gente era mala así en general, víboras, como ella las definía. Tampoco tan ingenua como para confiar en que el chisme no les serviría de base para el entretenimiento del día. Más desde que mi padre había confirmado que estaría allí acompañándome.

—Reserva la mesa de siempre para comer ese día —le había pedido a Héctor, que había levantado las cejas comprendiendo la situación que se podía dar.

—¿La de vuestra familia? ¿Estás seguro de que no prefieres cambiar, cariño?

—¿Por qué íbamos a hacerlo? No tenemos nada de que avergonzarnos.

Por su parte, mi madre todavía no se había pronunciado y dudaba (y mucho) que lo hiciera. ¿Para qué? A ver, ambas sabíamos que no vendría. Desde que Ignacio se había ido, ella solo se había dejado ver fuera de los muros del chalet para protagonizar con Leo la versión más surrealista de la novela de Moccia. Nada más. Pretender que fuese a apoyarme en mi primer día al lugar donde se concentraban las personas a las que quería evitar a toda costa era como imaginarla haciendo un salto de longitud que superase el actual récord mundial, y a Eloísa le gustaba el ejercicio tanto como a mí en el instituto.

Negué con la cabeza para dejar de darle vueltas y subí la escalera de la parada de metro de Buenos Aires.

Había quedado con Carlota allí no sabía muy bien para qué después de una llamada que no me había arrojado demasiada luz sobre sus intenciones.

—¿Fuiste con Noah a tumbarte en una sombra del parque de las siete tetas?

—Eh..., no.

—Entonces te tumbarás conmigo.

Así pues, disponía de poca información (mi mal endémico) y estaba ilusionada y nerviosa, expectante después de su misteriosa despedida.

—Tengo que pedirte un favor muy importante, Marina.

Fuera cual fuese (a no ser que pusiese mi integridad física en peligro), lo haría. Carlota era más que la hermana de Noah. Era mi amiga y, aunque últimamente no teníamos todo el contacto que me gustaría, una nunca olvida a la persona con la que puede quedar para llorar bajo la lluvia cuando lo necesita. Además, cada vez estaba más segura de que la amistad no se medía por el tiempo que estabas con alguien, sino por la calidad de los segundos compartidos.

La rubia apareció quince minutos tarde. Iba pizpireta con un vestido de Agatha Ruiz de la Prada de manga corta rosa con tomates rojos estampados y una coleta con una horquilla y una flor amarilla a uno de los lados.

—¡Lo siento! ¡Lo siento! ¡Lo siento! —saludó irrumpiendo como un tornado que me recordó a su «¡perdón!, ¡perdón!, ¡perdón!» de la primera vez—. Me pongo con los encargos de la web y me olvido del tiempo. Soy una *workaholica*, pero compenso con cerezas. —Sonrió y me mostró la bolsita de papel con la fruta antes de darme un abrazo corto—. Son de la frutería favorita de Noah. ¿Te importa que hoy hablemos de él?

Carlota, en menos de un segundo, hizo lo que llevaba demandando meses, preguntar.

—Me gustaría que hablásemos de él —confirmé.

—Genial. —Me agarró del brazo y tiró de mí para que anduviésemos—. A mí hay días que me apetece hablar de él tooooodo el rato, hasta con desconocidos, y otros en que si aparece en mi cabeza lo empujo fuera a patadas. El duelo

es muy desorganizado, Marina, por eso pregunto. —Chasqueó la lengua frustrada y sonrió.

Consolaba saber que no era la única que le estaba pillando manía a ese proceso. Era agradable que alguien comprendiese exactamente por lo que estaba pasando. Supongo que el ser humano a veces anhela ser único y otras necesita que le recuerden que es terriblemente ordinario.

—Te entiendo. —Le devolví la sonrisa agradecida por abrirme los ojos. No era especial y eso, lejos de molestarme o de hundirme, me alivió. Demostraba que, si otras personas tan corrientes como yo habían logrado superarlo, ¿por qué no iba a hacer lo mismo? Quizá no hoy. Ni mañana. Ni dentro de un año. Pero alguna vez en el horizonte desdibujado del tiempo...—. Por cierto, enhorabuena por la web, Vic me ha comentado que la venta de colgantes está siendo todo un éxito.

—Hay lista de espera de dos semanas. —Alzó las cejas orgullosa entornando los ojos almendrados—. Al ser artesanales tardo mucho. Quiero que cada uno sea distinto y no puedo competir con las grandes superficies.

—Por ahora.

—Ni nunca. Me gusta mi trabajo. El cariño que le pongo mientras lo hago no es por los demás, es por mí, a no ser que conozca a la persona. Diseñarlo con papel y lápiz, darles forma con paciencia y conocer cómo brillan sus vértices cuando incide la luz me hace muy feliz. Si lo que tengo me gusta, ¿por qué me voy a agobiar por querer lo que les gusta a otros?

Sonrió de nuevo y pensé que me gustaría escucharla a todas horas para aprender de su filosofía de vida. El semáforo pasó de rojo a verde y Carlota me avisó para que cruzásemos la carretera. Una vez que lo hicimos, llegamos al camino de arena que serpenteaba entre las montañas recubiertas de brillante y fresco césped. A esas horas había poca gente, el sol azotaba con fiereza con sus rayos y el calor sofocante se adhería a la piel.

Carlota y yo buscamos una sombra y nos dejamos caer al abrigo de un árbol.

Saqué las cremas protectoras y le ofrecí.

—¿Quieres?

—Gracias. —Se echó y después me la devolvió.

La extendí por la piel de mis brazos, las piernas, el escote y, con más cuidado y aumentando de graduación, en la cara. Vestía unos *shorts* de pierna suelta marrones, camiseta *beige* de tirantes abotonada al medio y, a pesar de haber cogido algo de color en Roma, mi tonalidad pálida por naturaleza podía seguir compitiendo con la del tierno Copito de Nieve.

Cogí una bocanada de aire.

Las vistas desde allí eran sobrecogedoras.

Madrid se extendía delante de nosotras como un mar pardo con los rascacielos al fondo.

—El favor que quiero pedirte tiene que ver con los colgantes... —Carlota rompió el silencio. Me sorprendió. Yo no tenía mala relación con las manualidades, pero tampoco tan buena como para echarle una mano y que bajase la lista de espera—. Y con Leo.

¿Leo?

Me tensé.

Que su nombre apareciese en cualquier contexto mientras hablaba con la hermana de mi novio me hacía sentir incómoda. Y era raro, porque las dos éramos amigas, pero más raro sería que descubriese que me había colgado por el mejor amigo de su hermano, aunque, ah, seguía queriendo a rabiar a Noah y... El agobio habitual que experimentaba al pensar en el tema ascendió por mi garganta como si fuese un ácido que me provocase ganas de vomitar.

—¿Estás bien, Marina?

—Sí —mentí, y, como no me creyó y era Carlota, en lugar de hacerse la tonta, planteó el interrogante que cualquier persona habría rehuido.

—¿Estás así porque Leo y tú tenéis algo?

«¿Qué?», me alteré.

Ella no podía saberlo.

Ni de coña.

Nadie se lo había contado y, de ser falsa mi suposición, le cortaría la cabeza a la persona que se hubiese ido de la lengua por bocazas y...

—Vic me habló de vosotros. —Bien, ya conocía el nombre de la afortunada que iba a morir asesinada durante las próximas doce horas—. Está muy contenta por Leo, y por ti, aunque más por él. Siempre ha querido que le pasen cosas buenas. Y a mí no me parece mal.

Parpadeé noqueada.

La miré confundida.

«No he escuchado bien.»

«No he escuchado bien.»

«No he escuchado bien.»

Lo que quería era mandarme a paseo bien lejos por mi falta de respeto.

Eso sí que tenía sentido.

—En serio, Marina.

—¿Cómo te puede parecer bien? Noah... —gimoteé.

—En realidad, mi opinión aquí no importa, pero si conocerla te puede ayudar... Desde mi punto de vista, la situación es así: tú quieres a Noah, Leo quiere a Noah, y entre vosotros dos también os queréis. Yo solo veo amor. ¿Por qué no me iba a gustar? —Arrugó la frente y...

—Lo has dicho en presente —los ojos me escocieron—: tú quieres a Noah.

—Claro, para mí siempre serás la novia de mi hermano y ahora quizá la de Leo. No te he traído aquí para echarte nada en cara y luego hablarte de los partidos de baloncesto que Noah jugó en las pistas de ahí enfrente y que te sientas mal por rehacer tu vida, Marina. Al contrario. Te he traído para que tú, que lo conoces mejor, me eches una mano con Leo. Es la imagen de mis colgantes y no ha querido cobrarme nada. Me gustaría hacerle un regalo, pero no doy con el diseño perfecto para él. Ese es el favor. Que me ayudes con la lluvia de ideas y entre las dos demos con algo que sea chulo y que lo alucine. Y después, sí, contarte cosas de mi hermano que no viviste y que tú hagas lo mismo conmigo para que tengamos nuevos recuerdos de él y no todo sea llorar bajo la lluvia. ¿Qué me dices? ¿Te parecería bien que quedásemos de vez en cuando, nos tumbásemos en este césped y nos contásemos un recuerdo, uno solo de él, para ir saboreándolos y que duren más? Cuando se nos

acaben podríamos llamar a la gente que lo conoció y que ellos también nos cuenten solo un recuerdo por día, así nunca pararíamos de saber cosas nuevas de él. No puedo decir que sería como si nunca se hubiese marchado, pero sí como que de vez en cuando regresa, ¿no?

—Me encantaría compartir recuerdos contigo y... —Tragué saliva—. ¿Podrías hacer un colgante que pesase exactamente veintiún... —lo pensé mejor—, no, treinta y un gramos y medio?

Verso 3

LEO

Hay una cosa de la que nadie te avisa y es que cuando alguien te importa le das poder sobre ti. Es la letra pequeña de las relaciones. Lo descubrí en el salón de Dinamita cuando la solista me dejó plantado sin dar señales de vida la tarde que se suponía que me acompañaría a la galería de Rosario para la inauguración de mi exposición como modelo.

Normalmente, me daba igual ir solo a los sitios, lo que me jodía era que le había dicho que era importante y aun así me había dejado tirado. Experimenté la decepción y no era un sentimiento tan arrasador y automático como el prender una cerilla de la ira o del miedo, pero sus llamas aparentemente más enclenques y frágiles se extendían de forma constante y abarcaban más. Te quitaban las ganas, y las ganas siempre lo son todo.

Alcé la barbilla y ojeé el reloj que colgaba en la pared del salón.

«En cuanto la manecilla más larga supere de nuevo las doce me piro. Marina tiene un minuto más», me dije.

Habían pasado cuarenta y cinco desde la hora a la que habíamos quedado y no me había enviado ningún mensaje ni me había llamado, y... Estaba cabreado, maldita sea, pero más que mosqueado estaba desilusionado, y todavía más que esas dos cosas juntas deseaba que la solista apareciese apurada en el último segundo por la puerta de la entrada, con el móvil estropeado, y me pusiese un contundente punto en la boca por haber desconfiado de ella.

Sin embargo, nada de eso sucedió y...

—Me voy. Si Marina pregunta por mí, le decís... —Me callé —. Mejor no le digáis nada.

D’Artacán, Giuseppe y Nana estaban en el salón conmigo con cara de circunstancias (bueno, el gato solo tenía una cara, la de «dame de comer»). Eloísa también nos acompañaba, aunque andaba un poco distraída. Había terminado de darle caña al Zimmerman y ahora se veía las caras con un tal Víctor sacado de *En los zapatos de Valeria* que la tenía todo el día con la risa tonta en la boca y sofocos por los que yo le susurraba al pasar por su lado para elegir mi novela de nuestro club de lectura romántico:

—Estás bien cachonda, ¿eh?

Y, como respuesta, ella se excusaba con un:

—Un poco de respeto. Es la menopausia. —Pero no paraba de devorarlo. Al libro y a Víctor.

La cuestión es que estaba rotando sobre los talones para largarme cuando la madre de Marina nos sorprendió a todos al cerrar el libro para levantarse y erguirse.

—Dame un segundo, que coja el bolso, y nos vamos. —Enarqué una ceja y deslicé mi dubitativa vista hacia los italianos por si ellos entendían a qué venía ese arrebato. A

lo mejor se había puesto hasta el culo de Moët & Chandon y me lo había perdido o en la novela aparecía la dirección del tal Víctor y me iba a obligar a llevarla hasta su casa para secuestrarlo y sodomizarlo.

Con la madre de Marina uno nunca sabía.

Lo que tenía claro era que bajo ningún concepto su frase venía a decir que...

Porque era imposible, ¿verdad?

—¿Vas a acompañarme? —vacilé.

—Es tan agotador tener que explicártelo todo siempre, Leonardo... —Eso era un sí—. A este paso me provocarás migrañas. —Eso era un «te acompaño porque me da pena que vayas solo, pero como hagas algún comentario al respecto de que estoy saliendo a la calle por ti te lanzo la primera figurita de cerámica que pille»—. ¿Alguna objeción con que disfrute de una exposición esta agradable noche de julio?

—Ninguna —repuse, y para destensar el nudo que amenazaba con formarse en mi garganta sonreí dándole caña como a los dos nos molaba—. Espero que el retrato de mi rabo esté a la altura de tus expectativas.

La mujer se detuvo un instante para contemplarme con desdén.

—Olvidas que ya tuve ese honor y quedé del todo decepcionada al ver su tamaño, y desde luego el grosor tampoco era para tirar cohetes. —Me la devolvió por bocazas—. La única oportunidad que tendrías para impresionarme sería que los artistas se hubieran tomado muchas, pero muchas licencias —siseó.

—Así que admites que me la miraste en el baño. Es muy halagador, Eloísa. —Reí y, mientras ella subía a coger el bolso, desvié de nuevo los ojos hacia la puerta deseando que su versión más joven con idéntica mala leche y unos incisivos de infarto apareciese y... La mujer bajó de nuevo sin que hubiese sucedido. Me quedé con las ganas, desinflado.

—Estoy lista.

Fuimos en un taxi porque Eloísa se negó a viajar conmigo de paquete en la moto. Al llegar, en la galería de Rosario ya estaban Íñigo, Nadia, la dueña y papá, que no paraba de decir con el pecho hinchado de orgullo:

—Eso lo ha sacado de mí. —Él se refería a mis abdominales. A un lienzo en particular bastante anatómico en el que la artista había trabajado cada línea de mi cuerpo. Sin embargo, si seguías la dirección que marcaba su dedo llegabas a...

—Papá, deja de señalarle el pene —lo reprendió sonrojado mi hermano, y emití una sonora carcajada.

Molaba que me apoyasen y que el viejo estuviese orgulloso. Además, a mí no me importaba que la peña me viese desnudo (era algo natural) y tampoco que desconocidos se hiciesen con las pinturas y las pusiesen en su salón. La razón iba más allá de mi movida interna. Aquellas alumnas que estaban con sus familiares y amigos por allí pululando, mujeres en su mayoría, eran jodidas artistas. Había visto todo el trabajo, el esfuerzo y la dedicación que habían puesto detrás de cada uno de los cuadros que colgaban expuestos, y también la rabia, la frustración y las ganas de tirar la toalla cuando tenían que

desechar un cuadro y empezar de cero porque «ha perdido el alma, Rosario», le decían a la profesora. Eran profesionales, igual que lo había tenido que ser yo posando. Puede que siempre me refiriese a ello como «enseñar el rabo» porque a mí me molaba provocar siempre que se presentaba la oportunidad, pero la realidad es que había tenido que pedirle consejos a mi compañera, la tía que se desnudaba los días alternos en los que yo no estaba, y, aun así, las primeras jornadas habían sido un infierno en el que rara vez daba la talla. Supongo que hay profesiones desconocidas y exóticas que se ningunean por la mala costumbre de juzgar desde el desconocimiento; sin embargo, yo ya conocía lo dura que era la profesión y, plantado allí, delante del resultado, pensé que era bestial.

—¿Planeas convertirte en modelo, Leo? —me preguntó Eloísa deteniéndose a mi derecha con una copita de vino blanco entre las manos.

Le había presentado a mi familia minutos antes y, al contrario de lo que podía haber pensado, no se había comportado de forma altiva con ellos. Seca sí, pero es que su personalidad era un poco mustia, como los cactus que pasan del agua y rara vez se mueven. No sé. Me caía bien, y que estuviese allí por mí... era conmovedor y a la vez acentuaba todavía más la ausencia de la persona en la que no había dejado de pensar ni un puto segundo desde la boda.

—Da poca pasta —resolví encogiéndome de hombros, y apunté al cuadro que teníamos enfrente con un movimiento de barbilla—. Deberías comprarlo antes de que se te adelanten, Eloísa. Pertenece a una colección exclusiva e

irrepetible. Toda una pieza única que quedaría de lujo al lado de tus novelas estimulantes.

Todas las pinturas tenían un algo. Algunas más y algunas menos, pero con ninguna me libraba del pellizco. Me resultaba fascinante pensar en como las artistas habían visto lo mismo (es decir, a mí) y habían tenido percepciones diferentes realizando trabajos distintos con sello propio. De entre los expuestos, el que estábamos contemplando era mi favorito. No entendía de colores, líneas, profundidad ni técnica, solo que al verlo me cautivaba y me hacía permanecer hipnotizado, suspendido unos segundos en sus tonalidades distorsionadas y en el foco que le ponía a mi mirada gris evadido del mundo.

—Conozco otras maneras de tirar el dinero —apuntó la mujer, y curvé los labios de lado.

—Pero en ninguna sale un chico tan guapo. —Le guiñé un ojo.

Eloísa se removió.

—Llevo un tiempo dándole vueltas a cómo podría vaciar mi parte de la cuenta bancaria con Ignacio y me he planteado la posibilidad de montar un negocio de organización de eventos. Creo que funcionaría. Todas las arpías me contratarían encantadas de demostrar su superioridad y..., bueno, yo podría resarcirme cobrándoles el doble de su precio. —Elevó levemente las comisuras de sus labios con picardía y añadió—: Necesitaré alguien de confianza para que me eche una mano con los asuntos florales, Giuseppe está mayor y me he fijado en que a ti no se te da del todo mal...

Enarqué una ceja.

¿Estaba haciendo lo que pensaba que estaba haciendo?

Mejor confirmar.

—¿Estás ofreciéndome que trabajemos juntos?

—¿Qué? Desde luego que no. —Ah—. Estoy ofreciéndote que trabajes para mí, Leonardo. Sería tu jefa. Je-fa. Una superior muy exigente a la que no te convendría sacar de sus casillas, si es que te ves capaz de cumplir el riguroso requisito.

Parpadeé.

«Vaya con Eloísa.»

La oferta me pilló del todo desprevenido, igual que me había sucedido con la de J. ¿Quería currar con la madre de Marina encargándome de las flores? ¿Prefería que mi carrera musical despegase? Era una decisión importante y, joder, yo no sabía tomar decisiones de ese tipo; solo sabía jugarme el destino a cara o cruz, o a piedra, papel o tijera. Aquello me venía grande. Tarde o temprano debería hacerlo, darles una respuesta a ambos; sin embargo, no resolvería mi futuro en cinco minutos en la galería de Rosario rodeado de retratos míos con la polla al aire.

—Tengo que pensarlo —concedí más serio de lo habitual en mi trato con ella, y, hablando de cosas serias, había un tema que tenía en la punta de la lengua y que no podía posponer más—. Deberías ir al club de golf mañana.

—¿A tantear posibles clientas? Antes sería recomendable tener algo de estructura...

—Por Marina —la interrumpí, intuyendo por dónde iba a tirar para evitar hablar de ello—. Empieza a currar allí, pero eso ya lo sabes, y la conocemos. Va a estar como las motos.

Nos necesita, Eloísa. Es el tipo de momentos en los que hay que estar.

Hizo una pausa.

Era consciente de que llevaba razón. Dinamita estaría atacada, ya estaba atacada, y distinguir una cara familiar le vendría bien.

—Ignacio va a ir. Héctor es el *maître*. Si acudo yo, será la fiesta padre de los cotilleos. La gente se frotará las manos. Hablarán y... —Se calló. «No sabe si está preparada», completé por ella. Carraspeé y la miré fijamente.

—Pues que hablen.

—Ja.

—No lo digo de coña. Tu hija es más importante que los comentarios que puedan hacer. Pero, si tanto te preocupan, tienes permiso para agarrarme de la cintura y hundir las manos en el bolsillo trasero del vaquero.

Negó con la cabeza.

—¿Qué se supone que soluciona mi mano en tu bolsillo, Leonardo?

—Creerán que soy el yogurín que te trajinas en sustitución de Ignacio y, joder, estoy muy bueno, Eloísa, muy bueno. ¿A quién le van a interesar las infidelidades o que tu marido sea gay si te follas a semejante monumento...? —Puso los ojos en blanco y concluí bajando el volumen—: Además, si no estás, si te quedas en el chalet, te arrepentirás. No te hagas eso.

Ladeó el rostro y me observó perspicaz.

—Has dicho «nos necesita».

—Sí.

—Te has incluido... Tú... ¿vas a ir?

—Pues claro.

—Pero estás enfadado con ella.

—¿Y qué? —No entendí la relación, que estuviese mosqueado con su hija no significaba que no le desease lo mejor.

Eloísa permaneció un rato en silencio, reflexiva, prestando atención al cuadro, y finalmente asintió.

—Iré —confirmó. Después la mandíbula le tembló ligeramente y al hablar lo hizo flojo, con el tono más vulnerable y quebradizo que nunca le había oído y que jamás volvió a emplear conmigo, tragando saliva para deshacer los nudos que las palabras formaban en su voz grave y tomada a su paso por la garganta—. Cuando era joven me quedé embarazada y perdí el bebé. Sabía su sexo. Iba a ser un niño y... no me habría importado que él hubiese sido como tú, Leonardo.

Conocía su historia por Marina. Era dura y terrible. Dejé caer mi mano a un costado de mi cuerpo para rozar el dorso de la suya. La mujer se estremeció y su pecho se sacudió. No la retiró.

—Gracias, Eloísa.

Aguardé un segundo y la envolví con mis dedos. Ella apretó los dientes para contener las lágrimas. Desconozco cuánto tiempo estuvimos así. Pasaba de saberlo. Solo que al final recuperó la compostura y con la expresión severa de siempre pronunció:

—He dicho que no me habría importado, no que fueses mi primera opción, que te quede claro.

—Me queda.

Agarró mi mano, enlazándola con sus dedos, y refunfuñó mirando el cuadro.

—Cien euros por este despropósito, ¿a quién se le ocurre?

Verso 4

MARINA

Empecé a trabajar en el club de golf un día del mes de julio en que hacía un asfixiante calor de mil demonios y el aire acondicionado de la cocina se había estropeado. Genial. *Spoiler*: va a ser que no. Por ese motivo, mis compañeros y yo teníamos que asomarnos de vez en cuando al salón principal, más que nada para que nos diese el aire fresquito y no fundirnos y deshacernos en una desagradable masa acuosa de sudor.

Fue en uno de esos viajes cuando el Espagueti (Héctor mientras estuviésemos trabajando) me interceptó.

Al final, todos mis quebraderos de cabeza fueron infundados. Nada de lo que me temía había pasado. El personal iba a su bola y me habían recibido como a una compañera más, sin fuegos artificiales ni cavándome una tumba. Algunos más majos. Otros menos. Vamos, lo que viene siendo habitual al acceder a cualquier puesto. Además, la primera jornada había sido un poco de aterrizaje. De hecho, me había recordado al primer día de colegio, más de hacerme con las instalaciones y el modo de

trabajo que de ponerme manos a la obra con los utensilios de cocina y los platos.

¿Era como lo había imaginado? No.

¿Me gustaba? Por el momento, sí.

Con eso bastaba.

En cuanto a los clientes (nuestros conocidos), no me veían y yo tampoco había puesto empeño para que lo hicieran. El club de golf estaba dividido en varios espacios. La majestuosa entrada con abetos a los lados que conducía al *parking* exterior, el edificio con los vestuarios y el baño, la zona de aprendizaje, los hoyos y el restaurante, con salón interior y una terraza exterior con vistas al césped en la que se concentraba la mayoría de la gente. Si yo no salía, para ellos no existía. Y no pensaba hacerlo hasta que, pues eso, Héctor me interceptó en una de mis necesarias visitas al aire acondicionado.

—A ti te estaba yo buscando —dijo y, por el gesto medio desencajado y pálido que traía, pensé que me había metido en un lío por abandonar mi puesto de trabajo.

Cambié el peso de una pierna a otra y me mordí el labio cabizbaja.

—Lo siento. No tendría que haberme ido, pero —le mostré las palmas de las manos— están empapadas, todo se me resbala y..., esto..., el calor que hace allí dentro es criminal. De hoy no pasa que a alguno le dé una lipotimia y...

—¿De qué hablas? —me cortó dubitativo.

—Del motivo por el que estoy aquí. Has venido a regañarme y te exponía las razones por las que...

—Eh, no, no. Faltaría más, Marina. Que el aire acondicionado se haya averiado es una faena para todos y..., vaya, que comprendo las escapadas perfectamente. Ya he dado parte a los del seguro y están de camino para arreglarlo.

—Ah —suspiré aliviada, y arrugué el entrecejo—. ¿Entonces?

—Sin paños calientes —colocó sus manos en mis hombros y me miró fijamente—. Hay una mesa en la terraza que reclama tu presencia. Quieren felicitarte y... está tu padre —informó, y sonreí, ya lo sabía—, algunos amigos —suponía que Emma aparecería—, Giuseppe y Nana —ellos nunca fallaban— y...

—¿Sí?

—Tu madre, Marina, tu madre.

—Oh.

Abrí la boca tanto que casi se me desencaja la mandíbula. Con aquello no contaba. No contaba para nada. ¿Mamá? ¿Allí, con sus amigas pululando? Era inverosímil.

—Ha entrado vestida como una diva del brazo del bomboncito de su novio veinteañero y se ha sentado al lado de Ignacio.

Vale, se mascaba la tragedia. Ese reencuentro de Doña Moët & Chandon y su ex no podía ser pacífico.

—Ha montado una escena, ¿verdad? Es lo que vienes a decirme.

—La cuestión es que... no. —Parecía igual de confundido que yo—. Está hablando con él educada, y hasta me ha saludado con un «hola» sin mandarme al infierno. Parece... relajada. Aun así, he tomado mis precauciones. Por si acaso,

he mandado a su camarero que sustituya los cuchillos de sierra por los de filo redondo, pero si me preguntas, si te digo mi opinión, creo al noventa y nueve por ciento que no va a montar nada, que está aquí por ti y que el resto le da igual.

¿Mamá pasando del qué dirán por mí?

O iba drogada para aplacarse o...

«Te quiere, boba, y es su manera de empezar a demostrártelo.»

Negué con la cabeza, todavía sin poder dar crédito a la información que Héctor me trasladaba y...

—¿Estás seguro de que es ella? Eloísa no tiene novio…

—Novio, rollo, yo qué sé. Lo único que te puedo confirmar es que viene muy bien acompañada de un rubio cañón que me ha revolucionado al personal y a buena parte de la clientela, y que ella llevaba la mano bien metidita en el bolsillo de los pantalones tocándole el culo.

Sufrí un escalofrío.

Era Leo.

No podía ser otro.

Confirmé a Héctor que iba a salir y... Dicen que a las personas se las conoce en los malos momentos. En los buenos es sencillo mostrar la mejor cara. Es en los enrevesados, cuando todo se complica, donde aflora incontenible la esencia que tienes dentro. Y la del solista de los ojos grises era...

Estaba mosqueado. Lo sabía y lo entendía, que conste. La tarde anterior había perdido la noción del tiempo con Carlota. Habíamos estado haciendo su colgante para que estuviese listo antes del concierto; yo había puesto el móvil

en silencio y, con la ilusión de lo que teníamos entre manos, me había olvidado por completo de la exposición.

Era importante para él. También para mí. Y me habría gustado poder decírselo y disculparme nada más llegar a casa, pero no me había dado la oportunidad. Por la noche, al volver desde Vallecas, el solista ya estaba durmiendo (o fingiendo que lo hacía para no hablar conmigo cuando me había asomado a su habitación) y por la mañana yo me había marchado muy temprano para estar en el restaurante media hora antes de la que me habían dicho por mi exquisita (y excesiva) puntualidad.

A esas horas todavía no había podido explicarme. Prefería que fuese a la cara antes que por un frío mensaje de WhatsApp y, con todo, sin saberlo, allí estaba. Lo distinguí arrebatador en la mesa arropada con el pulcro mantel blanco, al lado de Vic y de Carlota, rodeado de Enzo, César, Martín, Emma, Giuseppe, Nana, Ignacio y, efectivamente, no habían sido alucinaciones de Héctor, también estaba mamá. La gran Eloísa sonriéndome sin atender los susurros mal disimulados de sus conocidos al distinguirme con el uniforme.

El corazón comenzó a bombearme con fiereza, y es que de algún modo adiviné lo que había sucedido, que la presencia de la mujer que me había traído al mundo se debía a él. Era por él. Leo la había convencido y el órgano hinchado y resbaladizo quiso decirle todas las cosas que aún no me atrevía a poner en palabras a base de potentes latidos que me dispararon las pulsaciones, aún más cuando, al intuir mi presencia cinco segundos antes que el resto, posó sus ojos en los míos.

Estaba guapísimo, de cortar el aliento, pero eso no importaba. Importaba que quería lo que tenía dentro. Y lo que tenía fuera. En aquel momento, acercándome a la mesa, comprendí que lo quería todo de Leo.

—Esto… —hablé al llegar frotando las manos emocionada—, no me lo esperaba. Gracias.

—*Ragazza* —dijo el italiano, totalmente recuperado de su lesión *fare l'amore*—, ninguno nos lo queríamos perder. Todos estamos encantados de verte triunfar.

—Soy ayudante, Giuseppe. —Me removí azorada—. Solo eso.

—Pero vas dando pasitos, cariño —se sumó Nana—, y cada día estás más cerca de estrenar la libreta de recetas que te di con todo mi amor.

Paseé la vista emocionada por ellos y al llegar a Emma me detuve.

La sonrisilla traviesa que gastaba no me gustó ni un pelo.

Ni uno.

—A la de tres. Como hemos ensayado, ¿eh? No admito fallos.

Acto seguido, todos llevaron la punta de los dedos a los bajos de sus camisetas y…

«Oh, no, horror.»

—Emma, querida amiga mía a la que adoro y que nunca me haría pasar un mal rato, no sé si el moco o el ojete dinamizado son apropiados para este ambiente, detente, porfi… —susurré con voz aterciopelada y una suplicante caída de pestañas.

¿Tuvo compasión?

La duda ofende.

No.

—Una..., dos... y ¡¡¡tres!!!

Entorné los ojos queriendo desaparecer de la faz de la Tierra y, un segundo después, los volví a abrir. La imagen de la camiseta que Emma habría comprado al por mayor con alguna oferta no era la del moco ni la de mi culete, era... una diferente. Mía, sí. De niña. No alcanzaba a ubicarla, y eso que hacía poco había revisado los álbumes familiares a mi regreso de Roma.

—Es del primer día que cocinamos juntas —aclaró Nana.

—No recordaba que me sacases una fotografía…

—Porque yo no la hice, fue ella —señaló con dulzura a su *ragazza*, a mamá—, y la ha conservado todo este tiempo.

Eloísa se removió en el asiento fatigada. Las escenas emotivas le provocaban urticaria. Sonreí agradecida y, justo cuando iba a cambiar de tema para darle un respiro, ella rompió su silencio de la forma más inesperada.

—Fue tu padre. Me llamó él. Estaba escondido detrás de la puerta ilusionado por verte tan contenta trasteando y... Él la ha guardado todos estos años, no yo. —Miró al hombre con el que había estado casada y firmó la paz—: Gracias por hacerlo, Ignacio.

—De nada, Eloísa.

Y así fue como mis padres se reconciliaron, mi herida comenzó a curarse y mi familia por fin tuvo la oportunidad que merecía de funcionar de verdad.

Verso 5

MARINA

Intenté aclarar las cosas con Leo en el club de golf en el primer instante a solas que tuvimos.

—Es tu día, Dinamita. Disfruta de él. Hablamos luego en el invernadero —me dijo.

—Llegaré tarde.

—Te esperaré.

Y allí estaba después de una larga, emotiva y muy agotadora jornada de trabajo en la cocina. Caminando por el jardín del chalet de noche rumbo al invernadero. Hundí la mano en el bolsillo de los pantalones cortos vaqueros y acaricié la superficie del colgante del solista. Carlota lo había puesto en el primer lugar de su lista de encargos y lo había terminado entre la tarde anterior y esa misma mañana, justo antes de venir a verme y darme la sorpresa. Su intención era dárselo durante la comida, pero en el último instante había cambiado de opinión y al detenerse a mi lado y dejármelo enrollado en la palma sin que nadie nos viese me había dicho:

—Dáselo tú.

Al principio, como era obvio, me había negado.

—No puedo. Es tu regalo, Carlota.

—Es mi diseño. El mensaje es tuyo. Hazlo. Le va a encantar.

La rubia llevaba razón. El colgante era más que el dibujo serigrafiado en la plata. Era una declaración de intenciones que, aun con los dedos enroscados en el pomo y a punto de abrir la puerta acristalada y cruzarla, no estaba segura de que me atreviese a llevar a cabo.

«Todavía no es el momento», me susurraba una voz dentro a la que yo contestaba: «OK, pero ¿cuándo?».

No tardé en encontrar al rubio ceniza. Estaba al fondo del invernadero, agazapado mientras observaba detenidamente una de sus flores con la luz de la luna y las pequeñas bombillas que Giuseppe había colgado tiempo atrás chispeantes como luciérnagas incidiendo en su silueta. Parecía concentrado y me armé de valor para enfrentarme a lo desconocido. Aquella no iba a ser una conversación por no haber ido con él a la galería. Al menos, no solo eso. Existían más palabras atrancadas entre nosotros y notaba como aumentaba la necesidad de Leo de escuchar algo que cuando trataba de materializarlo ahogaba mi voz y me producía un dolor sordo en el pecho en forma de pitido.

«Ojalá fuera más fácil. Ojalá lo hubiera conocido antes —pensé, y me contesté—: Pero entonces no lo habrías conocido a él. A Noah.»

Había momentos en los que reflexionaba acerca de lo maravilloso que sería tener un botón capaz de paralizar las emociones o anularlas. Poder activarlas y desactivarlas a mi antojo. Sería muy útil para no experimentar dolor, culpa,

miedo, pero por el camino corría el peligro de perder otras sensaciones que venían de la mano. ¿Valdría la pena entonces?

Abandoné mis divagaciones cuando estaba tan cerca de Leo que me escuchó.

—Se marchita, Marina. La flor. He probado con todo y no doy con la solución —apuntó antes de levantarse, retirar la arena adherida a sus pantalones vaqueros negros y mirarme. Estaba muy guapo, o sea, era Leo, pero sus ojos grises lucían muy cansados, y no se debía a la hora.

Me mordí el labio y odié ser tan torpe en las relaciones personales.

—Solo para entenderlo, ¿lo de la flor es un símil de nosotros o es verdad?

Curvó los labios levemente y algo se me incendió dentro.

—Es verdad —habló con calma—. Las personas somos más complicadas.

—¿La vas a tirar?

No sé por qué la idea me angustiaba.

—No hasta que no quede otro remedio. E incluso entonces creo que la conservaré. Se me da muy mal admitir que he fallado en algo que me importa.

Fruncí el ceño.

—Seguimos hablando de las flores, ¿verdad?

—Sí, Marina, cuando quiera decirte algo utilizaré tu nombre.

Cambié el peso de una pierna a otra e hice lo peor que se podía hacer con Leo.

Aparentar una seguridad e indiferencia que para nada sentía.

Fingir, en general.

—Mejor. —Enderecé la espalda—. Se me dan muy mal estas cosas.

—¿Cuáles?

—Las íntimas.

Sonrió apesadumbrado y tuve la sensación de que con cada intervención en lugar de arreglarlo la cagaba y nos estaba catapultando.

—No se te da mal. Sabes perfectamente lo que quieres, Dinamita, lo que pasa es que no quieres quererlo. —«No quieres quererme a mí», creo que eso era lo que pretendía decirme. Aun así, masoca de mí, requerí de su confirmación.

—¿A qué te refieres?

—A que te niegas a aceptar lo que sientes, y si tú no lo haces, yo estoy condenado a dar palos de ciego.

Nos sostuvimos la mirada. Una mirada profunda y penetrante cargada de todo lo que no se estaba diciendo en voz alta y a él le quemaba. Me habría gustado hacerlo, hablar de una maldita vez, y de nuevo me atravesó la molestia queda como una espina clavada, en esa ocasión a la altura de los pulmones, para silenciarme.

Traté de reconducir la situación a un terreno sólido y firme que controlase.

Derivarla hacia lo que sí podía explicar sin que nada, ni la fragilidad de mi mente ni mi corazón roto, se interpusiese.

—Mira, ayer lo que pasó fue que...

—Sé lo que pasó. Carlota me lo ha contado —zanjó dejando claro que no iba a permitir que emplease mis trucos. Ninguna distracción. Solo le valía la verdad. Tampoco pedía tanto. Sinceridad. Pero ¿cómo ser sincera cuando lo

que sientes es a la vez algo grandioso y aterrador? ¿Cómo decidirte a dar el paso si no manejas si admitirlo te elevará o acabará contigo?

Por segunda vez, me entregué a la cobardía y traté de engañarlo.

Colocar un velo de superficialidad y albergar la esperanza de que me seguiría la corriente.

Empecé con una espléndida sonrisa que ensanchó mis mejillas.

—Entonces, si te lo ha explicado ella, ya no hay problema.

—Sí lo hay. Somos nosotros. Tanta incertidumbre nos está matando.

Una sensación desagradable me recorrió las tripas y se instaló en mi estómago.

—¿Te has cansado de esperar?

—Me he cansado de no saber a qué estoy esperando. ¿Qué quieres, Marina? Pídemelo. Lo que sea. Y lo haré. Te lo juro.

«Te quiero a ti», resonó en mi cabeza, y, como me veía incapaz de pronunciarlo, me adelanté el par de pasos que nos separaban y lo besé. La boca de Leo me recibió cálida, firme, humedecida, con ese sabor que me retorcía las entrañas y me hacía desearlo. Sus labios se entreabrieron y sufrí una sacudida en la parte baja del vientre al sentir su aliento colarse.

Gemí por la anticipación.

Pensaba que iba a dejar que su lengua invadiese mi boca y me acariciase, pero entonces, con la respiración acelerada y el pulso disparado, se separó. Su cuerpo estaba en tensión

y se notaba a la legua que luchaba con todas sus fuerzas por contenerse. Si era así, ¿por qué narices paraba?

—No has dicho nada —logró articular con voz ronca invadido por un deseo tan visceral como desolador.

—Te he besado.

—¿Qué significa?

«Lo que crees, Leo, lo que crees.»

—Yo necesito oírlo, pero es que tú también necesitas decirlo para escucharte.

Me observó esperanzado y...

—Yo... Yo... Yo... —boqueé como un pececillo fuera del agua.

Como no lograba darle forma al torrente que tenía dentro volví a lanzarme a besarlo. Pretendía que mis anhelos hablasen por mí, pero él exigía que fuese yo, en primera persona, quien nos diese vida. Por segunda vez, se retiró. En esa ocasión, más consumido, abriendo y cerrando los dedos que luchaban por estirarse y agarrarme.

—¿No quieres acostarte conmigo? —dudé. Era lo que me gritaba el cuerpo, mensajes que lamían cada uno de mis átomos envueltos en la impotencia de no poder materializar en voz alta lo importante que era para mí.

—¿Qué clase de pregunta es esa? Dinamita, yo quiero desnudarte, follarte de todas las posturas posibles, morderte y chuparte, pero ¿eso es lo que quieres tú? ¿Todo lo que quieres?

«Te quiero a ti —repiqueteó de nuevo—, todo de ti.»

—Sí —mentí.

Sus ojos...

Sus bonitos ojos grises se desplomaron plomizos zozobrando y algo en mi interior también se resquebrajó. Bajó la cabeza con gesto constreñido, asimilándolo, y al alzarla de nuevo el deseo devoraba sus pupilas. Me besó con desesperación. Fuerte y exigente. Enloqueciendo mi pulso. Y yo hice lo mismo.

Sus expertas manos viajaron por mis costados y me atrajo contra él, provocando que sintiese el exagerado bulto de su entrepierna contra mi sexo y jadease al restregarme de placer. En ese momento, cuando de mi garganta brotaban gruñidos y exhalaciones descontroladas, deslizó sus dedos hasta mi trasero y me agarró de las nalgas con ímpetu. Apretó la estremecida carne con las yemas y me pegó más a él.

Mis piernas reaccionaron solas ante su movimiento para alzarme y de un salto se enroscaron envolviéndole la cintura estrecha y dura. Leo me cargó a pulso hasta la mesita de madera donde Giuseppe y él dejaban las herramientas, las tiró al suelo de un manotazo sin contemplaciones y me sentó encima. Lo primero fue la camiseta, me la sacó por la cabeza con gracilidad, y esta no había tocado la madera cuando ya se había arrancado la suya. Me observó hambriento y se deshizo de mi sujetador, los pantalones y el tanga, lo segundo todo de una vez.

Mi pecho subía y bajaba excitado y ansioso. Clamando más. Era evidente que Leo sabía lo que hacía. El lugar exacto en el que pulsar para que las terminaciones nerviosas de mi anatomía desatasen una placentera tormenta eléctrica por dentro. También era evidente que, bajo aquella aparente seguridad, el rubio ceniza estaba

experimentando cosas nuevas conmigo. Lo notaba en el modo en el que sus manos de vez en cuando temblaban un instante en mitad del recorrido por mi piel, en la manera en la que me besaba y en la expresión que se le dibujó en el rostro al verme desnuda. De incredulidad y total fascinación.

—Marina, eres precio... —No terminó la frase. Negó con la cabeza y se puso de rodillas.

—¿Qué haces?

Él me miró desde abajo con los ojillos chispeantes y una sonrisa maliciosa.

—Voy a comértelo.

—¿Cómo? —me atraganté.

—Si lo que deseas es sexo cerdo, voy a esforzarme en que sea memorable, Dinamita.

¿Era lo que deseaba? ¿Sexo cerdo sin más? O sea, estaba bien. Leo comenzó a lamer mi punto de placer concienzudamente y me arqueé de la impresión. Vaya, vaya, estaba más que bien y... El rubio continuó entregándose a la noble tarea de ponerme los ojos del revés, lo enganché del pelo, tiré y escuché el eco de su risa rebotando contra los cristales del invernadero cuando le grité:

—Oh, señor, ¿qué diablos estás haciendo?

—¿No sabías que una lengua era capaz de estas cosas? Te mola, ¿eh?

—Un poco.

—¿Cómo que un poco? —Asomó indignado con una ceja enarcada desde abajo y a mí también me dio la risa. Era raro. Estar haciendo algo así, tan intenso y..., esto, guarro, y

a la vez reír. De una intimidad incalculable—. Un mucho, Marina —me corrigió.

—No diría tanto —lo piqué. Ingenua de mí. Acto seguido, trazó círculos con su lengua y...—. Vale, sí, joder —admití con todo el cuerpo al borde del colapso, y tuve que sujetarme al canto de la mesa.

—No te lo tomes a mal. No tengo nada en contra de ti. Solo quiero mi matrícula de honor. —El muy maldito me vaciló y, si no le contesté automáticamente, fue porque estaba tan excitada que lo único que podía brotar de mi garganta eran gemidos y tacos.

—Ja. Una matrícula requiere mucho... —me torturó—. ¡La tienes! ¡La tienes! ¡La tienes!

—No te oigo...

—Hasta en el sexo eres irritante —bufé y él se empleó a fondo hasta que chillé—. ¡Tienes una matrícula de honor! ¡Una matrícula, idiota!

Sonrió, me miró a los ojos y lo noté. Una complicidad entre nosotros en la que me podría quedar a vivir toda la vida. Él experimentó lo mismo y la expresión se le entristeció.

«Díselo. Díselo. Díselo. Dile que estás enamoradísima de él. Que lo quieres de ese modo.»

Suspiré y...

—Estás muy húmeda, Dinamita. Quiero entrar en ti —dijo, y asentí, perdiendo la oportunidad de confesarle lo que él más deseaba.

Mis muslos se retorcieron mientras el solista cubierto de tatuajes se deshacía de la poca ropa que le quedaba y se ponía el preservativo que guardaba en la cartera. Contuve

el aliento mientras se hundía en mí y cuando estuvo completamente dentro pasamos a una fase más profunda. No hablo de sus movimientos. Leo tenía una manera de embestirme vigorosa, enérgica y muy masculina. Era más la manera en la que nos mirábamos, el anhelo de algo más que había en nuestros ojos cada vez que clavaba sus caderas con contundencia.

—¿Cómo es posible que tú no...? —gimió confundido dejando el «lo sientas» suspendido en el aire del invernadero.

Y lo hacía.

Claro que lo hacía.

Notaba que lo que había entre nosotros no era normal.

No lo era...

Continuamos haciéndolo sin apartar los ojos del otro y, cuando un escalofrío nos azotó advirtiéndonos de que se aproximaba el final, redujo el ritmo y me habló con voz grave y enronquecida.

—Córrete, pequeña, vamos. Quiero notar tu calor envolviéndome cuando me vaya. —Volvió a penetrarme una vez más, y otra, y me dejé ir con la respiración entrecortada, jadeando. Él se estremeció al percibir mi humedad, entró y, mientras lo atrapaba, cedió al orgasmo. Cerró los ojos y apoyó la frente en mi pecho, que estaba sudado. Entonces, susurró contra mi piel—: Marina, te quie... —Pero no llegó a terminar la frase.

Quise hacerlo yo.

Ser la que se lo decía.

Y me entraron ganas de llorar al comprobar que no podía.

Desvié la mirada y me topé con la cadena de Carlota encima de la mesa. Se había salido del bolsillo de mis pantalones cortos al desnudarme y estaba ahí. Brillante. Llamándome. Como una señal. Mandándome un mensaje.

—Leo...

—¿Sí? —Se apartó de mi cuerpo y me observó esperanzado.

Estiré la mano y cogí la joya plateada.

—Es el colgante que te hicimos. —Se lo mostré—. Tiene serigrafiada la forma de un corazón de los que te gustan, hinchado y resbaladizo, construido a base de flores.

El rubio aguardó por si había algo más, y lo había, claro que lo había.

Finalmente, lo agarró para colgárselo del cuello.

—Qué bonito —dijo, y yo solo pude sentir la congoja de haber omitido lo más importante que tenía que decir sobre la joya. Los treinta y un gramos y medio que pesaba y que podían haber devuelto la luz a esos ojos grises que en aquel momento se apagaron rindiéndose.

CANCIÓN 11

El día que encendimos las estrellas

Verso 1

LEO

—Menudo bajón, tío. —Enzo estaba tirado en el sofá de mi camerino del Wanda tratando de resolver el cubo de Rubik que no tenía ni puta idea de hacer mientras Vic, sentada sobre mis rodillas, terminaba de maquillarme las sombras de los ojos.

El gran día había llegado, o, más bien, la gran tarde.

Quedaba menos de una hora para nuestra actuación en la previa del concierto de Balazo al Corazón y acababa de contarles la oferta de J. en el restaurante en el que nos explicaban los platos y cómo había que comerlos, y la decisión que le había trasladado al encontrármelo por casualidad hacía unas horas en el cuarto de baño. De repente, viéndolo dar saltitos a la vez que se bajaba la

bragueta porque se lo hacía encima, lo había tenido clarísimo.

—Leo... —Vic bajó la brocha y me observó con su dulzura demoníaca—, si quieres hacerlo, si te apetece, adelante. No tienes que rechazarlo por nosotros. Es una buena oportunidad y nos alegraríamos una barbaridad por ti. ¿Verdad, Enzo? —Carraspeó al comprobar que su hermano no contestaba—. ¿Enzo?

—Eh, sí, sí, joder, casi me atraganto. —El mellizo había abandonado su nuevo juguete para ahogar las penas en los montados de jamón ibérico y tortilla de patatas que me habían dejado los del *catering* y lo tenían con la boca llena —. No puedes negarte, tronco. En tu lugar, yo aceptaría sin dudar y que os diesen —bromeó, y me guiñó el ojo—. No me hagas sentir una persona horrible, capullo.

Curvé los labios.

En realidad, ellos dos no habían tenido nada que ver en mi decisión. Bueno, sí y no. Cincuenta, cincuenta. Pero el detonante había sido una especie de fogonazo al encontrarme a nuestro representante, un fogonazo en forma de *flashback* que me había empujado al pasado, a la primera vez que de una manera tonta Noah me sugirió en serio que llevásemos a cabo la absurda idea de montar la banda de *rock and roll* que a veces, mientras componía, se le pasaba por la cabeza fundar.

Al igual que con J., los dos estábamos en el baño de un bar meando uno al lado del otro después de conocer a Vic en la consulta de la psicóloga cuando, con el «romántico» sonido de los chorros de fondo (ejem...), soltó:

—Podría molar, ¿sabes?

—¿Compararnos las pollas? —Fruncí el ceño. Si a él le iban esas movidas, podía darle una pensada.

Como respuesta a mi comentario, sus ojos se tornaron de un blanco exasperado. Cómo adoraba esos ojos irritados... Cómo los adoro.

—No, Leo, no. Lo que ha dicho la chica antes.

—¿El trío cuando pensaba que tú y yo éramos pareja? —vacilé.

—Formar un grupo de rock con ella y con su hermano —explicó para que cerrase la bocaza de una maldita vez.

Terminamos de mear en ese momento, nos la sacudimos (sin medírnosla) y fuimos al lavabo a limpiarnos las manos. Las enjaboné, me las aclaré y lo observé a través del espejo conforme el agua del grifo se cortaba. El bajista, con ese pelo castaño que siempre se le disparaba en todas las direcciones cubriéndole la frente y tapándole parte de la mirada expectante, estaba esperando a que lo hiciera, a que me pronunciara.

—¿Para qué querría yo formar parte de un grupo de rock, Noah? Ni siquiera soy un flipado del género como tú.

—Porque... —Iba a decir algo y se calló. Sustituyó la frase por una intervención más en mi línea para que no me pusiera tenso—. A los roqueros les dan copas gratis en los garitos y follan una barbaridad.

Vaya, vaya, de repente ser roquero no sonaba del todo mal.

Me llevé un dedo al mentón para hacerme el interesante.

—Con ese planteamiento... Podría tener el perfil de atractivo y rompedor solista —resolví, y él dibujó una sonrisa de lado.

—Eres un jodido creído, Leo.

—Me gusta más llamarlo realista, Noah.

Con esas dos pinceladas me tuvo dentro. Al Borde del Abismo nació y nunca más volví a darle vueltas a la conversación que sucedió en aquel cuarto de baño. Pero al toparme con J. en los aseos del Wanda reservados para el equipo lo había hecho. No a las palabras que nos dijimos. Esas me las sabía. A las que nunca fueron pronunciadas. Lo que seguía a su «porque...», y lo tuve. Averigüé el mensaje.

Noah siempre supo llevarme.

Lo vio antes que yo.

Mi soledad.

Y me dio justo lo que necesitaba.

Amigos para combatirla.

Sabía que si me lo proponía abiertamente:

—Ey, tío, una banda de rock sería una buena manera de que conocieras gente, y no te pongas muy exquisito, que tu contador está a cero.

En el estado de renegar del mundo y de la totalidad de los habitantes que vivían en él en el que estaba, me habría puesto a la defensiva, así que lo hizo de un modo más sutil. Lento. Inteligente e intencionado. Provocando que los conociera y que el tiempo y los momentos compartidos hicieran el resto. El trabajo duro.

Reconozco que la perspectiva de tener pasta y fama y ser una superestrella me atraía, no así el peaje. Su precio se me antojaba demasiado caro. Cuando pensaba en Al Borde del Abismo no rememoraba los aplausos, las borracheras... Bueno, puede que lo segundo sí. Nos habíamos pillado demasiados pedos acojonantes juntos. Pero la imagen que

siempre se repetía y aplastaba todas las demás era la de ellos.

Noah, Vic y Enzo.

Los ensayos. Los conciertos. Las risas.

Si no estaban en ese futuro, lo que ofrecía no me gustaba.

Así que supongo que tomé la decisión por ellos, pero sobre todo por mí. No quería volver a estar completamente solo. Y lo descubrí por estar acompañado. Por la persona que me arrancó de ese pozo y me enseñó a nadar. Por Noah. Era increíble como el cabrón seguía ayudándome a desenredar los nudos de mi cabeza incluso habiéndose ido. Increíble y... esperanzador.

La señal inequívoca de que existía.

Mi mejor amigo. En presente, como diría Dinamita. Para siempre.

—Bah —me encogí de hombros con indiferencia y mi mente regresó al camerino donde Enzo continuaba comiendo como un jabalí y Vic se preparaba con el lápiz para volver a mis ojos—, prefiero seguir dándoos el coñazo.

—¿Estás seguro? —insistió la batería, y asentí con tranquilidad atrayéndola contra mi cuerpo.

—Nena, somos una banda de rock, y las bandas de rock permanecen juntas hasta el final —pronuncié profundo, intenso, sincero. Orgulloso de mí mismo al crear una conmovedora aura que...

—Creo que se me ha metido algo en el ojo y voy a llorar. Ah, no, que me escuecen por las ganas de vomitar. Hostia, Leo, eres un tiernito de cojones. —Una conmovedora aura

que Enzo me jodió al estallar en carcajadas tras su comentario.

—Que te den.

—Tú no. Ya no eres mi tipo —continuó de coña examinando qué parte del mobiliario no estaba fija, ocupaba poco espacio y se podía llevar en la mochila como en los hoteles. Vic comenzó a pintarme de nuevo tarareando una canción y me reafirmé en mi decisión. Allí, concentrado en mi camerino, tenía exactamente lo que quería. No necesitaba más. Era feliz y lo único que me faltaba...—. Por cierto, en algún momento tendremos que hablar de que Dinamita se piró hace tres horas después del ensayo general y todavía no ha vuelto.

Lo único que me faltaba era ella, que dijese lo que quería de mí, y se lo daría.

Verso 2

MARINA

Escapé del estadio y acabé en la parada de metro de Miguel Hernández, justo al lado del muro de los grafitis y las declaraciones de amor hechas a bolígrafo. No entendía el motivo exacto que me había conducido a huir y a terminar allí, lo que no dejaba de ser irónico, porque, para no hacerlo, me estaba recreando de lo lindo.

Llevaba horas en Vallecas, ataviada con el *outfit* para actuar en el concierto (labios rojos, pañuelo de lunares anudado a la muñeca, vaqueros, zapatillas blancas y la camiseta de mi culo), mirando fijamente, casi sin parpadear, las huellas de mi novio, que descansaban en el cemento del paseo de la fama del barrio.

El detonante de aquel arranque al que no lograba encontrarle sentido había sucedido durante el ensayo. Concretamente, nada más terminarlo y retirar la referencia auditiva del agujero de mi oído. La prueba (siendo objetiva y con mi feroz autoexigencia) nos había salido perfecta. Con el tema principal resuelto, me había permitido durante unos segundos, mientras el equipo nos felicitaba, contemplar

ensimismada el estadio vacío y recrearme. Sus enormes dimensiones, todo el brutal equipamiento y el ruido de fuera colándose por el techo al descubierto para advertirnos de que al cabo de pocas horas el sonido se trasladaría dentro en forma de personas dispuestas a escuchar nuestra balada de rock.

El instante había sido mágico y sobrecogedor.

De esos en los que tus pulmones se hinchan rebosantes de oxígeno y el pecho comienza a agrietársete para retirar la capa de polvo que de vez en cuando nos rodea el corazón y dejarlo brillante. Había contenido el aliento con el aleteo de unas alas acariciando mi estómago y entonces... Entonces, Noah.

Quince minutos más tarde sorteaba a los miembros de seguridad y me marchaba de la avenida Luis Aragonés.

Nana me había encontrado la noche anterior en la cocina porque no podía dormir de los nervios y habíamos hablado del duelo. Hasta ese instante no había caído en la cuenta de que, desgraciadamente, a más edad, más experiencia tienes con la muerte y compartir las emociones, aunque fuesen propias y diferentes, podía ayudarme a comprender las partes a las que no encontraba sentido.

La charla había empezado con una taza de café recién hecho y un resumen bastante esclarecedor por mi parte del pensamiento que más circulaba por mi cabeza.

—Nana, a veces creo que he olvidado cómo se vive. ¿Me estaré volviendo loca?

—Qué tonterías dices, hija mía. —La mujer se había sentado enfrente, endulzando su bebida con tres cucharaditas de azúcar, y me había formulado una extraña

pregunta—: ¿Qué forma piensas que tiene el duelo, *ragazza*?

Con cualquier otra persona, en el acto habría fruncido el ceño. Con ella, no. Con la italiana todo tenía un sentido, aunque no lo distinguiese.

—Lineal —había resuelto tras pensarlo. Es decir, en la vida todo, absolutamente todo, era una recta. Inicio, desarrollo y desenlace. Aplicable a nosotros. Nacemos, vivimos y morimos, ¿no? Una teoría irrefutable. Siempre había principio y final. Siempre. Ella, sonriendo, había planteado el segundo interrogante.

—¿Y si te cuento que el duelo es un círculo?

Con la duda instalada en mi pecho, se había levantado para coger un paquete de harina del armario, despejar la mesa y derramar un puñado encima de la madera.

—Luego lo recogemos —había dicho a la vez que hundía uno de sus pequeños y regordetes dedos y dibujaba una figura circular—. Estamos acostumbrados a movernos en una línea recta, pero con la muerte de repente va y se curva, y eso, cariño, eso nos desubica por completo. ¿Dónde está nuestra línea? ¿Dónde está el final? Nos obcecamos en descubrirlo y tardamos mucho tiempo en averiguar que no podemos encontrarlo porque no hay. Solo puntos. Muchos puntos en círculo. Cada uno de ellos compuesto por emociones, algunas buenas, calmantes, analgésicas, y otras no tanto. Normalmente, hay cierto equilibrio entre ambas, aunque reparamos más en las segundas que en las primeras porque lo agradable suele pasar más desapercibido. No requieren esfuerzo por nuestra parte para asimilar...

—¿Asimilar qué?

—Lo que significan y abrazarlos. A nuestros puntos. A todos ellos. Lloramos porque antes hemos amado. Cuando lo comprendes, el círculo deja de darte miedo y no te castigas por estar un día en un sentimiento y al siguiente en el extremo opuesto. La figura es circular, Marina, y está compuesta de lo que está compuesta. No tienes que ir dejando puntos atrás, no eres más rápida ni más lenta, el duelo consiste en atravesarlos una y otra vez hasta que comprendes que todos forman parte de él... Es su consecuencia irremediable y la pregunta que debes plantearte en ese momento es: ¿ha merecido la pena? ¿Volvería a hacerlo ahora que conozco los puntos que deja?

—Si la respuesta es sí, ¿para de doler?

—No, cariño, no. Lo siento. Siempre duele, *amore*, pero no siempre mata. Y te prometo que llega el día en el que dejas de girar por el círculo movida a su antojo y eres capaz de quedarte más tiempo en los puntos que tan feliz te hicieron.

Eso es lo que había experimentado al pensar en Noah subida al escenario. Un viaje fugaz por todos los puntos de mi círculo para quedarme suspendida en uno de ellos. De pronto, supe a qué había ido a Vallecas. Con todo lo que había hablado con mi novio, había una cosa que nunca le había dicho porque no sabía que debía hacerlo. La más importante. Y necesitaba un punto fijo, tangible y material en el que apoyarme para pronunciarlo. El recuerdo de su tacto.

Deshice la distancia que me separaba del cemento, me agaché como aquella noche y hundí las manos en sus

huellas.

—Conozco nuestros puntos, Noah, y lo repetiría todo. Cada instante. Cada momento. El círculo. Ahora lo sé. Merecimos la pena.

La calzada estaba caliente, cerré los ojos y, mientras llenaba mis pulmones de aire, durante un breve chispazo de tiempo, sentí que el suelo vibraba con mayor intensidad bajo mis palmas. Pudieron ser las ondas de los pasos de la gente que andaba a mi lado. Debieron de ser sus pasos. Aun así, aquel leve temblor que con total seguridad tenía explicación fue suficiente para darme la convicción de que todo iba a ir bien y reconciliarme conmigo misma. Yo no lo estaba haciendo mal. Solo estaba recorriendo puntos del círculo con uno de los amores de mi vida, y mi corazón estaba listo para empezar a construir otro con el segundo, puntos que quizá algún día yo recorrería, o sería al revés, pero el miedo a volver a perder no iba a evitar ni un instante más que dibujase la figura.

Verso 3

LEO

Nuestra actuación en el concierto comenzaba dentro de cinco minutos y esto..., vaya, es complicado de decir, Dinamita no estaba. Eso había provocado que el ambiente en el *backstage* se pusiese un poquito tenso, taquicárdico en el caso de Enzo, que había cortocircuitado con sus elegantes *piercings* en los pezones puestos especialmente para la ocasión.

—Ya lo tengo. La voz, tíos, la voz. Fingiré que estoy afónico. —Tosió para aclarar la garganta y simuló haberse bebido botella y media de carajillo aparentando un tono ronco de la hostia—. No podemos actuar. Lamentamos las molestias que hayamos podido causar...

—Enzo, cariño, tú eres el guitarrista —le recordó amablemente Emma rechinando los dientes.

Estábamos todos, y cuando digo todos es absolutamente todos, en uno de los laterales que daban paso al imponente escenario. Enzo, Vic, César, Carlota, Emma, Martín, papá, Rosario, Íñigo, Nadia, Eloísa, Ignacio, Héctor, Nana y

Giuseppe, que estrenaba palo selfi y no paraba de sacar fotos mientras la situación se nos iba de las manos.

—Cierto, Emma. Soy el guitarrista —apuntó acelerado—. Muy lista.

—Lo sé.

—Diré que es la mano. Me la he roto ensayando y...

—Como no cierre la boca, al final será verdad. —Joder, hasta César había perdido los papeles.

—Mira este, lo calladita que tenía esa agresividad, el muy... —Entre Vic y Emma tuvieron que apartar a un indignado Enzo que no se había pegado en su puta vida y no inauguraría esa tarde el marcador.

Todos estaban nerviosos, no solo nosotros, también los organizadores, los distintos equipos, nuestro representante...

—Bien, Leo, bien —me dijo J.—. Si no aparece Marina, cantas tú. —Vaya, por fin se había aprendido el nombre de «la chica».

Curvé los labios de lado.

—Nop.

—¿Cómo?

—He dicho que no.

—Eres un tocapelotas —gruñó.

—Ya me vas conociendo.

Como decía, todos estaban nerviosos, todos menos yo, que podía presumir de poseer el don de relativizar las cosas. Algo bueno debía de tener, ¿no?

Me adelanté unos pasos para alejarme de esa vorágine contaminada de energía pesimista. Una vez allí, apartado del resto en un rincón, me asomé y el pulso se me disparó.

El estadio estaba a reventar. Mucho más de lo habitual para escuchar a unos simples y recientemente conocidos teloneros. La gente quería vernos y aguardaba impaciente bajo la moderna estructura, parecida a una tela de araña, que habían montado para Balazo al Corazón. El pecho se me estremeció y esbocé la sonrisa más ancha que había dibujado desde que tenía uso de razón.

Entonces, le hablé.

—La que hemos liado, tío.

Noah fue muchas cosas para mí. Un salvavidas. Un amigo. Un compañero. La persona que creyó en mis posibilidades con tanto empeño y convicción que consiguió algo tan imposible como que acabase por creérmelo. Un sueño. La banda se inició en un baño, pero si seguí, si fui constante y no abandoné, fue por él. Lo hacía condenadamente feliz y, persiguiendo su felicidad, yo también lo era. Pero había llegado el momento de encontrar la mía propia, la que me perteneciese, rodeado de flores y siempre con Noah como amigo, compañero y sueño.

Inspiré profundamente para empaparme de ese instante que no sabía cuánto duraría, y una mano agarró la mía y tiró con fuerza. Lo siguiente que recuerdo es una cortina envolviéndome y mi espalda chocando con una contundente pared.

—Ay —me quejé—. ¿Qué diablos...? —Abrí los ojos y la vi. Pegada a mi cuerpo en el estrecho espacio que había entre la cortina negra y la pared—. Dinami... —Me cubrió la boca con la palma de la mano y me dedicó una mirada de advertencia con sus jodidos y preciosos ojos verdes relucientes.

—Shhh. —La descubrió y...

—... ta —terminé su nombre entre susurros—. Has venido.

—Pues claro. —Se hizo la ofendida ante mis dudas. Se lo iba a pasar en grande con los demás cuando saliésemos de nuestra burbuja...

—¿Qué hacemos aquí?

—Hablar.

—No seré yo quien te niegue unas palabras, pero ¿en serio, Marina, hablar ahora? Ahí fuera hay personas al borde no del abismo, sino del colapso nervioso.

—Es Enzo. Se le pasará. —Parecía muy inquieta hasta que clavó sus dilatadas pupilas en las mías y se tranquilizó. Como si verme aclarase lo que la tenía alterada. Luego sonrió—. Estás muy guapo.

Los labios se me curvaron en una sonrisa tonta y... la borré de inmediato negando con la cabeza al mismo tiempo que frenaba mis manos para que no se posasen en su cintura. Ella lo había dejado claro en el invernadero. Solo quería sexo y para mí el sexo nunca sería suficiente con Marina.

—¿Me has encerrado aquí para hablar de lo evidente, de que soy guapo? —bromeé con una chispa de esperanza.

—Técnicamente, la cortina está abierta. No te he encerrado.

—Marina...

—Está bien —concedió. Estiró la punta de sus dedos y rozó la cadena que pendía de mi cuello. La piel del pecho se me puso de gallina y se extendió por el resto de mi anatomía—. Quiero que hablemos —«¿de nosotros?», pensé

ilusionado— del colgante. —Y, evidentemente, me llevé un chasco por lanzarme a la piscina.

—¿Vienes a proponerme custodia compartida? ¿Que te lo preste? ¿Qué? —vacilé sin hallarle ningún puto sentido a nada.

En ese momento, ella me miró fijamente, pero no como lo había hecho otras veces, sino de un modo penetrante e íntimo, y se tomó su tiempo para decir:

—Pesa treinta y un gramos y medio exactos, Leo. —Por supuesto, rompí el encanto con mi pregunta.

—¿Eso es mucho?

Dinamita se rio y, oh, joder, podría enamorarme de esa risa cada mañana.

Avanzó un paso y, con nuestros cuerpos rozándose como en el cubículo del baño de la boda, con su boca demasiado cerca y a la vez demasiado lejos para mi gusto, me lo explicó.

—Treinta y un gramos y medio es el peso de un alma y media. La tuya y una parte de la mía. La otra ya sabes a quién pertenece. —Atrapó su delicioso labio inferior entre sus deliciosos incisivos dubitativa y esperanzada y habló—. ¿Qué me dices, Leo? ¿Puedes quererme sabiendo que os amo a ambos por igual?

Sonreí.

—No puedo quererte, Marina. Te quiero.

Coloqué las manos a ambos lados de su rostro y allí, escondidos del mundo detrás de una cortina, la besé.

No pudimos estar mucho tiempo. Al menos no todo el que yo habría deseado, porque teníamos una actuación pendiente que debería haber empezado hacía ya cinco

minutos y un pobre guitarrista muy cansino que a este paso pasaría la noche durmiendo en urgencias.

Salimos de detrás de la cortina con toda nuestra buena fe y, cuando comenzamos a sufrir los abucheos del resto de los presentes, me replanteé lo de cantar la canción y en lugar de ello colgarme a Marina al hombro y que los dos desapareciéramos para hacer algo más interesante con nuestras lenguas. Pero Dinamita era una mujer de palabra y se lo debíamos. Noah merecía que por una vez, aunque fuese de un modo efímero, un estadio entero se viniese abajo por él.

Así que salimos al escenario con garra, fuerza y dispuestos a dejarnos toda la sangre que nos corría por las venas en el Wanda para que después nos hiciesen una transfusión. Nos preparamos, nos miramos, sonreímos y cuando sonó el «¿empezamos?» de mi mejor amigo observé la pantalla en la que sus vídeos compartían plano con nosotros. Marina comenzó a cantar y mi vista se deslizó hacia abajo, al público. Eran las ocho de la tarde y los asistentes, emocionados, habían comenzado a dar gas a sus mecheros prendiendo una chispa que iluminó el espacio como si fueran... El corazón me dio un brinco y busqué a mi padre, él lo comprendió y asintió.

Había sucedido.

Me había enamorado y su profecía se había cumplido.

Había llegado el día que encendimos las estrellas.

FIN DEL DISCO

BONUS TRACK

MARINA

Un año después

—¿Y bien? —pregunté un poquito (bastante) exasperada a mi novio.

—Tengo que pensarlo, pequeña. Es una decisión difícil —contestó el aludido haciéndose como siempre el interesante con la estúpida sonrisa socarrona que me sacaba de mis casillas.

Grrr.

Cómo le gustaba al maldito hacerse de rogar. Leo nunca iba a cambiar. Nunca. Y...

Estábamos todos en el patio del chalet de mis padres una templada noche de julio sentados a la mesa. Después de cenar, les había sacado los dos postres que había preparado y que competían para convertirse en la primera receta oficial que apuntaría en el cuaderno sagrado de Nana. Al final, me había decantado por la repostería y seguía trabajando en el restaurante del club de golf mientras me formaba.

—¡Zanahoria! ¡Zanahoria! ¡Zanahoria! —Emma jaleó a su caballo ganador como una posesa dando puñetazos sobre el mantel.

Habíamos llamado a cada plato por su sabor principal y la votación estaba muy reñida con un escrutinio que por el momento iba así:

Zanahoria: el padre de Leo, Vic, mamá, Espagueti, Emma, Carlota y César.

Cereza: Enzo, Rosario, papá, Giuseppe, Nadia, Íñigo y Martín.

Y contábamos con la dulce abstención de Nana.

Por lo tanto (y sin que sirviese de precedente, que se lo creería), Leo tenía en su poder el voto decisivo y, le lancé una mirada de advertencia, como se le ocurriese continuar el sendero suizo de no mojarse marcado por la italiana, le clavaría el mango de la cuchara en el ojo. Él soltó una sonora carcajada al comprender mi amenaza (nos entendíamos demasiado bien), se inclinó hacia delante y anunció con la solemnidad que requería el acto:

—Cereza, Dinamita. Me quedo con la cereza.

—¡Toma ya! —exclamó Martín, al que le daba igual lo que ganase siempre y cuando provocase que su competitiva «amiga con la que compartía fluidos» torciese el morro y lo acusase entre dientes fastidiada de:

—Traidor.

Entonces, Héctor me guiñó un ojo cómplice.

—No era mi postre, pero aun así, creo que se lo deberías presentar a tu jefe para que estudie meterlo en la carta.

Y mamá se hizo la ofendida.

—¿Le estás ofreciendo un enchufe a mi hija? Oh, Espagueti, Marina no lo necesita. Se sobra y se basta con su talento.

Un año después, así de pacíficas y surrealistas estaban las cosas. Posiblemente nos habíamos convertido en la familia más criticada de la historia de los cotilleos del club de golf, pero ¿te cuento un secreto? Nos daba igual que la gente no entendiese nuestra relación. Atrás habíamos dejado el tiempo en el que eso nos afectaba y nos limitaba y ahora nos dedicábamos a ser felices, que molesta más a los que no te quieren bien.

Éramos una familia de tocapelotas, como diría Leo.

Éramos una familia real.

Húmedos, resbaladizos e hinchados.

Me concentré en lo que tenía entre manos mientras el resto retomaba la conversación y escribí con mimo (y la mejor de mis letras) la receta en el cuaderno sagrado de Nana. Al terminar, sonreí orgullosa de mí misma y, como solía ocurrir, el gesto se trasladó a la cara del rubio.

—¿Cómo se llama? —se interesó.

—No tiene nombre.

—Pues debería, Marina.

Reflexioné un segundo sobre su sugerencia.

—Fugaces pero eternos. Un sabor que dura un chispazo y recuerdas toda la vida. ¿Qué te parece?

—Me gusta.

Alcé la vista al cielo nocturno despejado y, por un instante, me pareció que la estrella de Noah, siempre fija e inamovible en el firmamento, tintineaba. El corazón me latió desbocado y le agarré la mano con fuerza al rubio. Él me la apretó.

—¿Lo has visto, Leo?

Los labios se le curvaron.

—Dice que a él también.

LEO

Un año después

Mi amiga, suegra y jefa iba a acabar conmigo. No en el ámbito profesional. Eloísa y yo habíamos encajado bien currando y hasta teníamos nuestra propia dinámica: ella refunfuñaba por absolutamente todo de un modo adorable y yo me reía por absolutamente todo de un modo irritante. El problema era nuestro maldito club de lectura de novela romántica y la velocidad a la que Eloísa se bebía (porque eso no se podía considerar leer) las novelas como si fueran puñeteros chupitos de tequila.

Lo celebrábamos todos los jueves (excepto vacaciones y festivos) por la tarde y, siempre con una historia de amor de fondo, íbamos alternando género: juvenil, fantasía, erótica, *new adult*... Esa semana nos tocaba paranormal y, por recomendación de una entusiasmada Emma («Tenéis que conocer a Christian Dubois»), habíamos elegido la trilogía de *Éxodo*, de Anissa B. Damom. Ni veinticuatro horas le había durado el primer libro a la mujer. Ni veinticuatro. Y, joder con la puñetera Damom, qué enganchado me tenía.

Pasé de página y le dije a D'Artacán mientras dormía a mi lado en la cama:

—Un capítulo más y a dormir. Te lo prometo. —El gato abrió los ojos y me observó receloso. No podía culparlo por su desconfianza. Era la quinta vez que decía lo mismo en voz alta.

Marina había salido a tomar algo con Emma y, por las horas que eran, mucho me temía que existían serias probabilidades de que en esos instantes mi novia estuviese pedo enseñando el culo a cualquiera que la retase.

Esbocé una sonrisa.

Dinamita me encantaba y conforme más la conocía, todavía más.

Vivíamos juntos desde hacía dos meses en un pequeño piso del centro y...

La puerta de la calle se abrió.

Coloqué el marcapáginas, cerré el libro y lo dejé descansando en la mesita. Desde la habitación, la escuché quitarse los zapatos y trastear en la cocina. Luego, vino conmigo. Iba a preguntarle qué tal el día cuando lo hizo. Con sus vaqueros claros y el pelo recogido en una coleta por el sudor, se plantó a los pies de la cama, llevó las manos a la parte baja de la camiseta y, mirándome fijamente con sus apabullantes ojos verdes, se la levantó.

Mi corazón trepó por la garganta.

«Leo..., no me voy a tatuar por ti.»

«Eso dices ahora, pero un día llegarás a casa, te subirás la camiseta y lo tendrás ahí, al lado del ombligo, a todo color», recordé.

Esbocé una sonrisa ancha, muy ancha, y me incorporé en el colchón.

—Marina, Marina, ¿te has tatuado borracha sin mí?

Dibujé un mohín lastimero y chasqueé la lengua divertido.

—Lo cierto es que no —se defendió—. He ido al estudio esta tarde con Emma, después hemos salido a celebrarlo y me he tomado una Shandy. Pasaba de tener resaca mañana.

—¿Puedo verlo?

Asintió ilusionada.

Me deslicé hasta su posición y me senté en el borde de la cama con su cuerpo cerca y el tatuaje a la altura de mis ojos. Era una flor. De líneas finas y a color. Pequeña, sencilla, delicada, al lado del ombligo y...

—Siento ser yo el que te lo diga... Te lo han dejado a medias. Está inacabado, Dinamita.

—Está perfecto así.

—Si tú lo dices...

—Lo digo.

A la flor le faltaban los pétalos. Solo tenía uno.

—Leo..., esta flor es para que la vayamos completando juntos. Tú no podías tatuarte los pétalos, pero yo sí. Uno por cada momento que decidamos, bueno o malo, y así con el paso del tiempo no será una flor cualquiera al lado de mi ombligo. Será la flor de nuestra vida. ¿Qué opinas?

Quise decirle que teníamos un serio problema entre manos, porque si dependía de mí, tatuaría cada uno de los instantes que pasaba con ella y al cabo de menos de una semana tendría todo el cuerpo cubierto de pétalos. En su lugar, la besé sobre la tinta, el vientre se le encogió y fui ascendiendo hasta alcanzarle la boca. Hicimos el amor con lentitud y, cuando terminamos, negué con la cabeza al ir a encender la lamparita infantil. A veces se me olvidaba que

ya no la precisaba. El monstruo estaba entre rejas y desde hacía dos meses toda la luz que necesitaba dormía conmigo a mi lado en la cama.

NOAH

Dos años antes

Casi nunca pensaba en cómo sería la muerte, pero sí en el final de la vida.

¿Se reproducirían mis mejores momentos en una sala con palomitas como en el cine? ¿Fotos o vídeo? ¿El único sentido que los captaría sería la vista o también notaría su olor y el tacto? ¿El encargado de elegirlos sería yo? ¿Lo haría mi mente por mí? ¿Mi corazón? ¿Cuánto duraría? ¿Dolería? ¿Me pondría a reír? ¿Se podía hablar?

Eran muchos los interrogantes y, cuando sucedió, prorrumpí en una sonora carcajada.

—Puto Leo. ¿Hasta aquí vas a incordiarme? —dije.

Su imagen fue la que acudió a mi cabeza. No creo que se tratase de amor, de que lo quisiese más que a Marina, a Carlota o a mis padres. Los sentimientos por cada uno de ellos eran diferentes y, por lo tanto, incomparables.

Sucedió sin más. Su cara reproduciéndose detrás de mis párpados. Pero era una cara rara. Arrugué el ceño. Sus ojos grises estaban vacíos, el gesto hueco y, cuando la imagen se amplió y pude ver su cuerpo, este estaba demasiado rígido, tenso, con los músculos atenazados y una postura a la defensiva. Irreconocible y... La escena cambió de

perspectiva. Me contemplé a mí mismo y, joder, mis ojos cargaban un velo de nostalgia profundo, vestía una expresión triste y mi figura parecía demasiado cansada, con toneladas de peso encima de mis hombros hundidos con actitud desganada.

Tampoco me reconocí y tardé en localizar el instante preciso al que mi caprichoso cerebro o, quién sabe, quizá mi alma, me había empujado para la caída del telón y de repente, como en una revelación, lo tuve. Éramos nosotros dos, en el puente de la M-40, la noche que volvía a casa y clamé al cielo:

—Dame una razón, solo una, para que no adelante lo inevitable y siga. —Y al levantar la vista me topé con el capullo arrogante al que detestaba más que a ningún ser humano sobre la faz de la Tierra y pensé que quien dirigía el cotarro allí arriba tenía un sentido del humor peculiar, o, si se trataba de suerte, la mía era mala de pelotas.

Avancé. Él me saludó con su:

—Pírate. Aquí no hay sitio para los dos.

Y yo le contesté con un inolvidable:

—Te jodes. —Y me subí a su lado para evitar que hiciese una locura.

En aquel momento, en el pellizco de tiempo que dura el adiós, entendí por qué mi cerebro, alma, ente divino, karma o suerte me había enviado a ese punto en concreto de mi existencia para espirar mi último aliento. A lo largo de los años que Leo y yo habíamos compartido, no eran pocas las veces que me había planteado si lo había conseguido, si al final lo hice bien y logré salvarlo, no solo de aquel puente, sino salvarle la vida.

Y no era azar que en aquella visión nos hubiese contemplado a ambos para darme cuenta de que no reconocía a ninguno de los dos. Ni a él. Ni a mí.

Yo no salvé a Leo.

Leo no me salvó a mí.

Nos salvamos juntos.

Y entonces descubrí que, justo antes de que el interruptor se apague, seleccionas el fotograma de tu vida que revoluciona tus pulsaciones para propulsarte bien alto y, en mi caso, fue la sonrisa que más veces había querido partir a lo largo de mi existencia, y «te quiero, amigo» las mejores palabras para enfrentarme feliz al...

FIN

AGRADECIMIENTOS

Guau. Aquí estamos. En el fin. A lo largo de la escritura de esta bilogía fueron muchas las ocasiones en las que pensé que no la terminaría. No por no disfrutarla, la he disfrutado a rabiar, sino por el momento personal y anímico que estaba atravesando. Cuando me propuse escribir una novela que hablase de la pérdida, el duelo y la esperanza, jamás, ni por asomo, creí que esos momentos tan vitales coincidirían con los míos propios. Por eso, aunque suene mal y raro, a la primera persona a la que quiero dar las gracias en estas páginas es a mí. Por no rendirme, por sacar fuerzas de donde no las tenía, por lograr cohesionar un corazón fracturado y dejarme la piel para perseguir mi sueño. Gracias.

Las segundas personas a las que quiero dar las gracias son mi pareja, Pablo, mi padre, Javier, y mi gran amiga Pilar.

Sé que se supone que la persona con la que compartes tu vida te tiene que apoyar, pero que algo se suponga no significa que en todos los casos sea cierto. En el mío, sí. Sin ti, Pablo, no habría sido capaz de escribir esta novela porque no solo me has apoyado, también me has impulsado cuando te asomabas a la puerta con la niña y le susurrabas para que yo lo oyese «mamá está escribiendo porque mamá es escritora y lucha por sus sueños». GRACIAS. Y a ti también, papá, porque estando machacado, triste y en ruinas, recargabas energías solo para que las mías no se apagasen, y te ilusionabas por algo tan tonto e insignificante, con lo que estabas pasando, como que te contase lo que normalmente le contaba a *ella* de los libros para verme feliz. GRACIAS, de corazón. Y a ti, Pilar, siempre he dicho que eras

mi alma gemela, pero ahora, habiendo pasado por lo mismo, compartiendo herida, no solo eres eso, eres la mano que nunca me suelta para que no me caiga y me dice palabras que sanan. Gracias por leer la historia, por involucrarte, por tus audios, tus mensajes de WhatsApp y por lograr que crea en mí.

A todas las personas, sois muchos, que en lugar de molestaros por los meses que he pasado a tope dedicada en cuerpo y alma a la novela, sacabais un huequito, aunque fuese chiquitito, para escribirme y mandarme ánimos consciente de que a lo mejor tardaría más de una semana en contestar. Compañeras, amigas, familia... GRACIAS.

Y también a Planeta, en especial a mi editora, Lola, por ser tan empáticos, profesionales, comprender mi momento y darme tantas facilidades y tantas ilusiones. No voy a mentir, me gustaría que esto saliese bien, genial, que fuese el inicio de un camino más largo y juntos, pero yo ya he hecho todo lo que podía, dejarme la piel, el alma y todos mis sentimientos derramados en sus páginas, y si no funciona, si por lo que sea no tiene que ser, quiero daros las gracias por estos meses, por todo lo que ya me habéis dado y jamás olvidaré.

Ahora llega el turno de ellos. Noah, Marina y Leo. Leo, Marina y Noah. Siento muchísimo no escribiros una carta de cierre de bilogía como hago en todas mis novelas, pero espero que entendáis que estamos ante una ocasión especial y existe una personita que se lo merece más. Sin embargo, no quería dejar pasar la oportunidad de daros las gracias. A los tres. Habéis sido tan terapéuticos....

A Noah, gracias por quedarte tantos pequeños detalles de *ella*, ver lo mejor de los demás y lograr que se lo crean.

A Marina..., ¿qué te puedo decir a ti? Hubo un momento en el que pensé que sería incapaz de darte el final que te merecías, la esperanza, porque yo iba muy por detrás de ti en el duelo. Entonces, como quien no quiere la cosa, tomaste las riendas, dejaste de obedecer a mis pensamientos y, pum, poco a poco sanabas, y contigo me curabas un poco a mí.

A Leo... A ti sí que no sé muy bien qué decirte (me estoy riendo y es la primera vez que lo hago en estos agradecimientos, toma nota, que seguro que te gusta). En serio, me has hecho sentir a lo bestia, pero muchísimo, una barbaridad, como hacía muchas novelas que no recordaba, puede que incluso como nunca. Cuando llegaban tus escenas, fueran buenas o malas, me notaba más viva y era terriblemente feliz. Sentía lo que estaba escribiendo con el corazón húmedo, hinchado y resbaladizo. *Sentía*. GRACIAS.

También quiero daros las gracias a todas las personas que me leéis, a los nuevos y a los que llevan conmigo mucho tiempo, sois el latido de mis letras.

Y, para terminar, quiero dar las GRACIAS a mi rayito de luz, Julia, ¡¡¡simpática!!!

Querida Julia:

Llegaste al mundo en un momento muy delicado para ser la pequeña chispa de muchas personas que estaban apagadas. Parecía imposible, pero lo lograste, solo tú, sin ocupar el hueco de nadie, con tus enormes ojos azules siempre abiertos, la sonrisa desdentada que te baila a

cada instante en la boca y la cresta negra por los dos remolinos que, por mucho que intente peinar, nunca baja.

Te gusta bailar conmigo. Ah, y que te cante, que te cante tanto que a veces papá y yo hemos mantenido verdaderas conversaciones cambiando la letra de las canciones. Eres muy simpática, muchísimo y con todo el mundo, y tienes cosquillas en la tripa con las que te brota una carcajada muy característica. Todo te llama la atención y cuando te soplo flojo en la cara alucinas con el aire. Te gusta tocar, mirar y, sobre todo, adoras estar con mamá.

No quiero escribir mucho sobre ti, pero sí necesitaba que supieses, si lees este libro cuando seas mayor, que la sonrisa con la que te levantas, la sonrisa con la que te duermes y la sonrisa con la que me recibías cada vez que terminaba de escribir ha hecho posible esta historia, porque tú, solo tú, pesas los veintiún gramos y medio exactos que yo necesito.

Como dice el cuento que te leo antes de ir a dormir, mamá te quiere de aquí a la luna y vuelta.

Y también quiero darle las gracias a ella.

Mamá, quiero que sepas que mereció la pena cada punto de nuestro círculo y que, aunque algunos duelan, los repetiría todos sin dudar, porque ese círculo, el nuestro, es la figura más bonita que jamás se pueda crear en la faz de la Tierra. Te quiero hasta la estrella fija a la que hablo cada noche y desde la que me contestas con la voz que suena dentro de mi corazón.

SANDRA

El día que encendimos las estrellas
Alexandra Roma

Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona
www.editorial.planeta.es
www.planetadelibros.com

Primera edición en libro electrónico (epub): julio de 2022

ISBN: 978-84-08-26209-1 (epub)

Conversión a libro electrónico: Realización Planeta

¡Encuentra aquí tu próxima lectura!

¡Síguenos en redes sociales!   